



Charlie XL

Xena Guerrero

CHARLIE XL
XENA GUERRERO

© 2013, Xena Guerrero
©2013, ilustración portada: Xena Guerrero

1ª Edición: Julio 2013
xenaguerrero69@gmail.com

A ti amor, por el enorme apoyo que me brindas cada vez que emprendo una nueva aventura. Eres especial y único. Lo sabes.

A mi abuela Frasquita, a la que recuerdo siempre porque su risa fresca y contagiosa barría de un plumazo todos los momentos tristes y amargos de mi adolescencia. Aún en mi memoria te veo sentada en la mesa del salón esperándome para almorzar.

A mis preciosas sobrinas, principal fuente de inspiración y de alegría. Sólo por existir ya tenéis un pedacito de mi corazón.

Y a vosotros queridos lectores que por casualidad o a conciencia os habéis sumergido en la trama de esta novela, gracias y espero que la disfrutéis tanto como yo lo he hecho al escribirla.

Me encantaría recibir comentarios a mi dirección de correos:

xenaguerrero69@gmail.com

ARGUMENTO

La vida de India da un giro inesperado un sábado por la noche en una fiesta de cumpleaños, tras conocer a Marcos, el hermano de su actual pareja, Álex.

India, rompe su relación con Álex al descubrir que no es la persona que creía ser. Es entonces cuando Marcos empieza a interesarse por India y no parará hasta convencerla de que salga con él pasando un fin de semana en la Sierra de Cazorla. Ese fin de semana será el comienzo de una amarga y eterna pesadilla que la llevará a situaciones desesperadas de peligro, de miedos, llamadas anónimas y... de sexo.

1. La llamada

—... No sé si iré —contesto desanimada por el móvil—. Tengo que...

—¡Venga, nena! ¡No me falles! Van a ir todos. Después podemos dar una vuelta por el centro. Desde el sábado no te veo. Te echo de menos —insiste él.

—Pero es que...

—¡Vamos, nena! No te rajes.

—Bueno, vale. Iré.

—¡Estupendo! Hemos quedado a las ocho y media. Te espero allí. No tardes.

—No tardaré.

—Adiós, nena.

—Adiós.

Quien acaba de llamarme es Álex. Es el chico con el que estoy saliendo. Álex es muy simpático además de ser muy atractivo y también muy sociable con todo el mundo. Le encanta contar chistes e imitar a personajes famosos. Me río mucho con él. Su humor es muy contagioso. Su pelo es castaño claro, ligeramente ondulado hasta la altura de la mandíbula y sus ojos son de color marrón oscuro. Tiene un cuerpo estupendísimo, con unos abdominales muy currados debido a las sesiones semanales que se pega en el gimnasio. Este lugar, es el único sitio que pisa para mantenerse en forma. Nada de paseos en la montaña o de respirar el aire puro en el campo. Le gusta muchísimo el fútbol sobre todo verlo por la tele y en las gradas del campo. Me ha llamado para decirme que nos vamos a reunir ésta noche en la cafetería Kalúa, en el centro, para hablar de la fiesta sorpresa que se le va a organizar a Nicolás, su amigo.

Tras haber colgado, me pongo a pensar que hace tan solo tres semanas que nos conocemos. Nunca he tenido una relación formal con nadie. No es que no me gusten los hombres, no, lo que pasa es que no he encontrado a la persona adecuada para tener una relación sentimental duradera. Quizá sea porque soy demasiado exigente con los que se me han acercado. Creo que siempre he estado buscando al hombre ideal y perfecto sacándoles todos los defectos que tienen sin intentar conocerlos mejor. A veces pienso que no es muy normal que todavía no haya salido con nadie en serio, así que, mi teoría a este caos mental es que siempre he buscado un amor idealizado y platónico que, como he podido comprobar a lo largo del tiempo, no concuerda con la realidad y ha hecho que pierda unos preciosos años de mi vida buscando a ese perfecto caballero de armadura blanca que te hace temblar nada más se te acerca y que te produce un cosquilleo en el estómago muy raro cuando lo escuchas hablar. Ese es el hombre que yo quiero y ese es el hombre que parece ser no existe. No he sentido eso con ninguno de los chicos con los que he salido anteriormente, de ahí que nuestros encuentros se cortaron rápidamente y de ahí mis frustraciones emocionales.

El hecho de ser prudente con respecto al sexo masculino, ha hecho que se confunda este rasgo con que soy tímida. Quizás sea porque cuando me presentan a un chico nuevo, siempre me tomo un tiempo razonable para conocerlo bien y no me tiro de cabeza y me acuesto con él nada más verlo. Quienes me conocen, mi familia sobre todo, saben que siempre actúo así cuando hago nuevas amistades. Otras de las razones de no tener una vida amorosa activa, es el hecho de que he estado día y noche pegada a los libros para sacarme la “Oposición a Profesora de Educación Infantil” por lo que, entre una cosa y otra han transcurrido los años y ni me he dado cuenta de que he rebasado los treinta sin haber tenido una relación estable o formal, como quiera llamarse, con nadie.

El móvil vuelve a sonar. Miro la pantalla y veo que es mi hermana.

—¡Holaguapetona! —saluda ella con alegría.

—Hola —contesto. Ya sé para que me llama—. Que sepas que no se me ha olvidado. Sé que tengo que recogerla a las seis.

—Vale, vale. No hace falta que te quedes con ella toda la tarde. Llévala directamente a casa. Su padre no tardará en llegar del trabajo. Puede que tengas que esperarle unos minutos.

—No te preocupes. No me importa traerla a mi casa, de veras. Hasta las ocho estoy libre.

—¿Una cita? —pregunta mi curiosa hermana.

—Puede.

—¡Venga, suelta prenda! Últimamente estás muy callada y misteriosa cuando se te pregunta por los hombres. ¿Quién es?

—De momento un amigo. Ya te contaré algo cuando te vea.

—Algo, no. Lo quiero saber todo con pelos y señales.

—Algo. Hace poco que nos conocemos.

—Está bien. Que no se te olvide de recogerla, Indi. Se pone muy triste si no nos ve en la puerta del colegio.

—¡Que no se me olvida! No me perdonaría ver triste a mi princesita. Estaré allí puntual como un reloj.

—Bien.

—¿Y la otra princesita dónde está?

—La he dejado con mamá. ¿Te he dicho que le ha salido otro diente en la encía de arriba?

—Sí, dos veces hoy.

—¡Ah! Bueno, dale un beso grande de mi parte a mi niña y dile que la veré más tarde.

—Vale. Te has dado cuenta de que las princesitas están cada día más bonitas. Menudos ojazos que tienen las pequeñajas. Vais a tener muchos problemas con ellas cuando crezcan un poquito más. La cola de chicos en la puerta de tu casa va a ser inmensa.

—No creas. Las tornas han cambiado mucho en estos tiempos, Indi y me temo que serán ellas las que hagan cola en la puerta de sus casas. Las chicas ya no se quedan a esperar en casa a que las recojan. Se han vuelto más avispidas e independientes a cómo éramos nosotras en nuestra época. Bueno, te dejo. Si me entretengo más voy a llegar tarde a la clase de gimnasia. Déjala con su padre, Indi.

—Que sí.

—Vale. Hasta luego.

—Adiós.

Es mi hermana Laura. La mayor de los tres hijos que han tenido mis padres.

Laura junto con mi otra hermana, Patricia y mi madre Anita, como la llaman las vecinas, son las que me dan la lata con el tema de los novios. Me dicen continuamente que como siga así se me va a pasar completamente el arroz si no me he hecho un novio pronto. Por lo que, con treinta y un años nunca he salido con nadie con el que merezca la pena apostar en tener una relación seria, hasta que he conocido a Álex y con él también tengo mis dudillas.

¡Soy virgen! Tal como lo digo. Ni yo misma me creo que he llegado a esta edad permaneciendo sellada e intacta como tantas tumbas faraónicas que se han encontrado en el “Valle de los Reyes”. ¡Increíble, pero cierto! Para no mortificarme demasiado con este tema tan cansino, me consuelo pensando que, durante todos estos años no he encontrado ni el tiempo ni a la persona adecuada para mantener relaciones sexuales. He visitado algunos foros en internet, por curiosidad más que nada, sobre si hay muchos casos de personas que son vírgenes a los treinta años y me alivia saber que hay muchas chicas y chicos con este pesaroso problema. Sí, también he dicho chicos porque los hay que son completamente vírgenes. Algunos incluso exigen, según los comentarios de los participantes en el foro, conocer a chicas que sean exclusivamente vírgenes para salir con ellas. Lo que está claro es que sobre

gustos no hay nada escrito.

Mi hermana Laura me insinúa cada vez que la veo que la culpa la tengo yo por poner tantas excusas al tema. ¡Qué sabrá ella de mi vida! Mi único problema es que todavía no he encontrado a ese hombre que te hace palpitar por dentro y que te derrite el corazón nada más verlo. Me reiteran continuamente que no se me ocurra hacerlo con el primero que me encuentre por ahí ya que “la primera vez” debe de hacerse con alguien muy especial, con una persona que me guste y que yo lo considere como mi príncipe azul. Algo así como el chico de mis sueños. De momento, el único chico de mis supuestos sueños es Álex. Ya veremos con el tiempo si se convierte en mi príncipe azul. Eso suponiendo que todavía existan príncipes azules en este planeta porque cada vez estoy más convencida de que no hay ninguno o que no voy a tener tanta suerte en tropezarme yo con él. Con Álex todavía no he mantenido relaciones sexuales y no es porque él no haya tenido intenciones claras de hacérmelo saber. El problema soy yo. Está más claro que el agua. Independientemente del hecho de que él tampoco me hace temblar de arriba abajo cuando nos vemos, ni me derrite el corazón con una sola de sus miradas, tengo que admitir que, por mucho que me guste físicamente, somos algo así como la noche y el día en muchos aspectos. Mis gustos difieren completamente de los suyos. Entre mis aficiones preferidas está, en primer lugar, la lectura. Me gusta leer muchísimo. Gracias al libro electrónico devoro las novelas sin compasión nada más bajármelos de internet. También me gusta hacer senderismo, yoga, bicicleta estática en casa, escuchar música, sobre todo POP español. Mi cantante favorito es Alejandro Sanz. ¡Dios bendito! Por mucho que pasen los años, este hombre siempre sigue igual de atractivo y de interesante. Sus canciones me llegan al alma, como muy bien expresa él en algunas de sus letras. Hay otra pasión en mi vida y que me vuelve completamente loca: La decoración. Hice un curso a distancia de “Decorador y Diseño de interiores” por ordenador. Me encantó. Desde entonces, he ayudado y aconsejado bastante a mis hermanas cuando quieren hacer algún cambio en casa. Hasta ellas mismas se han sorprendido de lo bien que les queda el hogar con mis sabios consejos. Una habitación vacía la transformo en un periquete en un confortable lugar para vivir llenándolo de luz y de color. Con los conceptos aprendidos en el curso puse en práctica decorar mi propia casa.

Siguiendo con mis cavilaciones, a veces me pregunto si soy un bicho raro porque tengo ya una edad en la que todavía no he probado nada de sexo y la verdad, me apetece probarlo, pero no con cualquiera, claro. Con toda la información que he leído en internet sobre cómo mantener relaciones sexuales con un hombre ya que a mí las mujeres no me van, además de un vídeo porno que me he bajado para saber algo más sobre el tema, me imagino que no será tan difícil hacerlo con un hombre. Aunque, quizás en la práctica sea otro cantar. Quiero hacerlo con alguien que nada más verlo me robe el aliento y el corazón. Lo dicho. Creo que tengo todavía demasiadas fantasías platónicas en la cabeza. En el fondo soy una romántica empedernida y por eso tardo tanto en encontrar a ese príncipe de cuentos de hadas que no existe.

Suena de nuevo mi móvil. Miro la pantalla y veo que es un mensaje muy escueto de Álex en el que me dice que “Hay un cambio de hora y de que hemos quedado a las ocho”. Le pregunto con otro mensaje que “¿Por qué?”. Él me responde que “A las nueve y media hay partido y que tenemos que hablar de la fiesta antes del partido. Me pone en letras mayúsculas que “Me espera allí”. Le contesto contrariada con un “Vale” por este repentino cambio de hora.

Al mencionarme el partido escuando me acuerdo de que hoy juegan el Real Madrid y el Barcelona. Mi compañera de trabajo Silvia, ya me hizo referencia esta mañana sobre este encuentro. Ella es una culé de la cabeza a los pies, por lo que todo depende de

quién gane esta noche el partido el que mañana su humor sea bueno o malo, con lo cual, si es esto último, tendré que esquivarla durante toda la jornada de trabajo, incluido el desayuno.

Así que, una vez que he recibido el mensaje me dirijo hacia mi dormitorio con el móvil todavía en la mano. Entro en él y me sitúo frente al espejo y observo a la persona que se refleja en él. Soy yo. Un bicho raro con el pelo de color chocolate con reflejos rojizos y bastante rizado a la altura de la mandíbula. Con unos ojos marrones o dorados, según el día que se mire, muy similar a los de mi padre, Eusebio. Una nariz pequeña, pero proporcionada a mi cara y el labio inferior un poco más grueso que el superior, cosa que no me gusta nada, pero en cambio sí a mis dos hermanas, las cuales dicen que envidian mis labios, mi pelo y mi nombre. Según ellas, cosa que yo dudo mucho que sea así, el nombre de India les evoca a sensualidad y a lugares exóticos.

Soyla menor de las tres y la que primero dejó el nido familiar. Luego siguieron mis pasos mi hermana mayor Laura de treinta y cuatro años embarazada por aquel entonces de mi sobrina Rosi, mi hermana Patricia o "Pat" como así la llamamos en casa, de treinta y tres años y sin ánimos de tener descendencia todavía y yo que fui concebida durante el viaje a la India que hicieron mis padres, de ahí mi nombre. Me gustan los animales, sobre todo los gatos, de hecho tengo uno en casa. Se llama Bobo. Su pelo es blanco como la nieve y tiene una pequeña manchita negra en el hocico. Sus ojos son grises. Mis padres me lo regalaron para mi cumpleaños hace un año y desde entonces vive conmigo en mi ático de cincuenta metros cuadrados, incluida una pequeña terraza con vistas a un cachito del Mar Mediterráneo. Es una vivienda de segunda mano, pero de edificación reciente, situada en la periferia de Málaga. La playa queda a diez minutos andando desde casa. Con los cambios que he realizado, el interior de la casa ha quedado irreconocible. Tiene mucho encanto y personalidad como a mí me gusta. Llevo cuatro años viviendo sola y no echo de menos volver a casa de mis padres.

Unanoche que había ido al cine con Álex y caminábamos por la calle, me dijo que, y eso viene a colación porque se nos cruzó un perro por delante, solo le gustan los animales que ve por televisión o cuando los tiene bien lejos de él. Le pregunté, por curiosidad, por qué no le gustaban y me dijo que cuando era pequeño tuvo una experiencia muy desagradable con ellos y que hasta ahora sigue sin poderlos ver o tocar. No ahondé más en el tema, pero saber eso, me ha dado mucha pena porque a mí sí que me gustan mucho y lo siento mucho por Álex. Si alguna vez viene a casa, tendrá que acostumbrarse a Bobo. Me da pena tener que esconderlo solo porque a él le disgusten los animales. Es un gato muy tranquilo y bueno. Se tira todo el día tumbado durmiendo en su cestita. No molesta a nadie, es muy cariñoso con todo el mundo. Cuando tengo invitados, mi gato es el primero en recibirlos. Deja su cestita con un bostezo, se dirige despacio, pero con mucha elegancia hacia cada persona y tras dar su visto bueno y ronronear un poco a su alrededor, se marcha de nuevo hacia su cestita para continuar con su siesta. ¡Es un cielo! Puede que cuando Álex vea a Bobo cambie de opinión sobre los animales.

Vuelve a sonar el móvil. Dejo de mirarme en el espejo y me siento en la cama. ¡Uf! ¡Menuda tarde que llevo! Miro la pantalla de nuevo y es otra vez mi hermana Laura. Es la cuarta vez que me llama hoy. ¿Qué se le habrá olvidado ahora? Desde que se ha quedado de nuevo embarazada tiene las hormonas por las nubes y nos tiene a todos fritos con sus extraños antojos y su inexplicable hipersensibilidad a todo lo que le decimos. Mi cuñado es un grandísimo santo por aguantarla tanto. Tiene una paciencia infinita, lo reconozco. Una medalla bien grande debería tener colgada en el cuello donde ponga en letras mayúsculas: "Dedicado al marido más paciente y cariñoso del mundo".

—¿India?

—Sí. ¿Qué pasa? —contesto esforzándome en aparentar que estoy muy entusiasmada y a su entera disposición no vaya a ser que se me eche a llorar otra vez como el otro día y le amargue la clase de gimnasia.

—No hace falta que la recojas. Su padre lo hará. ¡Ay!

—¿Qué te pasa?

—Tu otra princesita me está dando unas patadas tremendas, Indi. Hoy está muy revoltosa. La barriga parece un ring de boxeo con tantos golpes. Bueno, a lo que iba. Raúl ha salido media hora antes del trabajo, así que no la recojas. Te dejo. La clase va a empezar. Tengo que apagar el móvil. La profesora ha llegado. Adiós.

—Adiós.

Bueno, pues si no tengo que ir a por ella, estas horitas que tengo las voy a aprovechar para depilarme las piernas. ¡Uf! Sigo sin estar muy segura de querer ir a la fiesta sorpresa de Nicolás. A penas conozco a los amigos de Álex. De las cuatro chicas que hay en el grupo, la única que me cae bien es Marisa. Trabaja como dependienta en una tienda de cosméticos que hay cerca de su casa. Es una chica muy maja y simpática. Su novio Nicolás, es un tío corpulento, de facciones muy marcadas y a veces bastante bruto cuando habla. Mucho músculo en todo el cuerpo, pero poco tacto al hablar. Al menos esa es la impresión que tengo de él. A pesar de todo, creo que no es mala persona porque es muy atento con Marisa y la trata muy bien. Es muy cariñoso con ella. Según me dijo Álex, Nicolás y él trabajan juntos en el mismo taller de mecánica de coches desde hace bastante tiempo.

Tras pensarlo detenidamente y convencerme de que me lo voy a pasar bien con Álex en la fiesta, decido en ir a la cafetería para reunirme con el grupo. Me pongo unos vaqueros azules, un jersey blanco de mangas largas y un abrigo. Hace frío. Estamos a mediados de Noviembre. Las temperaturas han bajado considerablemente por la noche.

Son las ocho en punto cuando aparco cerca de la cafetería. Miro en el interior de ésta y no veo a Álex ni a sus amigos por ningún sitio. Le espero veinte minutos más en la entrada de la cafetería, pero sigue sin aparecer. Le llamo al móvil, pero no contesta. Le doy un cuartelillo de quince minutos mas y si en ese tiempo no llega me marchó. Pasa el tiempo que he establecido de espera y cansada de perder el tiempo en la calle, me dirijo hacia mi coche para irme. ¿Para qué tenía tantas ganas de que viniera a la cafetería a las ocho en punto si no va a estar a su hora? Llevo treinta y cinco minutos esperándole. Me ha dejado plantada. ¡Odio cuando alguien me deja plantada! Abro la puerta del coche con bastante mala leche. Al hacerlo, escucho que alguien me llama a lo lejos. Miro en esa dirección y le veo. Álex. Viene andando por la acera de enfrente con sus amigos. En dos zancadas se acerca al coche, me coge de la cintura y me da un beso en los labios. Sus amigos, mientras tanto, entran en la cafetería y me saludan con un leve asentamiento de cabeza, pero sin mucho afecto que digamos. No les caigo bien. Lo supe desde el primer día que los conocí. Solo Marisa me saluda con la mano con una sonrisa sincera y amable en su cara. Me hace gestos para indicarme que me espera dentro.

Le pregunto a Álex el motivo de su tardanza y por qué no me ha avisado y me dice, tras soltar un taco, que se le ha pasado y que no le dé mucha importancia al asunto. No me convence para nada esta explicación e intento pasar por alto este incidente. No quiero enfadarme con él delante de nadie, no me gusta hacer escenas en público. Sé que a veces, en nuestras citas, ha llegado algo tarde, pero no tanto como hoy. Sospecho que cuando está con sus amigos es cuando se muestra más despreocupado conmigo, más raro, diría yo. No sé, son suposiciones mías. No le entiendo cuando se comporta así.

Hay algo que no me cuadra en él y que no llego a dar con lo qué es cuando se pone tan reservado conmigo. Nunca me ha tratado mal, todo hay que decirlo. Quitando el incidente de hoy, no tengo quejas de él. Es muy simpático y bromista sin llegar a ser pesado. No sé si el problema de que se comporte algunas veces de esta forma es por mi culpa o se debe a la influencia de sus amigos. O tal vez sea simplemente que él es así. Ni idea. Cuando empiezo a conocer a alguien por primera vez siempre temo este tipo de incertidumbres que me descolocan completamente sin saber muy bien por dónde me van a salir. Lo que sí sé seguro es que, aparte de que me considere un bicho raro y de que tenga algunas paranoias romanticonas mentales, algo falla en la ecuación entre Álex, sus amigos y yo. Lo averiguaré como sea. No me voy a quedar con esta incertidumbre para siempre.

Entramos en la cafetería y tras pedir los cafés y algunos refrescos, nos sentamos alrededor de dos mesas redondas de color caoba. Tras discutir y barajar las opciones del lugar donde se va a montar la fiesta, se decide al final hacerla en casa de Álex. Sus padres no van a estar en todo el fin de semana ya que tienen pensado ir a Madrid a visitar a unos parientes, así que, estando todos conformes, se hace una lista de la bebida y de la comida que hay que comprar para el sábado por la noche además del regalo para Nicolás. El dinero se entrega este miércoles a Marisa. Se ha decidido que la fiesta sorpresa empiece a partir de las diez de la noche. El inicio del partido de fútbol en la pantalla de plasma de la cafetería da por terminada la reunión. Todos se acomodan mejor en las sillas y comienza el nerviosismo y el espectáculo. El ambiente se caldea en el local. Álex se queda sentado, como no. Perderse un partido es como sacrificar algo muy valioso de su vida según voy comprobando a medida que lo voy conociendo mejor. Como no me gusta el fútbol, ni a Marisa tampoco, menos mal, nosotras nos marchamos de allí y aprovechamos para tomarnos algo en un sitio más tranquilo. El resto de las chicas del grupo se quedan con ellos. Nos metemos en la tetería "Las Tres Hadas Mágicas" que hay cerca del Kalúa. Pedimos unos crepes salados y dos téis morunos. La compañía de Marisa es agradable. Es una mujer tan sencilla y natural que se me pasa las horas hablando y riendo con ella. A las once nos levantamos de los taburetes para irnos a casa. Por la mañana muy temprano hay que levantarse para ir a trabajar y el reloj no entiende de que quieras quedarte en la cama un ratito más cuando suena a las siete en punto.

2. El cumpleaños

(Sábado por la noche)

Cuando me presento en casa de Álex, pasada las diez de la noche, la música está sonando a toda caña. Entro por la puerta de la cochera que da a la calle principal. Esta no es muy grande. Me fijo en el interior y veo que hay que bajar una rampa para llegar hacia donde está toda la gente. También veo que para acceder a la primera planta de la casa, en uno de los laterales de la pared hay unas escaleras que llevan directamente hacia allí.

Calculo que hay unas veinticinco personas bailando y bebiendo aquí abajo. Todo el techo está lleno de luces de colores y de farolillos de papel. Supongo que la decoración es obra de Marisa. Cuando charlamos el otro día en la tetería de que ella se iba a encargar de organizar la fiesta, pensé que se refería solamente a la comida y a la bebida y no a toda la parafernalia que cuelga en el techo y en las paredes de la cochera. Esto parece una verbena.

Me pongo de puntillas para buscar a Álex. No le veo. Lo sigo buscando entre toda la gente que está bailando en el centro del local, pero nada. No localizo su melena castaña. En una esquina del local, casi debajo de las escaleras, diviso a Marisa bailando con tres chicas. Intento acercarme hacia ellas soportando los achuchones y pisotones que recibo por el camino. Entonces Marisa me ve de lejos y me llama con la mano. Cuando llego, doy un suspiro de alivio porque he atravesado la marea humana y porque en esta zona la música suena un poquito menos fuerte.

—¡Hola! ¿Has visto a Álex? —pregunto a Marisa.

—Sí. Subió a la cocina con Rodri y Samuel a buscar más bebidas. ¡Chica! ¡Qué guapa estás! Álex se va a quedar pasmao cuando te vea.

—Gracias —respondo con una sonrisa. Me ha sorprendido mucho su comentario. Solo llevo puesto unos pantalones de tela ajustados de color café, unas botas de caña alta del mismo color y una blusa blanca con un collar de cuentas de madera alrededor del cuello. El jersey de color vainilla lo llevo en la mano. Nada del otro mundo. Suelo ir así vestida al trabajo todos los días. Quizás su sorpresa sea porque me he maquillado un poco y hoy he dedicado algo más de tiempo a arreglarme el pelo. La verdad es que con la nueva mascarilla que me he comprado, el pelo se me ha quedado más suave y los rizos mucho más manejables—. ¿Qué estás tomando?

—Ron con limón. Si quieres unotienes que ir a la cocina a echártelo. Aquí ya no queda nada.

—Vale. Voy a buscar a Álex y de camino me pondré uno. Ahora vuelvo.

—Vale. ¡Oye! Tráete una botella cuando vuelvas y también dos o tres bolsas de patatas para picar. He subido tres veces esta noche a preparar bocadillos de jamón y queso y estoy un poco cansada de recorrer esas escaleras. Lo devoran todo—dice señalando con la mirada a toda la gente que está bailando y charlando frente a nosotras—. Cada vez que me distraigo un poco los platos se quedan vacíos al instante.

—De acuerdo. ¿Y Nicolás?

—Por ahí disfrutando de la fiesta y muy contento por esta sorpresa. Está loco de alegría con todo lo que le hemos montado para su cumpleaños.

—Me alegro. ¿Le ha gustado el regalo?

—Sí, mucho. Está deseando llegar a su casa para estrenarlo. Dice que estos dos videojuegos son una pasada. Estaba impaciente por tenerlo. Para mí todos son más de lo mismo. No logro entender qué diferencia hay entre ellos. En fin, cosas de hombres.

—Me extraña que no se lo bajara de internet.

—¿De internet? Ni loco haría él una cosa así. Jamás verás haciendo eso a Nicolás tratándose de juegos de estrategia. A él le gusta coleccionar la versión original de todos los videojuegos que salen en el mercado. Es un friki. No te puedes ni imaginar cómo

tiene la estantería de su cuarto. Un día de estos se va a caer a cachos de tanto peso. Bueno, si te lo encuentras dile que venga. Si no lo ves no te preocupes, le daré un toque por el móvil.

—Vale. Enseguida vuelvo —respondo, pensando en lo que me ha dicho Marisa de Nicolás. Nunca me habría imaginado que su novio coleccionara videojuegos de estrategias originales. Sorprendida me he quedado con esta nueva faceta de Nicolás. Un friki. Quién lo diría. Yo creía que era como Álex. Fútbol y chicas.

—Aquí te espero —contesta Marisa comenzando de nuevo a bailar la música cañera que sigue sonando.

Subo las escaleras de la cochera que comunica con la cocina, abro la puerta que divide ambas plantas y entro dentro. Me encuentro el salón nada más llegar. Es de color amarillo pálido con un sofá de cuatro plazas marrón oscuro, dos sillones color crema a ambos lados, una mesita pequeña de cristal que se encuentra junto al sofá y al televisor de plasma. Hay también una mesa grande de madera oscura con sus cuatro sillas en un rincón de la habitación y algunos cuadros con láminas de flores y paisajes. Veo también, una enorme pecera en el otro extremo del sofá llena de pececillos de colores. Nada de fotos familiares colgadas en la pared o de algún porta retratos. La música se sigue escuchando aunque, por suerte, con menos intensidad.

Atravieso el salón y me adentro por un pasillo largoy sin mucha luz donde me cruzo con tres chicas esperando delante de una puerta. Imagino entonces que éste debe de ser el cuarto de baño. Continúo mi camino por el pasillo y me detengo frente a una puerta abierta de madera de color cerezo. Me asomo por ella y veo que es la cocina. Es más larga que ancha, tipo pasillo, donde solo en un lateral de ella se encuentran colocados los muebles y los electrodomésticos. Otra puerta del mismo color se ve al fondo de la cocina. No veo a Álex aquí dentro. Hay dos chicos, bueno, lo de “chicos” es un decir porque ya son dos hombres hechos y derechos, de pie charlando frente a un plato lleno de patatas fritas y aceitunas negras y verdes encima de una mesa pequeña de madera blanca. Entro en la cocina. Ellos siguen con su charla sin inmutarse de mi presencia. Me acerco hacia donde están y les pregunto por Álex. Uno de ellos me dice titubeando y muy nervioso que se marchó de la cocina hace rato. ¿Por qué está tan nervioso? Solo he preguntado por Álex. Ni que le hubiera pedido que se case conmigo para que esté así. En fin, como no obtengo más información de por dónde puede andar ahora, decido quedarme aquí y prepararme un vaso de ron con limón pensando que más tarde lo buscaré por la fiesta. Mientras encuentro una botella de ron de entre todas las que hay sobre la encimera, los dos hombres se marchan, cogiendo antes el plato de patatas, las aceitunas y varias bolsas de palomitas y otros aperitivos que se encuentran a su paso. Me quedo sola en la cocina preparándome la bebida.

—¿Has visto a Álex? —levanto la cabeza y dirijo mis ojos hacia el lugar de donde procede la voz: La puerta.

Unos ojos azules como el zafiro me observan fijamente repasándome de camino todo el cuerpo descaradamente, lo que hace que me ponga algo nerviosa. Su mirada es penetrante e intensa. Nunca nadie me había inquietado tanto al mirarme así.

—No. Yo también le estoy buscando. Me ha dicho Marisa que lo encontraría en la cocina, pero he llegado y ni rastro de él. Si le veo, ¿quién le digo que lo busca?

—Su hermano.

—¡Ah! Su hermano —contesto muy sorprendida dejando la botella de ron en la encimera. No se parecen físicamente en nada, pienso—. Encantada de conocerte —digo esbozando una sonrisa. Siempre soy muy cortés a la hora de saludar a todo el mundo aunque me tachen de reservada o tímida, cosas que no son ciertas. Mi opinión es que soy muy prudente con los hombres y que me tomo mi tiempo al intentar relacionarme con ellos—. Cuando Álex me habló de su hermano pequeño pensé que se refería a uno más pequeñito.

—¿A un adolescentetal vez?

—Bueno, sí. Algo parecido.

—Siento desilusionarte por haber crecido un poquito. Y no lo digo porque le pase unos centímetros a mi hermano—responde él entrando tranquilamente por la puerta. A continuación, ladea levemente la cabeza y me sonrío. Dos pequeños hoyuelos aparecen en sus mejillas—. Nos llevamos un año y medio de diferencia. ¿Decepcionada?

—No, para nada —respondo observándolo detenidamente.

Bueno,eso de que le pasa unos centímetros es quedarse un poco corto si lo comparamos con el metro setenta y cinco de Álex. Calculo que el metro noventa, por lo menos, no se lo quita nadie. ¡Pero qué sonrisa más encantadora tiene! Muy, pero que muy sexy. Sobre todo cuando aparecen esos dos preciosos hoyuelos en su cara. Con esa sonrisa seguro que conquista a cualquier chica que se le ponga por delante. Tiene unos ojos azules oscuros muy bonitos. Brillan como dos auténticos diamantes. Nunca había visto unos ojos con esa tonalidad de azul. Sus pestañas son largas y negras. Negro como el azabache es también su pelo. Lo lleva cortado al uno por lo menos. Mandíbula cuadrada y... de su cuerpo, ¿qué puedo decir de su cuerpo? ¡Dios bendito! Es un hombre muy grande, pero muy bien proporcionado. Nada de músculos y abdominales tan extremadamente currados como los de Álex. Su complexión es mucho más suave y natural sin dejar de estar fuerte y tener el cuerpo recio. Tiene los hombros anchos y las caderas estrechas. Un cuerpo atlético con algo de carne para tocar y no solo músculos duros como los de Álex.

—Me alegro de oír eso. Me llamo Marcos. ¿Y tú?

—Soy India.

—India. Curioso nombre. Tienes una voz muy dulce, India. ¿Eres amiga de mi hermano? —pregunta él mirándome intensamente a la cara. Esa mirada tan intensa me está matando. Matando, hasta el punto de que empiezo a balbucear un poco cuando trato de responderle.

—Esto... Álex... Álex y yo estamos saliendo juntos. Bueno, en realidad todavía nos estamos conociendo. Sí, puede decirse que soy su amiga.

—¿Desde hace mucho?

—Pues... Pues le conozco desde hace tres semanas.

—Ah. ¿Seguro que sales con mi hermano? —pregunta él entornado los ojos.

—Sí, ¿por qué?

—No sé. Mi hermano suele salir con otro tipo de chicas —responde él sin tapujos.

—¿Y qué tipo es ese?

—Bueno, pues chicas mas... mas...

—¿Mas qué? —pregunto completamente intrigada por su respuesta. Mientras espero a que me explique esto, algo capta mi atención y la respuesta que me tiene que dar Marcos se queda en el aire. Dirijo la mirada hacia el lugar de donde procede el ruidito—. ¿Escuchas eso?

—¿Qué? No oigo nada.

—Sí. Ese ruidito continuo y fuerte. Como si alguien estuviera chillando. Antes no se escuchaba. Parece que viene deahí.

—¿Del lavadero?

—Eso creo.

—¡Ah, sí ahora looigo! —contesta él tranquilamente acercándose hacia donde estoy—. Ya sé quién hace ese ruido.

—¿Quién?

—Margarita.

—¿Margarita?

—Sí la mascota de mi madre.Es un loro gris de cola roja. Es una preciosidad. Es la

reina de la casa.

—¿Unloro? ¡Vaya! ¿Podría verlo?

—Claro. Margarita es muy sociable con todo el mundo. Te gustará.

—¡Qué bien! Nunca he tenido la oportunidad de ver un loro tan de cerca. Me encantan los animales. Lástima que a Álex no le gusten.

—Sí. Nunca le han gustado. Solo tolera a Margarita porque pasa la mayor parte del tiempo en la jaula. Es extraño que esté tan alborotada. Hace rato que la puse ahí dentro para que no se asustara tanto con todo el ruido de abajo. ¡Ven! Te voy a presentar a Margarita. Es muy educada. Ha aprendido muy rápido a hablar. Mi madre ha tenido mucha paciencia con ella. Está muy bien adiestrada. Creo que le vas a gustar a Margarita.

Abre la puerta con cuidado, entra y mira hacia el interior. Imagino que es tan sigiloso porque no quiere asustar, más de lo que ya está, al pobre animal. Estoy detrás de Marcos. Su cuerpo ocupa toda la entrada de la puerta. Sin llegar a entrar todavía en el lavadero, escucho la clara y chillona voz de Margarita parlotando sin descansar.

—¡... malo! ¡Fóllame más!...

—¡Joder! —murmura Marcos muy contrariado desde el marco de la puerta e intentando retroceder hacia atrás sin darse la vuelta. El choque con mi cuerpo le impide continuar—. Esto... Otro día te enseño a Margarita.

—Sí será mejor que nos vayamos. No quiero alterarla más —contesto bajito mientras le sonrío con picardía—. Parece ser que alguien está muy ocupado en estos momentos ahí dentro.

Marcos no me responde con una sonrisa de complicidad como yo espero. Se queda unos segundos mirándome sin moverse del sitio. Está muy serio. Esta actitud me extraña bastante, ¿por qué está tan callado y nervioso? Su enorme cuerpo me impide mirar hacia dentro cuando intento de puntillas alzarme para ver algo. Se sigue escuchando la voz alterada y chillona de Margarita.

—¡Chico malo! ¡Fóllame más!...

—¡Calla Margarita! ¡Maldito pajarraco! Juro que un día de estos te echo a la cazuela —grita una voz masculina desde el interior del lavadero.

—¡Calla Margarita!... —vuelve a repetir el loro sin dejarse amilanar por la amenaza.

—¿Álex? ¿Esa es la voz de Álex? —susurro desconcertada al reconocerle.

Marcos se apresura e intenta cerrar la puerta, pero soy más rápida y se lo impido colocando mis manos en la parte superior de la puerta y un pie en la parte inferior ejerciendo presión hacia el lado opuesto. Él insiste empujando mi pie hacia fuera y quitando mis manos de ella. Cuando lo consigue, se queda de pie, sin moverse ni un ápice, mirándome fijamente sin dejar de pasarse la mano por el pelo.

—Margarita está muy alterada. En otro momento la ves, India —vuelve a repetirme él sin moverse del sitio.

—Marcos, ya sé que Margarita está muy alterada. Eso lo he podido adivinar por los chillidos que está dando. ¿Con quién demonios está Álex ahí dentro?

—¡Ven conmigo! —contesta él mientras me coge la mano. Su intención es clara. Quiere alejarme de la puerta lo más rápido posible.

Al tocarme... ¡Dios mío! Una corriente eléctrica muy cálida circula por mi piel a una velocidad alarmante. Su contacto me hace... me hace... No sé que es realmente lo que me hace. Sólo sé que Marcos es puro fuego cuando siento su mano sobre la mía. Tiemblo de nuevo cuando la presiona para agarrarme mejor. Por unos segundos nos miramos perplejos y desconcertados por estas extrañas sensaciones. Desconecto de su mirada y vuelvo a la realidad.

—¡No! ¡Abre la puerta, Marcos! —replico muy enojada y contrariada por lo que nos ha sucedido hace unos segundos, soltándome de su mano rápidamente. Meto mi mano en el bolsillo delantero de mi pantalón instintivamente.

—No es una buena idea, India. Ven —insiste Marcos cogiéndome ahora la otra mano. Siento el mismo latigazo de calor cuando me toca—. ¡Suéltame! —protesto de nuevo mirándolo cada vez más enfadada. Marcos suspira exasperado y suelta por fin la mano metiendo las suyas en sus vaqueros. Me froto los dedos en la tela del pantalón mientras intento asimilar las sensaciones tan extrañas que siento cuando me toca y lo que está pasando ahí dentro con Álex.

—Está bien. Como quieras. Ya te he avisado —contesta él apartándose completamente de la puerta.

Respiro silenciosamente y con dificultad. Me vuelvo hacia la puerta del lavadero abriéndola con cuidado y temblando ligeramente. Me asomo por ella y entro despacio en la habitación sin alejarme de la puerta. Me quedo de pie sin poder respirar cuando, tras echarle una rápida ojeada a la habitación, mis ojos se paran concretamente en un punto. La parlanchina de Margarita continúa hablando fuerte desde su jaula. La jaula se encuentra colocada sobre una tabla de planchar en un rincón de la habitación. Lo sé porque los chillidos de Margarita suenan desde ese lugar. La poca luz que entra de alguna parte del exterior de la calle a través de la ventana que tiene el lavadero, ilumina a un cuerpo semidesnudo follando, porque esa es la palabra exacta de lo que está haciendo, a una chica que está encima de la lavadora. La máquina se traquetea al compás de ellos. Es Álex. Mejor dicho, es el cerdo de Álex. Con la verborrea de Margarita y los gritos y jadeos de la chica, ni se ha enterado de que la puerta se ha abierto por segunda vez. Está de espaldas a ésta, no me puede ver y sigue follando con energía. Tiene el pantalón bajado hasta los tobillos y el culo al aire. Sus manos la sujetan con fuerza. No le puedo ver la cara a ella porque el cuerpo de Álex me lo impide. Tan solo puedo ver que tiene los brazos en el cuello y que las piernas están agarradas a su cintura. Ellos continúan con lo suyo como si nada. Embistiendo él con precisión y ella jadeando y gimieando como una posesa de placer mientras que el loro sigue parlotando sin parar. Mi silenciosa presencia no ha inquietado para nada a Margarita, la cual continúa gustosa con la verborrea que ha aprendido esta noche. Seguro que a sus dueños les va a encantar escuchar todas estas nuevas palabritas cuando regresen de Madrid.

—¡Sí, así nena! ¡Joder, qué coñito tancaliente tienes! —exclama Álex totalmente cachondo y excitado. El tono de su voz y sus palabras así me lo confirman.

—¡Fóllame más rápido! —suplica ella entre jadeos—. Quiero... quiero tu polla hasta el fondo Álex.

—Y la vas a tener, nena. Ya lo creo que la vas a tener. Toda para ti—contesta él tras dar un arremetida y jaderar al mismo tiempo. Sus caderas se mueven una y otra vez—. ¡Córrete, nena! ¡Vamos córrete! No voy a dejar de follarte hasta que te corras de una puta vez. Me estás matando.

Me quedo mirando unos minutos o al menos es lo que creo que han pasado, ya que el tiempo parece haberse detenido en este instante, mientras observo y escucho completamente muda y absorta la escena que tengo delante. Me encuentro tan paralizada que no puedo ni mover los pies del suelo. El nudo en mi garganta no me permite ni siquiera respirar. El corazón me palpita aceleradamente. Las palabras tan explícitas en un acto tan íntimo me han desconcertado completamente. Nada de palabritas románticas. No, aquí se habla alto y claro. Sin tapujos. Reconozco que es una escena bastante... No sé cómo describirla. No encuentro la palabra adecuada para ello. Reconozco que pillar in fraganti y semidesnudo a “mi supuesto amigo con derecho a roce” con otra persona es algo muy incómodo y sobretodo de muy mal gusto. Sé que con las tres semanas que llevamos saliendo juntos es imposible que se formen sentimientos profundos entre nosotros como para sentirme una mujer terriblemente despechada a la que le han roto el corazón por otra chica, pero no quita el hecho de que me molesta mucho el verlo así porque en estos momentos me doy cuenta de lo

poco que me respeta Álex y de lo poco que han significado para él nuestros encuentros en estas semanas.

Reacciono del trance en el que estoy sumida y salgo de allí cerrando la puerta. Nada de portazos. No. La cierro suavemente y todo hay que decirlo, como puedo, porque hasta para cerrar la puerta me tiemblan las manos. Me doy la vuelta y me quedo frente a Marcos mirándolo sin saber que decirle. Me he quedado estupefacta, sin palabras. Es un defecto que tengo. Me quedo en blanco ante situaciones impactantes que me cogen por sorpresa y que me hacen daño o cuando alguien me grita muy alto y me pilla desprevenida. Cuando ocurre esto, nunca respondo gritando ni suelo hablar. Me quedo en blanco literalmente sin saber cómo reaccionar ante los demás durante un ratito hasta que se me pasa. Lo que si hago es irme y refugiarme en algún sitio para tranquilizarme y reflexionar sobre lo ocurrido. No lloro, ni me gusta hacer escenas en público para llamar la atención o para desfogarme de la tensión. Nada de gritos ni de palabras fuera de tono. Siempre soy muy civilizada en ese aspecto. Eso no significa que me dé igual, lo que pasa es que no consigo reaccionar como es debido. Ya he visto con mis propios ojos lo que tanto me temía. Desde este momento se terminó mi relación con Álex. ¡Cerdo, cerdo, más que cerdo! En el fondo, hasta me alegro de haber presenciado semejante escena. Ahora ya tengo muy claro cómo es realmente Álex y lo que pretendía conmigo: Pasar el rato. Me alegro de que no haya sido él quien me haya quitado mi virginidad para después tratarme de este modo tan humillante, pero ¿cómo he podido ser tan ciega y tan tonta? En ningún momento he visto señales que me dieran alguna pista sobre la clase de hombre que es en realidad Álex o sí lo ha hecho y no he prestado la suficiente atención cuando me las transmitía. No recuerdo nada de señales o pistas. ¡Ay! No sé. Entonces, ¿todo lo que Álex me ha mostrado en estos días es una fachada? ¡Maldita sea! Estoy bastante oxidada cuando me topo con situaciones como esta. Tanta paranoia buscando a mi príncipe azul y comiéndome el coco con que soy un bicho raro por no sentir “palpitaciones y temblores en el cuerpo” mientras que él me la pega con otra sin pensárselo dos veces y sin sentir todas esas estupideces romanticonas con las que me he pasado la vida soñando. Tengo que dejarme de tantas tonterías y empezar a fornicar más porque así no voy a llegar a ninguna parte.

Salgo de la cocina con prisas y con ganas de respirar aire puro porque estoy empezando a agobiarme con todos los pensamientos que se me han arremolinado en segundos en mi cabeza. ¡Quiero irme a casa ya! Marcos me sigue sin decir nada. Cuando llego a la puerta que da acceso a la cochera, él me sujeta el brazo para que me detenga. Otro calambrazo y una punzada de calor me atraviesa el cuerpo. Nos miramos desconcertados. Retira rápidamente su mano sin dejar de mirarme. Ha tenido que sentir lo mismo que yo. Seguro. Su mirada me está haciendo polvo por dentro.

—India, salgamos por la puerta principal. Vamos a dar un paseo. Estas muy nerviosa. No paras de morderte el labio. Te lo estás destrozando.

Sí, ese es otro de los síntomas que tengo cuando algo no marcha bien o cuando me pongo muy nerviosa. Me muerdo sindarme cuenta el labio inferior con fuerza hasta hacerlo sangrar.

—No quiero ir a pasear. Me voy a casa, gracias —respondo muy enfadada. Ahora no quiero hablar de nada ni de nadie y Marcos no para de mirarme y de intentar conversar conmigo. Me está mosqueando.

—No deberías marcharte en estas condiciones. Podemos hablar un poco si quieres desahogarte. ¿Has venido en coche?

—No, he venido en autobús —contesto secamente—. Tengo el coche en el taller. Esto... No me apetece hablar con nadie ahora, Marcos. Me voy a casa.

—Está bien, India, no hablaremos de nada si no quieres, pero así no te voy a dejar

marchar. Relájate un poco antes. Podemos dar un paseo por el parque. Te sentará bien —dice, abriendo la puerta principal de la casa y cogiéndome de la mano sin intención de soltarme.

—¡Vale, pero suéltame!—protesto exasperada cuando vuelve a cogerme otra vez la mano. ¡Vaya manía que tiene con mis manos! Cada vez que lo hace me aturrullo más. Su contacto me bloquea completamente. El calor que desprende su mano me está volviendo loca. ¡Maldita sea! Creo que la novela que he leído sobre ángeles caídos con super poderes me ha dejado más pillada de lo que pensaba y ahora tengo alucinaciones cada vez que él me toca. Tranquila, India, me digo, tranquila. No te alteres ahora—. ¡No me voy a escapar, ni voy a hacer ninguna locura! No merece la pena perder la cabeza por tu miserable y despreciable hermano. No soy tan irracional como para hacer cualquier tontería.

—Eso me ha parecido a mí cuando te he visto en la cocina hace un rato. He tenido la impresión de que eres una persona muy sensata e inteligente. Físicamente y por tu forma de hablar, sabía que no eres el tipo de chica con las que suele salir últimamente mi hermano. Y me extraña que estés con él.

—¡Fáciles! A eso te referías antes, ¿no? ¡Ese es el tipo de chicas que le gustan al energúmeno de tu hermano!

—Bueno, podríamos decir que sí.

—Pues conmigo se ha equivocado por completo.

—¡Mi hermano es un imbécil! Hasta hoy, que yo sepa, nunca ha tenido la intención de salir en serio con nadie. Me ha sorprendido mucho que lleves tres semanas saliendo con él sin darte de largas. Esto... Mira India, si te soy sincero, él no dura más de una semana con la misma chica. Desde hace un año se comporta de esta forma. Antes no era así. Te lo aseguro. Creo recordar que salía con una tal María y que iba muy en serio con ella. No sé lo que les pasó para que rompieran. Tuvo que ser algo muy gordo para que él cambiara tanto. En fin, desde entonces éste es el nuevo Álex. Perdona que te lo pregunte porque sé que es algo muy personal, pero creo, si no me equivoco, que si lleváis tres semanas juntos es porque todavía no se ha acostado contigo, ¿verdad?

—Ehhh... No te voy a contestar a eso—contesto avergonzada por ser tan directo y poco discreto al abordar ese tema.

¿Desde cuándo se hacen esas preguntas a la gente? No le conozco de nada para que me pregunte algo tan íntimo. ¡No me lo puedo creer! ¿Y por qué es tan sincero conmigo contándome todo esto? ¡Maldita sea! No quiero hablar con nadie en estos momentos y él no para de hablarme y de preguntarme sobre temas personales. ¿Qué intenta hacer? ¿Quiere que me desahogue hablando? No voy llorar. Si espera ese tipo de desahogo se puede quedar de pie toda la noche esperando porque nunca lloro delante de nadie. En fin, a pesar de la preguntita, hasta tengo que darle la razón a Marcos. El muy cerdo ha estado tres semanas saliendo conmigo para conseguir su objetivo: Acostarse conmigo para desecharme después como un pañuelo de papel. Si nos hubiéramos acostado la primera semana, seguro que a la segunda me habría dicho eso de “Hasta luego Lucas”.

—Lo entiendo.

—Es curioso que hables así de tu hermano. Se supone que le deberías defender a pesar de cómo me ha tratado esta noche. Tú tampoco tienes muy buen concepto de él, por lo que veo.

—Mi hermano y yo somos dos mundos completamente diferentes. Que te quede claro que no me gusta cómo actúa con las chicas. Desde que trabajamos juntos hay una regla muy importante que seguimos al pie de la letra: “Trabajar juntos, pero sin meternos en la vida sentimental de ninguno”. No quiero tener problemas con él por ello. A pesar de esta regla, puedo tener mi propia opinión al respecto, ¿no? y no lo pienso defender porque sea mi hermano. Si te ha hecho daño, eso es algo que no se puede

cambiar por mucho que sea mi hermano. Te digo que ninguna le ha durado tanto tiempo como tú y que todas han terminado muy cabreadas con él. Más de una le ha montado un buen pollo cuando él les ha dado de largas sin ninguna explicación. Otras le han acribillado por el móvil. Ha cambiado varias veces de número por ello. Sé todo esto porque Nicolás me lo ha dicho.

—¿Nicolás, su mejor amigo te ha contado eso? ¡Qué raro!

—Por muy buenos amigos que sean, a Nicolás tampoco le gusta la actitud que últimamente está adoptando mi hermano con las mujeres y se ha mosqueado muchas veces con él. Quiere que siente la cabeza de una vez por todas. Tiene ya treinta y dos años. Ya no es un adolescente para comportarse así. Me lo ha contado porque ya no sabe cómo ayudarlo y quería mi opinión. Le disgusta verlo tan perdido. Intuyo que él sabe lo que pasó entre mi hermano y esa chica. Nicolás nunca me ha comentado nada sobre ello ni yo le he preguntado, así que no le puedo ayudar demasiado si no suelta un poco más de información. No voy romper el trato que mi hermano y yo tenemos acordado. No quiero líos con él. También me ha dicho, que la nueva chica con la que sale mi hermano —y me señala con el dedo— le cae muy bien y que a Marisa también. Nicolás tenía la esperanza de que mi hermano dejara de comportarse como un adolescente alocado estando contigo. Pensaba que tú le cambiarías poco a poco porque piensa que eres una tía muy legal y que vas con muy buenas intenciones, pero después de lo que ha pasado esta noche, se ve que mi hermano no piensa igual.

—¡Vaya! No sabía que Nicolás pensaba eso de mí. Es curioso, pero tenía la sospecha que era justamente lo contrario. Pensaba que no le caía bien. No sé. Tampoco es que haya hablado mucho con él. En fin, ¡esta noche estoy muy sorprendida con todo lo que me estás contando!

—Yo no. Ahora que te he visto, sé por qué a ellos les caes bien. Nicolás es muy bueno juzgando a la gente y casi nunca se equivoca. Te lo aseguro. Lo que más me extraña es que no te hayas dado cuenta de las intenciones de mi hermano.

—Por lo que se ve no soy muy buena juzgando a las personas. Hasta hoy pensaba que sí lo era, pero después de lo que he visto y de lo que me has contado se ve que no. También puede ser que él ha sido tan buen actor conmigo durante todo este tiempo que me ha hecho creer lo que no es engatusándome con su carita de niño bueno y su labia. Sé que somos muy diferentes en lo que a gustos se refiere, pero no me imaginaba que lo único que le gusta a tu hermano es picar de flor en flor sin querer nada serio.

—Así es Álex. Vive al día y sin compromisos. Por lo visto no quiere asentar la cabeza todavía. Prefiere seguir disfrutando de su soltería todo lo que pueda antes de que le pillen. Tú ya me entiendes.

—¡Vaya con tu hermanito! Esta noche me estoy llevando muchas sorpresas. Demasiadas, diría yo. Tres semanas con él y pensaba que le conocía un poquito y en una sola noche me entero de que no le conozco en absoluto. Mira, ¡tu hermano y sus amigos se pueden ir a freír espárragos! Desde el primer día que salí con todos ellos, no entré con muy buen pie que digamos en el grupo y sé a ciencia cierta de que no les caigo bien a ninguno. De todos ellos solo me cae bien Marisa, bueno y ahora que me lo has comentado, también Nicolás. En fin, ahora ya sé de qué pie cojea tu queridísimo hermano y por qué era tan amable conmigo.

—Por lo que sé, todos sus amigos son así. Salvo Nicolás que lo conozco bastante bien porque trabaja conmigo y es muy buena persona, al resto a penas los conozco. Nicolás y Álex se conocen desde que eran pequeños. ¿Sabías eso no?

—Sí. Marisa me lo dijo.

—Por Nicolás sé también que Álex no está metido en nada raro. Tú ya me entiendes. Este cambio, pienso que se debe más a problemas sentimentales.

—¿Sentimentales? Puede ser. Sé que no les caigo demasiado bien al grupo, pero

aparte de eso, no he visto nada anormal las veces que nos hemos reunido. Bueno, pues sea ese el motivo o no, sigue siendo un cerdo sin escrúpulos. ¿Has dicho que Nicolás trabaja contigo en el taller de mecánica? —pregunto sin dejar de pensar que tanta cháchara ha hecho que los nervios y el enfado tan grande que tenía se hayan aplacado considerablemente desahogándome sin darme cuenta con Marcos.

—Sí. Soy su jefe. Monté el taller hace seis años y desde entonces los tres trabajamos juntos.

—¡Ah! ¿Entonces eres el dueño del taller?

—Bueno, más o menos. El local sigue siendo de mis padres, pero tengo la gran ventaja de que no pago el alquiler. Lo monté y a partir de ahí, mi hermano me ha ayudado muchísimo en levantarlo y en convertirlo en lo que es ahora. Él conoce a mucha gente y eso le ha venido muy bien al negocio.

—¡Ah!

—Sabes, hay otra cosa que me tiene bastante sorprendido y confuso. Es extraña tu reacción. Ni siquiera le has montado ningún escándalo cuando has visto... Bueno, ya sabes... cuando has visto a mi hermano muy ocupado en el lavadero. No lo digo porque no se lo merezca, no, pero esa reacción no me la esperaba. Pensaba que te ibas a poner a gritarle como una loca poniéndole verde. Por eso no quería dejarte pasar. Temía lo que pudiera pasar.

—No suelo reaccionar nunca así delante de nadie y menos en sitios públicos.

—¡Ah! Esto... siento lo que ha pasado esta noche.

—No quiero hablar ahora de eso. Además no es culpa tuya que tu hermano sea un HDP.

—¿Un qué?

—Un HDP. Un hijo d... ¡Oh! Lo siento, no quiero ofender a tu madre, la pobre no tiene culpa de nada.

—No te preocupes, te he entendido perfectamente.

—Mira... Creo... No quiero seguir hablando de este tema. Me encuentro bastante aturrida al recibir tanta información de golpe esta noche. Tengo que procesar todo esto con más detenimiento. Normalmente y aunque no lo creas, nunca hablo cuando estoy tan nerviosa y menos después de lo que he visto esta noche en casa de tus padres. Esta es una excepción muy rara.

—¡Ah, sí! No me había dado cuenta de ello. No has parado de hablar en toda la noche. Ni siquiera me has dejado intervenir en la conversación un poquito—afirma él con cierta burla en su voz, tratando de hacerme sonreír un poco. No lo consigue porque sigo con los ánimos muy bajos. Necesito más tiempo para asimilar todo lo que ha pasado.

—Tú mófate de mí todo lo que quieras, pero te aseguro, lo creas o no, que así es.

—Te creo. Solo intentaba que te relajaras un poco.

—Gracias por intentarlo. Sigo todavía muy nerviosa. Estoy pensando que voy a darme esa vuelta por el parque. Necesito despejarme la cabeza.

—Me parece bien. Te acompaño.

Una vez dicho esto, nos quedamos los dos en silencio y comenzamos a caminar por la acera en dirección al parque. De lo único que tengo ganas es de que el aire fresco de la noche y unos momentos de silencio me aclaren las ideas y me relaje los músculos del cuerpo. Sigo tensa, aunque menos que antes. Sé que he seguido mordéndome el labio porque me duele a rabiar cada vez que me paso la lengua por él. La compañía de Marcos, sinceramente, me está gustando, todo hay que decirlo. Con él me encuentro... ¿Cuál sería la palabra adecuada? Segura. Sí, esa es la palabra. Segura y... cómoda. Sí, esa también. Ahora que hemos hablado un poquito más y no ha vuelto a tocarme, me siento menos inquieta a su lado. Me reconforta su presencia. Me siento muy viva por dentro cuando me mira de esa forma tan intensa. Tengo la sensación de que los

dos conectamos muy bien. Esa voz profunda y tan maravillosamente sexy y masculina me derrite por dentro cada vez que lo escucho de hablar. ¿Será que me siento atraída por él y por eso mi cuerpo reacciona así cada vez que me toca? No lo sé. Lo que sí sé con certeza es que es muy educado, atento y considerado. Vamos, todo un caballero. Aunque, pensándolo mejor, por muy educado que sea no debo fiarme de él. No le conozco de nada. Espero que no me esté tomando el pelo como ha hecho su queridísimo hermano siendo amable y cortés conmigo, porque si es así se va a llevar un buen chasco. Puedo caer una vez en la trampa, pero dos veces, me temo que no. Ya he tenido por esta noche suficiente ración de humillación y me niego a que me vuelvan a tratar de ese modo otra vez.

3.El parque

Llegamos al parque y durante quince minutos, más o menos, permanecemos callados y ensimismados en nuestros pensamientos. Bueno, yo sí que me encuentro ensimismada en mis pensamientos. Con respecto a él, ignoro si lo ha estado o no. Sigue muy silencioso y no se despega de mi lado mientras caminamos. Ya me encuentro mucho mejor con el paseo que estamos dando. El aire frío de la noche me ha aliviado los nervios del cuerpo y tengo las ideas más claras.

El parque no es muy grande, así que, nos sentamos en uno de los bancos de madera que hay junto a una pequeña fuente. La fuente tiene en el centro una estatua blanca. Del interior de la boca de la estatua sale un chorro hermoso de agua. El sonido del agua es relajante. Un soplo de viento hace que me entre frío. El jersey que he traído no me abriga lo suficiente y se me ponen los vellos de punta cada vez que muevo los brazos. Meto las manos en los bolsillos del pantalón para entrar un poco en calor.

—Toma mi cazadora. Tienes frío.

—No te molestes, gracias.

—¡Venga! Cógela. No tengo frío. Llevo otro abrigo debajo —insiste él mientras se la quita y me la pone sobre los hombros. Rápidamente meto las manos en las mangas de la cazadora y me apretujo en ella para entrar en calor. Me queda enorme, pero con el frío que tengo esto es lo de menos.

—Marcos, ¿por qué pierdes el tiempo conmigo y por qué me has contado todo eso? ¡Podrías estar en la fiesta pasándotelo muy bien con tus amigos! —digo sin poder callarme lo que tanto tiempo me llevo preguntando desde que hemos salido de casa de sus padres.

—¿Quieres saber por qué estoy contigo?

—Sí. Ya me he dado cuenta que no te andas por las ramas cuando quieres decir algo, así que te pido que me digas la verdad. No estoy de humor para que me cuentes mentiras.

—Bien. Estoy contigo, en primer lugar, porque como ya te he dicho antes, me caes muy bien. En segundo lugar, porque esa no es mi fiesta ni mis amigos. No me gustan este tipo de fiestas. La música es pesada y machacona y la gente está tan apretujada bailando que no se pueden ni mover. Eso no va conmigo. Este tipo de fiestas son más del estilo de mi hermano. Y en tercer lugar, porque ahora mismo no tengo nada mejor que hacer que pasear contigo tranquilamente y disfrutar del silencio de la noche.

—Yo pensaba que te habían invitado a la fiesta.

—No. No he venido a casa de mis padres para ir a la fiesta. No sé si sabrás que ellos están de viaje.

—Bueno, algo de eso dijo Álex en la cafetería el otro día.

—Ellos se han ido esta mañana para Madrid y no me han dicho nada sobre ninguna fiesta, por lo que tengo la impresión de que mi hermano la está celebrando por su cuenta. Mi madre me ha dejado al cuidado de Margarita y de la pecera mientras visitan a mis tíos. Los loros son aves muy sensibles que necesitan que se les preste mucha atención y cariño. Margarita está acostumbrada a la presencia de mis padres y si no ve a nadie durante estos días por la casa que le hable y le muestre cariño, puede alterarse bastante y deprimirse. Así que me he pasado por aquí para estar un rato con ella y al llegar me he encontrado con todo este lío montado. He puesto a Margarita en el lavadero para que esté más tranquila y después he estado buscando a mi hermano por todas partes para hablar con él.

—Entonces, ¿no vives con tus padres?

—No. Me he independizado hace poco, en realidad hace una semana. Ahora tengo mi propia casa y mi propia vida. Todavía no me acostumbro a la idea. Estoy amueblando poco a poco la casa, pero vivo allí definitivamente. Me resulta raro estar solo en ella.

Bueno, hablemos de ti. ¿De qué conoces a mi hermano?

—Bueno, pues lo conocí en tu taller, ahora que me has aclarado que te pertenece. Se me estropeó hace cosa de tres semanas el coche y mi cuñado Raúl me recomendó que lo llevara allí.

—¿Raúl? Sólo conozco a un Raúl entre mis amistades. Raúl González. ¿Es ese?

—Sí, el mismo. Es el marido de mi hermana Laura.

—¡Vaya, qué casualidad! Nosotros le llamábamos R.G. Nos conocemos desde el colegio. Repitió curso y cayó en mi clase. Bien, a lo que íbamos, así que conociste a mi hermano en el taller.

—Sí. Álex fue muy simpático conmigo. Hablamos un rato ese día y antes de irme me pidió el teléfono para quedar. Me llamó el día siguiente y a partir de ahí comenzó todo.

—¡Ah! Una cosa sí que tengo que reconocer, que quede claro, a favor de mi hermano. Álex es muy agradable y abierto con todo el mundo, independientemente de que vaya a su bola con las chicas. Suele caer muy bien a la gente. Sobre todo a los niños pequeños.

—Lo estás defendiendo.

—No es que lo defienda, es que él es así en realidad. Si quitas el tema “chicas”, Álex es muy buena persona, te lo aseguro. Su humor es muy contagioso, tú ya lo habrás podido comprobar cuando has estado con él. Por eso hay tan buen rollo entre los tres en el taller. Nos entendemos perfectamente.

—Sí, eso es cierto. Su sentido del humor es único. De todas maneras sigue siendo un HDP —replico haciéndole saber que su hermano no se libra de lo que me ha hecho esta noche.

—Estoy de acuerdo. Es un HDP—confirma, esbozando una pequeña sonrisa.

—Esto... quizás deba irme ya. El último autobús ya ha pasado, así que llamaré a un taxi para que me recoja.

—Me has dicho que tenías el coche en el taller, ¿no?

—Sí, en tu taller.

—¿Qué le pasa?

—Bueno, pues además de que le hace falta un cambio de aceite, hay otra cosa muy rara que se le ha estropeado. No me preguntes qué es porque no recuerdo como lo llamó Álex.

—Vale no te lo preguntaré. No te he visto nunca por el taller.

—Bueno, quizás sea porque el día que conocí a tu hermano estabas fuera del taller. No lo sé, la verdad. Al día siguiente no pude recoger el coche porque estaba en cama resfriada y ayer por la tarde no me viste porque lo llevó de nuevo mi cuñado Raúl. No me daba tiempo acercarme al taller. Tenía en el colegio una reunión con los padres de mis alumnos.

—¿Eres profe?

—Sí. Profesora de Preescolar en el colegio “López Jiménez de Alarcón”.

—¡Vaya! No te aburrirás en todo el día con los pequeños.

—No. La verdad es que cuando estoy con ellos el aburrimiento no existe en mi jornada de trabajo. Siempre hay algo con lo que reírse o con lo que gritar a lo largo del día. En el fondo son unos niños muy buenos.

—¿El coche que has dejado en el taller es por casualidad un “Ibiza” azul oscuro con dos pegatinas grandes de “Hello Kitty” en el cristal de la ventana y varios peluches en la parte trasera?

—Sí. Bueno, no son míos —contesto muy azorada por la descripción tan exhaustiva de mi coche—. Lo de las pegatinas y los peluches son cosas de mi sobrina. Siempre que se monta en él lo llena todo de muñecos y de todo aquello que se le ocurre. Aunque vaya en el asiento trasero atada, no sé cómo se las arregla para dejarme el coche en esas condiciones —Marcos sonrío. Tiene una sonrisa preciosa y muy seductora. Le

estoy dando demasiadas explicaciones, lo sé. Eso es porque me inquieta que me mire tan fijamente.

—Si lo llevaste el viernes por la tarde, puede que el lunes, a última hora del día, esté listo. Antes es imposible. Tenemos bastante trabajo esta semana, pero si te hace muchísima falta, le echo un vistazo en cuanto llegue de almorzar...

—No, no quiero que te molestes. No me importa esperar hasta el día siguiente si es necesario. Puedo irme al trabajo en autobús. Ya me había hecho a la idea de que tardaría en recogerlo. Ya me dijo el energúmeno de tu hermano que teníais mucho trabajo y de que los sábados solo trabajabais hasta el medio día, por lo que es imposible que estuviera arreglado para el lunes, así que, no esperaba contar con el coche hasta el martes por lo menos.

—No es ninguna molestia. Será todo un placer. Lo tendrás arreglado para el lunes por la tarde. Pásate a última hora —responde él amablemente mientras me mira fijamente los labios. Me pongo tensa con esa mirada de deseo en sus ojos.

—Ehhh... Bueno, pues gracias. Bien, pues...

—¿Quieres irte ya? Te estás mordiendo el labio de nuevo y tienes sangre en él —dice acercando un dedo a mi labio herido sin llegar a rozarlo. Sus ojos siguen fijos en mi boca.

—Síme voy. Esto... Cada vez hace más frío y tú te vas a quedar congelado si no te doy la cazadora —respondo incómoda mientras me incorporo rápidamente del banco y me quedo de pie. Él se levanta y se queda frente a mí.

—No te preocupes por eso. Venga te llevo a tu casa.

—No hace falta. Llamo un taxi para que me recoja.

—Venga, vamos. Deja que te acerque a tu casa.

—De verdad. No hace falta que te molestes. Ya has hecho mucho por mí esta noche

—insisto mientras saco nerviosa el móvil del bolso para llamar a un taxi. Me tiemblan un poquito las manos.

—Como quieras, pero no es ninguna molestia. Lo digo en serio. Déjame llevarte.

—No. De verdad. Mira, ya he encontrado el número —respondo mientras pulso el botón rápidamente y espero a que me contesten al otro lado de la línea.

Le pregunto a Marcos como se llama el lugar donde me encuentro pararle las señas al taxista para que pueda venir a recogerme. Él no insiste más porque ha entendido claramente que no quiero que me lleve en su coche. Termina de hablar por el móvil y nos vamos caminando hacia la salida del parque para esperar la llegada del taxi.

—Marcos, gracias por todo.

—De nada. El lunes a última hora lo tienes listo.

—Yo... Yo creo que no iré a recogerlo. Intentaré mandar a alguien. Es que no quiero ver a Álex.

—Bien. Si quieres puedes recogerlo a partir de las siete. Álex termina a esa hora de trabajar. Mañana me quedo más tarde porque tengo que revisar algunas cosas en la oficina. Te espero a partir de esa hora.

—Pues... No sé.

—Álex no va a estar. Te lo aseguro. De todas formas, vengas o no, algún día tendrás que hablar con mi hermano sobre lo que ha pasado esta noche.

—Tal vez lo haga. No lo sé. La verdad es que lo que menos ganas tengo es de hablar de eso con él. A partir de ahora no quiero saber nada de tu hermano. Nuestra relación ha terminado.

—Como quieras, pero te aconsejo que cuanto antes resuelvas las cosas con Álex, mejor será para los dos. Habla con él. Es curioso, pero eres la única, hasta hoy, que se le ha resistido tanto. Mi hermano puede llegar a ser muy persistente cuando se lo propone si no ha conseguido lo que quiere. No sé lo que le has hecho, pero contigo lo ha tenido muy crudo por lo que veo. Ha insistido en acostarse contigo, ¿verdad?

—Ehhh... —me vuelve a preguntar Marcos. Es la segunda vez en esta noche que lo hace. Por lo que veo tiene mucho interés sobre este tema. Intento decirle algo, pero me he quedado sin palabras.

—Lo siento. Me he vuelto a pasar. No es de mi incumbencia. A veces no me doy cuenta de lo directo que soy con la gente. Puedes cerrar la boca, India —murmura tocándome los labios suavemente—. Te he vuelto a dejar bloqueada, ¿no?

—Sí, la verdad es que sí.

Nunca me he visto en este tipo de apuros con nadie. Al menos es sincero conmigo y dice todo lo que piensa. Eso me gusta. En todo el tiempo que hemos estado conversando, la impresión que tengo de él es que, obviamente, es muy directo, que tiene los pies muy bien puestos en la tierra, que sabe lo que quiere, que es muy claro al tratar los temas delicados, nada sutil al mencionarlos, todo hay que decirlo, resuelto al hablar y muy seguro de sí mismo, además de ser tremendamente atractivo. Bueno, tengo que decir que los dos hermanos son muy atractivos, pero Marcos tiene algo especial que me atrae mucho más. Con el que noto más conexión o atracción, vete tú a saber lo que puede ser de las dos cosas, que con Álex.

Novia. Esa palabra también la he tenido en la mente durante toda la noche y no me he atrevido a preguntarle nada al respecto. Seguro que tendrá una novia por ahí. Aunque, pensándolo mejor, no creo que tenga ninguna porque de ser así no estaría ahora conmigo y sí con ella, claro. Tiene que estar soltero. Que quiera compromiso o no, esa es la cuestión que me tiene tan intrigada y que me sigo planteando mientras le miro de reojo. Un hombre como él debe de tener las chicas a porrillos. Medito un poco más todas estas dudas que circulan por mi cabeza y llego a la conclusión de que tengo a mi lado a un hombre muy atractivo, el sueño de cualquier mujer y que los dos estamos charlando en un parque muy pequeño y triste y sobre todo, pasando un frío que pela.

—El taxi ya viene por ahí —confirmo, señalando hacia la carretera.

—Sí. Entonces, ¿te espero el lunes por la noche?—pregunta Marcos esperanzado con las manos metidas en los bolsillos del pantalón vaquero sin dejar de mirarme con esos increíbles ojos azules como el zafiro derritiéndome todo el cuerpo por dentro.

—Ehhh... Bien. Supongo que... Bueno, sí... allí estaré —balbuceo muy indecisa.

El hecho de ir a recoger el coche el lunes por la noche y encontrarme con él a solas en el taller no me hace ninguna gracia. No es que no quiera verlo, no, él me agrada mucho, lo que pasa es que toda esta situación me parece muy rara ya que todavía no me he sobrepuesto totalmente sobre lo que me ha pasado esta noche con Álex y no tengo la menor idea de cómo voy a abordar este tema con él.

—Buenas noches, India. Te espero el lunes entonces.

—Sí. Buenas noches.

Nos quedamos los dos mirándonos sin saber qué hacer para despedirnos y al final él se decide y me da un suave beso en la mejilla cerca de la comisura de los labios. El beso que me da, me aturde un poco. Bueno, no es que haya sido un beso glorioso y apasionado, pero reconozco que me ha descolocado bastante. Me gusta la calidez de sus labios en mi piel y el olor que desprende su cuerpo. Me siento atraída por Marcos, lo reconozco. Hay algo en él que me atrae, que me atrapa como las abejas a la miel. Me estremezco un poco cuando lo pienso. Definitivamente pienso, que la última novela romántica que he leído ha hecho mella en mi cerebro y me ha desgastado las pocas neuronas que me quedan.

Le devuelvo la cazadora con mucho pesar porque estoy muy calentita dentro de ella. Mi jersey ahora huele a Marcos. Huele a una fragancia de hierbas intensa y cálida que no logro identificar. El taxi llega y se para cerca de nosotros. Me subo en él y me despido de Marcos con la mano. A continuación, le indico la dirección de mi casa al taxista. Durante el trayecto miro el móvil. Álex me ha llamado dos veces y me ha mandado varios mensajes. Como tengo el móvil en modo silencio no me he percatado de nada.

Ni me planteo devolverle la llamada y ya menos un mensaje. No me apetece hablar con él ahora. No sé qué decirle, aunque lo más sencillo es ir directamente al grano, como hace Marcos y dejar las cosas solucionadas y claras. Decido aplazar la conversación con él para otro momento porque no sé cómo comentárselo cuando le vea. También tengo un mensaje de Marisa. Está preocupada por mí porque no me ha visto más en la fiesta desde que subí a la cocina. A ella sí que le voy a mandar un mensajito para decirle que estoy bien, que no se preocupe y que me he tenido que ir a casa pronto.

4.El taller

El lunes por la tarde, a eso de las ocho, decido ir personalmente a recoger el coche. Después de haberme tirado todo el domingo pensando cómo hablar con Álex para decirle que hemos terminado, sigo sin decidirme si hacerlo por el móvil, mandarle un mensaje o decírselo cara a cara como deben de hacerse estas cosas. Es que verlo follando con una chica en el lavadero me ha quitado la imagen tan buena que tenía de él. Ha dejado un sabor muy amargo en mis pensamientos. No es que el trasero que vi no fuera estupendo, no, lo que pasa es que no es agradable encontrarse a mi supuesto “amigo con derecho a roce” con otra persona. Sigo pensando, que lo mismo si no le llamo nunca y no le cojo el teléfono cuando me llame, puede que se dé por vencido y piense que ya no me interesa salir más con él y así me ahorro de darle explicaciones. ¡No, India, no! Esa no es una solución muy sensata porque estarás huyendo del problema todo el tiempo o como dice mi madre “escondiendo la cabeza bajo el ala” para no hacerte cargo de la situación. Así que, como no me decido todavía, lo sigo aplazando sin contestar a sus llamadas y me dirijo en autobús hacia el taller.

El taller se encuentra en la Calle “Rosalía de Castro”. Es una calle sin salida. Se encuentra entre una ferretería y una guardería infantil haciendo esquina. Tiene un hermoso rótulo donde dice “Talleres Marcos”. Así de simple. Como había estado hace poco aquí, me acordaba donde se ubicaba la calle y el taller. Este tiene dos puertas grandes de color azul oscuro. En una de ellas hay una puerta más pequeña. Todas están cerradas. Yo esperaba, al menos, encontrarme la puerta pequeña abierta. Me detengo frente a ella y pienso que quizás se haya ido para su casa, pero no lo creo porque me dijo que me esperaba en el taller. En tal caso me hubiera llamado al móvil para avisarme ya que el primer día que visité el taller, si mal no recuerdo, di todos mis datos al cerdo de Álex. No hay timbre en la pared, así que busco la siguiente alternativa: llamarlo al teléfono del taller para saber donde se encuentra y si se ha olvidado de que venía a recoger el coche. Marco el número y al cabo de unos minutos, se pone al teléfono. Nada más escuchar su voz, siento un cosquilleo por todo mi cuerpo. Supongo que serán los nervios de recoger el coche. Lo extraño es que yo nunca me pongo nerviosa cuando llevo el coche al mecánico. Entonces debe ser porque voy a encontrarme con Marcos a solas cuando Nicolás y Álex se han marchado ya. Le digo a Marcos por el móvil que he llegado y que le estoy esperando en la puerta. A los dos segundos, se abre la puerta pequeña. Cuando le veo aparecer, me quedo sin habla y con los pies bien pegados en el suelo sin poder respirar. ¡Tierra trágame! Es lo único que pienso cuando le veo. Este hombre sabe como dejar a una mujer con la boca abierta y con los nervios destrozados. Y no lo digo solo porque sea muy directo y claro al hablar.

—¡Hola! —mesaluda Marcos semidesnudo y muy sonriente.

Tiene el mono de trabajo abierto completamente por delante y colgando hasta la cintura. Se le ve la cinturilla de sus bóxers. Lleva el torso desnudo. Sobre uno de sus hombros le cuelga un camiseta blanca arrugada y en la manos lleva una toalla azul. Ese pecho desnudo me ha dejado sin palabras. Tiene poco vello y este es muy fino y negro. Sus pectorales son maravillosos. Tengo que admitir que Marcos está como un tren. Desprende testosterona por todos los poros de su piel. ¡Qué digo de su piel! Desprende testosterona hasta cuándo me habla. Un calorcillo muy raro me está subiendo por todo el cuerpo cuando le veo tanta piel al descubierto.

—¡Hola! —contesto sin poder apartar la vista de su estupendísimo cuerpo.

—Pasa, estaba en el cuarto de baño limpiándome las manos. ¿Te importa esperar diez minutos más? —pregunta, dejándome pasar hacia dentro y señalándose los restos de grasa que todavía le quedan por los brazos y por la cara.

—No. Tranquilo no te preocupes. Espero lo que haga falta — respondo tímidamente y tragando saliva e intentando no mirar demasiado su pecho. ¿Es que no tiene frío? Los días en Noviembre no son muy calurosos que digamos para estar así de fresco. ¿Lo ha hecho a posta para provocarme o qué? ¿Siempre recibe así a todo el mundo o solo a mí? La temperatura de mi cuerpo sigue subiendo.

—Bien. Me quitotoda la grasa y me doy una ducha rápida. Enseguida estoy contigo —aclara, mientras cierra la puerta de la calle.

—¿Una ducha?—pregunto incrédulamente sin saber a qué viene eso de ducharse ahora. Yo he venido a recoger el coche no a tener una cita amorosa.

—Sí. Ya sabes. Echarme agua caliente sobre mi cuerpo, luego echo gel en una esponja para frotarme bien por to...

—¡Oye! ¡Te estás burlando de mí o qué! —exclamo perpleja cuando veo que me está tomando el pelo descaradamente al contarme todo el proceso con pelos y señales—. Sé lo que es ducharse. Lo que pasa es que no sabía que tenías un baño tan completito y que te duchabas en el trabajo.

—Sé a lo que te referías. Es que me lo has puesto en bandeja. No podía dejarlo pasar. A ver... Hablando en serio, te explico. Este local no tenía ningún cuarto de baño antes. Servía de almacén solamente. Cuando decidí montar el taller hice un poco de obra e instalé un cuarto de baño grande ya que no soporto los espacios pequeños y menos cuando tienes que utilizarlo a diario. Intenté hacerlo de forma que no le quitara mucho espacio al resto del local y a la oficina. Le incorporé un plato de ducha con mampara para casos de emergencias como éste —dice alzando las cejas y sonriendo levemente—. No suelo ducharme aquí, solo lo hago cuando llego mas tarde a casa porque me quede terminando de arreglar algún coche o porque necesite solucionar algunos papales de la oficina.

—¡Ah! Es que nunca he visto un taller de mecánica donde tenga un cuarto de baño tan completo como el tuyo. El taller donde mi hermana Patricia llevaba el coche, porque ahora lo trae aquí, solo tiene un minúsculo lavabo y el inodoro es exclusivo para hombres, así que ya te puede hacer una idea de lo reducido que es el sitio.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Lo sé porque mi sobrina Rosi se manchó la cara y las manos de chocolate mientras mi hermana Pat hablaba con el mecánico. Tuve que entrar en el baño para limpiarle un poco y adecentarla ya que no llevaba toallitas húmedas en el bolso ni pañuelos de papel. Las dos juntas apenas cabíamos dentro de ese cubículo.

—¡Ah! ¿Patricia es la madre de tu sobrina?

—No, su madre es mi hermana Laura la mujer de mi cuñado Raúl. Tu compañero de clase en el colegio. Rosi vino con nosotras porque su madre tenía que ir ese día al ginecólogo y nos la dejó para que cuidáramos de ella.

—¡Ah! Sí, ahora me acuerdo que me lo dijiste el día que nos conocimos. Bien, volvamos al tema que nos interesa. Como te iba diciendo, mi cuarto de baño es muy, pero que muy apañado. Tiene de todo. ¿Lo quieres ver? No te miento —asegura el muy pícaro.

Yaveo por qué quiere retomar el tema del cuarto de baño. No, si el muchacho no es tonto. Tiene ganas de divertirse y de hacerme hablar. ¿Está flirteando descaradamente conmigo o me lo parece a mí?

—No. En serio. Te creo. Si tú dices que es un cuarto de baño muy apañado, yo no lo pongo en duda. Ehhh... No me puedo creer que estemos manteniendo una conversación tan sumamente importante sobre los cuartos de baños de los talleres de mecánica —contesto sarcásticamente—. Te recuerdo que he venido a recoger el coche.

—Sí, lo recuerdo muy bien. Tú mehas preguntado —responde él encogiéndose de hombros—. Puedes esperarme en la oficina si no quieres ver mi magnífico cuarto de

baño —vuelve a repetirme, sin dejar de sonreír—. Es esta puerta de aquí. Ponte cómoda. Enseguida vuelvo.

—Vale.

—Vale ¿qué? Que lo vas a ver o que te vas a la oficina —insiste él con más ganas de bromear con lo mismo.

¡No me lo puedo creer! No llevamos ni cinco minutos hablando y ya estamos los dos como si nos conociéramos de toda la vida haciéndonos bromas tontas y charlando de un tema anodino. Nunca me ha pasado esto con otra persona. Con Álex, me ha llevado algo más de tiempo que con Marcos adaptarme a su forma de ser y a sus bromas y eso que, todo hay que decirlo, me he reído muchísimo con él durante estas tres semanas, pero con Marcos es distinto. Me siento más suelta, más relajada hablando de cualquier tema, a pesar de que lo que estamos hablando no sea un tema muy interesante que digamos. La de tonterías que solemos decir cuando se conoce a alguien nuevo. Hasta yo misma estoy pasmada por ello.

—Vale. Que Me Voy A La Oficina —le recalco muy despacio moviendo los labios a conciencia para que se entere muy bien.

—Como quieras. Tú te lo pierdes —contesta él encogiéndose de nuevo de hombros y riendo bajito mientras se marcha hacia el cuarto de baño y yo me dirijo hacia la oficina. Esta se encuentra pegada a la puerta del cuarto de baño.

Desde que he entrado en taller, el olor a gasolina, a goma de neumáticos y a aceite impregna todo el local. Este taller es grande. Yo diría que tiene unos doscientos cincuenta o trescientos metros cuadrados aproximadamente. Es rectangular y diáfano. Con dos elevadores en un lateral, herramientas de todo tipo colgadas en la pared y algunas puestas en una mesa de madera, además de un compresor, recambios de rueda y botes de aceites entre otras cosas. Desconozco el nombre del resto de los aparatos e instrumentos que veo en el otro lado de la pared ya que el tema de la mecánica nunca me ha llamado la atención y todas las piezas me parecen lo mismo. Hay tres coches dentro. Uno de ellos tiene el capó levantado y los otros dos están en los elevadores. Uno de ellos no tiene las dos ruedas delanteras. Mi coche no está aquí. Imagino que lo habrá dejado en la calle arreglado y listo para llevar.

Abro la puerta de la oficina, le doy al interruptor que me encuentro en un lateral de la pared para encender la luz. Cuelgo el bolso y el abrigo en la silla de confidente que hay frente a la mesa de madera, me siento en ella y me pongo a observar todo lo que me rodea intentando quitarme de la mente la imagen de Marcos completamente desnudo bajo el chorro de agua caliente. Digo que lo intento, porque no consigo del todo dejar de pensar en ese hermoso torso que es frotado una y otra vez por una suave esponja mientras la espuma va cubriendo todo su cuerpo hasta llegar a su ... Sacudo mentalmente mi cabeza para olvidarme de esta imagen tan lujuriosa y me fijo de nuevo en lo que tengo a mi alrededor. La oficina no tiene ventanas. En lo alto de la mesa hay un ordenador portátil abierto, algunos papeles en una esquina de la mesa, dos bolígrafos y un teléfono. Hay una impresora en una de las baldas de la estantería de aluminio que hay cerca de la mesa. En las tres baldas restantes hay cuatro cajas de cartón blancas y dos montones de papeles apilados. Un perchero en una esquina con una cazadora de piel negra colgada y poco más. Todo limpio y ordenado dentro de lo que un taller de mecánica puede considerarse limpio y ordenado, claro. Esto me llama mucho la atención. Me lo esperaba más revuelto.

Por lo que puedo ver a través de la puerta abierta de la oficina, el taller está muy bien montado. Hay bastante espacio para trabajar en él. Recuerdo que cuando vine la primera vez, estaban abiertas las dos puertas delanteras de la entrada y con la luz natural de la calle el taller estaba completamente iluminado sin necesidad de encender las luces del techo. Lástima que a la oficina no le llegue la luz natural del día.

Al cabo de diez minutos, Marcos entra por la puerta con el pelo húmedo y se dirige hacia la mesa dejando un agradable olor a gel al pasar por mi lado. Diría que huele a flores silvestres del campo o algo así. El olor es muy refrescante. Se ha puesto una camisa azul marino de mangas largas y unos vaqueros desgastados del mismo color. Esa camisa hace juego con sus maravillosos ojos azules.

—¿Tengo tu visto bueno? —pregunta Marcos de pie junto a la mesa. Le brillan mucho los ojos. Parece un dios griego con esa pose.

—¿Perdón?

—Digo que si me das el visto bueno con la ropa que me he puesto—me repite, sentándose en la silla sin dejar de mirarme. Lo noto algo inquieto cuando se sienta. Sigo con la mirada, discretamente, todos los movimientos que hace. Veo, aunque no muy bien porque la mesa me lo impide, que se coloca una mano sobre la delantera del pantalón. ¿Se está tocando el paquete o son imaginaciones mías? De repente, un chasquido de dedos delante de mi cara hace que le mire inmediatamente a los ojos—.

India, ¿estás bien, cielo?

—Ehhh... ¡Oh! Sí. Lo siento. Estoy muy bien. Discúlpame —contesto toda avergonzada. Al instante me doy cuenta de que me ha hecho una pregunta y de que no le he respondido.

Noto que tengo las mejillas ardiendo. ¡Me cachis en la mar! Seguro que me he puesto colorada. Creo que me ha pillado mirándole el paquete. Esa sonrisilla picarona que tiene en la cara es la prueba de ello. Pienso rápidamente qué me ha preguntado. ¿Qué era, dios mío? Creo que era algo sobre ropa. Ropa, ropa, ropa. ¡Ah! Sí. Ya me acuerdo. Me ha preguntado si le doy el visto bueno con lo que lleva puesto. La respuesta es: Sí. Un sobresaliente le doy y me quedo corta si no le pongo matrícula de honor. Si es que a este hombre no le falta de nada. Está completito y bien surtido por todas partes. Lo que me incomoda mucho es el hecho de que me suelte las cosas que piensa directamente y sin tapujos. Podría ser más sutil y discreto, digo yo. Me deja fuera de lugar cada vez que hace eso. ¿Lo hace con todo el mundo o solo es conmigo para ponerme nerviosa?

—¿Todo está bien?

—Ehhh... Sí, sí muy bien. ¿Vamos mirando lo que tenía mi coche, Marcos? —pregunto muy azorada bajando la vista sobre los papeles que tiene sobre la mesa. No puedo mirarle en estos momentos. Me muero de vergüenza si lo hago.

—Sí. Un momento. Voy a buscar el papel donde he anotado todo lo que se le ha hecho al coche.

Un rastreo de la silla me indica de que él se ha puesto de pie. Levanto los ojos en la dirección del sonido y le veo dirigirse hacia la estantería para buscar la factura. Me da la espalda en estos momentos. ¡Vaya trasero! Definitivamente es un verdadero dios griego con esas espaldas tan anchas y esos brazos tan fuertes. ¡Qué panorama, dios mío, qué panorama! Concentración, India, concentración en mirar la factura del coche cuando te la ponga por delante. Sólo concéntrate en eso no vaya a ser que te pille otra vez mirándole embobada.

—Sólo le he cambiado el... —vuelve a decirme Marcos mirando entre los papeles que hay en un montón de la estantería de aluminio—. A ver... Sí. Aquí está. Eso es, se le ha cambiado una pieza del embrague, se le ha hecho el cambio de aceite y ya de camino le he mirado el líquido de frenos, el filtro del aire, la presión de las ruedas y, en fin... le he hecho una revisión rutinaria al coche de todo y está en perfecto estado.

—¡Oh! ¡Qué bien! —contesto mientras él me da el papel para que pueda hojearlo—. Entonces, ¿cuánto ...? —pregunto cuando suena su móvil. Marcos mira la pantalla.

—¿Te importa que lo coja?

—No. Adelante.

Pulsa el botón y contesta. Niega varias veces lo que sea que le está preguntando la otra

persona al otro lado de la línea y luego da un suspiro y cuelga.

—Mi madre. Desde que me he ido a vivir solo, me llama cada cinco minutos para ver cómo me va y si tengo suficiente comida en el frigorífico. ¿No has cenado, verdad?

—Ehhh... No.

—¿Te gustaría comer una pizza?

—¿No me digas que también tienes una mini cocina portátil en el taller con horno incorporado para hacer pizzas? Sorprendida me dejas si me dices que la tienes montada por ahí dentro —pregunto muy risueña gesticulando con las manos sin poder resistirme a tomarle el pelo. Le sonrío y luego me tapo la boca para no dejar escapar una carcajada porque la cara que ha puesto Marcos es todo un poema. Lo he dejado mudo y completamente cuajado. Ni pestañea el muy listillo ante este comentario.

—Muy graciosa, pero que muy graciosa. Apúntate una. Vas aprendiendo rápido, pequeña —responde él entornando los ojos y asintiendo levemente con la cabeza—, pero no me has contestado. ¿Quieres pizza o no?

—No sé. No vengovestida para cenar. Sólo venía a recoger el coche.

—No te preocupes. Cenaremos aquí.

—¿Aquí? ¿La tienes metida en un tupperware? ¡Vaya! ¡No me lo puedo creer! Eres un hombre muy, pero que muy apañado. Tienes recursos para todo, Marcos. Eres el sueño de cualquier mujer —señalo sin poder contenerme en seguir burlándome de él.

—Pues sí que me está gustando que hayas venido a recoger el coche esta noche. Sí señor. Me estoy divirtiendo de lo lindo contigo —responde, retrepándose en la silla muy sonriente sin dejar de mirarme.

—Hablando en serio Marcos, te agradezco lo de la pizza, pero me tengo que ir. Son cerca de las nueve y tengo que ducharme y hacer la cena. Cóbrate lo que te debo por el coche.

—Te invito a la pizza. En quince minutos la tenemos aquí y estamos los dos comiendo. Te vas cenada y con el coche listo. Tampoco me debes nada por el arreglo del coche. También puedes ducharte. Como ves lo he solucionado todo en un periquete.

—¿Estás de broma, verdad?

—No. Quédate a cenar. Iba a pedir una pizza para mí de todas maneras. Me iba a quedar un rato más en la oficina. Venga, quédate. No me gusta cenar solo.

—Me estás poniendo en un verdadero apuro. No sé qué decir. Bueno... Si me quedo a cenar y solo a cenar porque no voy a ducharme en ese cuarto de baño tan magnífico que tienes, te tengo que pagar lo que te debo por el coche. Me sabe mal no hacerlo. Sólo me quedo con esa condición.

—Acepto. Tú mandas, pequeña —responde él muy contento.

Eso de pequeña espero que lo diga en plan cariñoso y no porque mida un metro sesenta y cinco. Más le vale que sea por eso porque si no se va a enterar de lo que un metro sesenta y cinco puede hacer con él. No sé karate ni nada por el estilo, pero seguro que algo se me ocurrirá para desarmar a un hombre de semejante envergadura como él. Cuando me lo propongo tengo muy buenas ideas y algunas muy ingeniosas, por cierto.

—Gracias. Me sentiré mejor así.

—Voy a hacer el pedido. Dentro quince minutos, más o menos, lo tenemos aquí. Le estoy cogiendo el gustillo a esto de pedir comida a través de “Just Eat”.

—¿“Just Eat”?

—Sí, por internet.

—¡Ah! No había escuchado nunca esa web. ¿Está bien?

—¿Bien? Más que bien diría yo. Puedes pedir comida china, pizzas, hamburguesas, comida turca, lo que te apetezca. Hay bastantes sitios donde elegir. Suelen ser muy rápidos y te lo traen todo muy bien envasado. Hay una pizzería concretamente que me encanta. Se llama “El rincón de Teo”. Hacen unos calzones y unos canelones de

muerte. Aquí es donde voy a hacer el pedido. ¿Hay algo que no te guste de la pizza?

—Me gusta todo.

—Estupendo. Me gustan las mujeres que comen de todo. Pediré una familiar que lleve de todo además de una ensalada mixta y... ¿de beber que quieres?

—Una Coca Cola estaría bien.

—Otra para mí —afirma Marcos mientras hace el pedido en el ordenador—. ¿Has solucionado con mi hermano lo que pasó el sábado?

—Ehhh... No. Si te digo la verdad, no tengo muchas ganas de hablar de ese asunto con él todavía. Me ha llamado varias veces, pero no le he respondido. Bueno... Dejemos ese tema, ya lo solucionaré en el momento adecuado.

—De acuerdo, pero te aconsejo que cuanto antes hables con él mejor será para ti —me asegura una vez que ha hecho el pedido.

—Lo sé. Lo que no estoy muy segura es de si estoy haciendo bien estando aquí contigo esta noche. Tú ya me entiendes.

—No estamos haciendo nada malo, solo vamos a comer una pizza y tampoco creo que sea para tanto el que estés aquí conmigo después de lo que él te hizo el sábado. No le des más vueltas al asunto. India, solo vamos a comer pizza.

—Sí. Tienes razón. Bueno, ¿y qué tal está Margarita?

—Muy bien. Muy contenta de ver a mis padres de nuevo. Los ha echado mucho de menos.

—Al final nopude estar un ratito con Margarita. ¿Suelen hablar tanto como se dice?

—Sí, hablan mucho. Bueno tú ya la escuchaste esa noche. Lo que pasa es que hay que entrenarla durante bastante tiempo. Hay que tener paciencia con ella. También te digo que cada loro es diferente. Mi madre ha conseguido adiestrarla muy bien. Es un loro muy listo y tremendamente sensible. De todas formas no te preocupes, cuando quieras te la enseño.

—Creo que no. Después de lo que ha pasado, no tengo muchos ánimos de pisar otra vez la casa de tus padres.

—Como quieras. Puedes venir un día en que mi hermano no esté.

—Mejor no. No quiero tentar a la suerte y me lo encuentre allí.

Al cabo de quince minutos pegan en la puerta. Nuestra pizza ya ha llegado, tal como me ha dicho Marcos. ¡Pues sí que son rápidos! Tengo que probar esto de pedir comida a través de "Just Eat". Marcos se marcha de la oficina para recoger nuestra cena. Aparece de nuevo en la puerta con el envase de cartón de una enorme pizza familiar en las manos y una bolsa donde está la ensalada y las dos latas de Coca Cola. Se sienta y abre la tapa de cartón. La pizza está muy calentita. Lo digo por el delicioso aroma que está dejando en toda la oficina. Marcos saca un tenedor de un cajón de su escritorio y pañuelos de papel. Le miro extrañada al ver el cubierto. ¡Vaya! Si tiene hasta tenedor. Él me mira y sonrío. Sabe lo que estoy pensando. Esta vez me muerdo la lengua. Ha sido más listo que yo. Cuando había pedido la pizza y la ensalada no me he dado cuenta de que se necesitaban cubiertos. Él muy pillín no me ha dicho nada y ha sacado el tenedor con cara de sorpresa burlándose de mí. Solo hay uno, así que tenemos que compartirlo. Partimos las porciones con la mano, ponemos la ensalada en medio y comenzamos a comer. Saber que tengo que compartir el tenedor con él me pone nerviosa y a la vez me excita. Pensar que su boca ha tocado ese tenedor y que yo voy a utilizarlo, me provoca sensaciones inquietantes y extrañas en mi cuerpo. Sensaciones que me gustan, todo hay que decirlo.

Cuando ya no puedo comer más, Marcos se termina el resto de lo que queda de pizza y de ensalada sin dejar nada. Después de esta cena, nos quedamos charlando sobre cosas triviales. Alguna que otra risa se escapa de nuestras bocas por las bromas que de vez en cuando vamos soltando. Me lo estoy pasando pipa con él. Te hace sentir

muy cómoda una vez que has pillado su sentido del humor. Por lo que veo lo he cogido bastante pronto porque, aunque a veces me sorprende sus preguntas tan espontáneas y directas, me encanta su compañía. Me está gustando Marcos. Conectamos muy bien. Tengo la misma sensación extraña y a la vez familiar como aquella noche cuando nos vimos por primera vez. Nunca me había pasado nada parecido con nadie. Hay chispa entre nosotros, de eso no me cabe duda.

Miro el reloj y le digo a Marcos que me tengo que ir. Le recuerdo que me cobre la reparación del coche. Le pago el importe, me da las llaves, cojo mi bolso de la silla y salimos hacia el exterior, concretamente hacia el lugar donde tengo aparcado el coche. Entro en él y acciono el botón del elevavinas eléctrico para que la ventanilla baje con la intención de despedirme. Marcos permanece de pie junto al coche mirándome muy serio.

—Buenas noches, India y ten cuidado.

Luego se inclina sobre la ventanilla y me acaricia la mejilla con la yema de los dedos durante unos minutos. Se acerca a mi cara y me mira durante otros largos minutos. Me pongo nerviosa porque tengo la impresión de que me quiere besar. Me tenso solo con pensarlo. El clima de buen rollo ha cambiado por completo entre nosotros. Ahora hay uno distinto. Más íntimo. Se inclina más sobre mí y me toca el labio inferior con uno de sus dedos. Dejo de morderme el labio y me quedo mirándolo sin pestañear. La verdad es que aunque quisiera mover las pestañas me sería imposible. Marcos me tiene hechizada. Su respiración cerca de mi rostro me hace estremecer. ¡Huele tan bien! Me entran ganas de pegarme a su cuerpo y de acariciarle lentamente cada centímetro de esa piel. Seguimos mirándonos muy de cerca sin romper contacto visual. De pronto y sin esperarlo, pega su frente contra la mía, cierra los ojos y suspira lentamente. Se queda así sin decirme nada durante unos segundos. Respiro como puedo al tenerlo apoyado sobre mí. ¡No sé qué decir o que hacer! Luego, retirándose lentamente de mi rostro, acerca sus manos hacia mi cabeza y enredando sus manos entre los rizos rojizos de mi pelo, me da un beso tierno en la comisura de los labios. Un beso que me deja cuajada y sin poder moverme del asiento. Vuelve a suspirar y se retira de la ventanilla rápidamente.

—Habla con mi hermano, India. Habla con él cuanto antes, por favor —suplica él con la voz ronca y sin dejar de mirarme un instante.

—Sí —consigo decir con un hilillo de voz que apenas sale de mi garganta.

Algo está pasando entre nosotros. Algo que va más allá de ser simples amigos y de charlar un rato. Lo he notado cuando se ha aproximado al coche. No puedo dejar de temblar y de mirarle a los ojos. Estoy hecha un flan. Nunca me había pasado nada igual. Ni siquiera me he sentido así las veces que Álex me ha besado en la boca y nuestras lenguas se han acariciado durante un rato. Si ya estoy en este estado con un simple beso en la mejilla, no puedo ni imaginarme como es besar sus labios y enredar mi lengua con la suya hasta fundirnos lentamente. ¡Ya vale, India!, me digo. Si sigues pensando así no vas a poder ni arrancar el coche y mucho menos llegar a casa sana y salva, pero es que lo que menos ganas tengo es de irme de aquí y de dejar a Marcos solo en el taller. Siento todo mi cuerpo ardiendo por dentro.

—Nos veremos —dice él con la manos metidas en los bolsillos.

—Hasta... Hasta luego.

Arranco el coche y salgo de la calle, como puedo, envuelta en una nube de deseos y de incertidumbres. Cuando llego a casa, saludo a Bobo acariciándole las orejas, me doy una ducha rápida y me tumbo en la cama pensando en esta noche y en el momento en el que él me ha besado. La imagen de Marcos en mi cabeza no me deja dormir. Me levanto de la cama, me hago una infusión de tila y al cabo de un buen rato, logro conciliar el sueño hasta por la mañana cuando el despertador suena sobre las siete.

Comienza un nuevodía y me esperan en clase veinticinco revoltosos pequeñajos de

tres años. Cada uno con una historia muy diferente al comenzar la mañana. Unos llorando, otros medio dormidos y otros, mirándome con devoción y cogiéndome de la mano si soltarse en ningún momento, como es el caso de Currito, un pequeñajo rubio de ojos verdes que no me deja sola ni para ir a desayunar. Es un niño muy tímido, pero muy bueno. Hasta que acabe el día, las dos de la tarde, voy a tener un jornada muy intensa y movidita con ellos. No me quejo. A mí me gusta lidiar con mis niños. Este trabajo tiene sus momentos gratificantes. No todo son rabietas, llantos y reuniones con los padres. Es un trabajo cansado, sí, pero se aprende mucho de ellos cuando se les escucha atentamente y ves como se sienten queridos y felices contigo. La risa se ha convertido, cuando estoy en clase, en mi compañera diaria.

5. Un encuentro inesperado

(Al día siguiente, por la tarde)

—¡Hola! —me saluda Marcos completamente desconcertado cuando las puertas del ascensor se abren y me ve dentro de él.

El ascensor se ha parado en la novena planta. La novena y última planta con vistas al mar mediterráneo. Hay tres puertas más en el rellano de esta planta. Dos están habitadas y la otra está en venta. No vive nadie.

—¡Hol... hola! —contesto balbuceando y también muy sorprendida de verle en este edificio.

Salgo del ascensor con mi sobrina de 3 años agarrada de mi mano. Marcos lleva en sus manos dos bolsas de plástico. Al lado de Marcos está... está... ¡Ay! ¡Dios bendito! ¡No puede ser! Está Álex. Me pongo muy nerviosa cuando le veo. ¡Vaya situación más embarazosa! Me lo he encontrado de sopetón y sin previo aviso. Esta vez no voy a poder esquivarle y darle de largas por más tiempo. Tengo que arreglar las cosas definitivamente con Álex. No sé cómo empezar el tema. Espero que me lo ponga fácil.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta muy asombrado Álex.

—Vivo aquí.

—¿Vives aquí? —preguntan los dos hermanos a la vez perplejos y sin dejar de mirarme como si me hubieran salido tentáculos en la cabeza.

—Sí. En esa puerta. —les contesto, intentado aparentar serenidad, señalando la puerta de madera clara que hay frente a nosotros—. Ehhh... Álex —me aventuro a decirle echándole valor al asunto—. Yo quería hablar contigo y decirte que... Nosotros... Bueno, pues que nosotros... Bueno que... Pues eso... Pues eso... ¡Ay, qué mal se me da esto! ¡Uf! A ver... Empiezo... Lo que quiero decir es que... que nosotros... bueno que nosotros hemos terminado. Eso. Que hemos terminado. Yo... Yo no pienso seguir saliendo más contigo —termino de decirle muy nerviosa, pero aliviada a la vez por quitarme ese peso de encima que durante dos días llevo arrastrando en mi cabeza.

Esta reacción no es para nada habitual en mí. No suelo actuar de esta forma para solucionar un problema tan personal y ya menos para hablarlo en el descansillo de un bloque de pisos. Siempre que me ha surgido un problema intento solucionarlo en privado y discretamente. ¿Será que la presencia de Marcos me ha dado valor para hablarle claro y sin tapujos y eso ha hecho que me desmelene un poco en estos momentos? No lo sé, la verdad. Lo que sí es que le he arrojado estas palabras como si fueran un jarro de agua fría en toda la cara y lo he dejado helado, desconcertado y pasmado. Álex me mira con la cara completamente desencajada sin entender nada. Creo que la flecha que he soltado ha dado en el centro de la diana. Una cara muy parecida me imagino que fue la que puse ese día cuando lo encontré en el lavadero de su casa follando con esa chica. He arrojado la bomba y espero con nerviosismo su reacción. No era esa la idea que tenía para decírselo, pero me han salido las palabras así tal cual y no he podido refrenarme por más tiempo. Quizás debería habérselo dicho en otro lugar y en privado, pero es que siendo sincera, no tengo ni chispitas de ganas de verme con él a solas para soltarle así como así los motivos por los que termino esta relación. Me resulta incómodo y violento. Con la presencia de Marcos me siento mejor. No sé por qué, pero tenerlo cerca me reconforta. Trago saliva esperando lo que me tiene que decir Álex.

—¿Somos vecinos? —pregunta Marcos estupefacto, pasando por alto todo lo que le he dicho a Álex.

—¿Qué es eso de que hemos terminado? —pregunta Álex muy serio y contrariado por la noticia.

—¿Tú vives aquí? —pregunto a Marcos sin hacer caso a la pregunta de Álex. Ahora la sorprendida soy yo.

—Sí, frente a tu puerta —responde Marcos.

—¡Ah! ¡Vaya! ¡Menuda sorpresa! No sabía que habían comprado tan rápido el ático. Me dijiste que llevabas una semana viviendo en él y que estabas liado con los muebles, ¿no?

—Sí, llevo una semana viviendoaquí.

—¡Un momento vosotros dos! Dejaros de tanto rollo. A ver, nena, explícame por qué hemos terminao, por qué no has contestao a mis llamadas y de qué conoces a mi hermano.

—¿No le has dicho nada? —vuelvo a preguntar a Marcos mirándolo fijamente.

—No. No me meto en los asuntos personales deél, ya te lo dije. Ayer te aconsejé que lo solucionaras todo. Pensé que ya lo habías hecho.

—¿Decirme qué? ¿De qué estáis hablando? ¿Os visteis ayer? ¡Joder! ¿Qué está pasando aquí? —nos pregunta Álex cada vez más exasperado mirándonos sin entender nada.

—Nada.Ehhh... Tú y yo hemos terminado, Álex. Ya te lo he dicho. No quiero saber nada de ti. No voy a discutir contigo sobre lo que pasó el sábado.

—¿De qué estás hablando? El sábado no te vi. Te estuve esperando toa la noche.

—¿No tienes nada importante que contarme? —pregunto a Álex sin dejarme llevar por los nervios. Ahora que se lo he dicho, me siento más segura y decida que antes. No me voy a dejar amedrentar por cualquier mentira que me diga él.

—No. ¿Dónde te metiste? Espera un momento, ¿estuviste con mi hermano? ¡Joder! ¿Te ves con mi hermano?

—No —responde Marcos inmediatamente con el semblante muy serio y tenso—. Mejor me voy. Este asunto es cosa de vosotros.

—Marcos no te vaya, por favor —le pido desesperada y sin ganas de quedarme a solas con Álex. Con Marcos cerca me siento menos vulnerable y más decidida para hablar de este tema.

—India, es lo mejor. No quiero involucrarme.

—Por favor.

—Está bien, está bien, me quedo, pero me mantengo al margen. Díselo ya y explícaselo todo de una vez —insiste Marcos alejándose de nosotros dos. Deja las bolsas en el suelo para apoyarse contra la pared mientras nos mira a los dos muy inquieto.

—Bien. Álex, te voy a hacer una pregunta muy sencilla. Espero... Espero que me respondas sinceramente. A ver... ¿Dónde estabas el sábado cuando subiste a la cocina a buscar más bebidas para la fiesta? Te estuve buscando y no te vi.

—¡Joder, nena! Yo sí que estuve toa la santa noche buscándote.

—No me llames nena. A partir deeste momento me llamas India.

—De eso nada. Siempre te he llamado nena y no lo voy a cambiarahora. El sábado te llamé varias veces al móvil y no me contestaste. Te mandé hasta mensajes. El domingo también te estuve llamando tó el día. ¿Qué te pasó? Sé que estuviste en la fiesta porque me lo dijo Marisa.

—Lo siento.No me has contestado a la pregunta. Hemos terminado Álex. Venga Rosi, vamos para la casa —apremio a mi sobrina con prisas y con ganas de marcharme de aquí. La niña ha permanecido callada a mi lado, cosa rara en ella, desde que hemos salido del ascensor —Gracias Marcos por quedarte.

—Nena. No entiendo nada, ¿qué he hecho?

—Arggg... No me llames nena, por favor. MiraÁlex, ni siquiera debería dirigirte la palabra, pero voy a ser muy bondadosa contigo y te lo voy a explicar todo en tan solo cuatro palabras: Te vi con ella. ¿Te dice esto algo?

—¿Con ella? ¿De qué hablas? Te estuve buscando en la fiesta toa la maldita noche.

—No sigas, por favor. Solo haces esquivar la pregunta que te he hecho. Dime la verdad y no me mientas Álex.

—Álex —dice inesperadamente Marcos interviniendo en la conversación—. No suelo meterme en tus problemas personales, ya lo sabes, pero te aconsejaría que pensaras mejor las cosas. India lo sabe todo —se acerca a su hermano lo mira intensamente y asiente con la cabeza varias veces. Sospecho que Marcos le está diciendo con este gesto que no siga diciendo tonterías porque yo sé todo lo que pasó esa noche.

—¿Sabe lo de Jesi? —pregunta Álex muy bajito a su hermano.

Como tengo un oído muy fino, lo escucho y me muevo incómoda al saber que el muy cerdo sabe de qué le está hablando Marcos.

—No sé si la chica se llama Jesi, pero te aseguro que te vio con ella en el lavadero de mamá —contesta igual de bajito Marcos.

—¡Joder! No vi que entrara nadie —susurra Álex sin poder creérselo todavía.

—Te delató Margarita.

—¡Mierda! A ese pajarraco un día de estos lo mato. Ehhh... Marcos, te espero abajo

—responde Álex sin atreverse a mirarme a los ojos.

No me puedo creer que tenga la caradura de irse de aquí sin darme al menos una explicación o una disculpa una vez que se ha enterado de que le pillé con las manos en la masa. Se va el muy cretino como si no hubiera pasado nada. ¡Increíble!

—¡Vamos Álex! Te vas a ir así sin más. Siempre haces lo mismo con todas. Vamos tío, ella se merece una explicación al menos —replica exasperado Marcos sujetándolo por el brazo cuando éste trata de marcharse en el ascensor—. Ni siquiera te hizo una escena delante de nadie esa noche. Se comportó con mucha entereza y educación y no me digas lo de ahora. Te lo ha dicho con mucha valentía y no creas que no le ha costado porque le ha costado decírtelo. Al menos trátala como es debido. ¡Se lo merece, tío!

—Te espero abajo —insiste Álex a su hermanosin mirarme todavía.

—¡Joder! No la trates como si fuera un objeto coleccionable, Álex. Lo pasó muy mal ese día. ¡Joder, Álex! ¡Dile algo al menos! ¡No le des de largas como a las demás!

—Déjalo Marcos, no te molestes. No hace falta que te irrites. Eso me confirma que es un grandísimo HDP —murmuro a Marcos para que no se involucre más en este estúpido asunto.

—Pues yo sí creo que te debe una disculpa —contesta, mirando con rabia a su hermano y luego a mí con mucha ternura acariciándome con las yemas de sus dedos el labio inferior—. No me gusta que te traten de esta forma. Te mereces al menos una explicación, pequeña.

Retira su mano de mi cara y mira de nuevo a su hermano animándolo a decir algo, pero éste sigue callado, con la mandíbula tensa y diría además que con ganas de estrangularme. No para de meterse y sacarse las manos de los bolsillos del pantalón vaquero además de tocarse el pelo. Marcos se separa de mí y los dos nos quedamos mirando a Álex unos segundos esperando al menos una disculpa.

—¡No me voy a disculpar! Así que no me comas el tarro más —replica Álex echando chispas por los ojos. Me imagino que se ha puesto así de furioso porque Marcos me ha tocado y porque ha intervenido en la conversación. Lo que no entiendo es por qué es tan obtuso y se niega al menos a mirarme. Supongo que es porque siente vergüenza por todo lo que está pasando—. Por lo que veo, ella tampoco ha estado perdiendo el tiempo en estos días —recalca Álex con cierto retintín a Marcos—. Así que no veo por qué tengo que disculparme. ¡Joder, tío! Entre vosotros hay algo. Lo huelo. La tocas demasiao y ella no es de las que se deja tocar tan fácilmente. Tres semanas saliendo con ella y todavía no he conseguido catarla y tú en una sola noche ya la has probao. ¡Qué cabronazo eres, hermano! No sé como lo haces, pero te ha dao resultado. ¡Te la has follao ya mamón!

—¡Eres un maldito capullo! —grita furioso Marcos por ese comentario tan grosero. ¡Esto es el colmo! No es verdad lo que dice. Solo son imaginaciones tuyas. El muy cerdo se ha pasado tres pueblos con tales insinuaciones. No se lo voy a perdonar. Esto no se lo voy a perdonar ni en un millón de años. Está muerto para mí Álex. Muerto y enterrado. Marcos lo agarra por el cuello de la camisa y lo empotra contra la pared del pasillo sin soltarlo. El golpe retumba con fuerza en toda la planta. En un abrir y cerrar de ojos la situación ha cambiado completamente y se ha vuelto muy violenta. La fuerza de Marcos me ha dejado paralizada, asustada y sin palabras, todo hay que decirlo. Hasta Álex parece impresionado por este repentino acto cuando Marcos le ha puesto las manos encima reteniéndolo contra la pared. Me temo que la cosa se está poniendo muy, pero que muy fea. Espero que Álex no responda al ataque. Éste tiene bastante fuerza como para enfrentarse a Marcos. Las sesiones del gimnasio me confirman la fuerza de sus músculos. Mi sobrina y yo nos alejamos rápidamente de ellos. Sinceramente no me esperaba esta reacción por parte de Marcos y ya menos la respuesta tan grosera que me ha lanzado a la cara Álex.

—¡Respétala! ¡Joder! —sisea Marcos—. ¡No todos somos como tú, imbécil! Muestra un mínimo de respeto cuando estés delante de una mujer. ¿Te queda claro? ¡Ni se te ocurra hablar mal de India porque no respondo de lo que pueda hacerte! Ya me conoces Álex y sabes que no digo las cosas en balde.

—¡Suéltame, tío! ¡Estás loco poniéndome las manos encima! Me ha quedao tó mu claro, ¿vale? —espeta Álex muy cabreado. Marcos le suelta y ambos se miran como perros rabiosos y con ganas de morderse. La tensión sigue al cien por cien en el ambiente. Mi sobrina está apretujada detrás de mis piernas y no se suelta de mi mano para nada. Seguimos las dos muy asustadas sin movernos del sitio. Me tiembla todo el cuerpo—. ¡No vuelvas a hacer eso Marcos! ¡Jamás, me oyes, jamás me vuelvas a poner las manos encima porque no quiero perder los papeles contigo! ¿Vale?

Marcos no le contesta, pero sigue mirándole beligerante sin moverse del sitio y con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo.

—¡Te espero en el puto coche! —exclama finalmente a Marcos apartándose de él con tal ímpetu que casi tropieza con las bolsas que hay en el suelo.

Álex pulsa el botón del ascensor con un fuerte palmetazo, se abren las puertas y se mete en él fulminándome, ahora sí, con la mirada. Tiemblo de miedo cuando me mira así. Desaparece de mi vista cuando las puertas del ascensor se cierran. Todos nos quedamos completamente en silencio durante un rato. Este rato se me hace interminable porque no sé qué decir o qué hacer. Marcos es el primero en romper este silencio. Cuando se vuelve hacia nosotras, la expresión de su cara está algo más relajada, pero sigue estando tenso. Se acerca lentamente hacia mí.

—¿Estás bien? —me pregunta delicadamente tocándome el labio. Le tiembla la mano. La baja rápidamente y maldice bajito—. Te lo has estado mordiendo otra vez.

—Sí —consigo decir sin mucho ánimo. Las palabras apenas quieren salir de mi boca.

—Ehhh... India... Siento lo que ha pasado. Os he asustado —nos dice mirando por primera vez a mi sobrina—. No pretendía llegar tan lejos, pero esas palabras me han desquiciado por completo. Lo siento mucho, pequeña. No soy una persona violenta, en serio. ¡En mi vida había reaccionado así con alguien! Hasta mi hermano se ha sorprendido. No sé lo que me pasa contigo, pero no puedo evitar protegerte. Lo siento, no me gustan que te traten así. Contigo no quiero... ¡Maldita sea! A ti no quiero que te traten así —masculla, moviéndose inquieto y suspirando varias veces—. No me siento nada orgulloso con lo que he hecho y ya menos en presencia de una niña pequeña —vuelve a señalar muy asqueado, pasándose varias veces las manos por el pelo y mirándome muy preocupado. Sigue estando tan nervioso como yo—. No quiero que me tengas miedo, India. No soy así. Te lo juro. ¿Me crees, verdad?

—La verdad es que no sé qué decir.

—India, ¿me crees? —pregunta de nuevo esperando con angustia mi respuesta. Cuando memira así, soy incapaz de mentirle. Todo lo que me ha dicho me ha llegado directamente al corazón. No voy a negarlo. Sería una hipócrita si lo hiciera.

—Bueno... Me has asustado mucho, eso no te lo voy a negar, pero... te creo —él suspira aliviado y se relaja un poco—. De todas maneras, todo ha sido culpa mía, Marcos. No... No debí convencerte de que te quedaras. Debí arreglar este asunto sola. Te he metido en un buen lío. No te imaginas cuanto lo siento. No sé qué decir. Por mi culpa has discutido con él. Lo siento, lo siento muchísimo —respondo igual de angustiada que él sin saber cómo arreglar lo que ha pasado. Las cosas han salido peor de lo que esperaba.

—No te preocupes. Cuando Álex esté más calmado hablaré con él y solucionaré este incidente. Cuánto antes lo arregle, mejor será para todos. No lo puedo dejar pasar. Mi comportamiento ha sido... En fin, discúlpame por lo ocurrido. El mosqueo de Álex no solo es porque le he puesto las manos encima. Se debe también a que contigo no ha podido... en fin... que tú se lo has puesto muy difícil y no ha conseguido lo que quería. Si a esto le sumamos que le pillaste el sábado y que te ha mentido, pues, ya te puedes imaginar, mosqueo triplicado. Bueno, no le tengas en cuenta lo que te ha dicho. A veces se comporta como un verdadero imbécil y dice cosas que es mejor no hacerles caso. Creo que no ha sido muy buena idea que se lo dijeras delante mía.

—Lo sé. Ya es demasiado tarde para enmendar el daño.

—Bueno, no te preocupes, ¿vale? Sé cómo manejarle. Le conozco bastante bien.

—Marcos... Es que no puedo dejar de preocuparme. Te he puesto en una situación muy embarazosa. No sé que me ha pasado cuando he sacado el tema. Me siento muy mal. ¡Menudo lío que he armado! Por mi culpa, he fastidiado la relación que tenéis tan buena. Y ya no digamos la de trabajo. No te imaginas cuanto lo siento. Dime qué puedo hacer. Quizás si hablara con él de nuevo...

—No. No te preocupes por eso, pequeña. Como ya te he dicho, hablaré con él cuando se calme y todo se solucionará. Le haré entrar en razón. Ya lo verás. Está muy cabreado. Esta vez no se ha salido con la suya. No te preocupes ¿vale?, pronto estaremos los tres bromeando de nuevo en el taller. En un par de días se le habrá pasado todo. Bueno... Pues me voy. Ehhhh... Me alegro muchísimo de que seamos vecinos. No vemos, pequeña.

Me sonrío. ¡Sí! Ahora me sonrío al pronunciar esas últimas palabras. Esa sonrisa calma un poco mis nervios después de tanta tensión. Le veo muy optimista. Eso es bueno, aunque yo no estoy tan segura de que todo se resuelva tan fácilmente como intenta hacerme creer. Antes de marcharse, me acaricia la cara con las yemas de los dedos y luego me da un beso muy tierno en la mejilla demorándose unos segundos. Esta caricia vuelve a dejarme el cuerpo flojo y sin aliento. Cuando me toca de esa manera todo mi cuerpo tiembla de excitación. Entre la tensión de antes y la de ahora estoy que me caigo al suelo si me dan un leve empujoncito con la mano.

—Hola. ¿Erez zu novio? —pregunta la vocecilla infantil de mi sobrina Rosi saliendo de detrás de mis piernas y mirando embelesada a Marcos.

La pregunta tan espontánea y natural de mi sobrina me deja sinpalabras y hace que salga de mis ensoñaciones. Pensaba que todavía estaba asustada y que se quedaría callada hasta entrar en casa, pero parece ser que no, que está más impresionada por las caricias que me ha dado Marcos que por el arranque de furia de éste. ¡Cosas de niños! ¡No hay quién los entiendan a veces! Ella todavía no pronuncia demasiado bien algunas consonantes como la “R”, pero es la “Z” la que se lleva la palma de la mano de todas las consonantes del abecedario y la que dice con mayor asiduidad. Por mucho que insistimos, no hemos conseguido que la niña sustituya la “Z” por la “S”. Me imagino que con el tiempo aprenderá a utilizar las palabras con mejor propiedad. Es una niña muy pizpireta y risueña además de ser muy inteligente para tan corta edad. Su carácter

tan abierto e impulsivo y ese desparpajo tan natural en ella, la convierten en una niña tremendamente adorable. Siempre que me ve triste, como dice ella, consigue sacarme una sonrisa con sus juegos y su peculiar manera de hablar.

—No, no lo soy. ¿Y tú cómo te llamas, preciosa?

—Rozi y zí erez el novio de mi tata porque le haz dado un bezito.

—Rosi, Marcos no es mi novio. Es... es un amigo —contesto rápidamente a mi sobrina mirando nerviosa a Marcos.

—Zí lo es, te da bezitos. Papá le da bezitos a mamá aquí y aquí —insiste mi sobrina señalándose la cara y el ombligo—. Yo también tengo un novio. Ze llama Pedrito me da chuchez y bezitos.

—¡Rosi, no puedes ir contando esas cosas por ahí!

—Tata, pero yo he vizto a papá darle bezitos aquí a mamá. ¡Yo loz he vizto! —responde ella empecinada con lo mismo.

—Vale cariño, estoy segura de que tu papá le da muchos besitos a mamá. Esto... Marcos, mi hermana Laura está embarazada. A eso se refiere mi sobrina cuando habla de los besitos en la tripa.

—¡Ah! ¿Me das un besito Rosi?

—No puedo. No erez mi novio. Zi te doy uno te conviertez en mi novio y noz tenemos que cazar. Azí que no. Pedrito eztá primero.

—¡Vaya! He llegado tarde. De todas maneras, no me importaría tener una novia tan guapa como tú. ¿Por qué no te lo piensas?

—Vale. ¿Cómo te llamaz?

—Marcos.

—¡Ah! Marcoz, po mi mamá dice que zi nadie le da bezitos a la tata, ze pondrá fea y ze le pazará el arroz —contesta Rosi con toda la inocencia del mundo recalcando con ahínco la última palabra. Cuando le escucho decir esto, un repentino calor sube por toda mi cara.

—¡Rosi! ¡Ya vale! Nos vamos para la casa ahora mismo. Bobo te está esperando.

—¡Zííí! ¡Tata quiero jugar con Bobo! Zeguro que eztá ezperándome —dice mi sobrina loca de contenta y con una enorme sonrisa en la boca.

Puede poner una sonrisa preciosa siempre quehay algo que le interesa. En este caso es mi gato Bobo. Se suelta de mi mano y con mucha gracia y confianza, la que a mí me falta en estos momentos, le coge la mano a Marcos. Él se sorprende ante el gesto tan espontáneo de Rosi. Su manita es tan pequeña en el interior de su enorme mano que parece de juguete cuando la agarra suavemente.

—Venga, Marcoz dale bezitos a mi tata que Bobo me eztá ezperando—le apremia Rosi señalando con el dedito su boca y su tripa.

—Esto... Marcos, no le hagas mucho caso a Rosi.

—Rosi, que te parece si solo le doy un besito aquí a la tata —contesta él señalando los labios de mi sobrina—. Y otro para ti aquí—puntualiza, señalando su cabecita.

—¡Vale!, pero aunque me dez un bezito no erez mi novio. Todavía no me lo he penzado y Pedrito eztá primero, ¿vale?

—Vale, no lo soy —responde Marcos sonriendo y acariciando el suave y rizado pelo negro de Rosi.

Mi sobrina sin soltar la mano de Marcos, nos mira muy atentamente con esos hermosos ojos marrones oscuros esperando a que Marcos me bese. Marcos me mira fijamente haciéndome saber que me prepare para ese beso.

—Ehh... Rosi, no hace falta que Marcos me dé besitos. Ya me ha dado uno antes.

—¡No tata! No te lo ha dado en la boca.

—Solo es un beso India. Rosi solo quiere que te de un beso —insiste el muy listillo sonriendo.

—No hace falta, de verdad —insisto para que no me besuquee delante de la niña ya

que esta se lo contará a su mamá y conociendo como conozco a mi hermana Laura, no me dejará tranquila y me llamará todos los días al móvil para que le de detalles sobre Marcos. Eso si no se presenta en mi casa con la excusa de que Rosi quiere quedarse conmigo a dormir.

—India, solo es un beso para que Rosi se quede tranquila —vuelve a insistir él cada vez más cerca sin dejar de sonreír pícaramente.

—¡Venga tata! ¡Venga! —apremia mi sobrina sin soltarse de la mano de Marcos y cogiéndome la mía.

—Está bien —contesto a regañadientes. El hecho de que Marcos me bese en los labios delante de Rosi no me hace ninguna gracia.

¡Esto no está nada bien!, me digo. He terminado mi relación con Álex hace unos minutos y ahora me encuentro en la tesitura de que tengo que besar a su hermano delante de mi sobrina. ¿Es que a él no le parece muy rara toda esta situación? Intento no ponerme tan rígida y tensa cuando él se acerca a mis labios. Sus dedos acarician mi cara suavemente. El contacto de su mano en mi piel me despierta agradables y cálidas sensaciones por todo el cuerpo. Me gusta el olor de su cuerpo y la manera en que el mío responde cuando estamos tan cerca. Marcos me susurra a los labios que me tranquilice porque solo es un beso inocente. ¿Inocente? me pregunto sin salir de mi asombro. Sus besos no son para nada inocentes. Inocentes son las palabras de mi sobrina Rosi al insistir en que me bese con él. Ella, con tres añitos, sí que tiene gestos y palabras inocentes.

Sus labios tocan los míos suavemente al principio para presionar un poco más a medida que le respondo abriendo la boca. El beso se hace más cálido y largo una vez que nos hemos tocado. Marcos hace vibrar cada fibra de mi cuerpo con solo su aliento. Con él tengo mariposas en el estómago y me flaquean las piernas. Me hace pensar en nuestros cuerpos enredados en la cama y él acariciando cada parte de mi ser. Sacudo mentalmente mi cabeza para apartar estos pensamientos tan lujuriosos.

Marcos se separa de mis labios y me mira intensamente durante unos segundos sin apartar su mano de mi rostro y luego agachándose, le da un beso a Rosi en el pelo. La cara de felicidad de Rosi cuando ha recibido el beso en la cabeza me ha dejado perpleja. A la muy pillina le gusta Marcos. No, si la niña no es tonta. No me extraña. Es tan atractivo y tan sexy. Marcos levanta pasiones solo con mover las piernas y ya no digamos el trasero. Él, ajeno a mis pensamientos y a los de mi sobrina, se aleja de nosotras y aprieta el botón del ascensor esperando a que las puertas se abran.

—Adiós Rosi. Eres una niña encantadora. Recuerdos para el perrito Bobo —dice a mi sobrina muy satisfecho.

—No, Bobo no es un perrito. Es un gatito —replica ella frunciendo el ceño de la misma forma que mi hermana Laura suele hacer.

—¡Ah! Perdona. Pensé que era un perrito. Entonces recuerdos para el gatito Bobo —responde él mientras mi sobrina le dice adiós con la manita y Marcos entra en el ascensor mandándole un beso con la mano.

Nos quedamos los dos mirándonos sin pestañear hasta que se cierran las puertas. Esos ojos azules me van a llevar por la calle de la amargura. Con sólo una mirada y ya tiemblo por querer estar a su lado de nuevo. Rosi tira de mi mano haciendo que me espabile y que mueva mis pies del suelo. Suspiro, muevo los pies, abro la puerta y entramos en casa.

Tras el encuentro con Álex y Marcos, el resto de la tarde la he pasado intranquila. Me he distraído con mi sobrina todo lo que he podido, pero no dejo de pensar en lo ocurrido. Sobre las nueve de la noche, la llevo a su casa cenada, bañada y lista para dormir. No me demoro demasiado en casa de mi hermana Laura. De camino hacia la mía, no dejo de pensar en Marcos. Salgo del ascensor y antes de abrir mi puerta miro hacia la suya. ¡Vaya suerte la mía el tenerlo viviendo tan cerca! ¡Dios bendito! ¿Y ahora

qué hago? No sé cómo tratarle de aquí en adelante. Estas situaciones tan comprometedoras no me gustan nada. Me ponen tensa. Cada vez que salga de casa voy a tener los nervios de punta pensando que me lo voy a encontrar. Se supone que debo de alegrarme porque un hombre está interesado por mí y vive enfrente mía, pero no, a mí me da por encontrar excusas y en ponerme nerviosa pensando en todas las veces que nos vamos a tropezar. En fin, intentaré actuar con la mayor naturalidad posible.

6. Más besos

Al día siguiente, miércoles por la mañana, a eso de las ocho y media, salgo de casa para ir al trabajo y me encuentro a Marcos frente al ascensor. ¡Vaya! Parece que tenemos el mismo horario para llegar al trabajo, las nueve de la mañana. Nos saludamos con un “Buenos días” y nos metemos en el interior. Me siento inquieta con su presencia. El corazón se me acelera cuando estoy tan cerca de él. Nos quedamos en silencio durante todo el trayecto. No sé qué decirle. Ni si quiera me muevo del sitio. Él se acerca más sin llegar a tocarme. Siento el calor de su cuerpo a esa distancia. Me cuesta respirar. Me muevo nerviosa y espero impaciente a que el ascensor llegue a la planta baja. ¿Por qué cuando más lo necesitas los ascensores bajan tan lentos? Miro los botones que parpadean mientras seguimos bajando. El ascensor termina su recorrido y abre las puertas. Salgo de él sin prisas, pero sin pausa para no dar la sensación de que estoy huyendo de su presencia y me despido de Marcos con un “Hasta luego” girándome hacia la entrada del portal, pero él me agarra rápidamente de la mano y sujetándome la cintura con la otra, me pega a su cuerpo y me da un beso largo y profundo. Coge mi labio inferior con los suyos y lo saborea con placer y tranquilidad. Luego, suelta despacio su mano de mi cintura, se separa de mí y sin decirme nada más se marcha con una sonrisa radiante en la cara dejándome en las nubes con todo el cuerpo temblando. Lo que está claro es que para él esto sí que es una verdadera despedida y no un simple “Hasta luego”. Si todas las mañanas va a ser así, creo que voy tener que cambiar el horario para salir de casa. No puedo conducir en semejante estado pensando en las musarañas y sin poder concentrarme en la jornada de trabajo que me espera en el colegio. Mañana nuevo horario para salir. Decidido. Esto va muy deprisa. Necesito ir más despacio. Necesito analizar las cosas que me han pasado estos días. Es tan directo y decidido en todo que me deja totalmente descolocada cuando actúa de este modo. Con tantas sorpresas como estas, no tengo ni tiempo para pensar un poco sobre lo que está sucediendo entre los dos. Que yo recuerde, no hemos tenido ninguna cita desde que lo conozco. Bueno, no sé si contar como cita ese espantoso sábado en la fiesta de Nicolás o cuando fui al taller a recoger el coche. La próxima vez que lo vea se lo diré. No sé cómo, pero se lo diré. Necesito, al menos, unas semanas para conocernos un poco más, no un “aquí te pillo y aquí te mato” nada más vernos.

7. La visita de mi nuevo vecino

Al cabo de una semana, sobre la hora de almorzar, tocan el timbre de la puerta y tras mirar por la mirilla veo que es Marcos. ¡Ay, Dios! Está frente a mi puerta esperando a que le abra. ¿Qué hago? Abro o no abro. Me lo pienso y decido que no. Vuelve a tocar el timbre y vuelvo a mirar por la mirilla con mucho cuidado, me guiña un ojo y sigue esperando a que le abra. Se ha dado cuenta de que he abierto la mirilla. ¿Cómo es posible si lo he hecho con mucho cuidado? Así que no me queda otra opción que abrirle. Al hacerlo, lo primero que me pone en la cara es un vaso de cristal vacío.

—¿Podrías darme un poco de azúcar? —pregunta él muy serio.

—Ehhh... Claro. Azúcar —contesto totalmente contrariada por esta petición. Menuda excusa que ha utilizado para verme: Azúcar—. Pasa, no te quedes en la puerta. Voy a la cocina a buscarla.

Me dirijo hacia la cocina y comienzo a buscar un paquete en el mueble que tengo pegado a la pared y que hace de despensa. Recuerdo que compré dos paquetes de repuesto el otro día en el supermercado. Cojo el paquete, me voy hacia el salón y veo que él está de pie frente a Bobo sin moverse. Mi gato no le ha dejado pasar, primero tiene que dar su visto bueno y luego hacer el ritual alrededor de él y ronronear un ratito. Marcos sigue muy quieto mirando al gato. Bobo se mueve un poco, se acerca más a él, da unas vueltas inspeccionando al nuevo visitante y luego comienza el ronroneo. Con su cola acaricia la pernera de sus pantalones vaqueros, los cuales le sientan de escándalo y espera que el visitante le acaricie la cabeza. Marcos me mira y me expresa con los ojos qué tiene que hacer.

—Acarícialo la cabeza y te dejará en paz. Se irá a su cestita muy satisfecho y no se moverá de allí. Te ha dado su visto bueno para entrar en casa. Así que eres bienvenido —respondo mientras dejo el paquete de azúcar en el mesita del salón.

—¡Vaya! Me alegro que solo sea eso lo que tengo que hacer. Un gato muy peculiar como su ama.

—¿Peculiar? Peculiar es venir a la casa del vecino a pedir azúcar. ¿Todavía se hace eso?

—No tengo ni idea, pero es lo único que se me ha ocurrido para poder verte. Llevas una semana evitándome. ¿Por qué? —pregunta, arrugando el ceño muy serio y acercándose más hacia donde me encuentro ya que Bobo se ha ido a su cesta y le ha dejado en paz.

—No te estoy evitando. Solo es que no hemos coincidido.

—No te creo —replica él tan cerca de mis labios que ya noto como el calor recorre todo mi cuerpo y se me acelera la respiración—. ¿No quieres verme?

—Bueno, no es eso... Es que... Es que creo que esto va muy deprisa, Marcos. Apenas te conozco y necesito ir un poco más despacio.

—¿Más despacio?

—Sí, un poco más despacio. Me... Me... A ver... Me besas como si fuéramos novios y yo no...

—Solo son besos inofensivos y apenas te rozo.

—¿Besos inofensivos? El beso del otro día en el ascensor no me pareció tan inofensivo.

—¿Te molestó? Dime si te molestó porque no tuve la sensación de que así fuera.

—Bueno, no... no me molestó.

—Entonces he de pensar que te gustó si no, no te hubieras dejado besar. Reconócelo te gustó.

—Sí, es cierto, me gustó.

—Bien, pues si el beso te gustó y tú necesitas que nos conozcamos con más calma y mejor, tengo una idea estupenda para solucionarlo. Vente este fin de semana conmigo

a la sierra. Allí podremos conocernos a fondo. Voy con unos amigos.

—¿A la sierra? No estoy segura.

—¿Quiere que nos conozcamos mejor, no?

—Sí.

—Pues mañana al medio día salimos. Llévate ropa de abrigo y unas buenas botas. Del resto ya me ocupo yo.

—¿Lo tenías planeado?

—Sí, lo del azúcar era una excusa. Quería verte para contártelo.

—¿Cuántos sois?

—Diez personas contando contigo. Nos alojaremos en una casa rural. Está completamente reformada.

—¿Todas son parejas?

—No. Sólo hay dos parejas. El resto está libre. ¿Te importa eso?

—No, solo preguntaba por curiosidad.

—Bien. Entonces, ¿vas a venir?

—No. No puedo dejar a Bobo solo.

—Esa excusa no me vale. Déjalo a alguna de tus hermanas. Solo vamos a estar dos días fuera. Salimos el sábado al medio día y regresamos el lunes por la tarde. Ya sabes que este lunes es festivo, ¿no?

—Sí, pero tengo tareas pendientes que hacer del colegio y aprovecharé...

—Esa excusa tampoco me vale. Invéntate algo con más peso.

—Eres el hermano de Álex y te recuerdo que hace unos días tuvimos un encuentro bastante desagradable frente al ascensor. No me siento muy cómoda con lo que pasó, Marcos. Tu hermano me echó una mirada que por poco me asesina allí mismo.

—No te preocupes por Álex. Ya he solucionado ese incidente. He hablado con él y todo está aclarado.

—¿Ya? ¿Así de fácil?

—Ya te dije que hablaría con mi hermano. Trabajamos juntos todo el día en el taller, así que tenía que solucionarlo pronto y rápido. Me ha costado mucho, pero al final lo he conseguido. A cambio, le he tenido que dejar la Harley durante un mes.

—¿Le has sobornado para que hable contigo a cambio de dejarle la moto?

—Sí. He tenido que sacrificarme un poco al tomar esta decisión. Como comprenderás, no es una moto cualquiera la que le voy a dejar. Seguía muy mosqueado conmigo por lo del otro día. Me ha costado dejársela, te lo aseguro, pero hemos hecho un buen trato y por fin todo se ha aclarado. Le he contado cómo sucedieron las cosas el sábado por la noche en la fiesta y que el lunes por la noche nos vimos porque fuiste a recoger tu coche al taller. Le he dicho además que estoy interesado en ti y que a partir de ahora se ande con mucho ojo con lo que te dice si te ve por la calle.

—¿Le has dicho todo eso? ¡No me lo puedo creer! Ahora sí que tu hermano me va a odiar de por vida cuando me vea.

—No, no te va a odiar. Quiero que sepa cómo están las cosas en este momento entre nosotros para que no haya malentendidos, ¿vale? De todas maneras, tampoco se comportó contigo muy bien que digamos. Te engañó.

—Eso sí es verdad. Quizás quien deba de odiarle sea yo, pero no puedo, qué lástima, no está en mi naturaleza ser así. Me dije a mi misma que no le perdonaría lo que me dijo ese día y ya ves, hasta me cuesta no perdonar a alguien eso. Soy una blandengue.

—No eres una blandengue, lo que pasa es que eres demasiado dulce y buena para odiar a alguien, cielo. En fin, como iba diciendo, después de contarle todo esto, se le han bajado los humos y todo marcha como la seda entre nosotros, respetando siempre la regla que tenemos fijada: Trabajar juntos sin meternos nunca más en la vida personal del otro. Te aseguro y se lo he dicho muy claro a él, que jamás me volveré a entrometer en sus asuntos. Ya he tenido bastante con lo del otro día. Lo tuyo ha sido

una excepción y... confieso que no me arrepiento de ello. Bueno... Este tema también está zanjado así que no te queda ninguna otra excusa que ponerme para no venir conmigo a la sierra. Te espero mañana sobre las tres de la tarde en mi casa. Tráete todo lo que te he dicho antes porque allí va a hacer frío.

—¿Siempre eres así de mandón y lo arreglas todo tan rápido?

Desde que lo conozco, una semana más o menos, siempre he sabido que es muy directo y franco resolviendo y hablando sobre cualquier tema, pero esta vez, confieso que me ha dejado cuajada. Ha solucionado este gran embrollo eficazmente. Ya no tengo ninguna duda de que es un hombre que no se anda por las ramas y que sabe lo que hace en todo momento sin amedrentarse por nada.

—Nosoy mandón y no lo arreglo siempre todo tan rápido, aunque ya me gustaría a mí hacerlo siempre. Contigo todavía no he podido solucionar algo.

—¿Conmigo?

—Sí, no me lo estás poniendo nada fácil, pequeña. Me evitas. He tenido que ingeniármelas para poder verte con la excusa del azúcar. No te he visto en estos días y no es porque no he puesto empeño en tropezar contigo. ¿Por qué? ¿Me tienes miedo por mi comportamiento del otro día?

—No, no es eso. Es que suelo poner algo de distancia cuando no conozco a alguien muy bien. Necesito tiempo para conocerte mejor, Marcos.

—Bien, pues en la sierra vamos a tener todo el tiempo del mundo para ello. Cuando regresemos, espero que nos hayamos conocido lo suficiente. ¿Me invitas a un café? Tomarlo solo en casa es muy aburrido.

—¿Otra excusa?

—Sí, algo tengo que inventar para estar un rato más contigo.

—Vale. Te invito a un café y a un trozo de tarta.

—¿Tarta de chocolate, por casualidad?

—Sí, de chocolate, fresas y nata.

—¡Dios! ¡Soy tuyo en cuerpo y alma! ¡Me encanta el chocolate!

—¡Ja, ja, ja! Entonces siéntate y ponte cómodo en el sofá. Voy a preparar el café.

—No, mejor te acompaño.

—Como quieras —respondo, mientras nos dirigimos hacia la cocina. Mi cocina no es muy grande, pero para mí es lo suficiente espaciosa como para moverme por ella y hacer la comida con soltura. Él se queda en el marco de la puerta observando todos mis movimientos.

—Me gusta tu casa. Bueno, solo he visto el salón y ahora la cocina, pero me gusta como lo tienes todo decorado. Con mucho estilo y carácter. Me gusta el color claro de los muebles y el tono suave que has puesto para las paredes.

—¿En serio piensas eso?

—Sí. Has creado mucho espacio con esta combinación de colores. El salón parece más amplio.

—¡Vaya! ¿Eres un entendido en decoración?

—No, pero como estoy arreglando mi casa, me estoy empapando un poco de cómo decorarla para adaptarla también a mis gustos. Te pediré consejo si tengo alguna duda a la hora de combinar unos muebles con otros.

—Me tienes sorprendida, Marcos. Nunca pensé que te interesara la decoración de interiores.

—Ya veo que me tienes muy encasillado, pequeña. A ver si lo adivino. Piensas que solo me gusta arreglar coches, ver el fútbol, tomar cerveza con los amigos, decir tacos y sobre todo y esto nunca falla en una chica a la hora de etiquetar a un hombre, de echarle el ojo a cualquier mujer que se cruce en mi camino, ¿no? Vamos, me ves como el típico machito que no piensa en otra cosa que no sea sexo y fútbol.

—Bueno, no he pensado exactamente eso. Solo me ha parecido muy raro que te

gustara la decoración. Solo es eso —contesto, intentado justificar un poco mi razonamiento. Cojo la cafetera, sirvo el café en dos tazas con sus correspondientes platos y las coloco en la bandeja junto con el azucarero—. ¿Qué afición tienes entonces?

—Los deportes de motor sobre todo. No soy un forofo del fútbol como mi hermano aunque lo veo de vez en cuando. También practico la natación y desde hace un tiempo me he aficionado a coger setas en el monte. Me gusta estar en contacto con la naturaleza por eso quiero ir este fin de semana a la sierra. Todo el grupo va con el mismo propósito: Coger setas, respirar aire puro, tener tranquilidad y disfrutar del paisaje.

—¿Todo el grupo? ¿Sois una organización o algo así? —pregunto muy sorprendida por esta afición suya de coger setas.

No me cuadra muy bien en él esto de coger setas en el monte. Deportes de motor y coger setas en la sierra es una combinación un tanto extraña: Velocidad y riesgo frente a tranquilidad y paz con los animalitos del bosque. En fin, cosas más raras he escuchado por ahí que no dejan de ser ciertas.

Voy a la nevera, cojo la tarta de chocolate, corto dos porciones generosas y las coloco también en la bandeja. La tarta no es muy grande. La tartera da para cuatro o cinco raciones por persona como mucho. Como vivo sola, cuando hago repostería en casa o invito a alguna de mis hermanas a tomarse un café y de camino nos ponemos al corriente de todo los cotilleos de la familia o invito a mi compañera de trabajo Silvia que también está soltera y que le encantan mis experimentos de repostería. Tiene bastante carácter, pero conmigo se lleva la mar de bien. Nos entendemos perfectamente. Salimos juntas de vez en cuando. Tengo otras amigas, tres para ser exactos, pero ya están casadas y con hijos y pillarlas para tomarse un café no es tan fácil. Siempre tienen los días muy ocupados y poco tiempo para vernos un ratito.

—Sí. Nos hemos conocido todos chateando por internet. Somos un grupo de quince personas, pero esta vez cinco no pueden venir al viaje. Es la tercera vez que quedo con ellos. Se llama “Asociación Micológica Marengo II”. Teresa, que es nuestra guía y experta en el tema, es la que nos da alguna que otra charla sobre ellos antes de salir al bosque para recogerlas. Ella es la que examina e identifica las setas que recogemos antes de cocinarlas para luego degustarlas todos juntos en la mesa. ¿Estás más animada de venir ahora?

—Sí. Reconozco que me ha entrado la curiosidad de saber algo más sobre esto de la micología. También me gusta la naturaleza, ¿sabes? y hacer senderismo, así que esto de coger setas me ha animado bastante para ir. Me parece interesante. Te digo de ante mano que no sé nada sobre setas, solo conozco las que me como y porque vienen lavadas y envasadas.

—¡Ja, ja, ja! No te preocupes. Todos hemos empezado como tú. No soy experto en el tema, pero algo sí que entiendo después de ir tres veces con ellos al bosque. He leído bastante sobre ellas y he aprendido a diferenciarlas —responde muy entusiasmado al ver que le estoy escuchando muy atentamente—. Espera, deja que lleve la bandeja —dice mientras la coge y la coloca sobre la mesita pequeña de madera clara del salón. Nos acomodamos muy cerca uno del otro en el sofá de piel blanco. Charlamos durante más de media hora haciéndonos preguntas relacionadas sobre la familia, los hermanos y el trabajo. Ya tenía conocimiento de su familia por Álex, pero escuchar hablar a Marcos de su familia y de su trabajo, hace que vea las cosas desde otro punto diferente a como lo veía cuando me lo contaba su hermano. Por lo que veo, ambos hermanos tienen diferentes perspectivas de la vida. No coinciden en apenas casi nada.

Al cabo de un rato, Marcos me dice que tiene que marcharse porque el trabajo le espera. Así que, tras tomarse el café con el trozo de tarta y felicitarle por lo buena que está, nos levantamos y nos dirigimos hacia la puerta. Antes de abrir la puerta, Marcos

me coge de las manos y me aproxima hacia él. Pegando su cuerpo contra el mío, me murmura que no piensa despedirse otra vez fuera de casa, ni cerca del ascensor como las dos veces anteriores. Me mira tiernamente con esos increíbles ojos azules, más oscuros aún que los que tiene mi otra sobrina, Alba y me besa dulcemente en los labios. Marcos me anima a abrir los labios mordiéndome un poco el labio superior. Cuando le abro la boca, derrotada por las caricias de sus manos en mi espalda y en el cuello, mete su lengua en mi interior explorando de mi boca cada rincón. Toco su lengua también y gime de satisfacción al sentir el contacto. Nuestras lenguas enredadas se saborean sin parar. Me está entrando mucho calor por la entrepierna y noto como los pezones se han puesto rígidos. Él me empuja suavemente hacia la pared, cerca de la puerta y me retiene contra ella sin dejar de besarme. Sus besos son intensos, cálidos y muy agradables. Sus manos acarician mi espalda para luego ir hacia mi trasero. Lo presiona contra su cintura. El enorme bulto que noto pegado a vientre me deja patidifusa. Él mete una pierna entre las mías y me presiona un poco más. Seguimos besándonos como si nos fuera la vida en ello. Sus besos me tienen anestesiada por completo. Pongo los brazos alrededor de su cuello para no caerme. Sus manos abandonan mis nalgas y se dirigen hacia mis pechos. Los toca suavemente por encima del jersey masajeándolos tiernamente y con dedicación. Luego, mete su mano por debajo del jersey para tocarlos mejor. Cuando su mano toca el sujetador y pellizca el pezón de uno de mis pechos por encima de la tela, despierto del embriagador sueño y dejo de besarlo rápidamente. Respiramos aceleradamente tras este intercambio de contactos. Nos miramos unos segundos sin separar nuestros cuerpos.

—India, te deseo —admite claramente con la voz agitada por la excitación del momento.

—Marcos, yo... Yo no... Creo que vamos muy deprisa. Hace solo una semana que nos conocemos.

—India, te deseo y tu cuerpo me está diciendo lo mismo. Nome lo puedes negar. Puedo ir más despacio y darte tiempo para acostumbrarte a mi cuerpo si eso es lo que te inquieta, pero te deseo ahora mismo.

—Marcos, creo que no me has oído bien. Te conozco desde hace muy poco tiempo. No quiero que me utilices como hizo Álex.

—¡Maldita sea! ¡Jamás te haría eso! —estalla Marcos exasperado por mis palabras—. No soy como mi hermano. Nunca te trataría de esa forma. Nunca te haría daño, pequeña. La reacción que tuve con mi hermano el otro día en el ascensor, ¿no te pareció lo suficientemente clara? ¿Necesitas que te lo demuestre de otra forma? No juego con los sentimientos de nadie, India y con los tuyos menos.

—Marcos...

—¡Chsss! —susurra poniéndome un dedo en mis labios—. Te voy a tratar muy bien, cielo. Te lo prometo. Iré muy despacio. ¿Confías en mí?

—No.

—India, confía en mí, por favor. Cuando quieras que paremos, me lo dices, ¿vale? No te forzaré a nada si no quieres —insiste él inclinándose un poco y metiendo su brazo por detrás de mis rodillas mientras con el otro me sujeta la espalda para levantarme del suelo y alzarme en el aire pegando mi cuerpo junto al suyo—. Te prometo que seré muy cuidadoso contigo. Esta también es otra forma de conocernos, ¿no te parece?

—Sí —respondo tímidamente pensando que tiene razón en que esta es otra forma de conocernos y sobre todo de que él no se parece en nada a Álex.

Medefendió el otro día frente a su hermano y me trató como si fuera una pieza de porcelana de mucho valor. Mejor dicho, me trató como si fuera el objeto más preciado de su vida. No puedo olvidar esas palabras que me dijo. Se merece un voto de confianza.

Nos dirigimos hacia mi dormitorio. Abre la puerta suavemente con el pie y entramos dentro. Mi habitación, iluminada por el sol del mediodía, muestra una cama de noventa centímetros sin cabecero con un nórdico de plumas de color blanco. Toda la pared está forrada con papel de vinilo en color lavanda. Hay una mesita de noche de color blanco al lado con una lámpara de tela blanca y el enorme reloj metalizado que me regaló mi hermana Pat hace unos años. Un armario blanco de dos puertas con espejos en frente de la cama, unas cortinas a rayas malvas y blancas en la ventana y un taburete también blanco en una esquina de la habitación. Todo muy femenino. No cabe nada más en la habitación. Cincuenta metros cuadrados con una pequeña terraza no dan para tener habitaciones más amplias. Marcos me deja con cuidado en la cama, me quita los zapatos, hace lo mismo con los suyos y se coloca junto a mí. Luego, me susurra palabras cariñosas cerca del oído mientras me acaricia la cara y el cuello con una mano.

—Relájate, pequeña. Estás muy tensa. Solo voy a acariciarte un poco para que te tranquilices.

—Marcos, tienes que irte a...

—No pienses en eso ahora. Álex abrirá el taller. Ahora relájate y déjame acariciarte. ¿Te gusta esto?

—Sí. Sí, me gusta —respondo bajito cuando él me acaricia los pechos suavemente por encima del jersey.

—Bien. ¿Voy lo suficientemente despacio? —susurra sobre mis labios sin dejar de masajearme los pezones. Luego me besa y comienza un reguero de suaves besos a lo largo de todo el cuello.

—Sí —consigo decirle mientras me sube el jersey quitándomelo por la cabeza. Me besa los hombros con ternura mientras se desplaza lentamente hacia la tela del sujetador. Besa la zona de piel que no cubre el sujetador y se demora un ratito ahí. Mis suspiros son cada vez más altos y menos contenidos. Luego busca con una mano el cierre del sujetador, lo abre y deja mis pechos salir a la superficie en todo su esplendor. Suspiro, entrecortadamente, al sentir mis pechos completamente expuestos ante sus ojos.

—¡Eres preciosa, pequeña! ¡Realmente preciosa! —murmura muy bajito contemplándolos maravillado—. Tu piel es suave como la seda. Tú y yo conectamos muy bien, pequeña. Muy bien. Lo supe desde el mismo momento en que te vi. Me gusta estar contigo, India.

Tengo un nudo tan grande en la garganta que apenas puedo tragar saliva cuando me dice todas estas cosas con tanta sinceridad. Son realmente ciertas sus palabras. Desde el primer momento que nos vimos, yo pensé lo mismo. Desde ese día, nos ha sido muy fácil comunicarnos. Noto tanta familiaridad al hablar con él cada vez que nos vemos, que parece que nos conocemos desde pequeños. Marcos se inclina hacia un pezón y lo lame con la punta de su lengua con mucha tranquilidad. Doy un pequeño jadeo y un respingo al sentir el contacto de su lengua sobre mi piel. Luego hace lo mismo con el otro tomándose su tiempo y haciendo que poco a poco me acostumbre a sus caricias.

—¿Voy bien? —susurra él alzando la cabeza y mirándome a los ojos. Es tan bello, tan increíblemente atractivo y dulce conmigo que no puede decirle lo contrario. Me gusta lo que me hace, aunque no sea esta la idea de ir más despacio a la que yo me refería.

—Sí.

—Bien. Si algo te incomoda, dímelo y dejaré de hacerlo. Relájate. Todavía estás muy tensa —contesta besándome a continuación el vientre con ternura.

Él trata de relajarme con sus besos, pero no consigo tranquilizarme del todo con ellos. Cada vez que se acerca a la cintura de mi pantalón, pego un pequeño jadeo acompañado de un respingo. Trago saliva cada vez que hace eso. Sus caricias me están matando. Tengo las bragas muy húmedas. El calor que siento me abrasa por

todo el cuerpo haciéndome sudar por todos los poros de la piel. Marcos abre el botón y la cremallera de mis vaqueros y besa el triángulo de algodón de mis bragas que sobresale por la apertura del pantalón. Respiro más rápido. Respiro agitadamente. El corazón me bombea al cien por cien. Nunca he llegado tan lejos con nadie, aunque a decir verdad, algún día tiene que ser la primera vez.

—Mar... Marcos. Marcos cre... Creo que tene... Tengo que decirte... algo importan... te—consigo decirle como puedo tras varios jadeos. Me da vergüenza decírselo, pero tengo que hacerlo antes de que siga con lo que tiene en mente.

—¿Hummm? —pregunta él distraído sin dejar de besarme por encima de las bragas.

Me levanta un poco el trasero y me baja los pantalones hasta las rodillas. Me quedo en bragas y con su mirada puesta en mi entrepierna. Sus ojos están muy brillantes, lujuriosos diría yo. Se le han oscurecido totalmente. Me mira unos segundos y sin dejar de apartarlos de los míos, mete sus dedos por un lateral de mis bragas colocándolas hacia un lado. La respiración se me corta al instante.

—Mar... cos... Marcos... —consigo decirle tras esforzarme bastante en hacer que me escuche. Las palabras no quieren salir de mi boca, pero tengo que decírselo como sea—. Veras... Soy... Soy virgen —le comunico mientras uno de sus dedos está rozando mi sexo. No quiero que me haga daño y tampoco quiero que se lleve una sorpresa en el último momento.

—¿Eres virgen? —pregunta pasmado, dejando de tocarme y mirándome fijamente sin pestañear.

—Sí —respondo tapándome los ojos con una mano y con la otra intento hacer lo mismo con mis pechos.

Mesiento tremendamente avergonzada en estos momentos por la cara que ha puesto cuando se lo he dicho. Debe de pensar que soy el único bicho raro del planeta que es virgen. ¡Ay! ¡Qué situación más embarazosa y ridícula! No sé si he hecho bien en habérselo dicho ahora o quizás hubiera sido mejor habérselo dicho mucho antes. ¡No lo sé! No puedo pensar en estos momentos con claridad. ¡Me quiero morir! Qué difícil es estar delante de un hombre semidesnuda y hablando de este tema como si fuera una cría. ¡Por Dios! Que tengo treinta y un años y me siento estúpida y muerta de vergüenza por mi virginidad.

—Ehhh... Bien. A ver... —consigue decir recuperando el habla y acercándose a mi cara—. Yo pensaba que no lo eras... Tienes... ¿Cuántos? ¿Veintinueve, treinta años?—murmura mirándome asombrado. Por mis silencios y mi manera de taparme los ojos, creo que se ha dado cuenta de que me estoy muriendo de vergüenza y que ese comentario está fuera de lugar—. Bueno, en fin, ahora eso no importa. Tranquila, pequeña. No te preocupes, ¿vale? Ven cielo. Déjame ver esos maravillosos ojos que tienes. ¡Vamos India, dame esa mano! No quiero que te ocultes detrás de ella, pequeña. Dámela. Eso es. Mírame, preciosa. Muy bien. Nunca ocultes estos ojos tan bonitos. ¿Quieres que hablemos de ello? —pregunta mientras me tapa delicadamente con el jersey los pechos.

—Sí.

—Bien —contesta él mientras coloca unos cojines en la pared para, a continuación, reclinarsse sobre ellos.

Con un brazo me levanta un poco de donde estoy tumbada y me aproxima hacia él acurrucándome sobre su pecho. Me abraza con fuerza y me da un beso en los labios y otro en la frente. Me acaricia el pelo y permanecemos ambos en silencio. Al cabo de un rato, él rompe ese silencio sin dejar de acariciarme.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí.

—Bien. ¿Quieres hablar tú o lo hago yo?

—Tú.

—Sí será mejor que hable yo porque con tantos monosílabos no creo que llegues a formar una frase completa —señala él en broma esbozando una ligera sonrisa. El comentario me hace sonreír también—. Esa sonrisa me gusta mucho mas. Eres preciosa cuando sonríes, ¿lo sabías?

—No.

—Bueno. Todavía no he logrado sacarte más de dos palabras seguidas. Seguiremos intentándolo. ¿Te sigo acariciando?

—Vale.

—Vale qué. Que lo haga o que no lo haga —pregunta él de manera divertida acordándose de la broma que me hizo el día que fui a recoger el coche al taller sobre si quería ir a ver el cuarto de baño o si quería ir a la oficina.

—Vale significa que sí quiero que me acaricies el pelo y que no pares nunca —aclaro bajito y muy despacio.

—¡Vaya! Has conseguido decir una frase muy larga y sin ayuda. Vamos prosperando, pequeña —responde él con sarcasmo sin dejar de acariciarme el pelo.

En estos momentos suena su móvil. Me muevo inquietae intento alejarme de Marcos, pero no me lo permite y me abraza con más fuerza sin apartarme de su pecho. Con una mano, saca el móvil de la funda que tiene cogida en el cinturón del pantalón. Mira la pantalla y responde. Escucha lo que le dicen al otro lado de la línea y luego contesta con unas escuetas frases como que “Estaré allí dentro de un rato. No, no. Me ha surgido un imprevisto y no te he podido llamar. Bien. No, no te preocupes. Gracias Álex por abrir. Hasta luego”. Deja el móvil en la mesilla de noche y se reclina de nuevo.

—Marcos, te tienes que ir a trabajar.

—Dentro de un rato. Me quedaré un poco más en el taller a partir de las siete. No te preocupes. Bien, ¿por dónde íbamos? ¡Ah! Sí. Esta preciosa señorita ha conseguido decir dos frases muy largas uniendo unas palabras con otras. Esta última frase cuenta, cielo.

—¡Marcos, deja de tomarme el pelo! No soy una cría.

—No, ya sé que no lo eres. Eres una guapísima mujer que hace que me vuelva loco con solo mirarte. Para que te quedes más tranquila con respecto a lo sucedido anteriormente, te digo, que no tienes que preocuparte por nada. Ahora que ya lo sé, iré con más cuidado. No voy a hacerte daño, pequeña, solo el dolor inevitable que tienes que pasar. Creo que tú ya sabes algo sobre eso, ¿no? ¿Porque habrás leído un poco sobre el tema en todo este tiempo, digo yo?

—¡Oye! ¡No me subestimes! Que me he informado sobre ello. Que no tenga práctica no quiere decir que sea una ignorante sobre el sexo.

—Tranquila fierecilla. Tranquila. Sé que no eres ninguna ignorante. Al contrario, eres una mujer muy inteligente y preciosa. Sólo quería hacerte reaccionar un poco. Estabas muy callada. Cuando te veo así, no puedo contenerme en pincharte. ¡Ah! Y por el tema de practicar no te preocupes, que eso te lo soluciono rápido —asegura sonriéndome pícaramente—, pero no te inquietes que no te voy a tocar mas, a no ser que tú quieras, claro.

Ledoy un golpecito con la mano en el estómago por reírse de mí de esta forma. Me da un beso en la cabeza y me vuelve a apretar contra su cuerpo. Su camisa huele a esa fragancia de hierbas fresca que te transporta a los días de primavera cuando el campo huele a azahar y a flores silvestres, todo ello mezclado con el aroma de su piel. Le contemplo unos minutos y pienso que su forma de bromear y de capear la situación anterior ha hecho que me encuentre menos nerviosa y que pueda charlar de cualquier cosa como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Él hace que las situaciones delicadas sean más fáciles a la hora de tratarlas. Lo soluciona de manera educada y sin ponerte en aprietos. Su sentido del humor relaja la tensión del ambiente. No me ha preguntado el motivo de por qué todavía soy virgen. Eso me alegra. No me apetece

hablar de ese tema ahora. Más adelante quizás salga el tema de nuevo y se lo diga.

—Marcos, me siento rara hablando así contigo.

—Pues vete acostumbrado porque hasta que no hayas aprendido la última página del libro no voy a dejar de practicar todas las posturas que hasta ahora se han inventado. ¿Te atreves a empezar de nuevo o lo dejamos para otro día? Te prometo que te lo vas a pasar muy bien.

—¿Todas las posturas?

—Bueno, no todas, solo las que podamos. He sido un poco exagerado. Las más importantes por lo menos. Hay otras formas de pasarlo bien, lo sabes pequeña. ¿Te gustaría probar?

—Sí —respondo tímidamente.

—¡Esa es mi chica! Decidida y valiente. Te prometo que vas a disfrutar mucho. ¿Confías un poquito más en mí?

—Un poquito.

—Bueno, algo es algo. Bien. Ahora, tumbate como antes. Quiero que te relajes. Solo concéntrate en mis caricias. No pienses en nada más. Disfruta de todo lo que te haga. No voy a ir más lejos, ¿vale? Solo te voy a tocar.

—Bien.

—Esto... India, ¿te has tocado alguna vez tu cuerpo?

—Ehhh...No —contesto toda avergonzada. Creo que me he puesto colorada como un tomate porque la cara me arde a rabiar. Marcos es mucho Marcos cuando quiere. Directo y al grano como siempre.

—Lo siento, tenía que preguntarlo. Tengo que saber en qué terreno me muevo contigo. Bueno, pues lo que voy a hacer es acariciarte y tocarte. ¿Vale cielo?

—Sí.

—Ahora échate, pequeña —ordena él cariñosamente—. No tengas miedo.

Metumbo de espaldas en la cama y él se pone a horcajadas sobre mí. Se quita la camisa y la deja sobre la cama. Verlo sólo con el pantalón vaquero, hace que me hormiguee de calor la entrepierna. Ese cuerpo tan estupendo que tiene no me relaja para nada, al contrario, se me acelera el corazón y me entran ganas de tocarle por todas partes. Marcos me acaricia la cara con sus manos y me besa los labios sin llegar a meter la lengua. Me pide que cierre los ojos. Me dice que así sentiré mejor todo lo que me hace. Al principio me muestro reacia a cerrar los ojos porque quiero seguir mirando su pecho desnudo, pero luego, conforme sus besos y sus caricias recorren con mimo algunas partes de mi cuerpo, me voy tranquilizando y los cierro dejándome llevar por las sensaciones que sus manos me transmiten en mi piel. Estas caricias y estos besos ya me son familiares. Me gusta mucho cuando me acaricia así. Marcos lo hace todo con mucha calma, pero sin dejar de tocarme. Una vez que me he acostumbrado a sus manos, empieza a recorrer otras zonas de más abajo de mi cuerpo. Me abre un poco las piernas y me besa en los muslos muy cerca de mi sexo. Los besos aquí son pequeños y tiernos. Las sensaciones que recibo son muy placenteras y agradables. Tengo cada vez más calor. Me aferro con ambas manos a la almohada y aprieto con fuerza la sábana que la recubre. De vez en cuando, él me muerde un poco en el muslo con delicadeza, pero sin hacerme daño. Los jadeos que doy se escuchan en toda la habitación y eso que todavía no me ha quitado las bragas. Las noto muy mojadas. Él presiona un dedo por la hendidura de mi sexo. La tela húmeda se pega a los labios de mi vulva y eso me hace estremecer queriendo más. Frota con el dedo la tela y mis jadeos vuelven a aparecer y no paran hasta que deja de acariciarme. Muevo las piernas y la caderas hacia adelante para que siga lo que estaba haciendo y para que no se detenga. Le escucho suspirar levemente. Ese suspiro me excita más y me muevo buscando sus manos. Él vuelve a tocarme y me relajo un poco, pero sigo queriendo más. Con una mano, me abre el lateral de las bragas y roza con la

yema de su dedo mis labios mojados y ardientes. Instintivamente me toco los pezones y los acaricio con suavidad porque estoy muy excitada. Escucho que Marcos jadea bajito. Supongo que es porque me está viendo acariciarme los pechos. Creo que no se lo estoy poniendo nada fácil. Su respiración se agita. Sigo sin abrir los ojos. Luego, él frota mi sexo con su dedo varias veces de arriba hacia abajo, después me penetra un poco y se retira. Eso me ha gustado mucho. Quiero que lo repita otra vez. Las bragas siguen apartadas en un lateral por su mano. No vuelve a meterme el dedo y me quejo. Como compensación por no meterlo más, él me sopla suavemente cerca de mi sexo, lo que hace que me ponga al rojo vivo con esa caricia. Con la punta de su lengua me roza el clítoris. Jadeo y trago saliva con dificultad. Luego lame mis labios húmedos una y otra vez intercalando estos lametones con pequeños y suaves mordisquitos que le da al clítoris con sus labios. Lame y toca, lame y toca, así hasta que me arqueo cada vez más hacia él sin poder parar de mover mis caderas al ritmo de su boca. Gimo y jadeo y no sé que mas sale de mi garganta porque estoy que voy a explotar. Me sujeta con sus manos las piernas para que no me mueva tanto. Gimo sin parar. Siento algo muy intenso dentro de mí que quiere salir y estallar de una vez. Las primeras sensaciones se hacen más intensas a medida que él sigue tocándome de esta manera. Él sigue lamiéndome sin detenerse y metiendo la lengua dentro de mi sexo. No puedo aguantar por más tiempo todo lo que estoy sintiendo. Voy a tener un orgasmo de campeonato dentro de su boca y él sigue lamiendo y chupando mi sexo como si nada. Dicho y hecho. El orgasmo llega con fuerza y arrasa todo lo que hay por delante, que en este caso es la boca de Marcos que acoge gustosa todos mis estremecimientos. Me imagino que es así porque no ha separado sus labios de mi sexo. Me quedo lacia y sin vida por unos minutos. ¡Ha sido increíble! ¡He tocado el cielo y he bajado en picado! Tras recuperarme, abro los ojos lentamente y vuelvo a la realidad encontrándome con el techo blanco de mi habitación y a Marcos a mis pies mirándome con adoración. Sus ojos brillan como dos piedras preciosas. Se aproxima a mi rostro y me besa dulcemente en los labios. Huele a mi sexo. Con mi lengua, me aventuro tímidamente a lamerle los labios, cuando lo hago sonrío, le miro y veo que él también sonríe. Entonces, vuelvo de nuevo a probarlos. Me gusta el sabor de mi propio sexo.

—¿Marcos?

—¿Sí?

—Me ha gustado mucho —afirmo tímidamente, pero muy contenta al recibir mi primera experiencia sexual oral.

—Me alegro. A mí también me ha gustado mucho, pequeña —responde él tras darme otro beso en los labios.

—Pero tú estás... estás... Bueno, tú no te has aliviado. ¿Puedo ayudarte?

—¿Estás segura? ¿No te estaré dando demasiadas lecciones en un solo día? —se burla Marcos de mí con una sonrisa traviesa en los labios.

—No, si no tienes prisa.

—Ninguna —contesta él raudo y veloz tumbándose rápidamente en la cama—. Ya recuperaré el tiempo perdido en el taller cuando llegue allí. Soy el jefe. Me puedo permitir llegar un poco tarde. Soy todo tuyo, pequeña.

El bulto de su pene a través de los pantalones está cada vez más pronunciado. Empiezo la sesión con pequeñas caricias y besos en los labios y en el cuello muy despacio llegando hacia sus tetillas. Marcos suspira varias veces. Me demoro en ellas lamiéndolas suavemente con la punta de la lengua y succionando con los labios. Al alzar la cabeza veo que él me mira en ese momento. Me susurra que ahí no siente nada, así que no me molesto en seguir lamiendo y chupando los pezones como él hizo conmigo. Sigo por los laterales de sus costillas y por el vientre. Jadea bajito, suspira, jadea bajito y suspira nuevamente agarrando fuertemente el edredón con sus manos. Tras unas cuantas pasadas mas con mi boca y mis manos por su cuerpo, llego hasta la

cintura de sus vaqueros donde sus jadeos son un poco más fuertes. Me demoro un ratito en su cintura mientras lentamente le desabrocho el cinturón, luego el botón del pantalón y a continuación le bajo la cremallera. Todo lo hago lentamente. Su abultado miembro quiere salir disparado del bóxer. Con un dedo lo acaricio. Se mueve un poco con este leve contacto. Luego, me inclino y le mordisqueo sin llegar a hacerle daño. Marcos se mueve y suspira lentamente. Le digo que levante un poco el trasero y le bajo los pantalones, con la ropa interior incluida, hasta los pies. Se los quito completamente y le separo un poco las piernas. Me estoy orientando por lo que él me ha hecho antes. Supongo, que si hay algo que no le gusta, ya me lo hará saber. Su pene se pone inmediatamente tieso como una vela. Es grande, grueso y largo. La cabeza de su miembro está muy sonrosada y no deja de mirarme. La miro también alucinada y trago saliva al ver semejante artilugio. Tamaño XL tiene que ser por lo menos. ¿Todo eso cabe dentro de mí? En este caso, dentro de mi boca porque mi idea es meterla en la boca.

—Encaja dentro de ti —me asegura Marcos, con la voz ronca y completamente excitado. ¿Tan transparente soy que ha leído hasta este pensamiento?

—Sí, supongo que sí. Oriéntame un poco. Sé que hay que moverla de arriba hacia abajo que...

—Coloca tu mano sobre ella. Eso es. ¡Dios! Que gusto sentir tu mano sobre mi polla—exclama Marcos jadeando y suspirando de placer—. Ahora... Ahora pondré la mía sobre la tuya y te enseñaré a moverla. Sí, así es. Sigue así. Lo estás haciendo muy bien, pequeña. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Trátala... Trátala con mucho mimo. ¡Joder! ¡Qué bueno! ¿En serio que nunca has tocado a un hombre porque a mí me estas matando, pequeña? —pregunta él mientras retira su mano.

—Nunca.

—Pues lo estás haciendo de fábula. Si sigues así, me correré en poco tiempo. Me gusta. Dame... Dame un poco más en la punta con la mano. Presiona un poco la punta con la yema del pulgar. ¡Oh, sí! Eso... Eso es. ¡Qué gusto, Dios!

Lesigo masturbando durante un ratito, mientras él se retuerce de placer en la cama y no deja de jear. Como mi idea era, en un principio, chupársela, pues dejo lo que estoy haciendo y acerco mi boca a la cabeza de su pene, o dicho en términos puramente técnicos, al glande. Un líquido transparente sigue saliendo de su interior. Lamo con cuidado y tímidamente el líquido y con mi lengua lo esparzo por toda la cabeza de su miembro. El sabor no me desagradó. Marcos se estremece con la caricia. Sigue aferrado a la colcha y no se suelta de ella. Una vez leí en algún sitio que una vez que se le baja al pene la piel que la recubre, se chupa con delicadeza y esmero esta parte para que el hombre obtenga mayor placer. Así que esto es lo hago. Se la chupo muy lentamente hasta meterla todo lo que puedo en la boca sin que me produzcan arcadas. No me cabe toda entera, pero sí lo suficiente para que él se vuelva loco como lo está ahora. Dejo de chuparla y me paso la lengua por mis labios saboreando su sabor. Salado y algo más, pero no logro identificarlo. Con mi mano comienzo a masturbarle de nuevo de arriba hacia abajo como me ha enseñado. Marcos me apremia a que haga esto último más rápido. Todavía no he tocado las dos bolsitas que le cuelgan debajo de su pene, así que, mientras con una mano le masturbo, con la otra inspecciono la zona de sus testículos. Él está cada vez más excitado y a punto de estallar. Lo sé por el movimiento de sus caderas y el hecho de decirme que no se puede contener más y que se va a correr. Tarda poco en hacerlo. Al cabo de unos segundos, un gran chorro de semen sale a presión hacia arriba cayendo sobre su vientre y sobre mi mano. Está caliente y es viscoso. Mientras sale el líquido, su cuerpo se convulsiona sin parar hasta que deja de salir semen. Permanece tumbado y con los ojos cerrados. Su frente está sudorosa. Su respiración se hace más normal conforme se va relajando. Tras terminar la sesión, me doy cuenta que vuelvo a tener las bragas

muy húmedas y que he estado tremendamente excitada durante todo el tiempo en que le estaba masturbando. ¡Dios! ¡Qué novedad esto de masturbar a un hombre! Raro y novedoso, sí. Así es como lo calificaría. Me ha gustado satisfacer sexualmente a Marcos. Le he visto tan vulnerable y accesible cuando le estaba masturbando, que por un momento me he sentido la mujer más poderosa del mundo. Me encanta mirarle desnudo y con todos sus encantos a la vista.

Salgo de la cama y me voy al cuarto de baño. Me lavo las manos, cojo una toalla, la mojo un poco con agua caliente y me dirijo de nuevo hacia la habitación para limpiarle. Marcos sigue quieto en la cama. Pongo la toalla sobre su vientre y le limpio con mucho cuidado quitándole todo el semen que tiene pegado a la piel. Luego le seco muy bien esta zona y me tumbo a su lado. Él abre los ojos y me mira durante unos segundos. Se incorpora un poco y me besa con ganas en los labios.

—Me ha gustado mucho, pequeña. Para ser tu primera vez, ha sido espectacular. ¡He gozado como un adolescente!

—¿En serio o solo lo dices para que no me sienta mal por ser una novata?

—Te lo digo en serio, cielo. Mueves la boca y la mano como una bendita. Un poco más de práctica y te conviertes en toda una experta —responde él con esa sonrisa picarona que hace que me desarme por completo cada vez que la veo—. Esa boca me ha estado volviendo loco desde el primer día que te vi en casa de mis padres. He fantaseado con ella cada noche.

—¡Marcos!

—¿Qué? Es la verdad. Solo pensaba en tener tu boca sobre mi polla. Me he corrido tantas veces en mi cama todas estas noches, que hasta yo mismo me he sorprendido por ello. ¿Te da vergüenza como te hablo? —pregunta con ternura él mientras me acaricia la barbilla.

—Un poco. No estoy acostumbrada a que me detallen tan explícitamente las fantasías sexuales de un hombre. Ni tampoco me suelen nombrar el sexo masculino con tanta claridad.

—Bueno, pues si la señorita se pone tan nerviosa cuando le hablo así, podemos buscar otra manera de entendernos. ¿Qué te parece si cuando me dirija a ella —pregunta señalando con su mirada al pene—, la llamamos “Charlie” o “Grandullona”? Lo digo porque quizás eso te haga sentir mejor. A mí no me importa si la llamas así siempre que no la llames “Cosita” o cualquier otro diminutivo raro. Odio los diminutivos. Ella se merece un nombre importante, ¿no crees? —pregunta él muy risueño y divertido al hablar con tanta frescura y naturalidad sobre su hermoso nabo.

—Charlie. Me gusta el nombre de “Charlie”. ¡Hala! No se hable más. Le bautizo como “Charlie XL” —afirmo muy seria, mirando atentamente su miembro y siguiéndole la corriente a Marcos sin pestañear en ningún momento. He añadido lo de “XL” para darle más importancia y no dañar el ego de Marcos haciéndolo más feliz. Me he dado cuenta de que se le dice a un hombre que la tiene muy grande y se convierte en el ser más adorable y agradecido de todo el planeta—. En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo. Amén —pronuncio en voz alta imitando la voz seria y solemne de un sacerdote y haciendo la señal de la “Santa Cruz”.

Luego, se me ocurre hacer una pequeña representación sobre el ritual que se hace frente a la pila bautismal cuando se le echa el agua bendita a un recién nacido en la cabeza. Sé que esto se hace antes de terminar con la señal de la “Santa Cruz”, pero como ha salido de esta forma pues continúo con ello como si nada. Cojo la toalla que había dejado sobre la cama y estrujo un poco la parte mojada y que no está pringosa de semen. Unas gotas de agua caen sobre “Charlie XL”, el cual se mueve con el contacto del agua ya fría. Una vez que el agua ha caído sobre él, éste queda bendecido para toda la eternidad como “Charlie XL” y así se lo hago saber a Marcos. Luego beso suavemente la punta de su verga y le sonrío muy satisfecha. Toda esta

representación puede parecer una reverenda tontería, pero siendo sincera, en estos momentos no me importa lo más mínimo porque me estoy divirtiendo de lo lindo con la verga de Marcos como nunca lo había hecho en mi vida con otra cosa. Marcos me mira anonadado y muy callado cuando termino con la comedia. Al segundo, los dos comenzamos a reírnos a carcajadas por esta ocurrencia tan graciosa. Me dice que me apunte otro punto, el segundo ya desde que nos conocemos, acordándose del día que estuve en su taller y que lo dejé cuajado con algunas de mis bromas acerca de si tenía también un horno instalado en el taller. Reconozco que a veces tengo algunos puntillos graciosos que vienen de perlas en determinadas situaciones. Nos abrazamos muertos de la risa y sin poder parar. Luego, al cabo de un rato, ya más serenos, buscamos nuestras ropas por toda la habitación y comenzamos a vestirnos. Salimos del dormitorio. Marcos me dice que ahora sí que se tiene que ir al taller y que me llamará esta noche. Me da un beso en los labios y se marcha de casa cerrando la puerta al salir.

Me quedo de pie pensando en él y en las cosas que hemos hecho en la cama. Con Marcos todos mis planes de ir despacio y con cautela se han desmoronado por completo. Es tan impredecible que nunca sé por dónde me va a salir, pero en el fondo, me lo he pasado muy bien y me ha gustado mucho la experiencia. Tras este primer contacto sexual, se me ha abierto el apetito de ir más lejos con él. Me gustaría probar al maravilloso "Charlie XL" y así quitarme definitivamente el "San Benito" de mi eterna virginidad.

8. El viaje

Hoy, sábado por la mañana, sobre las diez, empiezo a preparar el equipaje ya que a la una en punto tengo que estar en la puerta de Marcos lista para partir hacia Jaén.

Marcos me llamó ayer, viernes por la noche, para concretar algunos detalles del viaje como llevar una pequeña navaja, ropa de abrigo, toallas, un saco de dormir y unas buenas botas. Lo del saco de dormir, me dice, es por si acaso hace mucho frío y con las mantas que hay en la casa no tenemos suficiente para taparnos por la noche. Hay calefacción en la casa, pero él no se fía mucho de su funcionamiento, ya que en una ocasión tuvieron un buen chasco con ella. En la casa rural en la que se alojó con unos amigos hace dos años, la calefacción no funcionaba muy bien y pasaron mucho frío. Llamaron al dueño para decírselo, pero éste no cogía el móvil por lo que estuvieron todo el fin de semana muertos de frío y recogiendo leña del monte. También me comenta que nada de llevar una cesta ni cepillos para limpiar los hongos porque de eso ya se ocupa él. Me confirma un nuevo horario. Saldremos de Málaga sobre la una del medio día. Él intentará salir un rato antes del trabajo para ducharse y dejarlo todo preparado antes de partir hacia Jaén. También me comenta que Álex se va a encargar de cerrar el taller. Escucharle hablar así de bien y con tanta tranquilidad de su hermano me deja mucho más animada. Me alegro que la relación entre ellos continúe siendo la misma aunque me temo no lo sea de igual forma conmigo. Debí hablar con Álex en privado y no delante de Marcos. Temo el día que me lo encuentre de nuevo en cualquier sitio. No sabría qué decirle esta vez y eso que no he sido yo la que he estado con otra persona pasándomelo bomba en una fiesta. Se ve que estoy hecha de una pasta más blanda y que estas situaciones tan embarazosas me cuesta enfrentarme a ellas. Marcos me pregunta si no me he arrepentido de ir con él a la sierra. Le confirmo con un “No estoy arrepentida y sí muy emocionada de ir contigo al viaje” dejándolo tranquilo y feliz.

Según me comentó Marcos, ayer por la noche y ésta es toda la información que he recibido por su parte ya que él nunca ha estado por esa zona, el lugar hacia donde nos dirigimos se encuentra en pleno corazón de “La Sierra de Cazorla” y que es el edén del micólogo. El paraíso en todo tipo de setas como los níscalos, la seta de cardo y la seta de chopo. Me dice que la casa rural está lejos del pueblo, Cazorla y que no tiene más información sobre ella. Sólo sabe cómo llegar y dónde se ubica la finca y también que ya se han encargado de comprar todo lo necesario para estos días y que no me preocupe por nada porque está todo organizado y listo. Le pregunto cuánto dinero tengo que dar por la comida y el alojamiento, pero él me dice que en esta ocasión soy su invitada y que él corre con los gastos de ambos ya que primero tengo que comprobar si me gusta recoger hongos para que en un futuro, si quiero claro, me una al grupo. No le insisto más en el tema porque sé que no le voy a convencer, así que le doy las gracias por este detalle. Se despide con un beso y con un “que duermas bien, pequeña” y tras estas palabras, cuelgo y me quedo con el móvil en la mano muy pensativa, nerviosa y emocionada a la vez, por emprender la marcha cuanto antes hacia Jaén.

Nunca he visitado “Sierra de Cazorla”. Sí, he estado de veraneo por el “Parque de los Alcornocales” alojándome en un hotel muy tranquilo y silencioso que hay muy próximo al pueblo de “Grazalema” en la provincia de Cádiz, pero nunca he tenido la oportunidad de ver la zona hacia donde nos dirigimos con el resto del grupo. Tampoco me he alojado con tantas personas en una casa rural durante dos días. Con los escasos datos que me ha proporcionado Marcos, mi curiosidad por saber más acerca del lugar hace que busque información en internet sobre el sitio en particular para hacerme una idea más concreta de lo que me voy a encontrar cuando lleguemos allí. Según los datos que obtengo de la propia web, parece ser que esta finca fue un

antiguo molino aceitero de principios del siglo XIX llamado “El Olivar del Trabuco” y que ha sido restaurado cuidadosamente hasta hacer de ella una acogedora casa rural. Se encuentra en pleno Parque Natural de la Sierra de Cazorla, Segura y Las Villas en Jaén. En el interior, las habitaciones de la casa han sido decoradas con todo el cariño de sus propietarios conservando los muebles antiguos de la época y combinándolo con las nuevas tecnologías: microondas, televisión, termo eléctrico, calefacción, vitrocerámica y hasta hay horno. La segunda planta de la casa está compuesta por nueve habitaciones, tres de las cuales tienen camas de matrimonio y hay una habitación mucho más grande al resto con tres camas individuales. Todas las habitaciones tienen un cuarto de baño completo en su interior. A cada habitación se la conoce con un nombre diferente como “Manzanilla”, “Hojiblanca”, etc, así hasta completar las nueve estancias. Como hay habitaciones suficientes para todo el mundo, pues supongo que, excepto las dos parejas del grupo, el resto dormirá cada uno en una habitación. No sé yo si a Marcos le va a gustar eso de dormir solo. Después de este encuentro en mi cama, me temo que esta idea no le va a hacer mucha gracia y seguro que compartimos habitación. Pensar en dormir con Marcos me pone muy nerviosa. Nunca he dormido con un hombre. Saber que va a estar toda la noche a mi lado en la misma cama, me hace estremecer de emoción. Será toda una aventura dormir con él, eso suponiendo que logremos dormir algo, claro.

Esta finca, se compone además de un salón muy grande y espacioso que ocupa la parte central de la casa, luego está el comedor con una preciosa chimenea, la enorme cocina completamente equipada y la entrada principal o recibidor, la cual según las fotos que aparecen en la web, tiene una decoración muy rústica. La puerta principal que da al exterior es de una sola hoja y es de madera oscura con detalles de figuritas de hierro incrustada en la propia madera. La puerta da seguridad y elegancia a la fachada de la casa. Se pueden alojar un máximo de diecinueve personas.

La propiedad tiene una extensión de cuarenta hectáreas de terreno. “El Olivar del Trabuco” está rodeado prácticamente de olivos. Si queremos adentrarnos en el bosque, solo hay que coger el camino empedrado de la casa que nos lleva directamente hacia tres senderos o caminos debidamente señalizados. Cuando llegamos al bosque, el pinar es la especie que está más extendida por todos los pisos de la sierra, después le sigue la encina, el quejigal-aceral y el melojar, entre otros. La impresionante belleza del lugar ofrece a toda persona que la visita un gran número de actividades y de recorridos para realizar. Durante esta época del año, el otoño, el bosque alcanza su momento estelar llenando el paisaje con las diferentes tonalidades de colores de sus hojas a punto de caer y nos brinda de unos atardeceres dorados espectaculares. Conforme sigo leyendo sobre “Sierra de Cazorla” mayor es mi entusiasmo y mis ganas por estar allí. Creo que me lo voy a pasar muy bien estos días. Con tanta gente es imposible aburrirse.

Así que, hoy sábado, tras preparar el equipaje, ducharme y tomarme un buen desayuno, me entretengo un poco en ordenar la casa y en dejar todas las ventanas cerradas tras mi marcha. He preparado unos bocadillos de jamón serrano, aceite de oliva, rodajas de tomate y queso por si nos entra hambre por el camino. Seguro que nos entrará porque hasta llegar a Jaén, tres horas como mínimo, seguro que echamos. También he puesto dos latas de “Cola Cola” y de postre yogur líquido de fresa y plátano. Espero que le guste ya que en el supermercado no quedaba de ningún otro sabor. Mi hermana Pat y su marido Carlos vendrán a recoger a Bobo y se lo llevarán a la casa de campo de mis padres para que se sienta mejor con la compañía de más gente. Bobo los conoce muy bien a todos, así que lo dejo en muy buenas manos. A mi hermana Pat le gusta muchísimo Bobo. Yo creo que se debe a que todavía no tiene hijos, por lo que el gato es, a falta de hijos, su mascota favorita.

A la una menos diez estoy llamando al timbre de la casa de Marcos con la maleta de ruedas, un buen abrigo en la mano, las gafas de sol enganchadas en el cuello de la camisa y una mochila pequeña a mis espaldas donde llevo la comida para el viaje, mis efectos personales y el saco de dormir. Marcos abre la puerta y me sonrío al verme de tal guisa.

—¡Hola, pequeña! ¿Vas a alguna parte? —pregunta muy risueño, cogiéndome de la cintura y acercándose a su cuerpo.

No hace ni una semana que nos conocemos y ya me habla con tanta confianza y familiaridad que parece que llevamos juntos toda la vida. Con él es difícil ir más lento en esta relación, lo tengo más que comprobado. Por más que quiera ir despacio, no lo consigo. ¡Tiene energía para dar y regalar! Es imprevisible. Y después se quejan de que las mujeres somos imprevisibles y de que volvemos locos a los hombres con nuestros cambios de humor. Marcos es tan directo y lo resuelve todo tan rápido que nunca sé por dónde me va a salir.

—¡Hola! Ya estoy lista para emprender la marcha.

—Tenía ganas de volver a verte para escuchar tu dulce voz, pequeña. Veo que vas cargadita —responde él mirando la mochila que llevo en la espalda.

—Sí, un poco. He preparado un pequeño almuerzo para el camino por si nos entra hambre.

—¡Estupendo! —contesta muy entusiasmado sin soltarme. Coge mi maleta con la mano que tiene libre y entramos en el recibidor cerrando la puerta con el pie—. Ya veo que piensas en todo, cielo. No he tenido tiempo de ocuparme de ese detalle. Acabo de llegar hace un cuarto de hora. He tenido que salir más tarde del trabajo. Solo me ha dado tiempo de ducharme y de meter algo de ropa en la maleta. Dame un beso. Te he echado de menos, pequeña.

—Yo... Ehhh... ¿A qué hora llegaremos?

—No me cambies de tema. Anda, dame ese beso —insiste él apretándose más contra su cuerpo.

Le doy un beso casto en los labios y él aprovecha para abrirme los míos y meterme la lengua con impaciencia dejándome sin respiración. Nos besamos unos minutos saboreándonos con efusividad. Luego, nos separamos jadeando, pero sin separar nuestros cuerpos. Respiro un poco para coger aire. Luego me suelta despacio muy sonriente y me comunica que tiene que preparar el bolso de mano y buscar en el armario el saco de dormir, pero que no tarda nada y que enseguida nos marchamos. Me pide que me siente unos minutos en el salón mientras él se marcha muy diligente hacia el dormitorio. Me quedo de pie mirando la habitación que tengo enfrente. Esta casa es idéntica a la mía. En realidad los cuatro áticos del edificio son prácticamente iguales. Lo único que cambia es la decoración que cada propietario le da a la casa y el hecho de que este ático y el contiguo tienen una habitación más. Su terraza también es igual, pero tiene mejores vistas. Desde aquí se divisa completamente el mar. No hay ningún edificio por delante obstaculizando el paisaje. ¡Qué suerte! La mía solo tiene vistas a un cachito de agua. El salón es muy masculino. Color gris perla en sus paredes, un sofá de piel negro y un sillón también de piel, pero blanco, acompañado de una mesita central de cristal y varios módulos de muebles negros en la pared frontal con la televisión de plasma en el centro. Todavía no ha colgado cuadros en las paredes ni cortinas o estores en la cristalera de la terraza. De momento me gusta su estilo. No he visto el resto de la casa, pero me imagino que cuando termine de amueblarla tendrá una línea muy parecida a esta: Masculina.

Marcos sale del dormitorio con la maleta en la mano, un bolso pequeño colgado en el hombro, el saco de dormir y las gafas de sol, modelo aviador puestas. ¡Impresionante! Marcos es un hombre de bandera. Está buenísimo se mire por donde se le mire. Con

esos vaqueros oscuros, el jersey negro ceñido a su cuerpo y las botas, está realmente impresionante.

—Pequeña, si sigues mirándome así, te aseguro que no salimos de aquí hasta que no me haya quedado satisfecho contigo—advierte él sin pelos en la lengua y con una sonrisa lobuna en la cara.

—Ehhh... Lo siento. ¡Vámonos!

—No lo sientas. Me gusta cuando me miras así, pero no respondo cómo me pones cuando lo haces. ¿Le parece a la señorita que voy bien vestido?

—Ehhh... Sí. ¡Vámonos, Marcos! Llegaremos tarde si seguimos parlotando —contesto nerviosa por ser tan osado en sus palabras.

—¡Ja, ja ja! Tranquila. No te voy a hacer nada... todavía. Esta noche ya veremos. Nos quedan muchas lecciones por aprender, cielo. Muchas.

—Esta noche dormiremos en habitaciones separadas. Hay habitaciones de sobra para todos. Me he informado en internet sobre cómo es la casa donde nos vamos a alojar. Tiene nueve habitaciones y como hay dos parejas...

—Ni lo sueñes, pequeña. No duermos solo este fin de semana. Así que ya puedes quitarte esa idea de la cabeza.

—¿Y qué pasa si yo quiero dormir sola?

—¿Quieres dormir sola, cielo? —pregunta meloso, dejando la maleta, el bolso de mano y el saco de dormir en el suelo. Se aproxima y aprieta su cuerpo junto al mío acercando sus labios a escasos centímetros de mi boca.

—Ehhh...Sí.

—¿Sí, señorita remilgada?

—¿Qué me has llamado?

—Señorita remilgada.

—¡Oye! ¡Qué no soy ninguna remilgada!

—¿Ah, no? Si no lo fueras ni mencionarías el hecho de dormir sola. Además “Charlie XL” te va a echar mucho de menos, pequeña —asegura muy orgulloso al mencionar su miembro con este apodo—. Es más, ya te echa de menos.

—¡Marcos! —contesto alterada al notar su verga presionando mi cintura—. No metas a “Charlie XL” en esto.

—¡Cómo que no! Él es el protagonista de mi vida, cielo. Sin “Charlie XL” ya me dirás tú como nos lo vamos a montar los dos en la cama.

—Está bien, está bien. Esta conversación se está volviendo un verdadero disparate. Dormiremos juntos, pero... te aviso que me muevo mucho —digo para chincharle un poquito más.

—Ningún problema en eso. ¡Qué suerte! He dado con la persona perfecta para dormir. Yo también me muevo mucho en la cama y no exagero. ¡Menudo baile mas rumbero vamos a tener esta noche! Así que asunto resuelto. ¡Cómo me gusta resolver estos indescifrables dilemas contigo en la cama, pequeña! ¿Algo más?

—¡Oye! Te estás pasando tres pueblos con tanta guasa.

—¿Yo? Ya me guardaría de reírme de ti, señorita remilgada.

—¡Marcos! Si no dejas de llamarme así, te advierto que esta noche duermes en el suelo con el saco de dormir.

—Nien broma duermo en el suelo con lo frío que tiene que estar.

—Pues...Sí sigues así, no te voy a decir de lo que también sufro por las noches.

—¿No serás sonámbula, verdad?

—No te lo voy a decir.

—Te aseguro que ir dos noches detrás de ti como un perro lazarillo intentando meterte en la cama no me hace mucha gracia.

—¡Vaya! ¡Qué lástima!, porque suelo dormir con pijama al acostarme y amanezco sin nada, pero sin nada por la mañana. Al levantarme veo que toda la ropa está tirada por

el suelo de la habitación. Por las mañanas nunca recuerdo lo que ha pasado.

—Mentirosilla.

—En serio. Mi madre ha estado muy preocupada durante años por este comportamiento. Se lo comentó al médico de cabecera, pero éste no le dio una respuesta muy convincente para ello. Así que volvió a consultarlo, pero esta vez con un especialista con más propiedad en la materia.

—Mentirosa al cien por cien.

—Que no, de verdad. Según nos dijo, mi problema no es algo raro y único ya que se da mucho entre los adolescentes. Parece ser que este comportamiento puede deberse a que mi sistema nervioso ha desarrollado unas barreras de defensas y que estas barreras hacen que los estímulos que continuamente bombardean todos los músculos de mi cuerpo no reaccionan como es debido por lo que mi mente no es capaz de controlar los impulsos y ataca de esta forma al sueño. De esta manera libero tensiones y descargo energías. Es algo así como una especie de profunda rebeldía contenida por el tema del sexo. De momento no hay nada para tratarlo. El especialista le llamó algo muy raro, pero ahora mismo no recuerdo su nombre. En fin, después de esta visita, he seguido comportándome así. Solo espero que mis neuronas se aclaren un poco y me dejen tranquila por las noches.

—No me tomes el pelo, cielo. Estoy muy crecidito para ello.

—En serio que no, pero si una vez hasta recuerdo que tuvimos invitados en casa y mi madre no sabía qué hacer conmigo durante esos días porque tenía tanto miedo de que abandonara la habitación desnuda, que todos esos días se acostó en mi cuarto para controlarme. ¡Lo pasó muy mal! Te lo aseguro. Menos mal que me independicé y ese problema ya no lo tienen encima. Ahora puedo hacer lo que quiera en mi propia casa sin preocuparme de nada.

—¿En serio?—pregunta él entrecerrando los ojos sin creerse del todo la trola que le estoy contando.

—Sí, completamente en serio —contesto muy seria y con mucha convicción. En ningún momento pestañeo.

—¡Joder! ¡Es en serio! ¡Vaya suerte la mía! Te aseguro que si tienes ese problema, no me importa ir detrás de ti toda la santa noche. ¡Cómo voy a disfrutar persiguiéndote, cielo! Cierro con llave la habitación y de ahí no sales hasta que me levante por la mañana. O te encadeno al cabecero de cama. A mí me da igual. Se me están ocurriendo tantas soluciones al respecto que no puedes ni imaginarte lo contento que “Charlie XL” se está poniendo.

—¡Ja, ja, ja! Pobre iluso. Que mas quieras tú hacerme todas esas cosas. Me ha costado quedarme contigo, listillo, pero al final lo he conseguido. Te lo has tragado enterito. Duermo vestida y me levanto igual. Así que guárdate esas fantasías para ti solito.

—¡Vaya con la señorita remilgada! Si hasta tiene buena imaginación para inventar historias. Por lo que veo, el viaje que vamos a hacer a la sierra te está despejando bastante las neuronas y te está soltando mucho la lengua. Aunque pienso que esto se debe a que pasas mucho tiempo con los pequeños en el colegio y que tu imaginación se ha desbordado tanto que a veces piensas como una cría de párvulos.

—No te pases, listillo.

—Está bien, pequeña. Otro punto para ti. Vas aprendiendo deprisa conmigo. ¿Cómo vamos ya?

—Tres a dos. Te gano por un punto. Punto mío el día del taller, otro punto cuando bautizamos a “Charlie XL” y este último punto por pasarte de listo con una aprendiz del sexo.

—¡Vaya! Y yo que creía que eras mas tímida. Te doy un poco de cuerda y...

—No te pases, Marquitos. Soy educada, reservada y todo lo que tú quieras, pero no te

pases ni un pelo porque no soy tontorróna.

—¿Marquitos? Eso ya no me gusta tanto. ¡Está bien! Retiro lo de señorita remilgada si tu no me llamas Marquitos. Ese nombre me trae pésimos recuerdos. Nunca me han gustado los diminutivos. Bueno cielo, tenemos que irnos. No quiero llegar muy tarde al lugar. ¿Un beso y hacemos las paces?

—Sí, pero sigo ganándote un punto, así que espabilate.

—No se me olvidará. Estaré mas avisado la próxima vez. Te estás soltando demasiado rápido y eso no es bueno para mi ego.

—¡Creído!

—Porque puedo —afirma bromeando—. ¿Me das ese beso, cielo? Me muero por besar otra vez tus labios.

Le doy el beso, cogemos las maletas, cerramos la puerta y nos montamos en el ascensor. Sobre las una y media de la tarde salimos de Málaga en dirección hacia Jaén. El buen tiempo nos acompaña durante todo el viaje. No hace mucho frío y el cielo está despejado sin ningún nubarrón acechando por ahí. Según el pronóstico meteorológico, este fin de semana no llueve, ni nieva ni nada por el estilo que nos impida pasar un buen fin de semana en la sierra y en compañía de ocho personas. Estoy impaciente y muy nerviosa por conocer a todo el mundo. Para mí, esto es toda una aventura. El número máximo de personas con las que he pasado unos días de camping, han sido cuatro: Dos compañeras de trabajo, Silvia y Santi, que siguen todavía solteras y mi prima Lucia de Cáceres que vino a Málaga para pasar quince días de vacaciones con mi familia. Lucia, un año mayor que yo, es con la que mejor congenio de todas las primas de la familia, tanto por parte de mi padre como por parte de mi madre. Nos lo pasamos de maravilla cuando nos vemos. Y ese verano no fue una excepción. ¡A ver cómo nos lo pasamos diez personas juntas deambulando por toda la casa!

Así que, sobre las dos y media de la tarde, hacemos una parada en el área recreativa más cercano a la carretera para comernos el almuerzo que he preparado. Todo está muy rico y sabroso. No hemos dejado ni una migaja. Luego, continuamos nuestro camino hasta llegar a una desviación donde se nos indica que el pueblo de Cazorla se encuentra en esa dirección. Seguimos la carretera y tras recorrer un buen trayecto nos desviamos, antes de llegar al pueblo, por un camino más rústico y empedrado, pero transitable para vehículos. A tres kilómetros se encuentra nuestro destino. Proseguimos la marcha. Miro el paisaje que me rodea con mucha curiosidad. Estamos entrando en zona verde y boscosa. Durante todo el trayecto no hemos hablado mucho. La música se ha encargado de tapar los silencios: Pop actual y variado es la música que estamos escuchando. Traigo un CD de Alejandro Sanz en la mochila, pero no me atrevo a ponerlo. He visto la música que él tiene en la guantera y por lo que veo no es tan romántica como la mía, así que se queda guardada. Empiezo a tener un poco de calor dentro del coche. La camisa de franela de cuadros azules y blancos que tanto se lleva este año me está acalorando. No sé si es por la calefacción del coche o es por la presencia de Marcos. Se me sube la temperatura del cuerpo como un radiador cuando lo veo cambiar de marchas y cuando me sonrío de esa forma. No sé qué es lo que me pasa, pero cuando cambia de marchas me excito. Tiene el jersey arremangado hasta el codo y agarra con seguridad y suavidad la palanca de cambios. El movimiento de su mano me excita. Algo muy raro, lo reconozco, pero cuando lo hace no puedo dejar de acalorarme. La camiseta interior que tengo debajo me está sobrando. Le digo que quite un poco la calefacción porque tanto sofoco me está matando. Marcos me mira y sonrío. Me dice que tengo la cara muy colorada y que me sienta muy bien ese color. ¡Si el supiera a que se debe ese color! Quita la calefacción y seguimos por este mismo camino, según nos indica el GPS y las indicaciones que nos vamos encontrando y que nos dirigen hacia nuestro destino. No queda mucho para llegar. La bandera de meta en

el GPS lo confirma sin titubeos. A ambos lados del camino solo veo muchos árboles. El colorido en esta época del año es espectacular. Los tonos marrones, rojizos y verdes invaden el paisaje. Al contemplarlo, mi mente se evade completamente de todo lo que me he dejado en Málaga: Mi casa, mi trabajo y mi gato. Tengo ganas de llegar a la casa rural y de respirar aire puro y limpio. He traído la cámara de fotos y unos prismáticos por si veo algún ciervo o un jabalí. He leído en la web que hay muchos por esta zona. A ver si tengo un poco de suerte y logro fotografiar uno de cerca.

9. La primera vez

Llegamos a la casa rural. Es exactamente igual como aparece en las fotos de la web. Muy grande, de dos plantas y con la fachada tan blanca como la nieve. Marcos aparca el coche entre un Fiat Blanco y un Skoda azul marino. Nos bajamos de él, estiramos las piernas y los brazos unos minutos y cogemos las maletas, los bolsos y los sacos de dormir del interior del maletero. La cesta, las navajas y los cepillos se quedan en el coche. Hemos tardado casi cuatro horas en llegar por haber parado para almorzar. El viaje ha sido un poquito largo. Estoy algo cansada.

En la puerta de entrada de la casa hay un hombre y una mujer mirándonos con curiosidad.

—¡Hola, Teresa! Me alegro de verte —saluda simpáticamente Marcos a la mujer dándole un beso en la cara y un apretón de manos al hombre que está a su lado.

—¡Hola Marcos! Pensaba que no venías este fin de semana.

—No. Dije que vendría. Creo que te has confundido con Álvaro. Él fue quién dijo que no podía venir porque trabaja todo el fin de semana en la gasolinera.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo que me llamó a casa explicándome el motivo por el que no podía reunirse con nosotros. Lo siento, te he confundido con él. Tengo que corregir entonces este fallo. Te pondré en la lista entonces. Bueno... —dice ella frotándose las manos misteriosamente—. Tengo varias sorpresas preparadas para estos días que espero que os gusten a todos. Os dejaré tiempo libre para que cada uno haga lo que quiera. No os preocupéis porque no os voy a atosigar todo el tiempo con el tema de las setas. Esta noche, antes de la cena daré una pequeña charla y repartiré algunos dibujos a color de las setas que son comestibles de las que no lo son, además de un pequeño manual para quienes vienen por primera vez y no conocen el tema de la micología. Veo que nos traes a alguien nuevo, Marcos.

—Sí, ella es India.

—Hola India. Me alegro de que te unas a nosotros. Tú sí estás apuntada en la lista. Pensaba que eras la acompañante de Álvaro. Bueno, pues espero que te lo pases muy bien con nosotros este fin de semana—señala Teresa afablemente acercándose hacia mí con la intención de darme unos besos.

—Hola, Teresa. Espero que así sea —contesto dándole dos besos.

—Este es Jorge, mi marido.

—Hola Jorge. Encantada de conocerte —le saludo con la mano.

No son muy mayores. Entre cuarenta y cuarenta y cinco años aproximadamente. Jorge tiene la cabeza completamente rapada, es muy delgado y tiene los ojos del color de la miel. Parece un hombre muy apacible. Teresa es más bajita que su marido y también delgada, tiene el pelo muy corto con mechuras rubias y unos ojos verdes muy grandes y expresivos. Este primer contacto con ellos me confirma que me caen muy bien y de que Teresa es una persona muy chispeante que hará que nos lo pasemos de maravilla en la sierra.

—Bien. Con vosotros ya tengo completa la lista y a todo el grupo en la casa. Las habitaciones están arriba. Los demás ya se han acomodado. Ahora andan por ahí desperdigados por la zona. Quedan tres habitaciones libres ya que Sonia, Sofía y Beatriz van a dormir en la misma habitación. Elegid de las tres que quedan la que más os guste. Esas habitaciones dan hacia la parte de atrás de la casa con vistas al bosque, al jardín y a la piscina. Son las que están al fondo del pasillo. La parte de debajo de la casa la podéis ver vosotros mismos. Bueno... Os dejamos para que os pongáis cómodos. Tenéis toda la tarde libre para que disfrutéis de este hermoso lugar. ¿Habéis almorzado? Sé que es un poco tarde para almorzar porque ya es la hora de la merienda, pero si tenéis hambre, en la cocina hemos...

—No te preocupes, Teresa. Hemos hecho una parada por el camino y nos hemos

zampado un par de bollos con jamón serrano, aceite, tomate y queso. El picnic que ha preparado India nos ha dejado saciados. Hemos tomado hasta postre —comenta Marcos simpáticamente a Teresa, la cual sonrío a su vez por la cara tan graciosa que ha puesto él.

Marcos me mira, sonrío traviesamente y coge su maleta de ruedas para entrar por la puerta de la casa. Yo le sigo con la mía muy azorada por lo último que ha dicho. El postre al que se refiere Marcos no es precisamente el yogur líquido que he puesto en la mochila, sino los besos tan voraces y apasionados que nos hemos dado después de almorzar sentados en los bancos de madera del área de descanso más cercano a la carretera.

—Bien. Pues nos vemos sobre las ocho en el salón para la charla y a las nueve en la cocina para preparar la cena. Aunque hemos comprado algo de comida precocinada, algunos platos los haremos con las setas que recojamos estos días. ¡Tengo nuevas recetas con hongos que quiero que las probéis! ¡A ver si os gustan! Se admiten sugerencias. Si tenéis alguna otra idea, no hay ningún problema en ponerla en práctica, eso sí, siempre que tengamos esos ingredientes a mano. Hemos comprado verduras y frutas para hacer combinaciones y darle más gracia a los platos.

—Estoy muy entusiasmado en probar esos platos que dices—comenta Jorge mirando a su mujer mientras nos sigue hacia el interior de la casa—. La verdad es que me encanta cualquier plato que contenga setas, sobre todo el arroz caldoso con setas de la última vez.

—¡Ah! Sí. Te refieres al plato que hicimos en la última quedada. Podemos repetirlo si tanto os gustó —contesta Teresa a su marido.

—Por mí no hay problema en volver a repetirlo —afirma Marcos—. Me encantó el sabor y la combinación de la carne con las setas.

Teresa me mira en estos momentos para saber mi opinión.

—Por mí tampoco. Me gusta mucho el arroz.

—Estupendo porque aquel día nos salió muy bueno y por lo que veo, gustó bastante.

—Mi madre hizo el otro día un plato con setas que estaba para chuparse los dedos. Es muy sencillo —señala Marcos—. ¿Hay gratinador aquí?

—Sí. Tenemos horno y microondas.

—Bien. Sólo lleva huevos, un poco de ajo, jamón serrano en tacos o beicon, lo mismo da, queso, sal y vino blanco. El queso es para gratinar encima de todo el revuelto.

—Se parece mucho a la que hacemos en casa, ¿no Teresa? —pregunta Jorge.

—Sí.

—Pero nosotros no solemos echarle vino blanco, ni queso, aunque sí le ponemos un poco de perejil picado para darle color y sabor. Tengo ganas de probar tu receta, Marcos. Se me hace la boca agua solo de pensarlo —asegura Jorge.

—Sí. A mí también —confirma su mujer Teresa—. Mañana cuando recojamos los hongos podemos hacerla. Bueno, os dejamos chicos. Si necesitáis algo, estaremos caminando por la parte de atrás de la casa. Vamos a inspeccionar un poco el terreno antes de que nos aventuremos por el bosque mañana por la mañana.

—Vale. Nos vemos más tarde, Teresa —responde Marcos.

Tras este intercambio de palabras, entramos en el enorme recibidor, lo cruzamos y nos dirigimos hacia la empinada escalera con sus treinta escalones, según voy contando al subir, que me hacen jadear de cansancio cuando llego por fin al último peldaño. La planta baja de la casa tiene los techos tan altos que no me extraña que haya tantos escalones. Hay un solo pasillo y es muy largo. En él se encuentran las nueve puertas con sus respectivos nombres. Cinco puertas se encuentran en un lateral del pasillo y el resto enfrente. Nos dirigimos hacia el fondo con las maletas rodando por el suelo de terracota. Al llegar, Marcos suelta la mochila en el suelo y abre cada una de las puertas

que quedan libres para echarle una ojeada al interior.

—Tú eliges, pequeña. Las tres son prácticamente iguales y todas están en dirección al bosque. Ésta que hace esquina parece un poco más grande.

—Bien. Yo elijo la de la esquina. Me gusta el nombre que le han puesto a la habitación. Verdiales. ¿Y tú? —pregunto inocentemente sin mirarle a la cara.

—Creo que voy a elegir la de enfrente.

—¿En serio? —pregunto incrédula al escuchar esa respuesta. No es la contestación que esperaba ya que no quiero dormir sola en esta habitación tan grande. Hace mucho frío en esta casa.

—No. Sólo quería ver qué caraponías al mencionarlo. Ya he visto que no te ha hecho mucha gracia, así que deduzco que quieres mi humilde compañía. Venga, pequeña. Entra para adentro. Esta noche tendremos que poner la calefacción a tope porque te aseguro que vamos a pasar mucho frío. Estas habitaciones tan grandes le dejan a uno los huesos del cuerpo helaos. Aunque las camas sean individuales no creas que no vas a dormir conmigo porque las voy a juntar ahora mismo. Vamos a tener mucho espacio para movernos en ellas.

—¡Marcos!

—A ver. Me dijiste que te movías mucho, ¿no?, pues con la camas juntas podrás hacerlo a gusto y yo también. ¿Qué pensabas que te estaba diciendo?

—Ehhh... Nada. Nada. Eso mismo.

—Sí, sí. Seguro que tenías pensamientos más morbosos en tu cabeza. Ya me he dado cuenta que con esa imaginación tan desbordante que tienes, seguro que te inventas algo para pasárnoslos muy bien esta noche.

—Dormir —aclaro muy convencida—. Esa es toda la diversión que tendrás esta noche.

—Yo había pensado en otra cosa, pequeña. Algo más estimulante.

—¿Estimulante? Bien, pues si quieres algo estimulante, te leo un cuento sobre orcos y vampiros y si eso no te hace efecto, te canto una canción de cuna donde se hable de matanzas y de derramamientos de sangre a ver si con eso coges definitivamente el sueñecito.

—¡Vaya, que graciosillate estás volviendo! Ni siquiera el aire de la montaña consigue pararte los pies. ¿Les lee a tus alumnos este tipo de cuentos? Porque si es así no me extraña que algunos se resistan a ir a tus clases por las mañanas. Los pequeñines tendrán pesadillas monumentales por las noches. Te van a odiar, cielo.

—¡Oye! ¡Con mis niños no te metas que son unos angelitos! A ellos les leo cuentos muy divertidos y para nada terroríficos. Me quieren mucho y se lo pasan bomba conmigo. Ninguno viene a clase llorando por las mañanas, al contrario, todos entran por la puerta muy felices y con ganas de volver al día siguiente.

—Tranquila fierecilla. ¡Cualquiera se mete con tus niños! Sabes, me estoy cansando de dejarme avasallar por tus estimulantes respuestas. Te has soltado el pelo y no hay quién te pare. ¡Esto tiene que acabarse! Desde ahora voy a ir a muerte contigo. No te voy a dejar pasar ninguna.

—Pero que creído que estás.

— No mas que tú.

—¿Yo?

—Sí tú, listilla. ¡Ay! ¡Qué bien nos lo vamos a pasar los dos juntos este fin de semana! Se me quita el sueño solo de pensarlo. Tú con tus puntillos y yo con los míos. ¡ La vamos a armar cielo!

—Todavía no he terminado contigo, listillo. Se me olvidaba decirte algo muy importante —afirmo muy seria, continuando con el juego que ambos hemos empezado—. ¡Algo de vital importancia! Es importantísimo que tras leerte un cuento y cantarte una canción, te de tu vaso de leche calentita con cacao y un besito en la frente para que duermas de un tirón y no te despiertes en mitad de la noche.

—Sigue cachondeándote de mí, graciosa. Ya te diré yo lo que te voy a dar a ti esta noche y no creas que va a ser precisamente un vaso de leche con cacao.

—¿Qué lado prefieres de la cama Marqui...?—pregunto cambiando de tema sin hacerle caso de esto último que me ha dicho.

—¡Ni se te ocurra decirlo! Si usas ese diminutivo una vez más, te vas a enterar de lo que es bueno. No respondo de mis actos. Así que tú verás.

—Está bien. Está bien. Nada de diminutivos. Me olvidaba de que odias los diminutivos. Lo siento.

—Voy a deshacer la maleta. Si sigo así contigo no vas a salir viva de la habitaciónen todo lo que queda de tarde.

—¿Eso es una amenaza?

—No. Eso es una verdad tan grande como un templo —responde él mirándose la entrepierna. Esa respuesta me deja sin palabras. Le miro ahí abajo y veo un enorme bulto en la delantera de sus vaqueros.

Me retiro de su lado y me hago la distraída quitándome la mochila que llevo colgada en la espalda. Marcos sonrío y no vuelve a decir nada más. De vez en cuando me mira de reojo moviéndose inquieto. Hago lo mismo sin dejar de pensar en el enorme bulto de sus pantalones. Se toca sutilmente la tela de la entrepierna del pantalón suspirando bajito. Se dirige hacia la mesilla de noche que hay en el centro de ambas camas y la desplaza hacia una esquina de la habitación junto al aguamanil que decora la pared de enfrente. Coloca una cama junto a la otra, se quita el abrigo y lo echa junto con el saco de dormir sobre una silla de madera que hay enfrente de las camas. Abre su maleta y empieza a sacar la ropa de su interior para colocarla en el armario. Mientras él hace esto, curioseo un poco en el interior del baño. Ducha, lavabo e inodoro, tal como se menciona en la web. Un espejo de madera cuadrado sobre el lavabo, unos ganchos en forma de percha para colgar las toallas y en una esquina de la pared está la calefacción. Salgo del cuarto de baño y me dispongo a deshacer también la maleta y a colgar algunas prendas en las perchas que quedan vacías dentro del armario y en los cajones que hay en su interior. El abrigo lo he dejado colgado en un perchero que hay en la entrada de la habitación. Marcos entra en el baño en estos momentos. Una vez que termino de organizarlo todo, me siento en la cama y espero a que salga.

La habitación tiene los techos muy altos, con vigas de madera oscura que destacan sobre el techo blanco. Las paredes son del color del cielo cuando éste está sin una sola nube. Azul. Me levanto y abro una hoja de la ventana para que la habitación se ventile un poco. Todo lo que hay en ella es muy rústico. Me asomo y me quedo contemplando, de lado y apoyada en el marco de madera, la zona boscosa que tengo enfrente y el silencio que me rodea. Todo es verde, marrón y muy espeso. El viento viene frío esta tarde. He traído los guantes polares y una bufanda de lana por si a caso el tiempo en la montaña se vuelve más severo. Veo que Marcos sale del baño y se aproxima hacia donde me encuentro. Se coloca detrás y me abraza. Nos quedamos los dos mirando la espesura del bosque y el camino de tierra y piedras. Son cerca de las seis de la tarde. Los días son más cortos y anochece antes. No nos queda muchas horas de luz para pasear si nos demoramos más en la habitación.

Sin esperararlo, un beso llega a mi cuello. Otro a mi cara. Sus brazos presionan mi cintura contra la suya. Me pongo tensa con este contacto. Los besos continúan por el cuello haciendo que, poco a poco, me relaje dejándome caer sobre su pecho. Marcos me susurra algo al oído, pero no llego a entenderle muy bien porque estoy embriagada por el contacto de sus besos. Una mano áspera y grande roza mis manos dirigiéndose hacia mis pechos. Me estremezco con ese roce. Marcos me retira de la ventana y la cierra sin dejar de besarme y de acariciarme. Me presiona más contra él. Siento su duro miembro apretando mi cintura. Estoy nerviosa. Hemos estado haciéndonos

bromas con comentarios triviales y soltando alguna que otra risa desde que hemos llegado a la casa. Ahora que ha llegado la hora de la verdad, porque no creo que Marcos quiera retrasar mucho más lo inevitable que va a ocurrir entre los dos, me pongo más seria y mis nervios bullen por todo el cuerpo. Sé que en algún momento llegaremos a más, por eso estoy nerviosa. Mi cuerpo se excita con su presencia y el suyo resulta evidente que de igual modo. Me desabrocha lentamente la camisa de franela. Mete su mano por debajo de la camiseta interior y me toca los pechos a través del sujetador. Su respiración en mi oreja incrementa mi excitación. Mientras sigue acariciándome por esa zona, otra mano se dirige hacia el botón y la cremallera de mi pantalón. Lo desabrocha y mete su mano en el interior de mis bragas. Acaricia el vello púbico con suavidad. Con un dedo masajea mi clítoris. Las piernas me flaquean. Él me presiona con fuerza contra su cuerpo sin dejar que me caiga al suelo. Sigue tocando el clítoris en círculos alternando estos movimientos con caricias sobre los pliegues de mi sexo. Tengo las bragas empapadas. Marcos se mueve y me lleva hacia la cama tumbándome en ella, mientras continúa masturbándome superficialmente con su mano. Tengo mucho calor ahí abajo. Quiero algo más. Muevo mis caderas para que me frote más rápido. Marcos no lo hace. Eso me hace suspirar de frustración. Se incorpora de la cama hasta ponerse de pie en el suelo. Coge un condón del interior de su cartera. Se desabrocha el pantalón y se lo quita junto con el bóxer. Se toca su rígido pene con la mano unos segundos, de arriba hacia abajo deteniéndose en la punta. Abre el envoltorio del preservativo, lo saca y se lo coloca. Se acerca a la cama y se pone a horcajadas sobre mi cuerpo. Todavía no he tenido ningún orgasmo y necesito que me haga algo porque me duele ahí abajo si no me toca otra vez. Se acerca a mi cara, me besa suavemente los labios y me dice que necesita entrar en mí inmediatamente porque no puede esperar mucho más, pero me promete que será cuidadoso e irá despacio. Me murmura además, que sabe que no me ha dado ningún orgasmo antes, pero que no me preocupe porque lo voy a tener seguro. Muerde mis labios tiernamente. Le encanta hacer eso cuando me besa. Ahora estoy mucho más nerviosa que antes porque sé lo que me espera. Se retira de mis labios y posiciona su verga en la entrada. Mete la punta un poco. Su contacto nos hace gemir a los dos. Me siento rara cuando me toca el sexo con ella. Sigue metiéndola un poco más.

—Pequeña... Intentaré ir con suavidad. Tranquila ¿vale? Sólo será un... un momento.

—Sí —respondo con un hilillo de voz. Estoy tan nerviosa que mi mente se ha quedado en blanco.

—Cielo... No te pongas tan rígida. Relájate.No te voy a hacer daño.

—Sí —vuelvo a responder con el mismo hilillo de voz.

Marcos me besa los pechos, el vientre, las manos, todo mi cuerpo intentado relajar la rigidez de mis piernas que permanecen abiertas de par en par. Sigue con su pene metido en mi interior sin llegar a traspasar la barrera vaginal que todavía tengo. Sé que es así porque no he sentido todavía ningún tipo de dolor. Espero que no se eche atrás porque el asunto de mi "eterna virginidad" me está matando cada vez que pienso en la edad que tengo y que todavía no he tenido relaciones sexuales completas con un hombre. Sus caricias y besos distraen mi nerviosismo y me pongo a flotar en un mundo de color de rosa y de pajaritos de colores. Sin previo aviso, entra de golpe en mi interior y doy un respingo y un gemido cuando lo siento. El gemido no llega a salir de mi boca porque su boca se lo ha llevado sin que se produzca ningún sonido. Deja su verga en mi interior. Imagino que es para que me adapte a él por el ligero pinchazo que he sentido. Me ha dolido un poco, pero solo es eso, un ligero dolorcillo. Siempre se le ha dado tanto bombo al tema de desvirgar a una mujer que pensaba que iba a ser algo más doloroso y cruel. ¡Pero no es para tanto! Me siento rara con su pene dentro, eso sí, pero bien al fin y al cabo. Y me pregunto, ¿a partir de ahora él lleva la voz cantante en el asunto o lo llevamos entre los dos? ¿Le doy antes a él placer o hay una pauta de

primero la mujer y después el hombre? Todas estas preguntas y muchas más me vienen a la cabeza sin acordarme si he leído algo sobre ello. Supongo que cada persona será un mundo y que cada uno llevará el mando de la relación como cree conveniente. ¿Se lo pregunto? ¡Ay! Mejor no, no vaya a ser que meta la pata y quede en ridículo.

—¡Dios! ¡Qué estrecha estás! ¿Estás bien?

—Sí —contesto sin saber si lo de “estar estrecha” es bueno o malo.

—Sabes que esto...solo acaba de empezar, ¿no?

—Sí —susurro, pensando que toda la información teórica que tenía se ha esfumado de mi mente y que ahora me he quedado en blanco. Lo que me confirma que la práctica o el instinto siempre es mejor que todo lo que he leído hasta ahora sobre el sexo.

—Llevaré el mando ¿vale?

—Sí—vuelvo a susurrar por el alivio que me ha dado al contestar a una de las preguntas que tenía en mente.

— Iré despacio, cielo.

—Vale —contesto con el corazón acelerado porque no tengo ni idea de lo que es “ir despacio” para él.

Conociendo a Marcos me puedo esperar de todo.Lo comprobaré en unos segundos y así tendré una referencia para cuando vaya “más rápido”. Marcos me mira unos segundos y arruga el ceño. No parece muy convencido de mis palabras.

—Pequeña, ¿estás bien?

—Sí. Me siento rara, nada más.

—No te preocupes, te acostumbrarás a tenerla dentro. Relájate. Disfruta de todo lo que sientas de ahora en adelante ¿vale?

Me da un beso en los labios para tranquilizarme empezando a moverse en mi interior impacientemente.

—Sí.Marcos, lo de estrecha, eh... ¿es algo bueno para ti?

—¡Joder, sí! Muy bueno.

—¡Ah!

—Tranquila, cielo. No te preocupes por eso ahora. Tú déjame a mí. Relájate y no pienses en nada. “Charlie XL” cuidará de ti. Él se encargará de hacerte disfrutar.

Meguiña un ojo con picardía y retira su pene sin llegar a salir completamente de mi interior. Vuelve a entrar, sin prisas, pero sin pausa, hasta llegar al fondo emitiendo un suspiro. Marcos lo repite varias veces. Me penetra, a su ritmo, con embestidas profundas y lentas sin apartar la vista de mis ojos. Las sensaciones que siento son muy intensas y placenteras. Con el tiempo, mi cuerpo me pide que vaya más rápido. Necesito más de lo que sea que me tenga que dar. Levanto un poco mis caderas, por instinto, haciéndole saber que quiero más. Marcos lo capta enseguida y se pone en ello arremetiendo con mayor rapidez. Sus manos cogen con fuerza mis caderas y no para de penetrarme. Luego, con su dedo me toca el clítoris estimulándolo sin darme tregua siquiera a respirar. Me gusta cuando me toca ahí. ¡Siento que voy a volar! Él sigue tocándolo y de vez en cuando tirando suavemente de él. Me vuelve loca. Entre su miembro entrando y saliendo y él tocándome el clítoris, estoy que no puedo más. ¡Voy a explotar!

—¡Déjate llevar, cielo! ¡Vamos! ¡Déjate llevar! ¡Vuela para mí, pequeña! ¡Vuela!

Sin esperar a que me lo diga otra vez, vuelo como una endiablada mariposa hacia algún lugar de este planeta intentado encontrar alguna flor donde liberar todo lo que siento por dentro. La voz ronca y profundamente sexy de Marcos ha hecho que termine de excitarme completamente, dejándome llevar sin mirar atrás. Pronuncio su nombre cuando mi cuerpo se convulsiona por los espasmos al llegar al orgasmo. No sé ni dónde estoy en estos momentos. Solo sé que me ha gustado mucho y que Marcos es genial como amante. Dulce, tierno y muy comprensivo con una novata. Él sigue

estando en mi interior cuando mi cuerpo se va calmando y bajándome hacia la realidad que me rodea. Comienza a moverse de nuevo, pero esta vez lo hace con mayor rapidez. Ahora ya sé lo que para él es “ir rápido”. Este frenesí me deja sin aliento. Embiste contra mí profundamente y sin parar. Su respiración se hace más fuerte con cada penetración.

—Me voy...me voy, cielo. ¡Dios! ¡Dios! Me voy... ¡India!...

Marcos se echa hacia atrás y con un gemido muy profundo y ronco, arremete en mi interior hasta vaciarse totalmente. Luego, su cuerpo se balancea ligeramente hacia adelante y hacia atrás por los espasmos que, me imagino, le recorren por todo su cuerpo. Le miro sorprendida por esta reacción. Es la segunda vez que le veo llegar al clímax, pero esta vez ha sido diferente porque lo he tenido dentro de mí. Es una sensación muy rara y a la vez maravillosa. Sentirlo dentro de mi cuerpo ha despertado nuevas y desconocidas sensaciones. Toda una experiencia religiosa, como dice la canción de “Enrique Iglesias”. Marcos sale de mi interior y se echa hacia un lado de la cama pegándose a mi cuerpo. Se queda así con los ojos cerrados hasta que su respiración se hace constante y tranquila. Me he quedado exhausta de tanto ejercicio y por lo que veo, él también. Estamos sudando.

En estos momentos, escucho jaleo y pisadas por las escaleras. ¡Ay! ¡Dios! El grupo ha llegado ya a la casa. Me bajo la camiseta interior con nerviosismo y me abrocho los botones de la camisa con prisas y sin atinar muy bien en los ojales. Mientras continuo abrochándome como puedo los botones, pegan tres veces en nuestra puerta. Me quedo paralizada y sin aliento. ¡Qué horror! ¿Qué hago? ¿Qué digo? Pasan unos segundos de silencio y miro desesperada a Marcos que sigue con los ojos todavía cerrados y sin moverse del sitio. Cuando me dispongo a balbucear algo, él se adelanta a mis palabras y contesta con un “No puedo salir ahora. Enseguida bajo”. La persona al otro lado de la puerta responde con un “Ok. Estamos en el salón” y se marcha. Suspiro de alivio cuando oigo sus pisadas alejarse por el pasillo.

—Por poco nos pillan, pequeña —murmura con la voz aún un poco tomada y con un brillo risueño en sus ojos abiertos mientras me da un beso tierno en la frente y me abraza contra su cuerpo—. ¿Cómo estás? ¿Alguna molestia?

—Ehhh... Sí. Entre los muslos.

—No te preocupes, cielo, se te pasará con una ducha caliente. No te muevas. Te voy a limpiar un poco por aquí.

Se levanta de la cama y va al baño. Veo el preservativo ligeramente manchado de sangre cuando se dirige hacia el cuarto de baño. Marcos regresa con un trozo de papel higiénico y me limpia por el muslo. Vuelvo a mirar su pene discretamente y el preservativo ya no está. Lo ha tirado a la papelera. Me incorporo un poco y veo que la colcha de la cama no se ha manchado. ¡Menos mal!

—¡Me he llevado un buen susto cuando han pegado en la puerta! —murmuro poniéndome de rodillas sobre la cama.

—Tranquila. Eso es lo más emocionante y morboso del sexo, cielo. La sensación de que cuando menos te lo espera alguien puede aparecer y tú piensas que te va a pillar en ese momento—contesta él tranquilamente sin sobresaltarse por los golpes en la puerta.

—¿Qué? ¿Cómo puedes estar tan tranquilo tumbado en la cama y decirme eso? ¿Y si llega a entrar?

—Nadie entra en tu habitación si tú no le haces pasar, pequeña. Hay unas normas muy estrictas sobre ello cuando hacemos quedadas en grupo. Por eso estoy así de tranquilo porque sé que nadie va a entrar. ¡Venga! No le des más vueltas. Vamos a vestirnos. Nos esperan abajo. Conocerás dentro de un momento a todo el mundo —aclara, dándome un beso en los labios y apremiándome para que me levante de la cama.

—Marcos, antes necesito ir al baño. No tardaré nada.

—No hay ningún problema. Te espero. Toma esto y tíralo a la papelera —responde él dándome el trozo de papel higiénico.

—Marcos...

—¿Sí?

—Ehhh... Esto que ha pasado... me refiero a esto de hace un momento que...

—¡Chsss! —susurra él, posando un dedo en mis labios—. Después de cenar si quieres hablamos del tema, ¿vale? Ahora nos están esperando abajo, cielo.

—¡Oh! Sí. No tardo nada.

Me levanto de la cama con rapidez y al hacerlo siento todos los músculos de ahí abajo un poquitín doloridos. Cojo el pantalón y las bragas del suelo. Abro uno de los cajones del armario y tomo una toalla pequeña y me dirijo rápidamente hacia el cuarto de baño. Veo de reojo que él me mira sin pestañear mientras realizo todos estos movimientos. Ahora que todo ha pasado, siento vergüenza cuando me mira de ese modo. Me da vergüenza que me vea así. Entro en el baño, mojo la toalla un poco y me limpio muy bien por la entrepierna y por mi sexo con agua caliente. Dejo la toalla en un gancho y me pongo inmediatamente las bragas y el pantalón porque no quiero hacerlo esperar más tiempo. La costura del pantalón me molesta bastante al moverme cuando roza los pliegues de mi sexo. Con una mueca de disgusto, salgo del baño y voy hacia el armario para coger el abrigo. Tengo un poco de frío. La habitación sigue igual de helada que cuando llegamos a pesar del enorme calor que nosotros hemos desprendido en la cama hace unos minutos. Marcos sigue mirándome frunciendo el ceño. Él ya está vestido esperándome de pie.

—¿Mejor?

—Bueno... Algo mejor.

—¿Te duele? —pregunta él con preocupación señalando mi entrepierna.

Se acerca despacio hacia donde estoy y me acaricia el rostro suavemente con sus manos. Me aparta un tirabuzón que me cae en estos momentos por la cara y me mira muy fijamente esperando mi respuesta.

—No es precisamente un dolor, más bien es una ligera molestia. La costura del pantalón me roza —aclaro, con la intención de no darle mucha importancia.

—¡Ah! , pero puedes andar, ¿no?

—Sí. No te preocupes. Puedo caminar perfectamente. Bien. Entonces, ¿nos vamos?

—Sí, pequeña. Cuando quieras —responde él tiernamente cogiéndome de la mano y llevándome hacia la puerta de la habitación.

—¡Ah! Se me olvidaba. Tengo que coger algo de la mochila.

Agarro la mochila que he dejado en el suelo, la abro y cojo dos bolsitas azules de ella. Las bolsitas contienen doscientos cincuenta gramos de granos de maíz para hacerlos en el microondas.

—¿Qué es? —pregunta Marcos con curiosidad.

—Maíz.

—¿Maíz? ¿Para los animalitos del bosque?

—Sí. Así es. ¡Me encanta tener contenta a la naturaleza! Así pongo mi granito de arena alimentando a “Bambi” y a sus amigos para cuando llegue la época de escasez de alimentos del invierno. ¿Te apuntas después de cenar a darles de comer? Nos vamos a divertir mucho.

—No me apunto graciosa. Esta no te la anotas en el marcador.

—Has empezado tú.

—Está bien. He empezado yo. ¿Vas a hacer palomitas? —pregunta con incredulidad mientras salimos de la habitación y nos dirigimos hacia las escaleras.

—Sí, en el microondas que hay en la cocina.

—¿Granos de maíz en el microondas? ¡Vaya! No sabía que podían hacerse así. He comprado esas bolsas de palomitas con sabor a mantequilla, pero nunca en granos

sueltos como estos.

—Prácticamente es lo mismo. La diferencia está que te ahorras el recipiente para echarlas y que se meten directamente en el microondas. Éstas que traigo se hacen en un recipiente de cristal hondo con tapadera. Se echan los granos hasta cubrir la base del recipiente con un poco de sal por encima, se le ponen unos minutos a potencia máxima y después solo hay que esperar a que los granos dejen de explotar teniendo cuidado de que no se quemen. A mí me gustan más y creo que son más sanos.

—¿Así de fácil?

—Sí. Con un bolsitade éstas sale un montón de palomitas. Se las daré a Teresa para que las guarde con el resto de las cosas. Le comentaré si después de cenar les apetece que las hagamos. Son rápidas de hacer y están riquísimas. Es más económico porque se pueden hacer casi cuatro tandas de palomitas con un solo paquetito de estos.

—Yo me apunto a ello. Tengo curiosidadpor ver como se hacen. Otra receta que tengo que experimentar en mi nueva casa.

—También séhacer castañas en el microondas. Les das unos cortes en forma de cruz a la cáscara, las colocas en un recipiente para microondas y a una potencia de ochocientos vatios durante tres minutos y medio las tienes listas para comer.

—El mío es de mil vatios. ¿Cuánto tiempo necesita?

—Con dos minutos y medio son suficientes. Puedes poner tantas castañas como quieras. También se le echa sal gorda al final, pero esto es opcional.

—Me gusta también esta receta. Otra más parala colección. Veo que el microondas y tú sois muy buenos amigos.

—Sí. Toda receta facilona que me encuentro en internet, la hago.

10. La charla

Llegamos al comedor. Miro el reloj y son las ocho y diez de la noche. Todos se encuentran sentados alrededor de la enorme chimenea de piedra. El fuego arde con viveza en su interior proporcionando un agradable y gratificante calor a toda la habitación y a nuestros cuerpos porque vengo helada de la habitación a pesar de haber tenido otro tipo de calor en la cama. Lo primero que me llama la atención al entrar en el comedor es el enorme cuadro de madera que hay colgado encima de la chimenea. En el interior del cuadro hay una extensa colección de llaves de hierro de diferentes tamaños y formas. Me sigo fijando en la habitación y veo que en un lateral de la pared hay dos hermosos cuadros a color de animales cazando. El suelo de terracota le da un aire rústico, cálido y natural a todo el conjunto. Este tipo de pavimento decora también la entrada de la casa, la empinada escalera con sus treinta estupendísimos escalones y el pasillo. Las habitaciones tienen otro tipo de pavimento más claro.

Como somos los últimos en llegar, nos disculpamos por el retraso y saludamos a las ocho personas reunidas en el comedor. Marcos me va presentando a cada uno de ellos, excepto a un chico joven que también es nuevo en el grupo. Se llama Raúl como mi cuñado. Así que somos seis mujeres: Sonia, Sofía, Beatriz, Begoña, Teresa y yo y cuatro hombres: Raúl, Jorge, Federico y Marcos. Un grupo joven de entre treinta a cuarenta y cinco años aproximadamente.

Teresanos sonrío con su jovial sonrisa y comienza la charla sobre el apasionante mundo de los hongos para aquellos que somos nuevos y para los que no son tan nuevos porque según me susurra Marcos al oído, la charla que está dando esta noche también le está aportando nuevas novedades ya que Teresa está contando algunas anécdotas sobre los lugares que ha visitado. Hace mención del descubrimiento de dos especies nuevas de hongos no comestibles en el bosque de Muniellos, Asturias. Un lugar que nos recomienda visitarlo.

—No sé si os he comentado algo sobre el centro de micología de San Martín.

—No. De ese sitio no nos has hablado nada —responde muy convencido Federico, el marido de Begoña.

—Bien, pues es un sitio muy interesante. Este centro cuenta con algo muy novedoso e innovador: Una máquina que es capaz de ultra congelar en minutos las setas que recogemos para poder exponerlas y observarlas, tal como estaban en el campo, en las vitrinas del centro.

—¡Vaya! ¡Qué adelantados estamos ya! ¡Máquinas que ultra congelan setas! Me gustaría ver ese sitio. ¿Dónde has dicho que está? —pregunta nuevamente Federico.

—En San Martín del Moncayo, en la provincia de Aragón.

—Si alguna vez tenemos la oportunidad de ir, me apunto sin pensármelo dos veces. Me ha llamado mucho la atención lo que hace esa maquinita.

—Yo también —dicen a la vez Raúl, el chico nuevo, Jorge, el marido de Teresa y Marcos.

Todas las chicas miramos hacia ellos y nos reímos. ¡Los hombres y la tecnología! No hay ninguno que se resista a ver lo que puede hacer una máquina. Les atraen como imanes. Bueno, he de rectificar con eso de que nos reímos todas. No todas. Sofía, la chica del pelo rubio, es la única que no se ríe. Está muy seria. No ha dejado de mirarme desde que he llegado al comedor. Parece como si estuviera disgustada conmigo. Lo digo por la mala cara que me pone cada vez que mis ojos se encuentran con los de ella. Creo que le caigo muy mal y eso que todavía no he tenido la oportunidad de hablarle para que me juzgue tan pronto.

—¡Qué pasa! —responden todos de nuevo mirándonos desconcertados.

Nosotras seguimos riéndonos sin responderles. La cara que han puesto es todo un poema. Una vez que dejamos de reírnos, Teresa sigue con la charla. Con Teresa nada

es aburrido. Es una mujer que sabe entretener a un grupo aportando conocimientos muy interesantes y reveladores sin ser pesada y monótona. Su voz es muy agradable. Ella es vivaz, alegre, con mucha chispa.

Al terminar la charla, nos entrega unos pequeños manuales. Algunos miembros del grupo lo rechazan porque dicen que todavía conservan el anterior. Nos pasa unos dibujos a color de los hongos que son comestibles y que más abundan por esta zona con su nombre científico escrito en la parte inferior y otros cuantos dibujos de aquellos que no debemos coger aunque sí debemos de reconocer muy bien para no equivocarnos porque pueden parecerse bastante a los hongos que son comestibles.

Teresa saca un sobre blanco de la carpeta que hay sobre la mesa y nos mira con una sonrisa muy misteriosa.

—Bueno, tengo una sorpresa que daros a todos. ¿Os acordáis del concurso fotográfico de micología en el que participamos?

—Sí —contestan todos los integrantes del grupo menos Raúl, el chico nuevo y yo.

—Rellenamos unos cuestionarios también ¿no? —responde Marcos pensativo mientras se reclina en el sillón y la mira atentamente.

—Efectivamente. Bien, pues, gracias a aquella preciosa fotografía que enviamos y a vuestro interés por responder al cuestionario, hemos sido uno de los grupos afortunados, junto a otro grupo de otra comunidad, los que vamos a tener el privilegio de visitar “El Museo de Micología” de Iznalloz.

—¿Qué foto era? No la recuerdo muy bien —pregunta de nuevo Marcos.

—Una superposición preciosa de “Pleorutus eryngii” o como se la conoce vulgarmente como “Setas de Cardo” —coge una fotografía de la mesa y me la muestra para que vea el tipo de hongos sobre el que está haciendo mención. Una vez que la he visto se la pasa a Raúl, el chico nuevo que está a mi lado, luego este se la pasa a su compañero y así sucesivamente al resto del grupo—. Esta foto la hicimos cerca de aquel riachuelo que estaba muy próximo a la casa rural en la que nos hospedamos en nuestra última quedada. La casa se llamaba “El “Pinsapo”. Como veis en la foto, los hongos están puestos de tal manera que parecen una montaña en miniatura sobre la hierba o como dijo Begoña aquel día, casitas en miniatura muy juntitas. Lo hermoso del conjunto es que destaca muchísimo el marrón característico de las setas de cardo sobre la hierba tan verde de la zona. Parece una postal.

—¡Ah, sí ahora lo recuerdo!

—Bien, pues gracias a esta foto nuestra estancia en Iznalloz será completamente gratis.

—¿Gratis?

—Sí. A ver, me explico. El transporte, la comida y el alojamiento para todo el grupo serán completamente gratis. Pasaremos todo el fin de semana allí sin pagar un eurito. Estuve hace unos años en Iznalloz y os aseguro que os va a gustar mucho la zona y el museo. Podemos estar orgullosos de tener este museo. Sé que no es como el de Rabanales en la provincia de Zamora. El Centro de Interpretación de Micología de Rabanales está considerado como uno de los más importantes del país. Este museo abrió sus puertas en el 2007. Es un museo reciente. Tiene más de doscientos tipos de setas, pero aún así, el de Iznalloz no tiene nada que envidiarle, os lo digo yo. El de Iznalloz es mucho más antiguo, eso sí. Se creó en el año 2000 y no es tan grande como el de Zamora, pero merece la pena verlo. Bien, pues los detalles sobre este viaje os lo comentaré más adelante.

—¡Qué suerte! ¡No me lo puedo creer! —exclama Beatriz, la chica del piercing en la ceja, muy ilusionada.

—Pues sí créetelo porque de los quince grupos que han participado a nivel nacional en el concurso, nosotros hemos sido uno de los ganadores. Así que, sí que hemos tenido mucha suerte.

—Teresa, ¿nos podrías dar más detalles del concurso? —pregunta Sonia, la chica del

tatuaje en el cuello. Este tatuaje me ha llamado bastante la atención y no solo porque es muy grande sino por la hermosa flor roja con un pétalo negro cayendo sobre su cuello. ¡Qué curioso lo del pétalo!

—Claro. Hay otro grupo de la comunidad de Castilla y León que también lo ha recibido y que se unirá a nosotros en Granada. Solo se han sorteado dos premios. No me preguntéis el por qué porque sinceramente no lo sé. La noticia la recibí ayer por la mañana y no tengo ni idea de la forma de selección que han tomado los jueces ni por qué son dos grupos y no uno los que han recibido el premio. Bueno, lo que sí os puedo comentar es lo que vamos a ver esos días en Granada. Seré muy breve. No me voy a enrollar mucho. Sé que estáis cansados del viaje...

—No te preocupes por eso, Teresa. Cuéntanos algo más sobre el museo —contesta Beatriz restando importancia al cansancio del viaje.

—¡Oh! Bien, pero de todas formas no os cansaré demasiado. Todavía tenemos que cenar. No quiero que os vayáis muy tarde a la cama. Mañana nos espera un hermoso día para recolectar hongos y hay que aprovecharlo al máximo. Bien, os voy a decir lo más importante. Este museo se encuentra en la antigua casa del ingeniero forestal en Iznalloz, Granada. Hoy día, el museo es un centro para el estudio y la investigación de las diferentes clases de setas. Hay expuestas más de ciento cincuenta variedades de setas y hongos, entre ellas tenemos el níscalo, que es la especie reina en esa zona, la seta de cardo o la senderuela. Podríamos decir que estas son las especies que más vamos a encontrar por allí. Hay cuatro salas provistas con paneles informativos donde se muestran fotografías sobre estos hongos y sobre las trufas más comunes de la provincia. Es muy interesante que veáis las cuatro grandes maquetas donde se reproducen a tamaño natural las diversas especies y sobre todo, es muy importante que sepáis el tipo de suelo en el que nacen. La visita se hará guiada a través de las distintas salas del museo. Primero haremos la jornada de recogida de setas y después, visitaremos el museo. Bien, creo que con esta información, tenéis más que suficiente por hoy. No quiero agobiaros con más datos. Estoy muy ilusionada por la noticia y me gustaría que podáis ir todos para que tengáis más conocimientos sobre los hongos. Tenéis que confirmarme, no ahora, pero sí más adelante, los que piensan ir a esta quedada de grupo totalmente gratis. ¡Os lo habéis ganado, chicos! Vuestro interés por la micología tiene de vez en cuando algún que otro detallito agradable, como podéis ver. El viaje se hará en fin de semana, como siempre. Me gustaría, repito, que fuerais todos aunque entiendo que no siempre es posible que sea así. A los que no han venido, les enviaré un correo con la noticia y los detalles del concurso. En fin, esta es la sorpresa que quería daros esta noche —concluye Teresa muy alegre y entusiasmada—. ¿Qué os parece?

Nadie dice nada porque me imagino que todos estamos tan sorprendidos por tan agradable sorpresa que no sabemos qué responderle. Bueno, yo realmente no lo he ganado porque soy nueva y no participé en rellenar el cuestionario. De momento, tengo intención de involucrarme en este grupo porque me parece muy interesante el mundo de los hongos y también porque creo que me lo voy a pasar muy bien con todos, sobre todo con Marcos. A él le veo muy contento.

—Por favor, todos a la vez no, que no voy a poder contestar a tantas preguntas juntas y os aseguro que quiero irme a la cama prontito—nos dice sarcásticamente Teresa haciendo aspavientos con las manos.

—Yo ya di mi opinión antes —replica muy sonriente Beatriz.

—Sí, eres la única que ha expresado un comentario alegre sobre el premio.

—Teresa, es que no nos lo esperábamos. Me he quedado sin palabras. En principio me apunto. Te lo confirmo a finales de esta semana, ¿vale? —responde Sonia echándose hacia delante y apoyando un brazo en la silla de Beatriz.

—Nosotros también te lo decimos esta semana. Nos dices concretamente qué fin de

semana será y el viernes te mando un mensaje o te llamo por el móvil—confirma Federico—. Begoña tiene que preguntar a su jefa quiénes van a descansar en la pastelería los próximos fines de semana del próximo mes.

—De acuerdo. No hay prisa por responderme ahora, aunque tampoco quiero que me lo digáis en el último momento porque tengo que confirmar el número de personas que nos vamos a alojar en Iznalloz. Bueno pues, por mi parte, eso es todo. ¡Ah! ¡No! ¡Un momento, por favor! Os lo voy a comentar ahora y así ya os vais haciendo una idea de cómo serán estos dos días. Para mañana domingo, sobre las diez, es cuando tengo programado salir a buscar setas por la zona. Hay un sendero muy interesante que quiero que conozcáis. Por lo visto tiene unas vistas panorámicas impresionantes. Con respecto al desayuno, cada cuál que lo haga a la hora que crea conveniente, pero aviso, sobre las diez me pongo en marcha. A la una de la tarde regresaremos hacia aquí. Sobre las dos se hará el almuerzo con las setas que recolectemos en el bosque. El resto de la tarde la tenéis libre para hacer lo que queráis. A las nueve se prepara la cena y a esa hora sí que me gustaría que estuviéramos todos en la cocina o en el comedor para colaborar un poco, como esta noche. Sé que todos sabéis esto último, pero lo repito para los que son nuevos. El lunes por la mañana tengo programado un nuevo sendero en dirección opuesta a la de mañana. Es un terreno un poco más pedregoso, según la información que tengo, pero se puede caminar por él sin problemas. Avanzaremos menos, eso sí, pero creo que merecerá la pena inspeccionarlo. Saldremos una hora antes, sobre las nueve de la mañana. A las doce del medio día regresamos para preparar el almuerzo. Después del almuerzo, sobre las cuatro de la tarde partimos hacia Málaga. Nos da tiempo de sobra para almorzar tranquilamente y para preparar las maletas. Si alguien tiene alguna sugerencia mejor con respecto a algo de lo que he dicho, no hay ningún problema en modificar el programa previsto porque me amoldo rápidamente a lo que me digáis.

Todos nos miramos y contestamos a la vez que nos parece bien como lo tiene organizado y que no hay ningún problema en seguir con el itinerario que tiene fijado. Teresa nos comunica que para mañana domingo, nos tiene preparado otra sorpresita. Miro a Marcos y le pregunto bajito si se le ocurre qué es esta vez. Él me contesta que no tiene ni idea y que es la primera vez que da tantas sorpresas juntas en una quedada. Terminamos con la charla y nuestro siguiente paso es hacer la cena en grupo. Toda una novedad para mí.

Colaboramos todos. Nadie se queda sentado en la silla rezagado. Le doy a Teresa las bolsitas de granos de maíz que he bajado de la habitación y le comento cómo se hacen en el microondas y con qué rapidez. Teresa me dice que no hay ningún inconveniente en hacerlo. Me comenta que ella nunca ha experimentado hacer palomitas de maíz en el microondas y que tiene mucha curiosidad en saber cómo salen éstas.

Tras preparar la mesa y poner toda la comida sobre ella, atacamos la cena con mucha hambre. Se ve que el aire del campo abre el apetito. La cena consiste en una ensalada de lechuga, tomates y cebolla, aliñada con aceite, limón y sal, además de tres empanadas muy hermosas de hojaldre: Una de atún con huevo duro y aceitunas negras, otra de pisto con chorizo y la última de carne picada con tomate. Pruebo un trocito de cada una. Calentitas están buenísimas. Acompañamos esta deliciosa comida con vino tinto, cerveza, Coca Cola, aceitunas verdes y negras y de postre fruta. Después de cenar y de recoger la mesa, Teresa comenta al grupo que se van a la cocina a hacer las palomitas de maíz. Beatriz, Sonia y Marcos se vienen con nosotros para ver cómo se hacen en el microondas.

La cocina de esta casa es muy grande. No tiene puerta. Un arco de madera oscura es lo que inicia la entrada para entrar en ella. A pesar de su grandeza, la cocina logra transmitir esa sensación de calidez y de bienestar al entrar. Tiene todos los electrodomésticos que se menciona en la web además de una enorme mesa de

madera con seis sillas y muchos taburetes de mimbre. En la pared frontal de la pared y a ambos lados, concretamente en las esquinas, hay dos hermosas despensas que llegan hasta el techo. Son preciosas. Cada despensa está dividida en dos módulos independientes. Las de la parte superior tiene las puertas de madera oscura y cristal. Constan cada una de ellas de tres baldas de madera decoradas con puntillitas de croché blanco. No tienen mucho fondo. Hay vasijas pequeñas de barro, de cristal, vasos, jarras para el agua y una vajilla de porcelana blanca con sopera y todo. Estas despensas se parecen mucho a las que mi abuela Dolores tenía en su casa de campo. Las de aquí se conservan mejor. Forman parte de la pared. Los dos módulos de la parte inferior son algo más profundos y anchos, pero sin baldas. Las puertas son completamente de madera. Estas tienen pequeños orificios en forma de estrella como sistemas de ventilación de los alimentos. Mi abuela usaba la parte baja de estas despensas para meter el enorme garrafón de aceite de oliva que le compraba a un vecino y para conservar, sobre todo, las aceitunas que una vez recogidas en el campo, pasaban aquí el largo proceso de preparación para quitarles todo su amargor cambiándoles constantemente el agua. Las de esta casa no sé para que las destinó su dueño aunque me imagino que debía de tener fines parecidos. Ahora están completamente vacías.

De una de las despensas de la parte de arriba, saco un recipiente hondo de cristal con su tapadera y cubro la base de granos de maíz. Hacemos dos tandas de palomitas y las llevamos a la mesa del comedor donde nos esperan todos. No tardo en darme cuenta de que gustan mucho porque el contenido de las fuentes va menguando al mismo tiempo que conversamos un poco junto a la chimenea. El calorcillo del fuego es muy gratificante.

En el lado derecho tengo pegada a Begoña, la mujer de Federico. He deducido que es su mujer por la alianza de oro que lleva en el dedo. Comenzamos a charlar un poco para conocernos algo más. Begoña me cuenta que ella y su marido llevan un año haciendo este tipo de quedadas. Habla bastante rápido y gesticula mucho con las manos. Es una mujer morena, con el pelo muy corto, los ojos negros y una naricilla respingona muy graciosa. Cuando la miro la comparo a un ratoncillo de campo. Me cae bien Begoña. Cuando termina de hablar, siento que es mi turno de dar un poco de información así que, para casos como estos siempre digo lo mismo, que es la primera vez que vengo y que me está gustando mucho esta experiencia en el campo. Ella continúa, explicándome de que está intentando convencer a su hermana Noemí de que se apunte a estas quedadas también. Al final de toda esta cháchara, estoy bien informada de la vida de Begoña y ella también de la mía, claro. Begoña me pide mi número de teléfono anotándolo a continuación en su móvil. Se sorprende mucho de que su hermana Noemí viva en mi mismo bloque y en la misma escalera que yo. Más sorprendida me quedo yo cuando me entero de ello porque descubro que su hermana vive justamente debajo mía. ¡El mundo es un pañuelo!

De vez en cuando me giro un poco, disimuladamente, hacia donde se encuentra Marcos para saber qué está haciendo. Veo que está charlando con Jorge, el marido de Teresa. Tiene que ser muy interesante de lo que hablan porque Marcos está muy concentrado en la conversación. Con el resto del grupo no he tenido la oportunidad de hablar todavía. Cuando me doy cuenta, todos se han marchado ya a sus habitaciones y solo quedamos Marcos, Begoña, Federico y Jorge en el comedor. Son las once y media de la noche. Me levanto de la silla y le comunico a Marcos que me voy también a la cama. Inmediatamente los demás hacen lo mismo y todos caminamos hacia las escaleras. Se nos ha ido el santo al cielo charlando tanto. En la chimenea solo quedan las ascuas de toda la leña que el fuego ha ido consumiendo. Cuando estas se apaguen completamente, todo se quedará helado y sumido en el silencio.

11. Verdiales

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Marcos al cerrar la puerta de nuestra habitación.

—Sí, ¿por qué?

—Has estado toda la noche mordíendote el labio y moviéndote mucho en la silla. ¿Tienes molestias todavía?

—Sí, un poco. La costura del pantalón meroza en esa zona. Se me pasará con una ducha calentita. ¿Te importa si entro primero?

—No, pequeña. Las damas siempre son primero.

—Gracias. No tardaré mucho.

—Ehhh... India, ¿puedo ducharme contigo?

—Bueno, yo había pensado endarme una ducha rápida y...

—Será rápida, te lo prometo. Estoy muy cansado. Desde esta mañana no he parado. Entre el taller, el viaje hasta aquí y el ratito que hemos pasado esta tarde en la cama, tengo el cuerpo reventao y con ganas de pillar la cama. Al final te va a salir con la tuya, pequeña. Esta noche solo vamos a dormir.

—Bien. Aunque no sé si los dos juntos cabremos en la ducha. El cuarto de baño es muy grande.

—Podemos intentarlo. Me apetece ducharme contigo. Te prometo que solo vamos a ducharnos, ¿vale?

—Sí.

Del neceser solo cojo el champú y el gel. Abro el armario y busco mi ropa interior, el pijama y unas zapatillas. La toalla, ahora que recuerdo, la dejé en el baño antes de salir, así que con lo que llevo en las manos cierro la puerta del armario. Veo que Marcos ha encendido la calefacción. Me dirijo hacia el cuarto de baño, me desvisto, gradúo la temperatura del agua y me meto en la ducha. Estoy muy nerviosa. ¡Voy a ducharme con Marcos! El agua está muy calentita, me relajo cuando esta cae por mi cuerpo y me dejo llevar. No quiero preocuparme demasiado por esto. También estoy cansada. Cierro el grifo y abro un poco la mampara. Veo que Marcos ha entrado en el cuarto de baño y que se está quitando la ropa con rapidez. Se mete en la ducha, cierra completamente la mampara y se coloca detrás de mí. Cabemos los dos. Pensaba que íbamos a estar más apretujados, pero no es así, nos podemos duchar holgadamente. Marcos coge un poco de champú y comienza a lavarme el pelo con mucha delicadeza y tranquilidad. Luego se echa un poco de gel en la mano y repite la operación por todo mi cuerpo.

—Me gusta el olor a melocotón de este gel —afirma él—. El otro día en tu casa me entraron ganas de comerte enterita cuando te besaba el cuerpo. Vuélvete un poco que quiero darte por esta parte.

Me enjabona delicadamente los brazos. Continúa el recorrido y se detiene tranquilamente sobre mis pechos y los masajea con ternura poniendo duros los pezones, baja hacia mi sexo y mete la mano acariciando los labios. Suspiro. A pesar de que lo hace todo con mucho cariño, cuando ha tocado mis pechos y la entrepierna, no sé que me ha entrado de repente por todo el cuerpo que me ha dejado sin respiración. Vuelvo a suspirar varias veces más, respiro hondo y aguanto la respiración cuando vuelve a tocar mi entrepierna. ¡Dios bendito! ¡Jamás había tenido una experiencia tan gratificante como esta! Este hombre me va a matar de tanto suspirar. ¡Tantas novedades juntas en tan poco tiempo me tienen completamente aturdida! ¡Nunca me había duchado con un hombre y menos que éste me lave el cuerpo con tanto mimo! Marcos continúa lavándome las nalgas y por último las piernas. Me enjuaga rápidamente la cabeza y el cuerpo y me murmura al oído con una risita maliciosa que le toca a él recibir ahora algunas atenciones. Instintivamente, le doy un beso en los labios

y comienzo con la tarea. Cambiamos de sitio para que el agua le llegue mejor. Antes de nada, me fijo que “Charlie XL” esta tieso como una vela. Intento no hacer caso de su erguida presencia y sigo con mi labor. Le mojo la cabeza y todo el cuerpo con agua calentita. Se ha quedado un poco templada. En la próxima pasada de agua lo graduaré mejor para que salga más caliente. ¡Qué sensación más rara estoy teniendo estando tan cerca de él! Marcos es un hombre grande y a su lado, desnudos completamente, me siento pequeñita, poca cosa. Bien, dejo de pensar en estas cosas y empiezo primero por la cabeza. Él la agacha para que pueda lavársela mejor. Intento que no le caiga jabón en los ojos. Me sonrío por ese detalle y continúo después por los largos y musculosos brazos y el pecho que es una delicia tocarlo. Le pido que se dé la vuelta y sigo por esa espalda tan ancha que tiene hasta llegar a su lindo culito donde y a partir de ahí, me agacho un poco para continuar por las piernas. Me levanto y le pido que se vuelva hacia mí para empezar a enjuagarle todo el cuerpo. Reconozco que no me he entretenido tanto como ha hecho él conmigo. Me siento tímida en estos momentos al tocar su cuerpo.

—Cielo, creo que hay una parte que no has tocado.

—No. Tienes jabón por todo el cuerpo.

—Y esta parte, ¿qué? —pregunta él señalando su miembro.

—La puedes hacer tú, ¿no? —replico mirando su erguido tentáculo.

—Sí, pero esa no era la idea. Venga, pequeña, no me hagas de rogar.

—¡Uf! Está bien —contesto con reticencia. Tocar ahora esa parte me inquieta mucho.

He tocado su miembro endos ocasiones sin importarme, pero ahora la situación me resulta muy diferente y no sé por qué. Confieso que me da un poco de corte tocarle ahí. En fin, si él quiere que le enjabone, pues le enjabono. No quiero que piense que soy una mojigata. Echo un poco más de gel con olor a melocotón en mi mano y la froto con la otra mano haciendo bastante espuma. Cojo con cuidado a “Charlie XL” y lo acaricio con el jabón con mucha suavidad.

—Cielo, no muerde. Puedes darle un poco más fuerte.

—Estás... Estás...

—Estoy empalmaa. Lo sé. Es algo que no puedo evitar. Cuando me tocas se activa sola.

—¡Ah!

—Toca sin miedo. Y lo que cuelga también —afirma él con cierto retintín que me hace dejar lo que estoy haciendo para mirarle muy fijamente a los ojos.

Con esta mirada le advierto que si no se calla se va a lavar él solito lo que le cuelga. Marcos capta el mensaje y me deja hacer la tarea sonriendo como un niño bueno, pero no tarda mucho en volver a abrir la boca.

—Lo estás haciendo de maravilla. Es un placer sentir tus manos alrededor de ella. Bien. Ahora el agua caliente. ¡Adelante esclavita! —apremia él en tono burlón haciendo aspavientos con la mano para que me de prisa.

—Si no te callas, te vas a enjuagar tú solito —amenazo entre dientes golpeando suavemente su pecho con el dedo lleno de espuma.

—Está bien. Está bien. Lo que tu digas, cielo —responde con cara de no a ver roto un plato en su vida.

—Eso está mejor. Vuélvete—exijo mientras abro el grifo de nuevo y subo un poco la temperatura. Comienzo a enjuagarle el cuerpo.

—¡Joder, cielo! ¿Quieres achicharrarme o qué?

—¿Pero si está muy bien de temperatura?

—Tal vez para ti, pero yo no necesito que esté a punto de ebullición. Téplala un poco, por favor. No quiero que “Charlie XL” y compañía terminen escaldaos —murmura él mirándose detenidamente esta parte tan apreciada de su anatomía.

—Perdona. La había notado muy templada. Bien. Continúo. Vuélvete. Tienes jabón en

el pelo todavía. Eso es. Y ahora mírame de nuevo grandullón. Sí. Con este último chorro de agua ya estás limpiito y listo para que te cuente un cuento o te cante una canción, lo que prefieras —murmuro con ganas de empezar a bromear. No me voy a callar por mucho que me mire de esa forma tan extraña después de haberle amenazado en no enjuagarle el cuerpo si no se calla él—. Más tarde te daré el vasito de leche. ¡Hala! Sé un niño bueno y deja que me ponga el pijama.

—¿Y el besito? El niño grande quiere el besito para dormir —insiste él haciendo pucheritos con la boca y arrimándose a mi cuerpo presionando su empalmada virilidad contra mi vientre.

—¡Ah! Sí, el besito, pero eso será cuando te vayas a la cama. Ahora hay que salir del baño. Se hace tarde y mañana tenemos que levantarnos pronto.

—Cielo, dame uno pequeñito y me iré contento —suplica él mirando hacia abajo.

—¿Ahí?

—Sí, ya lo has hecho antes.

—Pero... Bueno, vaaale —me agacho y beso suavemente a “Charlie XL”.

—Otrocielo. “Charlie XL” quiere otro —insiste él moviendo el pene con gracia al mismo tiempo que sus caderas. Me hacen de reír estos movimientos tan coquetos.

—Te estoy mal acostumbrando y eso no es bueno.

—Vamos, pequeña, ten piedad de mí. Mira como estoy de empalmaa.

—Pero tú me habías dicho que esta noche estabas muy cansado y que nada de...

—Lo sé. Lo sé. No te voy a tocar. Te lo he prometido. Sé que tienes molestias. Por hoy creo que has aprendido una buena lección de nuestro libro, pero... Mira como está “Charlie XL”.

Sin contestar siquiera a esta insinuación ya que con esa carita de niño bueno y rogándomelo de esta manera me es imposible resistirme, me vuelvo a agachar y beso suavemente su pene. No satisfecha con el beso que le he dado, me aventuro a ir más allá. Me apetece chuparlo. Marcos abre el grifo. El agua comienza a caerle sobre su cabeza y parte de la espalda mientras empiezo a chuparle la punta con dedicación y esmero. Echo hacia abajo la piel del prepucio y chupo de nuevo esa parte y luego sigo hacia abajo lamiendo con mi lengua toda su longitud. Él suspira con estos roces. Coge mi cabeza con sus manos y la presiona un poco moviéndola hacia delante y hacia detrás hasta conseguir que mi boca y sus manos vayan al mismo ritmo. Suelta mi cabeza y me deja hacer a mi libre albedrío. Intento meterla un poco más. Esta vez entra mejor y más profundo aunque no del todo. Todavía quedan unos centímetros para llegar a la base. Marcos tiene los ojos cerrados mientras el agua le cae por los hombros. Sigo chupando y lamiendo. Al cabo de un rato, siento que me duelen las rodillas y de que tengo mi sexo caliente, chorreando y palpitante de calor. No es un sitio muy cómodo para hacerle una mamada a un hombre. Intento levantarme. Él abre los ojos al momento. Me ayuda a incorporarme y me acerca hacia su cuerpo. Cierra el grifo. Me da la vuelta y poniéndome de espaldas, con una mano comienza a tocarme un pezón. Veo que con la otra mano se está masturbando. Su pecho presiona mi espalda con cada movimiento. Su nabo golpea una parte de mi trasero cada vez que él mueve la mano de arriba hacia abajo. Pellizca de nuevo el pezón y lo acaricia. Este se pone más rígido y duro. Sigue moviendo su mano. Todo esto ha hecho que cada vez esté más caliente y ansiosa porque me toque ahí abajo, aunque no sé si es lo más indicado. Lo tengo un poco sensible y dolorido. No me atrevo a tocarme yo y no es porque no lo desee. Marcos se inclina hacia delante, gira un poco mi cabeza y me besa en el cuello y luego en la boca. Creo que está a punto de correrse porque su respiración se ha acelerado. Me besa con ganas, con pasión, con fuerza, como si le fuera la vida en ello. Estoy excitadísima. Me duele ahí abajo. Tengo que tocarme, no aguanto sentirme así por más tiempo. Deslizo lentamente mi mano hacia mi sexo y me toco superficialmente los pliegues de mis labios. Están muy húmedos. ¡Oh, esto es otra

cosa! Tocarme me relaja mucho. Él sigue masturbándose y jugueteando con mis pezones. Escucho sus jadeos y los míos, me abraza con fuerza, suelto un gruñido y repentinamente se deja caer, no del todo, sobre mi espalda. Se ha corrido. Le sujeto y me sujeto contra la pared como puedo para no caernos. Pesa mucho. Al cabo de unos minutos, ya mas recuperado, me vuelve a abrazar y me besa en la cabeza sin moverse de la posición en la que estamos. Sus brazos y su cuerpo me envuelven como una manta. Es que Marcos es muy grande. A pesar de que todo ha terminado, la excitación que siento no se me ha quitado del todo. Necesito tener un orgasmo ya. Lo necesito. No le digo nada y sigo tocándome. Estimulo el clítoris con mis dedos y ráfagas de placer salen disparadas hacia todo mi cuerpo. Estoy a punto. Unos toques más y exploto. Sigo abraza y con la mirada de Marcos sobre mi sexo.

—Sigue pequeña. Deja que vea como te corres. Vamos tócate, cielo. Solo quiero verte —insiste él cuando ve que me detengo y que le estoy mirando de reojo.

Me gusta que esos ojos azules como el zafiro vean lo que estoy haciendo. Me excito más cuando me mira así. Otro descubrimiento que he hecho hoy. Me reclino sobre su pecho y continuo. En esta postura no le veo bien, pero sé que me está mirando y eso me hace fantasear más. Un poco más, necesito frotarme un poco más para llegar. Sin sumergir mis dedos en mi interior froto el clítoris y los labios de mi sexo a la vez de arriba hacia abajo. De arriba hacia abajo cada vez más rápido.

—Marcos... Marcos...

—Estoy aquí, cielo. No te preocupes. Córrete. Vamos, córrete. Yo te sujeto.

Me tiembla la vagina, me tiemblan las piernas, me tiembla todo el cuerpo cuando llegan los espasmos y llego a la cima de la montaña. Luego bajo rápidamente de la cumbre y me dejo caer sobre él. Marcos me sujeta con firmeza y me besa en la cabeza. Poco a poco mi cuerpo va recuperándose hasta que me incorporo de nuevo. Me giro hacia él, le miro y le doy un beso en los labios. Cada vez me estoy volviendo más osada, más adicta a él y al sexo. Me sonrío y me abraza. Luego, se separa de mí, enciende de nuevo el grifo y me posiciona bajo el chorro de agua caliente. Tras unos minutos bajo el agua, me aparto hacia un lado para que él pueda hacer lo mismo. Mientras que él está con esta tarea, aprovecho para salir de la ducha. Mi piel se ha quedado arrugada como una pasa de tanta agua. Me seco muy bien todo el cuerpo con la toalla. Enrollo la misma en el pelo para quitar el exceso de agua y me pongo las bragas y el pijama. Marcos hace lo mismo tras salir del baño y los dos nos vamos hacia la cama. Hace calor en la habitación. Parece ser que la calefacción en esta casa funciona de maravilla. El cuarto está caldeado y la temperatura es muy agradable. Saco del neceser el secador de pelo, me voy al baño y en cinco minutos lo tengo seco. Los rizos están alborotados. No puedo hacer nada con ellos. Intento domarlos, pero los bucles se escapan y se muestran rebeldes cuando intento posicionarlos mejor. Lo dejo por imposible. Mañana los recogeré con un pasador. Marcos está tumbado a un lado de la cama muy relajado y esperándome.

—El besito—exige él señalando su boca con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Todavía quieres más?

—Sí.

—Glotón, que eres un niño muy glotón.

—¡Ja, ja, ja!

Ledoy el besito prometido y me deslizo dentro de las sábanas. Están un poco heladas cuando las toco, pero tras unos minutos dentro de ellas se calientan rápidamente. Al segundo lo tengo completamente pegado a mi cuerpo abrazándome y enredando sus piernas con las mías.

—Marcos, ese lado de la cama está completamente vacío. Vamos a dormir muy apretujados.

—Lo sé, pero es que a tu lado voy a dormir mejor. Estás muy calentita, cielo.

—Vale, a mí no me importa, pero te aviso que me muevo mucho y que...

—Sí, lo sé. Aún así, prefiero dormir apretujao a tu lado. Buenas noches, pequeña.

—Buenas noches —contesto acariciándole su corto y suave pelo negro.

Marcos cierra los ojos. Parece un niño pequeño en esta postura. Dejo de acariciarle y él gruñe para que continúe con lo que estaba haciendo. Mis caricias le gustan. Sigo con la labor. Pasado un tiempo, noto que se ha quedado dormido entre mis brazos. Le doy un beso en el pelo y me pongo a pensar. Hay veces que, sobre todo cuando estamos bromeando, las expresiones de su cara se relajan tanto que, en esos momentos, se parece a un niño travieso de cuatro años. Un niño travieso que se ha convertido en un guapísimo hombre, todo hay que decirlo. Me voy quedando dormida a medida que voy pensando sobre este detalle y también sobre el momento en que he dejado de ser virgen. Me acurruco más junto a su cuerpo, completamente relajada y satisfecha por la larga y caliente ducha de esta noche.

12. El despertar

Hoydomingo, muy tempranito, a eso de las ocho de la mañana, el despertador biológico que Marcos tiene entre sus piernas, me hace saber que quiere que se le preste atención en breve. Él sigue dormido abrazado a mi cuerpo. No nos hemos movido en toda la noche de esta posición. Eso me confirma lo cansados que estábamos. Su pene presiona contra mi vientre. Con mucho cuidado intento apartarme sin despertarlo.

—¿A dónde crees que vas, pequeña? —pregunta, acercándose más a su cuerpo y dándome un beso en el cuello. La barba de por la mañana me pincha un poco cuando roza mi piel.

—Buenos días a ti también. Pensé que estabas dormido.

—No, estoy despierto desde hace un rato. Se está tan calentito en la cama y te he visto tan dormida que no he querido moverme para no despertarte.

—¡Ah! Tengo que ir al baño. Enseguida vuelvo —digo, saliendo del calor de las sábanas.

Aunque tenemos puesta la calefacción, me ha entrado un poco de repelús en todo el cuerpo al desprenderme del calor de su cuerpo. Tengo que enjuagarme la boca. No quiero que mi aliento lo deje caos en el sitio. Cojo el dentífrico y el cepillo de dientes del neceser y me voy directa hacia el cuarto de baño.

—¿Me lo prestas después? —pregunta señalando con el dedo la pasta de dientes.

—Sí, claro.

—Se me ha olvidado echarlo.

—No te preocupes, te lo dejo en el baño.

—Gracias, cielo.

Termino en el baño y a continuación entra Marcos. Me deslizo de nuevo entre las sábanas mientras espero a que salga. El calorillo de éstas es muy agradable y no me apetece todavía vestirme para ir a desayunar.

—Hazme sitio, pequeña.

—¿Sitio? Esa parte de la cama está completamente vacía.

—En tu lado se está mejor. Hace más calor.

—¿A qué hora nos levantamos para desayunar?

—Después de que “Charlie XL” se quede contento —afirma él con toda la naturalidad del mundo.

—¡Marcos!

—¿Qué? Te echa de menos, cielo —coge mi mano y la pone sobre su creciente virilidad. Está tan dura como una piedra.

—¿No tuviste suficiente anoche?

—Yo nunca tengo suficiente, pequeña. Si ella está dispuesta, yo lo estoy.

Con Marcos estoy aprendiendo a pasos agigantados todos los entresijos del sexo y la mas variopinta forma de expresarse cuando uno quiere follar sin añadir más preámbulos ni dar demasiados rodeos al tema. Las sutilezas no van con él. Diría que el lema de Marcos es: “Directo y al grano, pequeña”.

Sumano sobre la mía presiona suavemente a “Charlie XL” por encima del pantalón del pijama. Estas caricias hacen que mi sexo vaya entrando en calor y se ponga en alerta. Su largo y grueso nabo se mueve ligeramente con este contacto. Parece que le gusta. Marcos me besa profundamente. Nuestras lenguas se acarician. El sabor fresco de su boca me embriaga. Toco el labio superior de su boca con la punta de mi lengua y la recorro despacio desde un extremo a otro. Me gusta hacerle esto. Me excita mucho. Marcos gime ahogadamente y presiona mas fuerte mi mano sobre su pene. Suelta su mano y me deja tocarlo voluntariamente. Está muy excitado. Agarra mi trasero con ambas manos sin dejar de besarnos mientras yo meto la mano dentro del pijama y del bóxer. Su piel está muy caliente. Cojo su miembro y lo acaricio desde la base hasta la

punta. Gime bajito cuando siente mis caricias. Lo saco hacia el exterior y despacio sigo acariciándole. Froto la palma contra la aterciopelada cabeza de su gruesa erección y vuelvo a tomarlo con la mano cerrada. Él jadea con este movimiento. Le masturbo de arriba hacia abajo despacio al principio y más rápido después. Gime y jadea sobre mis labios. Tiene la mirada como perdida. Los rasgos de su cara se suavizan cuando le toco de esta forma y sus ojos me miran como si no me vieran realmente. Una de sus manos abandona mis nalgas y se va directo hacia mi sexo. Me acaricia el vello suavemente sin tocar los labios.

—¿No te molesta verdad? —murmura Marcos sobre mi boca.

—No. Después de la ducha de anoche mi cuerpo se ha relajado completamente.

—De todas maneras iré despacio, ¿vale?

—Sí.

—Avísame si te hago daño.

Con mucho cuidado separa con sus dedos los pliegues de mi sexo para introducir un dedo en su interior. Mete y saca el dedo con delicadeza volviéndome loca de placer al sentir de nuevo su contacto. Su cálido dedo es acogido con entusiasmo por mi vagina. Echaba de menos tener algo de él dentro. Sigo masturbándole como puedo mientras él sigue introduciendo su dedo en mi interior. El placer es inmenso. Ese dedo no me permite concentrarme todo lo que quisiera a la hora de mimar su verga. Marcos saca el dedo e introduce uno más en mi interior y los dos juntos juegan sin darme tregua ni a respirar. De vez en cuando frota el clítoris con el pulgar sin dejar de introducir los dedos. ¡No voy a poder aguantar mucho más! Dejo de masturbarle. No puedo concentrarme en dos cosas a la vez. Él sigue así hasta que llego al clímax entre convulsiones y gemidos. Cierro las piernas instintivamente dejando los dedos de Marcos en mi vagina. Me relajo un poco y abro los ojos. Marcos coge su nabo y se masturba lentamente sin quitar sus dedos de mi interior mirándome fijamente a los ojos. Su mirada es hipnótica y penetrante al igual que una serpiente de cascabel. Esos ojos azul zafiro se han vuelto más oscuros, casi negros. Con la luz de la mañana se ven mejor. Todos estos detalles los guardo en mi retina y en mi memoria porque cada vez son mayores las sensaciones y los conocimientos que tengo respecto a las sesiones de sexo y a los signos o pistas que me transmiten su cuerpo cuando alcanza el orgasmo. Cada vez que lo hacemos es completamente diferente. Marcos retira sus dedos y se pone a horcajadas sobre mí colocando su pene frente a la abertura de mi sexo. De la mesilla de noche, coge un condón, lo rasga y se lo coloca. Me baja el pantalón del pijama completamente hasta los tobillos. Como puedo me quito una parte del pijama mientras que la otra parte se queda enganchada en el pie. Abro las piernas y me penetra despacio hasta llegar al fondo sin detenerse. Ambos soltamos un gemido ahogado al sentirnos de nuevo unidos. Conectamos en todos los aspectos, de eso no me cabe duda. Se echa más sobre mí y con los brazos apoyados a ambos lados de mi cara se mueve en mi interior. Entra y sale, entra y sale a un ritmo constante.

—¿Te gusta así? —susurra cerca de mioído.

—Sí.

—A mí también. ¿Y esto, te gusta? —vuelve a preguntarme mientras frota solamente la cabeza de su miembro sobre los pliegues de mi sexo rozando el clítoris a su vez.

—Sí...mucho. Hazlo... Hazlo otra vez, pero un poco más rápido.

—¿Así?

—Sí, así. Me gusta. ¿Te... te gusta a ti?

—Ya lo creo que sí y... y me está volviendo loco. Probemos otra cosa. A ver esto.

Metesolo la puntita de su largo y grueso tentáculo en la entrada de mi vagina varias veces sin llegar a penetrarme completamente. Al principio lo hace de forma lenta mirándome fijamente para saber mi reacción. No digo nada, por lo que mueve más rápido su verga en espera de una respuesta. La sensación ahora es distinta. Creo que

se parece a algo así como cuando un chupa chups de fresa, todo redondito y sabroso, te toca solamente los labios sin llegar a entrar completamente en el interior de tu boca, quedándote ese saborcillo agrisado de que te falta algo más para estar a gusto disfrutando a tus anchas del sabor de la golosina.

—Sí, pero..., pero me gusta más lo que me has hecho antes. Me excita más.

—Pues sigamos con eso.

Seguimos con este frotamiento superficial durante un ratito. Luego, él aligera el ritmo follándome hasta el fondo cada vez más rápido. No deja de mirarme mientras me embiste. Su respiración se ha acelerado. Cada vez que abro los ojos él está ahí mirándome y jadeando bajito.

—¡Dios! ¡Qué hermosa eres! Tan suave, tan dulce... ¡Me quedo sin aliento cada vez que te miro!

Sus labios están a escasos centímetros de los míos. Su respiración alimenta y excita mis sentidos. Sus palabras calientan todo mi cuerpo. Él sí que me roba el aliento. Se está convirtiendo en una droga. Cada vez que nos rozamos ya tengo ganas de probar su cuerpo de nuevo. Si sigo así, voy a coger adicción al sexo y a Marcos. Su miembro me devora por dentro. Mi vulva succiona con hambre el trozo de carne que se mueve en mi interior sin dejarlo marchar. Le siento con cada penetración, con cada movimiento. El placer me llega hasta la punta de los pies. Jadeo sobre su rostro, sobre su boca. Me voy a correr. ¡Oh, sí! Estoy a punto. Marcos lo sabe. Cada vez lo hace más rápido. Ha notado que mi interior está temblando. Con una fuerte embestida, arremete hacia dentro hasta que emite un profundo gemido sobre mis labios y los dos nos corremos entre espasmos y estremecimientos de placer. Su frente está perlada de sudor. Su cuerpo se derrumba sobre el mío unos segundos. Luego, sale de mi interior y rueda hacia un lado de la cama quedándose de espaldas en el colchón hasta que su respiración recobra su ritmo normal. Se quita el condón y lo tira al suelo. Se aproxima hacia mi cuerpo, me abraza y me besa suavemente en los labios.

—¿Estás bien, pequeña?

—Sí. De maravilla.

—Me alegro porque ha sido sensacional. ¡Contigo me siento completamente como un adolescente! Tiemblo con solo mirarte. ¿Tienes hambre?

—Sí, mucha—murmuro sorprendida ante el cambio tan brusco de tema.

¿De verdad que le hago sentir tantas cosas? Pensaba que al ser una principiante él necesitaría más caña. Sé, aunque no me lo ha dicho, que él sí ha tenido más experiencias con el sexo, porque eso se nota. Domina la situación muy bien. Lo que ignoro es cuánta. ¿Necesitará algo más fuerte, más duro? A mí lo del sado no me va, pero no sé a él.

—Es lo que tiene el sexo. Abre el apetito por las mañanas—responde muy sonriente Marcos mientras mira la hora en el reloj de su mano.

—¿Marcos?

—Sí, cielo.

—Hasta ahora... Ehhh... A ver... ¿Tienes bastante con lo que hacemos o necesitas más?

—¿A qué te refieres?

—Tú... Tú tienes experiencia en el sexo y está claro que yo no tengo tanta porque... Bueno, es obvio el por qué. Lo que quiero decir es, si tienes suficiente sexo conmigo o necesitas más.

—¿Más? ¿Te refieres a algo más fuerte?

—Sí.

—No. De momento, disfruto mucho con lo que hacemos. Me das mucho placer, cielo. ¿Te lo doy yo a ti?

—Sí.

—Pues eso es lo interesante. Que ambos obtengamos placer y que disfrutemos de ello. No me gusta el B.D.S.M. si es a eso a lo que te refieres. No va conmigo, pero si tú lo necesitas, podemos buscar alg...

—No, no. Lo preguntaba por curiosidad. No me va el dolor, ni la sumisión ni nada de eso. Me gusta como lo hacemos.

—¡Ah! De todas maneras hay muchas maneras de divertirse sin llegar a extremos tan duros como el B.D.S.M. Me refiero a que podemos probar algunos juguetes eróticos que pueden satisfacernos mucho a los dos. Estoy abierto a cualquier tipo de juguete que quieras que probemos. Si tú quieres te puedo atar a ti. Nunca lo he hecho con nadie, pero creo que puede ser divertido.

—Bueno, quizás lo pruebe, pero sólo las manos. Verme atada completamente no me hace mucha gracia. De todas maneras me lo pensaré.

—Vale. Lo que sí soy es un poco dominante, poca cosa no te asustes. No me gusta llevar siempre la voz cantante en el sexo. Quiero que ambos participemos y que intercambiamos el control cuando estemos juntos.

—¡Ah!

—Hasta ahora, mayormente he llevado yo el control porque tú acabas de empezar en esto y estás un poco verde, pero esto no tiene por qué ser así. Quiero que tú también lleves el mando cuando te apetezca. Para mí es mucho más divertido que ambos actuemos de esta forma. También estoy abierto a terceras personas.

—Ehh... creo que no estoy preparada para eso.

—No te preocupes, no pasa nada si no se realiza. Es solo una fantasía. ¿Te apetece que más adelante probemos algún juguetito?

—Sí.

—¡Bien! Me gusta tu actitud decidida y atrevida. ¿Qué tal van las lecciones por ahora? ¿Voy muy rápido?

—Pues, si quieres que te diga la verdad, sí, pero no me importa ir a esta velocidad porque me está gustando el ritmo.

—Me alegra oír eso. En realidad podemos ir como nosotros queramos. Si tú necesitas ir más despacio, pues vamos más despacio, ¿vale? En el sexo no hay prisas. Dime lo que quieres o cómo lo quieres y así lo haremos.

—Vale. ¿Te puedo hacer una pregunta personal? Es sobre novias.

—Claro. Dispara.

—¿Con cuántas chicas has salido?

—Con unas cuantas. He tenido una novia y algunos ligues.

—¿Hace mucho que no estás con nadie?

—Hace ocho meses. Estuve con alguien que me gustaba mucho y no... bueno... no nos fue muy bien. La relación se volvió un poco complicada. Ella cortó conmigo.

—¿Ella?

—Sí. Ehhh... No quiero hablar de eso, ¿vale? No guardo recuerdos muy agradables ni de ella ni de esa relación.

—Vale. ¿Es por eso que estás en este grupo?

—Sí. Después de esa relación, he reflexionado mucho sobre mi vida y he ido cambiando un poco de gustos y de amigos para buscar nuevos horizontes y empezar de cero. ¿Qué me dices de ti? ¿Has estado con alguien más a parte de mi hermano?

—No. Nunca he salido con nadie en serio.

—¿Nunca? —pregunta perplejo.

—No.

—Eso es muy raro.

—Sí, lo sé.

—¿Te sientes bien conmigo?

—Sí.

—Bien. Me gusta oír eso. El otro día en tu casa no quería presionarte sobre el tema de tu virginidad. Es algo que me ha tenido intrigado desde entonces y me gustaría saber, si tú quieres claro, si has tenido algún problema con alguien para que no hayas podido mantener relaciones sexuales antes.

—No. Problemas del tipo de violación, agresiones sexuales o cosas por el estilo no, si es eso lo que te refieres.

—¿Entonces por qué no las has tenido?

—Es... que... Bueno, creo que he sido muy exigente todo este tiempo con el tema del sexo y con las personas que se me han acercado. No sé si me entiendes. Quería hacerlo bien y con alguien que fuera, bueno, que fuera perfecto. Quería encontrar a la persona ideal para hacerlo. Menuda tontería, ¿verdad? En fin, con el tiempo me he dado cuenta de que no hay nadie perfecto ni de que existe la situación perfecta, ni que, sobre todo, puede haber un momento ideal. En fin, pasó el tiempo y... ya ves, me he dado cuenta de que tengo que ser más realista y menos romántica en estas cosas porque la vida continúa y porque me he estado perdiendo muchas cosas bonitas con estos pensamientos tan infantiles.

—¡Ah! Bueno, ahora ya no tienes que preocuparte por nada. Si te has dado cuenta ahora, cosa que agradezco, nunca es tarde para encontrar a la persona adecuada para seguir probando —y se señala a sí mismo con el dedo—. Lo bueno es que hayas reaccionado a tiempo y que estés contenta contigo misma por el paso que has dado. Lo más importante, desde mi punto de vista, es que disfrutes de todo lo que hacemos y de que te lo pases bien. Te repito que la participación es mutua y no va solo en un sentido, ¿vale? ¿Te trato bien?

—Sí. Muy bien. No era así como me lo había imaginado, pero reconozco que contigo ha sido... Bueno ha sido algo muy especial y agradable. Te agradezco que hayas sido tan considerado y amable conmigo.

—Ha sido todo un placer, cielo. Entiendo que la primera vez de una persona siempre es un momento especial y único. Quería que tu primera vez la recordases, bueno, ya sabes, como algo inolvidable. Es curioso, pero contigo me siento como si fuera también mi primera vez. Me haces sentir diferente, cielo, como un verdadero adolescente. Me pones nervioso, te lo digo en serio y eso es algo que no me había pasado nunca con ninguna chica. ¡Dios! Se me acelera el corazón nada más verte. Te lo juro. Me gusta mucho estar contigo, India. Confieso que tú me gustas mucho.

—Ehhh... Yo... Esto...

—Tranquila, no hace falta que contestes. No pretendía incomodarte con lo que te he dicho. Bueno, pequeña, creo que vamos a tener que seguir con esta charla en otro momento porque según mi reloj, son las nueve menos cuarto. Hay que levantarse. Tenemos tiempo para vestirnos y para desayunar, pero no podemos demorarnos demasiado porque a las diez, Teresa se marcha. Así que andando.

Le doy un beso. Me mira. Me da otro y a continuación se sube el pantalón del pijama, coge el condón del suelo y se va al cuarto de baño. Muchas confidencias hemos tenido esta mañana, pero al hacerlas me he quitado un enorme peso de encima. Tarda unos minutos en salir. Mientras, me levanto de la cama, me quito el pijama y me dirijo hacia el armario para coger un pantalón, un jersey, la bufanda, los guantes, las botas, la bolsa donde están los prismáticos y la mini cámara de fotos. Marcos sale del baño, se quita el pijama y comienza a vestirse. Dejo la ropa encima de la cama y me voy al baño para asearme un poco. Cuando termino, él ya está vestido. Me doy prisa en hacer lo mismo. Una vez vestida, cojo el abrigo que dejé en el perchero cuando llegamos ayer por la tarde y meto la mini cámara en uno de los bolsillos, me pongo la bufanda, guardo los guantes en el otro bolsillo del abrigo y cojo la bolsita de los prismáticos.

Salimos de la habitación muy sonrientes y cogidos de la mano. Recorremos el pasillo y

nos dirigimos hacia la escalera. Marcos mira el reloj y me dice que son la nueve en punto. Nos soltamos de las manos. Bajo las escaleras con prisas al mismo tiempo que el estómago empieza a rugir. De la planta baja me llega un olorcillo muy rico y dulce. A medida que nos aproximamos a la cocina el olor se intensifica. Son manzanas asadas con canela. Alguien ha tenido la maravillosa idea de hornear manzanas. Damos los buenos días al llegar a la cocina y nos sentamos en la mesa. En la cocina están todos menos Federico y Begoña que, según nos dice Teresa, ya han desayunado y se encuentran en el comedor de la casa. Teresa saca las manzanas del horno y se vuelve a sentar en la mesa. Por lo visto son para el almuerzo. Hay diez manzanas horneadas enfriándose en la placa de horno en lo alto de la encimera. Están tapadas con papel de cocina. El olor de las manzanas me está matando. ¡Qué hambre!

En la mesa hay un bote de leche, café caliente, zumo de naranja, azúcar, mermelada, mantequilla, aceite, un bote de tomate triturado, sal y embutidos. Me levanto y cojo un vaso de cristal y un plato llano de la despensa, cubiertos de un cajón del mueble y me siento en una silla con respaldo. Cuelgo los prismáticos en ella. Marcos hace lo mismo y luego se sienta a mi lado en un taburete. A mi lado tengo a Sonia, la chica del tatuaje en el cuello. Es morena, bajita y algo rellenita. Me saluda y sigue desayunando tranquilamente. Enfrente tengo a Sofía, la chica del pelo largo y rubio teñido que anoche me miraba de mala gana. Nos saluda y me sonrío mirándome muy fijamente. Me quedo extrañada por este cambio tan repentino de actitud. Anoche parecía que no me podía ver la cara y esta mañana es todo un angelito conmigo. Parece que ya le caigo algo mejor. Bueno, eso está bien. Es curioso, pero ahora que lo recuerdo, desde anoche tampoco ha dejado de mirar a Marcos y esta mañana ha estado observando todos sus movimientos desde que nos hemos sentado en la mesa. Él no parece darse cuenta de ello. Creo que a Sofía le gusta Marcos. Seguro que es ese es el motivo de que lo mire tanto y de que anoche estuviera tan seria y me mirara como si me quisiera asesinar. Me da que esta chica en cuanto vio ayer que Marcos traía compañía para el fin de semana, se ha sentido muy desilusionada. Sus esperanzas de ligar con él se han evaporado al instante. En fin, son cosas que pasan. No todos podemos tener lo que queremos. Le devuelvo el saludo y comienzo a prepararme el desayuno. Busco en la mesa el pan.

—No queda—señala Sofía, mirándome con simpatía—. El último trozo lo ha cogido Beatriz. Voy a traer más.

¡Vaya, qué amable está esta mañana! Puede que después de todo no nos llevemos tan mal durante estos dos días.

—No te molestes —interviene Marcos rápidamente—. Ya lo cojo yo.

—No es ninguna molestia, Marcos. Quédate sentado. Ahora mismo lo traigo.

—Como quieras. Gracias.

Sofía se levanta muy sonriente y se dirige hacia la despensa. Abre la puerta de cristal y coge una bolsa de pan cortado en rebanadas. Lo deja en la mesa y se sienta de nuevo. Luego coge el vaso de zumo de naranja que tiene enfrente y le da unos sorbos sin dejar de mirarme. Sonia y Beatriz la miran extrañadas, pero no dicen nada. Jorge carraspea y luego continúa con su desayuno. Raúl, el chico nuevo, se levanta de la mesa y lleva su plato vacío con los cubiertos y el vaso al fregadero, lavándolos a continuación. Luego se sienta de nuevo en la silla y se pone a toquetear su móvil. Miro a Teresa. Está con la cabeza agachada frente a un crucigrama. Marcos me susurra al oído que le gusta mucho los crucigramas porque en las tres quedadas anteriores siempre la ha visto hacer lo mismo durante el desayuno. Dejo de mirar a Teresa y vuelvo a mirar a Sofía. Ésta sigue mirándome, me sonrío y apartando la mirada, mordisquea un trozo de pan con mantequilla y mermelada. Estoy muy sorprendida con tanto derroche de simpatía. Sin perder ni un minuto más, cojo la cafetera de la mesa y me echo un vaso hasta arriba de café añadiéndole una cucharada de azúcar. Marcos

coge dos rebanadas de pan cortado y me coloca una en mi plato. Le doy las gracias por este gesto tan caballeroso y a continuación, vierto aceite de oliva sobre el pan, un poco de tomate triturado y sal. Comienzo, famélica, con el desayuno. Es cierto que tener sexo por la mañana levanta considerablemente el apetito. Termino el último trocito de pan y me relajo en la silla para reposar un poco. Nadie ha vuelto a hablar mientras hemos estado comiendo. Se ve que por las mañanas no hay muchos ánimos para conversar. Tras tomarme el café, mi cuerpo se va activando poco a poco. Tengo muchas ganas de emprender el camino para buscar hongos.

—Esta mañana hace mucho frío —nos dices Federico entrando en la cocina y frotándose las manos con mucha energía—. La bufanda y los guantes nos van a hacer mucha falta hoy. Está todo helado. He salido un momento fuera y me he quedado congelado.

—Son las diez menos cuarto, podemos salir antes si queréis —nos comunica Teresa tras consultar su reloj. Deja el lápiz sobre la mesa y cierra el librito de crucigramas—. Abrigaos porque en el bosque hace mucho más frío y humedad que aquí en la finca. Sofía y Beatriz, necesito que me deis antes de nada vuestro correo electrónico. Pensaba que lo tenía grabado en el móvil, pero... por lo visto no es así. Solo tengo el teléfono y la dirección de vuestra casa.

—Apunta—contesta muy risueña Sofía mientras le deletrea despacio el correo electrónico.

Sofía es de la misma altura que Teresa. Tiene los ojos marrones oscuros y la voz algo chillona. Viste con ropa muy holgada y eso que está muy delgada para llevar este tipo de indumentaria. Le hace parecer un esperpento.

—Teresa —dice Beatriz, la chica del piercing en la ceja—. El mío es muy sencillo. Mi nombre tal cual, pero con una “z” más al final.

—¿Así?

—Sí, pero en vez de hotmail el mío es gmail. Com. Sí. Así.

—Bien. Gracias a las dos. Bueno, pues en marcha.

Recogemos la mesa y lavamos los platos, vasos y cubiertos del desayuno. Salimos de la cocina y nos reunimos en el enorme recibidor. Jorge abre la puerta de madera y el aire frío del exterior se cuela rápidamente y nos deja sin respiración. Me pongo los guantes rápidamente y me coloco mejor la bufanda alrededor del cuello. Salimos al exterior. Todos llevan en la manos una cesta. Marcos se dirige hacia su coche y abre el maletero, saca nuestra cesta y me la da. Dentro están las navajas y el cepillito para limpiar los hongos. El cielo está despejado de nubes. Hace un día precioso a pesar del frío que hace. Todos los coches tienen una fina capa de escarcha sobre la carrocería. Mi boca echa vaho cada vez que expulso el aire. Se respira a aire limpio, a tierra mojada, a hierba fresca. Jorge cierra la puerta de la casa y nos ponemos en marcha por el camino empedrado que hay desde la casa hasta llegar a la entrada del bosque.

—Marcos —llemo bajito, mientras caminamos alejados un poco del grupo.

—¿Sí?

—Ehhh...Me gustaría preguntarte algo. Es sobre Sofía.

—Sí, dime.

—Creo... Creo... que le gustas.

—Sí. Ya lo sé. Ha intentado ligar conmigo un par de veces cuando nos hemos visto en las quedadas —admite con total franqueza—. ¿Te ha dicho algo?

—No, ni siquiera he podido hablar con ella todavía, pero me he dado cuenta de que te mira mucho.

—Todas las chicas me miran mucho, pequeña —responde él poniendo la voz más grave de lo habitual. Está bromeando otra vez conmigo—. Soy completamente irresistible. Las chicas me adoran. Besan el camino que piso.

—Pero qué creído que te lo tienes.

—No lo puedo remediar. Soy un imán para ellas, cielo —responde arqueando las cejas divertidamente—. Bien pequeña, hablando en serio, te digo de ante mano que no le hagas mucho caso a Sofía.

—Bueno, esta mañana ha estado muy simpática.

—Sí, ya lo he visto. De todas maneras no le hagas mucho caso. Confío que con el tiempo se le pase totalmente la perra que me ha cogido y me deje tranquilito. Intento evitarla todo lo que puedo, aun así sigue empeñada en ligar conmigo. En las dos últimas quedadas apenas le he hablado. Solo lo estrictamente necesario. No he querido que se hiciera falsas ilusiones. No es mi tipo. Más no puedo hacer. No la miro, no le hablo y ni siquiera le sonrío. Si no lo capta eso es problema de ella y no mío. Se lo dije educadamente la primera vez que nos vimos, así que esto es lo que hay.

—¡Ah!

—¿Celosa?

—No, solo que me ha llamado mucho la atención que no te quite los ojos de encima. Solo es eso.

—No has sido la única que se ha dado cuenta. Creo que todos piensan lo mismo. Jorge me insinuó algo anoche.

—¿Ah sí?

—Sí. Fue discreto cuando me lo comentó. Le dije que no quiero saber nada de Sofía y que ya estoy pillao —murmura cerca de mi oído—. Me gustas mucho, cielo.

—¡Vaya!

Otra vez me lo ha vuelto a hacer. ¿Y qué se supone que debo de responderle ahora? Lo mismo, no, eso seguro. Me muero de vergüenza si tengo que decirle con estas mismas palabras lo mucho que también me gusta él.

—¿Eso es lo único que tienes que decirme? ¿Vaya? —pregunta con un cierto tonillo entre la burla y la sinceridad—. Esperaba algo así como “estoy tan loca por ti que no dejaré que ninguna mujer se te acerque” o “me muero por tus huesos y no ...”

—¡Pero bueno! ¡Pero qué creído que estás! ¡Eres insoportable! ¿Lo sabías?

—¿Yo?

—Sí tú, listillo. Eres creído, arrogante, egocéntrico ...

—Para, para, no te embales que te conozco y sé que me vas a poner bonito en un momentillo.

—Sexy, atractivo, guapetón...

—Sigue, sigue, cielo esto último ya me está gustando más.

—Seductor, libertino...

—Libertino, no. No te pases.

—No continuo con más adjetivos calificativos porque estás que no cabes en el abrigo. En todo lo que queda de día no sé si podré aguantar de lo inflado que te has puesto.

—¡Ja, ja, ja! Con el frío que hace me has subido la moral en un periquete, pequeña. Vamos a llenar la cesta tan rápido que no vamos a dejar ninguna seta para los demás. ¡Qué tiemble Jaén porque Marcos y su compinche India van a arrasar en la sierra este fin de semana!

—¿Su compinche India?

Le doy un codazo en el brazo y él me mira inocentemente como si no hubiera roto un plato en su vida. Me sonrío. Un beso fugaz e inesperado llega a mis labios. Le miro sorprendida. Él ni se inmuta. Sigue tan campante caminando con esa sonrisilla marcada por los dos preciosos hoyuelos. ¡La leche! Tiene los labios helados. A partir de ahora nada de besos en el campo. Hace mucho frío para estar besuqueándonos aquí fuera y mucho menos con el grupo delante de nosotros.

—¡Vaya, Marcos! —dice Teresa acercándose a nosotros muy risueña—. Veo que esta mañana eres el único que tiene los ánimos muy subidos. No sé si os habéis fijado, pero están todos muy callados —y señala al grupo con la mirada—. El frío no les está

sentado nada bien.

—Es India la que me ha subido la moral.

—¿Yo? —pregunto pasmada con los ojos abiertos de par en par.

—Sí tú. Estás tan positiva esta mañana que cuando nos hemos despertado en la ca...

—Ehhh... No le haga caso, Teresa —contesto rápidamente cortando la frase de Marcos no vaya a ser que se le escape algo de lo que hemos hecho esta mañana muy tempranito en la habitación—. Desde que nos hemos levantado no dice cosas muy coherentes. He aquí al hombre invencible que no teme al frío. Se ha levantado con mucha energía y me ha dicho que quiere arrasar con todos los hongos que hay en la provincia de Jaén.

Marcos memira entornando los ojos con una sonrisa muy sospechosa en la cara.

—¿El hombre invencible al frío?

—Sí. Ni siquiera llevas los guantes puestos y hace un frío que pela.

—No puedo coger setas con los guantes. Me agobio con ellos. ¿Y qué es eso que has dicho de que me he levantadodici...?

—Nada. Has escuchado mal —respondo, tapándole la boca rápidamente para que se calle.

—¡Menudo par que estáis hechos los dos! —exclama Teresa—. Bien, ¿te encuentras cómoda entre nosotros, India?

—Sí, mucho —contesto, quitando mi mano de la boca de Marcos—. Me está gustando mucho esto. Estoy muy ilusionada por coger mi primera seta.

—Me alegro mucho. Bueno, no solo vamos a coger setas, también disfrutaremos de los olores del campo, de la tranquilidad de este sitio, de los animales que veamos desde ...

—¡Oh, vaya! ¡Se me ha olvidado! —grito golpeando suavemente con la palma de la mano la cabeza.

—¿Qué se te ha olvidado? —pregunta Teresa con curiosidad.

—Los prismáticos. Me los he dejado en la cocina.

—¡Ah, sí! Los he visto colgados en una de las sillas, pero no te preocupes. Toma. Aquí tienes la llave de la casa. No hemos andado mucho. Ve a buscarlos. Cuando regreséis, solo tenéis que terminar de recorrer este camino empedrado. Luego os encontrareis con tres desviaciones claramente señalizadas. Nosotros vamos a coger la desviación del centro. Iremos despacio a partir de aquí. Marcos ya sabe cómo funciona esto. No avanzaremos mucho mientras buscamos por toda esta zona, así que no os preocupéis. Nos alcanzaréis pronto.

—¿En seriono te importa?

—No, claro que no. Hay unas vistas panorámicasal final de ese sendero que merecen la pena que se vean con los prismáticos. Si tenemos suerte, podremos ver algún ciervo por el camino. Bueno, chicos, continuo con el grupo. Voy a intentar animarlos un poco. Vamos a ir por la desviación del centro, ¡no lo olvidéis!

—Sí por el camino del centro. Gracias, Teresa. No tardaré —contesto mientras ella emprende de nuevo el camino para unirse al grupo.

—Espera que te acompañe—me dice Marcos cogiéndome de la mano.

—No hace falta que vengas conmigo, Marcos. La casa está a solo unos metros. Daré una carrerita rápida para llegar antes.

—Indiano vas a ir sola.

—Marcos, si voy sola tardaré menos que yendo contigo.

—No.

—Marcos, nos están esperando y sola voy más rápida. Contigo tardaré más.

—Está bien. Aquí te espero, pero no te demores demasiado que hace mucho frío.

—No. Solo unos minutos —contesto mientras le doy la cesta de mimbre.

—Espera. Dame un beso para que se me caliente un poco el cuerpo mientras te espero.

—Nadade besos que me retraso más. Teresa nos está esperando, Marcos. No quiero abusar de su generosidad.

—Vale, pero me debes un beso, cielo.

—A la vuelta te lo doy.

13. Otra sorpresa

Con mucha pereza me suelta la mano y me deja ir. Es mejor que no venga conmigo porque seguro que nos entretendremos más de la cuenta. Es mi primer día en recoger setas y no quiero que por mi culpa el grupo nos esté esperando en el bosque. Me sabe mal empezar de esta manera. Así que salgo trotando por el camino empedrado sin perder ni un minuto. No quiero demorarme demasiado en el trayecto.

Llego a la casa y abro lapesada puerta de madera. Sin cerrarla, cruzo rápidamente el recibidor y me dirijo hacia la cocina para recoger los prismáticos. El olor de las manzanas asadas se intensifica a medida que me aproximo al arco de la puerta. Entro en la cocina y me dirijo hacia la silla donde me he dejado los prismáticos. Al pasar por la encimera de la cocina, veo que hay una hilera de bichitos merodeando cerca de la bandeja del horno. Instintivamente, cojo dos platos hondos de la despensa con la intención de poner las manzanas horneadas a salvo de los asquerosos insectos. Toco la bandeja y todavía está un poco caliente. Con una cuchara de madera voy colocando con cuidado las primeras manzanas en el plato. Escucho un ruido. Giro la cabeza y no veo a nadie. Sigo con lo que estoy haciendo. De nuevo vuelvo a escuchar un ruido. Me quedo quieta y agudizo aún más el oído. Nada, no es nada. Puede que la puerta de la calle se haya cerrado, me digo. Aunque, pensándolo mejor, no hace viento para que se cierre sola. ¡Ay! Ya me estoy poniendo nerviosa pensando en cosas raras. El ruido se hace cada vez más fuerte, pero... no parece un ruido como he creído al principio. Parece más como si alguien se estuviera quejando. Dejo lo que estoy haciendo inquieta e intrigada por saber qué es ese ruido o quejido. Al llegar a la entrada de la cocina, miro hacia el fondo donde está el salón y no veo nada, miro hacia el comedor y tampoco, miro hacia el... ¡Dios mío! En el suelo hay... ¡No puede ser! Si hace unos minutos he pasado por ahí y no había nada. Sangre. Enormes gotas de sangre muy roja. Gotas que han sido pisadas y que han sido restregadas haciendo un dibujo abstracto en el pavimento. ¡Ay, madre! Sigo con la mirada el reguero de sangre desde donde estoy hasta la otra punta de la casa, concretamente hacia las escaleras y... ¡Madre mía! ¿Eso es lo que creo que es? ¡Dios mío! Es enorme. Me quedo sin palabras cuando lo veo. Las piernas no me responden. Empiezo a temblar de la impresión. No puedo moverme del sitio. Intento gritar o decir algo, pero las palabras no salen de mi boca. ¿Qué hago? ¿Qué hago? Esta no puede ser la otra sorpresa que nos tenía preparada Teresa para hoy. ¡Esta no puede ser! ¿Qué hago? Correr, sí. Eso es. Corre, India, pienso, mueve tus pies y pírate de aquí. El olor metálico de la sangre llega a mis fosas nasales en cuestión de segundos. El ambiente se ha llenado de agresividad con su presencia. Un gruñido de dolor y unos jadeos me hacen ver que está herido y furioso. Sí. No me cabe duda de que está muy furioso. Vuelve a gruñir con fuerza. Está de espaldas. No me ha visto todavía. El miedo no me deja mover los pies de este dichoso suelo. ¿Pero qué me pasa? ¿Por qué nunca puedo reaccionar con más rapidez? Corre, India, me digo otra vez, estás en peligro, tienes que correr y buscar una salida o llamar a alguien para que te ayude porque estás en peligro. Sigue sin verme. Salir. Sí. Tengo que salir sin que me vea. ¿Hacia dónde? La puerta del exterior. ¡Sí! ¡Oh, maldita sea! ¡No! Ahora sí que no voy a poder irme de aquí. Ha girado la cabeza en mi dirección. No tengo escapatoria. ¿Me habrá olido? ¿O habré hecho algún ruido?, pero... si no me he movido. Su oscura y penetrante mirada me deja clavada en el sitio. Nos miramos unos segundos fijamente sin movernos ninguno de los dos. Estoy muerta de miedo. Me castañean los dientes. El corazón lo tengo tan acelerado que parece que va a salir botando del pecho. Otro gruñido ensordecedor retumba en toda la casa diciéndome que él es el que manda en estos momentos y que no tengo nada que hacer. Se gira completamente desafiándome con la mirada. Su cuerpo rebosa de agresividad. De la zona del cuello le brota un reguero de sangre que

cae sobre el pavimento de la casa formando pequeños charquitos rojos. Unos colmillos enormes me amenazan del peligro al que estoy expuesta. ¡Dios mío! Se mueve un poco y veo que tiene dificultad para caminar. Sigue avanzando hacia mí arrastrando una de las patas traseras dejando más sangre a su alrededor. Tengo que pedir ayuda como sea. Intento gritar de nuevo, pero no puedo. No sale ni una palabra de esta maldita boca. Tengo que correr y dirigirme hacia algún sitio. No me puedo quedar aquí pasmada viendo como se me acerca. Como por arte de magia, mi última súplica surte efecto y mis manos y mis pies se movilizan y sin saber por qué me da por tirar las cosas que tengo a mi alcance para poner obstáculo de por medio entre ambos. El ruido de los muebles al caer le ha hecho rugir de nuevo. Creo que le he puesto más furioso y ahora sí que tengo que salir pitando de aquí ya. Desesperada, sigo tirando cosas al suelo. Sillas, un mueble aparador con espejo, un paraguero, macetas, todo lo que pillo. Pega otro intenso y profundo rugido haciendo temblar los pocos muebles que quedan en el recibidor. Temblando de terror me giro rápidamente hacia el interior de la cocina intentado buscar una salida más viable en ella. ¡Maldita sea! ¿Por dónde salgo?, pienso mientras mis ojos recorren en un segundo la enorme cocina de madera. ¿Dónde puedo esconderme? ¿Dónde? Los gruñidos se hacen más próximos y fuertes. Se está acercando. ¡Ay madre! ¿Qué hago? El corazón me va a estallar de lo acelerado que lo tengo. Mi cuerpo se ha puesto en alerta total al escucharlo al otro lado de la cocina. Sigo mirando desesperada por todas las esquinas. ¿La ventana? Imposible. Tiene rejillas. Descartado. Tirar más obstáculos, eso es. Tengo que poner más obstáculos por el suelo mientras se me ocurre alguna otra idea. Muevo deprisa y con dificultad la mesa de madera hacia la entrada de la puerta de la cocina para obstaculizar más su camino. La mesa pesa tanto que no logro ponerla tan en medio de la entrada como quisiera. Cojo una silla y la tiro encima de la mesa. Pesa mucho. De pronto, se me ilumina el cerebro con una idea. Rápidamente sigo tirando las restantes sillas y los taburetes que hay por encima de la mesa de madera hasta que salen de la cocina disparadas como proyectiles. Intento hacer una barrera que le impida acceder con facilidad hacia la cocina. No dejo de pensar en esa posible aunque ridícula idea. No es nada segura, pero al menos no estaré tan expuesta como ahora. Mas gruñidos inquietantes amenazan el ambiente. Algún taburete ha debido de darle porque lo he lanzado con tanta fuerza por encima de la mesa que hasta yo misma me he sorprendido de la velocidad. Sin más pérdida de tiempo pongo en marcha mi endeble, pero esperanzada idea. ¡A la despensa! No voy a perder ni un segundo más esperando a que llegue y me mate. Me quito, deprisa y temblando, el abrigo y la bufanda. Hago un paquete con ellos y lo presiono en mi cintura. Unos fuertes golpes suenan más cerca, lo que me hace aligerar los movimientos. El rastreo de las sillas por el suelo me confirma que está intentando apartar la barrera que he hecho. Abro rápidamente la puerta inferior de madera con agujeritos en forma de estrella de una de las despensas de la pared y me meto como puedo en ella. Entro regular, pero entro. Suspiro y jadeo desesperada por la estrechez del lugar. Mi respiración está a mil por horas. Nunca he tenido claustrofobia a los espacios pequeños. Un punto a mi favor porque esta es la única vía de escape y digo entre comillas eso de que es una vía de escape porque una vez dentro, me doy cuenta de que es poco segura y sí mortal. Intento hacerme un ovillo o algo parecido poniendo la planta de las botas sobre una de las paredes del lateral de ésta y coloco una mano sobre mis rodillas mientras que la cabeza la tengo que inclinar hacia delante todo lo que puedo para no darme con el techo de cemento. El abrigo y la bufanda los saco de mi cintura con mucha dificultad e intento meterlos entre el hueco libre de mis piernas flexionadas. Es una posición incomodísima, pero no me queda otra alternativa que permanecer así. Cierro la puerta con la mano que tengo libre e inmediatamente se hace la oscuridad a mi alrededor. La adrenalina sigue disparada por todo mi cuerpo. He hecho todo esto sin apenas darme cuenta. Pueden que hayan pasado unos segundos

o unos minutos en movilizarme. Puede, pero no sabría decirlo con certeza, la verdad. Estoy muerta de miedo. Intento respirar un poco para que no me entre el pánico dentro de este agujero. Aquí el aire huele a humedad, a cerrado. A través de los pequeñísimos orificios estrellados de la puerta de madera no puedo ver nada, pero sí puedo escuchar perfectamente lo que ocurre al otro lado. Está tirando algo, pero no logro saber lo que es. Todos los sonidos aquí dentro me parecen iguales. ¡Dios bendito! Dentro de nada estará en la cocina. ¡Marcos! Le llamo mentalmente. ¡Ven por mí! ¡Marcos, no me abandones! ¡Marcos ven por mí! ¡Ayúdame! Y con estos desesperados e inquietantes pensamientos cierro los ojos y repito interiormente su nombre sin dejar de presionar mis pies sobre la pared y agarrar con fuerza las rodillas con mis manos. Me he estado mordiendo el labio. Me duele a rabiar. Escucho más ruidos de muebles, pero esta vez más cerca de donde estoy. ¿Qué está haciendo? Parece que es la mesa la que intenta apartar. Sigo escuchando cómo arrastra los muebles. ¡Me va a matar! ¡Dios bendito! ¡Me va a matar! Viene a por mí. El sonido fuerte de su respiración y un gruñido cercano me avisan de que ya ha entrado y de que ya no estoy sola en la cocina. Escucho su respiración jadeante incluso a través de los orificios de la puerta. ¡Marcos no me dejes, por favor! ¡Ven a ayudarme! Se está aproximando hacia dónde estoy. ¡Ay madre! Aguanto la respiración todo lo que puedo para no desvelar mi escondite. ¿Son sus pasos los que siento en el suelo o son los latidos de mi corazón? Sus pasos. Son sus pasos. Ojalá fuera mi corazón. Eso me tranquilizaría mucho. Sigue arrastrando algo. Se aproxima. Mi instinto me dice que no respire. Sigo presionando con fuerza mis pies contra la pared. ¡Estoy tan muerta de miedo que apenas me doy cuenta de lo que hago! El miedo hace que no pueda parar de castañear los dientes. Intento meter la lengua entre ellos para que no suenen. Sé que me voy a hacer mucho daño, pero en estos momentos eso es lo que menos me importa. El pánico y el terror de lo que me va a pasar me ha dejado paralizado todo el cuerpo. Está ahí. Al otro lado de esta puerta. Escucho su fuerte y jadeante respiración. Suelta otro rugido. Los oídos me van a estallar de tan cerca que lo ha dado. Cierro fuertemente los ojos en espera de un milagro. Un bendito milagro. Siento su hocico cerca de los orificios de esta puerta. Está... ¡Ay, madre! Está oliendo la puerta. ¡Dios bendito! ¡Que no la abra! ¡Que no la abra!...

De repente escucho gritos. Suenan gritos y muchas voces en la cocina. Otro rugido ensordecedor explota de su garganta haciéndome temblar con más fuerza. ¡Púm! ¡Púm! ¿Qué ha sido eso?, me pregunto alarmada. Disparos. Son disparos de un arma, vuelvo a decirme mentalmente tras recapacitar sobre el sonido que ha desgarrado el aire y ha aturdido mis oídos. Me aferro con más fuerza a mi cuerpo. ¡Dios bendito! Un profundo rugido de dolor se escucha al otro lado. Le han disparado. Mis ojos permanecen aún cerrados y mi respiración está completamente alterada. Me falta el aire. De repente escucho que algo pesado cae al suelo cerca de donde estoy y luego, unos segundos o minutos tal vez, se hace el silencio. Todo se queda completamente en silencio. Dura poco porque al instante la pared donde tengo los pies colocados empieza a temblar. ¡Dios bendito! ¿La pared se está moviendo? ¡Lo que me faltaba! ¿La casa se va a derrumbar o qué está pasando aquí? Esto no tiene sentido. Aunque, a decir verdad, nada de lo que ha pasado hasta ahora tiene sentido. Los disparos no han podido hacer temblar la pared o ¿sí? Marcos ven a buscarme, por favor, suplico desesperada sin que las malditas palabras lleguen a salir de mis labios. La pared cede definitivamente provocando un ruido tan fuerte que impacientemente intento moverme para no quedar enterrada dentro de este hueco asfixiante, pero no consigo mover ni un solo músculo. De repente, mis piernas salen disparadas hacia delante y se quedan atrapadas y estiradas frente a mí en otro lugar oscuro. El temblor de la pared se ha detenido. Noto caer mucha tierra, arena y piedrecitas alrededor de mis piernas. No siento dolor cuando caen sobre ellas, pero sí la pesadez de los escombros. Sigo sin

saber todavía qué ha pasado y sobre todo sin poder ver nada. Ni un rayito de luz. Ni un poquito de aire limpio. Tras unos minutos de confusión e incertidumbre y muy aturdida, intento levantar de nuevo la cabeza, pero es imposible. Estoy encajada. Muevo mis pies un poco y me doy cuenta de que con mis piernas he hecho un enorme agujero en la pared. Espero un poco por si hay nuevos derrumbes. Nada. No se mueve nada. Con los pies dentro de este agujero, ahora sí que me encuentro totalmente atrapada. Me pregunto, sin poder creérmelo todavía, cómo he podido hacer esto. ¡Un agujero! ¡No he podido hacerlo yo sola! ¡Es imposible! No tengo tanta fuerza. ¿O sí? La cabeza empieza a darme vueltas de tanto pensar. Todo esto es de locos. El cerebro me va a estallar de tanta tensión. Se me está embotando la mente. Me estoy asfixiando. Sí. Eso también. El polvo que se ha generado aquí dentro me impide respirar. Me está entrando el pánico y me estoy asfixiando. Tengo que salir como sea de aquí. Intento empujar la puerta con el brazo, pero nada. Se ha quedado encajada. Se mueve cuando la presiono, pero sigue sin querer abrirse. Con esta postura me es imposible darle un fuerte empujón y derribarla totalmente.

Gritos y más gritos vuelven a sonar. ¿Qué está pasando ahí fuera? ¿Por qué nadie me ha ayudado todavía a salir de aquí? ¿A qué esperan? ¿Por qué son tan lentos? Me estoy cansando de tanta espera. Solo quiero pensar que todo esto es un sueño. Un sueño donde estoy teniendo una mala pesadilla. ¡Marcos, ven te necesito! Ya ni me molesto en intentar abrir la boca para gritar. Entre el polvo que se ha generado aquí dentro y mi impotencia para articular palabras, me es imposible hacer nada más que esperar a que en algún momento alguien se digne a sacarme de aquí. Estoy muy agotada. Me rindo. Ya no puedo más.

Sigo escucho voces al otro lado de la despensa, pero ya me da igual. Estoy exhausta. Alguien está gritando mucho. Murmullos, voces y mi nombre... ¿mi nombre? ¿He oído mi nombre? Sí. Alguien me está llamando. Lástima que no pueda contestarle. No es que no quiera, sencillamente es que no puedo. Me he quedado sin habla. Estoy muy confusa con esto de no poder decir nada. Siguen llamándome. Ni siquiera puedo moverme y llamar la atención. Presiono de nuevo la puerta con el brazo, pero nada. Sigue sin abrirse. Las piernas tampoco me responden. Se me han quedado como dormidas. Tienen que ser los nervios los que me tienen todo el cuerpo paralizado porque otra explicación no le encuentro. Hago un nuevo intento de hablar, gritar, pero es imposible. No sale nada de mis labios. Mi garganta se ha cerrado completamente. Me voy a volver loca. ¡Marcos, ven! Estoy aquí. Sigo sin poder decir nada. Las palabras solo están en mi mente. De repente noto que se abre una de las puertas de la despensa. Sigo con la cabeza agachada y los ojos cerrados. Un momento de esperanza se abre en mi corazón cuando con mucha fuerza abren la otra puerta. Ya están aquí. Mis salvadores. ¡Aleluya! Sin abrir los ojos todavía espero impaciente a que me saquen de este agujero infernal donde se me ocurrió meterme.

—¡Joder! ¡Qué alguien me ayude! ¡Joder! ¡Aquí, Jorge! —dice alguien gritando—. Tranquila, cielo. Estoy aquí. Tranquila, pequeña.

¿Marcos? ¿Eres tú? ¿De verdad que eres tú? ¡Sí, aleluya es él! Sólo Marcos me llama cielo y pequeña. Ya no me cabe ninguna duda de que ha venido a rescatarme, pero... no puedo moverme. No puedo mover la cabeza para verle. ¡Ay, maldita sea!

—¡Ayúdame, Jorge! Hay que romper esa parte de la pared como sea. Esta atrapada. ¡Dios! ¡Está atrapada en este agujero! Tranquila cielo —vuelve a insistir Marcos desesperadamente sin dejar de tocarme el brazo que tenía pegado a la puerta de madera—. ¿Cuándo se lo llevan de aquí? No quiero que ella lo vea. ¡Dios! ¡Menudo calvario que habrá pasado!

—Tranquilo Marcos. Ahora está a salvo. Intenta mantener la calma. La vas a asustar mássi sigues gritando de esta manera—contesta la voz pausada de Jorge.

—Está temblando. Está temblando. ¡Una manta! —vuelve a gritar Marcos.

—Aquí tienes una —dice alguien—. ¿Qué puedo hacer?

—De momento nada. Entre Marcos y yo las sacaremos de aquí —contesta Jorge.

Sigo escuchando esta conversación con la cabeza y el cuerpo aún atrapados. El murmullo de voces se intensifica.

—Marcos, tira con cuidado del brazo. Eso es. Despacio. Ahora voy a intentar moverle la cabeza. Tranquila India. Te vamos a sacar en unos minutos. No te muevas.

No puedo aunque quisiera hacerlo. Me encuentro agarrotada en este pequeño espacio. ¡Si al menos pudiera hablar!

—Con cuidado Jorge. Así. Sí. Ya he conseguido moverla un poco por este lado. Tranquila cielo. Todo saldrá bien.

—La cabeza, Marcos. Despacio. Eso es. He conseguido mover la cabeza. Ya está. Ahora hay que hacerlo con el resto del cuerpo. Espera Marcos. Cuidado con sus piernas. ¡Menudo agujero! ¿Me pregunto cómo lo habrá hecho? Esta chica me tiene impresionado. Has sido muy valiente, India. Sí señor, muy valiente e ingeniosa al meterte aquí dentro —afirma totalmente sorprendido Jorge.

—Tengo parte de su cuerpo. Inclínala sobre mí Jorge. Eso es. Un poco más y ya está. Casi la tengo. Ahora los pies. Bien. Vamos muy bien. Con cuidado. No quiero lastimarla. ¡Joder! No puedo doblarlos. Hay que arrastrarla despacito. Ya está. Eso es. Ya es mía. Toda mía. Por fin. ¡Hola pequeña! Todo ha salido bien. Estás a salvo —murmura Marcos en mi oído acunándome despacio y con mucha delicadeza sobre su pecho.

Ha temblado en el momento en que me ha acercado a su cuerpo. Marcos ha temblado al cogerme. Sus manos acarician con ternura mi cara. Sigo con los ojos cerrados y con la respiración muy agitada. Intento respirar algo de aire mientras estoy en esta posición. El polvo me molesta en la garganta. Toso un par de veces. Siento latir con fuerza su corazón en mis oídos. Me abraza y me besa en la cabeza varias veces desesperado. Mi cuerpo se ha quedado laxo tras salir de la despensa. No siento nada. Intento abrir los ojos un poco. Parpadeo varias veces debido a la luz que me da de lleno en mis pupilas. Me pican por el polvo. Él me los limpia cuidadosamente con algo. Una vez que consigo abrirlos, compruebo de que no puedo verle bien. Veo borroso. ¿Me he quedado ciega o serán los nervios los que me impiden ver? ¡Ay! ¡Dios mío! Ahora que he salido de aquí ni siquiera consigo ver su cara. Ciega y muda. Lo que me faltaba ya. Alguien me echa una manta sobre el cuerpo. Tengo frío. Mucho frío. Sigo sin poder verle bien. Cierro los ojos desesperada y agacho la cabeza en el pecho de Marcos respirando un poco más tranquila. Con él me siento a salvo y segura.

—Marcos, no la presiones tanto. Déjala respirar un poco. Hay que sacarla de la cocina. Llévela afuera para que le dé el aire del campo. No es conveniente que vea todo esto no vaya a ser que se altere más de lo que ya está la pobre —señala Jorge.

—La terraza donde está la piscina es un buen lugar para llevarla. El aire y el sol le sentarán bien. La podemos tumbar en una de las hamacas de madera. ¿Qué te parece? —pregunta una voz masculina desconocida cerca de Marcos.

—Bien —contesta Marcos.

—Entonces prepararé una para ponerla más cómoda y traeré otra manta de arriba. ¿Está herida?

—No. No le veo ninguna herida. Tenía las piernas atrapadas entre los escombros de la pared y he temido lo peor, pero cuando le he tocado no se ha quejado de nada, así que deduzco que no ha sufrido ningún daño. Puede que tenga algunos moretones y rasguños, pero creo que nada grave. En la terraza le miraré mejor todo el cuerpo —responde angustiadamente—. La sangre que hay aquí no es suya. Su ropa está limpia. ¡Menos mal! Me he vuelto loco cuando he llegado y he visto toda esa sangre en el suelo. ¡Joder! ¡No me lo voy a perdonar nunca! Tendría que haberla acompañado. ¡Joder! Tendría que...

—Ahora no te mortifiques, Marcos. En estos momentos no sirve de nada ponerse así. Lo importante es que está a salvo y por lo que podemos ver, parece que bien. Los nervios y el miedo que ha pasado la tienen ahora en este estado de aturdimiento. Respira con dificultad y está helada. Aflójale algo la ropa —aclara la pausada y tranquila voz de Jorge, tocándome suavemente las manos. Este hombre tiene un temple que merece un premio bien gordo por ello. En momentos tan críticos como estos, él mantiene la calma como si nada hubiera pasado—. Vamos a dejar que se calme un poco y luego ya veremos si hay que llevarla al hospital. ¿Te ayudó?

—No, gracias Jorge. Puedo solo.

—¿Cómo está la chica? —pregunta una nueva voz masculina muy grave y carrasposa cerca de nosotros—. ¿Necesita que la lleven al hospital? —El hombre huele fuertemente a tabaco. Me toca la cabeza con la yema de los dedos

—¿Quién es usted? —pregunta Marcos mientras se levanta del suelo lentamente alzándose y pegándose con fuerza a su cuerpo.

Por el tono de voz de Marcos deduzco que está muy cabreado con todo el mundo y sobre todo, no quiere que nadie me toque porque me ha balanceado hacia otra dirección alejándome del hombre que huele a tabaco y que tiene la voz grave y carrasposa.

—Tranquilo Marcos. No nos alteremos. Sal fuera y llévate aquí. Hablaré con este hombre para que me cuente que ha pasado exactamente en la casa —escucho decir entre escalofríos y tiriteras a Jorge. Aunque esté así acurrucada y agotada por todo, puedo oír perfectamente todo lo que dicen. Solo estoy asustada, muerta de frío y como no, muda porque me siento incapaz de decir todavía una sola palabra.

—Perdón por no haberme presentado. Soy Juan Ramos. La persona que está a cargo de todo este operativo.

—¿Operativo? —pregunta desconcertado Marcos.

—Sí. Salgamos fuera, por favor. Se lo explicaré en unos minutos. Mi equipo se está encargando de todo y necesitan espacio para trabajar. Lo sacarán de aquí pronto. No se preocupen por nada. Siento mucho lo que ha pasado. Todo lo que esté en mi mano por ayudar a la chica no dude en decírmelo. Me responsabilizo de todo lo que ha pasado.

—Marcos, venga, salgamos de la cocina —apremia la pausada y tranquila voz de Jorge—. Todos estamos hechos un lío desde que hemos llegado y aquí ya estamos estorbando. Hay tanta gente en la cocina que el aire se está viciando y ella necesita un poco de aire fresco.

—Sí. Es mejor que hablemos fuera. Les daré toda la información que necesiten. Hemos avisado ya a la Guardia Civil. No tardarán en llegar —vuelve a decir la voz grave y carrasposa.

—¿Cómo? Aquí no hay cobertura —afirma intrigado Jorge.

—Lo sé. Les hemos avisado por el radio transmisor del 4x4. No tardarán en llegar.

La presencia de este hombre en la casa me tiene absolutamente desorientada y muy intrigada. ¿Operativo? ¿De qué operativo está hablando? ¿Un operativo de esos relacionados con el contrabando de drogas, armas o algo así? ¡Qué lío, madre! Creo que lo mejor es no especular sobre nada más e intentar relajarme y sobre todo seguir escuchando todo lo que pueda para ver si se aclara esta enrevesada situación en la que me he visto involucrada.

¡Uy! Acurrucada de esta manera que bien se está. ¡Qué calorcito más bueno desprende el cuerpo de Marcos! Este calor me abriga el corazón y el alma. Ansiaba tanto estar con él que ahora que estoy entre sus brazos me parece hasta mentira. Mis nervios no han menguado mucho a pesar de recibir su cálido contacto. Sigo temblando. Necesito algo más tiempo para tranquilizarme.

—¡Juan! —grita otra voz masculina a mi alrededor.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Vamos a tardar bastante en meterlo en el remolque. Es el ejemplar más grande de todos y el que mayor peso tiene.

—No te preocupes. Tomaos el tiempo que necesitéis. Las prisas por hoy yase han acabado. Avísame si me necesitas.

—Entendido.

—Teresa —escucho que dice de nuevo Jorge— Por favor, ¿podrías hacer un poco de café mientras este hombre nos aclara qué ha pasado aquí esta mañana? Se me ha cortado completamente el desayuno.

—Lo intentaré. Si me dejan coger el paquete de café que hay en la otra despensa, un poco de agua y algunos vasos, lo tendré listo en un momentillo. ¿Puedo hacerlo, no?

—pregunta la inconfundible y agradable voz de Teresa.

—Sí, pero intente no tocar nada más y no pisar mucho por esta zona.

—No se preocupe. Lo cojo todorápidamente y me voy al comedor para prepararlo y así no molesto a nadie. Creo que hay un enchufe por ahí dentro. A mí también se me ha cortado el desayuno, Jorge. Haré café para todo el mundo. Los demás también están muy alterados. Las chicas han visto la sangre en el suelo y se han vuelto histéricas. ¿Cómo está, Marcos?

—Sigue temblando y no se sueltade mi mano.

—Es normal.Ha tenido que pasarlo muy mal la pobrecilla. Le haré una infusión de tila. Tengo en el bolso aspirinas. Le traeré una también. Eso la tranquilizará bastante. Más tarde le prepararé un caldito calentito de verduras para que se recomponga un poco más. No te preocupes India, te vamos a cuidar muy bien. Ya verás cómo todo se soluciona y más tarde nos echamos unas risas comiendo palomitas —me susurra al oído intentando darme ánimos.

Sé que las dice con la mejor de las intenciones, pero hay que reconocer que eso de echarnos unas risas comiendo palomitas como que no va a poder ser. No tengo el cuerpo para nada de eso en estos momentos. Me siento abrumada y completamente desorientada con todo lo que ha sucedido.

—Gracias, Teresa —responde Marcos.

—No es nada —Teresa me acaricia suavemente el pelo durante unos segundos con la mano, luego la retira dando un suspiro—. Menos mal que todo ha quedado en un susto. Voy a buscar la caja de tila. Llamaré a alguien para que me ayude a preparar el café. No tardo nada.

Salgo con Marcos de la casa. Cuando pisa el exterior, siento el calor de los rayos del sol en mi pelo y sobre la manta que tengo echada. Es muy agradable. No me muevo nada, ni siquiera levanto la cabeza de su pecho. Sigo aferrada a él como un salvavidas. Mi salvavidas. No tengo ni ánimos para mover un músculo del cuerpo. Estoy muy agotada. Marcos me susurra palabras cariñosas al oído mientras caminamos. Su calor y el latido de su corazón me alivian del frío y me transmiten vida. De vez en cuando me da un beso en la cabeza y me aprieta más contra su pecho. Es un hombre muy cariñoso cuando estamos solos. Que ahora mismo muestre este tipo de afecto conmigo se debe a que ha estado muy preocupado por mi vida. Normalmente bromeamos mucho entre nosotros sin besuquearnos delante de nadie. Marcos es muy cuidadoso en ese aspecto, de eso me he dado cuenta. Sólo el día que nos encontramos los tres, Álex, Marcos y yo con mi sobrina en el descansillo del edificio, fue cuando se mostró un poquito cariñoso conmigo y debido al enfrentamiento que tuvo con su hermano por ese gesto de afecto, se guarda mucho de hacerme caricias en público. Se muestra muy discreto y a mí eso me gusta. Creo que es para que nadie se sienta incómodo al vernos tan mimosos.

Marcos se para de repente y se sienta en algún lugar. Noto que me echan otra manta.

Hay gente a mi alrededor hablando. Escucho sus voces claramente cuando se sientan cerca de nosotros.

—Bueno, pues como ya les había dicho antes, soy la persona encargada de este operativo y del programa que estamos llevando a cabo—señala de nuevo la voz grave y carrasposa. He escuchado antes que se presentaba como Juan no se qué, pero a mí me resulta más cómodo identificarlo por la peculiar voz que tiene.

—¿Qué programa? No ha mencionado nada de un programa antes. Creía que pertenecía a un particular —replica muy enfadado Marcos.

—No. No pertenece a un particular. Pertenece a nuestro programa.

—Pues no se han esmerado mucho en avisar a la población de su existencia. Desde que llegué ayer no he visto ningún letrero donde se nos avisen sobre él.

—Yo tampoco he visto ninguno —añade alguien muy próximo a Marcos. Esa voz no la reconozco, pero sé que es masculina.

—Lo que más me mosquea es que haya invadido una propiedad privada. ¡Ha podido matarla! ¿Entiende eso?

Por el tono de voz cada vez más alto y crispado de Marcos deduzco que no va a dejarle pasar a este hombre ninguna posibilidad de que se vaya de rositas sin que le explique con más convicción todo este rollo del programa que ha mencionado.

—Lo entiendo perfectamente, señor. Siento mucho lo ocurrido. Tomaremos las medidas oportunas para que no vuelva a ocurrir. No sé que le ha llevado a Willi para aventurarse a entrar dentro de la casa. Quizás la chica nos pueda aclarar algo cuando se encuentre mejor. Algo tuvo que llamarle la atención para meterse dentro. Me extraña mucho su comportamiento. Generalmente son muy esquivos. Rehúyen el contacto con los humanos. Es más, son tan esquivos que hasta son muy difíciles de poder avistarlos cuando están en plena naturaleza. Es más fácil poder detectarlos por las huellas, los excrementos, los arañazos y los mordiscos que dejan en los árboles.

—¿Llaman al oso Willi? —pregunta perplejo Jorge.

—Sí. Todos los pantígrados del programa tienen su propio nombre. Es para poder diferenciarlos mejor unos de otros.

—¡Ah!

—Me extraña que se haya acercado por esta zona tan baja de la sierra. Lo investigaremos. No se preocupe por ello porque investigaremos por qué se ha comportado así Willi. Respecto a lo que ha dicho usted sobre la falta de información con la población civil, en eso no estoy de acuerdo con usted porque sí que se ha puesto todo tipo de información y avisos en el mismo pueblo y por los alrededores a éste. Hay una página web donde se habla de este programa. Se ha hecho mucho énfasis en ese aspecto, se lo aseguro. Tienen total libertad para estar aquí. A ver, me explico con esto último. A estos osos se les han asignado una importante extensión de terreno para que puedan utilizarlo con total libertad. Se ve que por algún motivo desconocido, Willi ha cruzado los límites de esta zona atravesando las medidas de seguridad impuestas. No puedo decirles nada más sobre lo ocurrido porque no tengo más datos sobre los hechos. Como ya les he comentado antes, se hará una exhaustiva investigación sobre este caso. ¿Conforme?

—Sí —contesta secamente Marcos. Cada vez que habla, su voz retumba con fuerza en todo mi cuerpo.

—Bien. Willi pertenece al programa “Hope” para la “Reintroducción y su posterior conservación del oso pardo en la Sierra de Cazorla, Segura y las Villas”. Este proyecto es muy reciente y a la vez muy ambicioso por nuestra parte, todo hay que decirlo. Es la primera vez que se hace en Andalucía.

—¡Ah! Y, ¿cómo sabían que el oso estaba en esta casa? —pregunta de nuevo Jorge.

—Hemos recibido, hace menos de tres horas, una llamada al centro donde se nos comunicaba del ataque de un oso pardo a dos civiles varones. Esto nos ha puesto en

alerta a todo el equipo. Gracias al localizador GPS que lleva en el cuello hemos podido seguirle el rastro hasta llegar aquí. No tenemos más información sobre lo ocurrido. Solo sabemos que el ataque se ha producido a un kilómetro de esta finca. Dos compañeros del equipo están ahora mismo allí averiguando qué ha pasado. ¡Es una verdadera lástima que haya acabado así! Nos hubiera gustado haberlo sedado para observar su integración en este lugar.

—Pues si el oso atacó a dos personas a un kilómetro de aquí, no creo que la gente que viva por estas tierras les haga mucha gracia ver a osos merodeando cerca de sus casas. Lo digo porque hace unos días escuché por la radio el ataque de un oso pardo a una persona en el Valle de Arán —comenta alguien.

—¡Ah, sí! La noticia sobre Pingüi y la pequeña Melisa. Pingüi es una de las osas pardas más viejas y querida de todo el valle.

—Pues esa osa casi mata a este pobre hombre.

—Ese pobre hombre, como usted lo llama, es un cazador experimentado que participaba en una cacería de jabalíes. Sabe que hay osos por la zona. De todos modos, ya ha sido indemnizado por este incidente.

—Indemnizado o no, hay mucha polémica sobre este caso, ya que la gente está exigiendo la retirada de todos los osos pardos de la zona.

—Sí. Desgraciadamente, así están las cosas en el valle. Desde que se reintrodujeron osos pardos en el Valle de Arán, los cazadores y los ganaderos están en pie de guerra con ellos. No ven con muy buenos ojos a esta especie ya que temen por el ganado. En fin, la polémica de este asunto está servida. Espero que no tengamos el mismo problema con nuestros osos aquí. De todas maneras suelen ser casos muy aislados.

—Serán casos muy aislados como usted dice, pero las indemnizaciones para compensar el daño que reciban estas personas ante un ataque de este tamaño no hará que se mire mejor a estos animales. Les tendrán más miedo y más odio cada vez que quieran pisar el bosque con su ganado.

—Lo sé, pero de momento así están las cosas. Bien, como iba diciendo, Darío...

—prosigue la voz grave y carrasposa.

—¿Darío? —pregunta intrigado Marcos.

—Sí. Darío es uno de los veterinarios de nuestro programa. Es el hombre que antes estaba hablando conmigo en la cocina.

—¡Ah!

—Le ha hecho una breve evaluación al cuerpo de Willi. Tiene dos heridas bastantes profundas en el cuerpo. No creo que la chica le haya producido estas heridas ella sola. Lo sabremos cuando mis compañeros me informen de lo ocurrido con los civiles. Luego le haremos un examen más riguroso en el centro. En fin, eso es de momento todo lo que les puedo decir. Mi compañero me dijo que la persona que ellos tenían sujeto...

—No fue así —dice rotundamente Marcos—. Yo le dije a usted y lo recuerdo muy bien mientras ellos intentaban apartarme de allí, que ella se encontraba en la cocina. Quizás no se acuerde de eso porque con tanta gente por medio y con tanta tensión es imposible que usted, ni nadie supongo, pudiera escuchar nada de lo que yo les intentaba explicar, pero fue a usted a quien se lo dije, no a otra persona. Si no hubiera sido por mi insistencia, ni siquiera se habrían dado cuenta de que ella estaba dentro de la despensa.

—Lo siento. Ehhh... su nombre es...

—Marcos.

—Marcos, sinceramente, lo siento mucho. Sé que se han llevado un buen susto. Y más ella.

—No se puede hacer ni una ligera idea de cómo nos sentimos en estos momentos.

—Bueno, puedo imaginármelo. Le aseguro que no tenía ni idea de que estaba metida ahí dentro. ¿Cómo lo supo?

—Tuve un presentimiento o tal vez fue simplemente intuición. Cuando llegué aquí, lo primero que vi fue a mucha gente en la casa y muebles tirados por todo el suelo hasta llegar a la cocina. La sangre fue lo que me puso en alerta. No sé por qué, cómo ya le he dicho, pero tenía el presentimiento de que tenía que estar dentro de la cocina y no escondida en otro lugar. Así que empecé a llamarla. Luego vi al oso y más sangre. Me puse muy nervioso pensando que le había hecho daño o que tal vez la hubiera... la hubiera... matado. Intenté quitarme de encima a sus compañeros hasta que... bueno... ya sabe el resto. Empezaron a disparar al oso, me solté y ellos de nuevo intentaron sujetarme con más fuerza hasta que el oso cayó al suelo. Luego, sonó un ruido seco y fuerte al fondo de la cocina. Era como si algo se estuviera desplomando. Me imagino que todo el mundo lo escuchó. Sonó con mucha fuerza.

—Sí que lo escuché, pero mi prioridad antes que nada era asegurarme de que Willi estuviera completamente fuera de combate. Hasta con los dos disparos recibidos no podíamos estar seguros de que todavía estuviera completamente muerto. Suelo asegurarme muy bien antes de acercarme a un oso de que éste está completamente sedado o como en este caso muerto, para no llevarme sorpresas después. No me gusta poner en peligro a nadie yendo más deprisa para terminar antes el trabajo. Siga, por favor.

—No hay mucho más. Me llamó la atención la puerta de la despensa. Se movía ligeramente. Imagino que sería porque ella la hacía mover o quizás fue a causa del derrumbe de la pared. Sinceramente, no sé el motivo que me hizo pensar eso. Me guí por mi instinto y actué sin pensármelo dos veces. Estaba desesperado por encontrarla

—Marcos empieza a alzar un poco más la voz, haciéndose más palpable su irritación—. Nadie me hacía caso. Todo el mundo estaba pendiente del oso y nadie se preocupaba por buscarla. Nadie.

—Siento mucho su preocupación, pero no estuvo bien que se metiera en medio. Teníamos controlada la situación. Intentábamos hacer salir al oso cuando usted irrumpió en la cocina y casi echa a perder todo el operativo que teníamos perfectamente organizado. Afortunadamente todo ha terminado bien. Aunque no era nuestro propósito abatirlo. No vuelva a hacer eso nunca más cuando hay una operación de este calibre en marcha. ¿Comprende lo que le digo? No solo se puso en peligro usted sino que nos puso en peligro a todos los que trabajamos en esto. Los machos dominantes son extremadamente peligrosos y mucho más cuando están heridos. Pueden despedazar a una persona en menos de un minuto.

—Tranquilo, los dos—interviene inmediatamente Jorge, rompiendo así la palpable tensión que hay entre Marcos y el hombre—. No nos pongamos nerviosos ahora.

—Estoy muy tranquilo —responde Marcos.

—Bueno, eso está bien. A ver... Hay una cosa que todavía no logro entender muy bien. ¿Cómo consiguieron entrar en la casa?

Aún estando acurrucada en los brazos de Marcos, con las dos mantas sobre mi cuerpo y sin levantar la cabeza todavía de su pecho, puedo sentir claramente lo incómodo que está Marcos con todo este asunto y lo poco amable que es con este hombre. Hay que reconocer que el encargado del operativo se está mostrando de lo más paciente y comunicativo con todo el que le pregunta, respondiendo a cada pregunta con mucha claridad, cosa que me extraña mucho porque en situaciones como ésta, según tengo entendido, esta gente cuando están investigando algo, no suelen dar muchas explicaciones que se diga. Son parcos en palabras y muy esquivos cuando se les pregunta directamente. Quizás le hayamos cogido en uno de sus mejores días para que esté tan amable o quizás nos hemos topado con el hombre bueno del programa "Hope". En fin, qué más da ya. Sobre lo que sí tengo curiosidad es sobre el motivo que hizo que el oso entrara en la casa. Eso sí que me intriga más. ¿Será la casualidad, el olor de las manzanas asadas...?, vete tú a saber el por qué. Solo pienso que si no me

hubiera dejado la puerta abierta nada de esto hubiera pasado. ¿Quién me iba a decir a mí que me iba a topar con un oso esta mañana? Y no un oso cualquiera, no, sino uno de los más agresivos y dominantes del grupo. O sea, un oso herido con muy, pero que muy malas pulgas. ¡Menuda suerte la mía!

—La puerta principal estaba abierta cuando llegamos.

—¿Abierta?

—Sí. Puede que ella la dejara así. Si el oso se metió dentro es porque estaba abierta. Esa puerta no ha sido forzada ni dañada. De todas maneras, cuando llegamos, fue el rastro de sangre en el suelo de la entrada lo que nos confirmó de que nuestro oso estaba dentro. Que la puerta estuviera abierta nos vino muy bien. Nuestra idea era captar la atención de Willi para que saliera hacia el exterior. Cuando entramos, la casa estaba en silencio. Solo el rugido de Willi nos aseguró dónde se hallaba él. Pensamos que la persona o personas de la casa habrían escapado al bosque ya que no vimos señales de nadie dentro. Tampoco vimos a nadie en la cocina. Entonces, llegó usted y se puso a gritar. Entiendo su reacción, Marcos, pero entiéndonos también a nosotros. Somos profesionales y sabemos muy bien lo que hacemos en situaciones como estas. Tras estas palabras se hace el silencio. Un silencio pesado y muy tenso. Durante unos largos y angustiosos minutos nadie dice nada. Rompe este silencio la apacible voz de Jorge.

—Todo este asunto del oso me tiene la cabeza más liada que un trompo. No me creo todavía todo lo que ha pasado en la finca.

—Menos me lo creo yo —asegura asqueado Marcos—. Salimos no hace mucho para coger setas y en menos de nada, me veo metido en este increíble follón.

—Les entiendo, perfectamente —dice el encargado del programa.

—Creo que van a necesitar mucha suerte con esto de la integración del oso —comenta Jorge—, porque si surge algún accidente más, le puedo asegurar que la gente de por aquí se les va a echar encima al momento. En fin, ustedes sabrán lo que hacen. Lo que si me he dado cuenta es de la cantidad de gente que ha venido con usted.

—Sí. Bueno, aquí solo hay quince. En total somos veinticinco, entre biólogos, científicos, ingenieros de montes..., en fin, mucha gente metida en esto.

—¡Ah!

—Bueno y... ¿Cómo se encuentra la chica? —pregunta la voz grave y carrasposa, cambiando rápidamente de tema—. Veo que todavía no se ha movido.

—Parece algo más calmada —contesta secamente Marcos.

—Bueno, cuando la conmoción de lo que ha ocurrido se le haya pasado un poco, le recomiendo un baño caliente, un ibuprofeno y que duerma todo lo que pueda. Eso le sentará bien. Si cree que necesita llevarla al hospital cojo el 4x4 y la...

—No. De momento voy a esperar a que se relaje un poco más y luego ya veremos. No parece que tenga nada roto. Le he estado mirado antes. Le he vuelto a tocar las piernas y el resto del cuerpo y no se ha quejado.

—De todas maneras le voy a dar el número de mi móvil por si me necesitan para algo.

—Jorge, ¿podrías anotarlo, por favor? —pregunta Marcos.

—Claro. Un momento que saco el móvil del bolsillo. Ya está. Dígame.

—653 125877. Intente también que la chica coma algo caliente y ligero para almorzar. Sería conveniente de que hable un poco. Desde que ha salido de la casa sigue muy quieta y callada y eso me preocupa. Si es posible, intente persuadirla para que cuente lo que le ha pasado. Ha estado bajo mucha tensión y hacerla hablar liberará gran parte de los nervios que tiene acumulados. No la presione demasiado.

—Lo intentaré. De momento voy a esperar un poco. Ya no tiembla tanto —responde Marcos apretándose las manos por debajo de la manta.

—Ya estamos aquí con el café —interrumpe la chispeante y agradable voz de Teresa—. Marcos, aquí tienes la infusión para India y la pastilla. Intenta que se

lo beba todo. Le sentará muy bien en el estómago. Imagino que lo tendrá bastante revuelto después de lo ocurrido.

—India, cielo —susurra Marcos cerca de mi oído—. Teresa te ha traído algo caliente. Vamos, pequeña. Levanta un poco la cabeza. Tienes que tomarte esto —insiste él con mucha dulzura mientras intenta incorporarme de su regazo—. Solo un poco y te dejo en paz, ¿vale cielo?

Levanto lentamente la cabeza y abro muy despacio los ojos. La claridad del día me ciega por completo. Parpadeo varias veces. Esta luz tan intensa me molesta mucho. Parpadeo un par de veces más hasta que consigo dejar abiertos los ojos. Ahora sí que veo bien. Los nervios porque me imagino que han sido los nervios, me dejan ver con total claridad la manta azul y blanca echada sobre mi cuerpo y la cara de Marcos muy cerca de mi mejilla. Me mira muy preocupado. Esos ojos azules como el zafiro me miran sin ni siquiera pestañear mientras yo estudio también su rostro unos segundos hasta que rompo el contacto visual y muevo la cabeza un poco. Me duele el cuello. Creo que es debido a la postura en la que estaba dentro de la despensa. Todavía me siento un poco aturdida. No tanto como antes, pero un poquitín sí. Escuchar toda esta historia sobre los osos pardos ha apaciguado considerablemente todos mis nervios y mis miedos. Tanto, que ahora me encuentro en un estado entre el abotargamiento o quedarme dormida. Estas son las consecuencias de permanecer tanto tiempo inmóvil y sin hablar. Intento moverme un poco dentro de las mantas con el fin de estirar algunos de los músculos del cuerpo. Marcos echa hacia atrás la manta facilitándome mejor los movimientos y me aproxima el vaso caliente a los labios.

—¿To... to... todo ha... ha terminado? —pregunto balbuceando a Marcos antes de dar el primer sorbo de tila y tragarme la pastilla.

Quiero confirmar, por si acaso no he oído bien, que el animal está bien muerto y que no se levantará del suelo para darnos otro sustito. Son las primeras palabras que pronuncio y las primeras que me han sabido a gloria al hacerlas por fin realidad. Siento la boca seca, pastosa. Mi intervención ha hecho que todos los presentes en la terraza me miren muy fijamente. Doy otro pequeño sorbo. ¡Oh, qué delicia! El olor a cítricos que desprende la tila es muy reconfortante. Me transporta de nuevo a la realidad del día. Este olor que me penetra por los orificios nasales me indica de que estoy viva y que sigo en la Sierra de Cazorla sentada en la terraza trasera de la finca “El Olivar del Trabuco” y que me siento totalmente protegida por Marcos.

—Sí, cielo. El oso está completamente muerto y todo ha terminado. Ya no tienes que preocuparte de nada. No sabes las ganas tan grandes que tenía de escucharte de nuevo. Te aseguro que tu preciosa y dulce voz suena a música celestial en mis oídos ahora mismo. Llevas un buen rato muy quieta sin decir nada. Me tenías muy preocupado. Vamos, bebe un poco más. Te sentará bien.

Inclino el vaso hacia mis labios y poco a poco me bebo toda la tila caliente que me ha traído Teresa. Luego, me vuelvo a echar sobre su pecho, pero esta vez me quedo mirando a las dos personas que están sentadas enfrente de nosotros. Son Jorge y supongo que la persona que está a su lado es el responsable del programa “Hope”. Ahora sí que le puedo poner rostro a esa voz tan grave y carrasposa que ha estado hablando durante tanto tiempo. Es curioso, pero su imagen es muy diferente a como me la he imaginado mientras estaba acurrada en las mantas. Me parecía que era un hombre más mayor y por lo que veo no es así. Puede que tenga unos treinta y cinco años de edad aproximadamente. Esa voz carrasposa y grave me ha engañado. Seguro que se debe al tabaco porque recuerdo que cuando se acercó a Marcos en la cocina olía a tabaco. Tiene el pelo castaño oscuro y muy corto. Piel curtida y bronceada. Ojos negros y nariz ligeramente aguileña. Lleva las mangas de la camisa blanca arremangadas hasta el codo. Cerca de Jorge se encuentran Raúl, el chico nuevo del grupo y Federico, el marido de Begoña. Ambos permanecen de pie observándome. A

Beatriz, Sonia y a Begoña, no las veo por ninguna parte. Sí está Sofía. Se encuentra junto a Teresa con un vaso de café en la mano mirándome con preocupación. La verdad es que esta chica me tiene cada vez más asombrada. No me la esperaba aquí. Por la expresión de su cara parece que como si hubiera sido ella la que ha sido atacada por el oso.

El olor del café penetra por mi nariz y me despierta aquellos otros sentidos que tenía aún dormidos. ¡Qué bien huele! Todos tienen en la mano un vaso de café humeante. Hay un plato lleno de pastelitos muy cerca de nosotros. Marcos le da un sorbo al café y después lo pone en el suelo de terracota de la terraza. Coge un pastelito y me indica con su mirada si quiero un poco. Le digo que no con la cabeza. Sin presionarme para que lo pruebe, se lo mete en la boca. Por la cara que ha puesto deduzco de que está muy bueno. El resto de los presentes lo imitan. Las caras de satisfacción tras los primeros sorbos de café caliente junto con un pastelito se nota al instante. Hasta Marcos parece que se ha relajado algo más tras beberse el café. Los rasgos de su cara se han suavizado considerablemente. No pasan ni cinco minutos cuando la supuesta paz que ha traído el café es interrumpida de nuevo.

—¡Juan! —grita una voz proveniente de la casa. Un hombre joven se acerca a nosotros con paso enérgico.

—Sí, dime, Daniel.

—Perdona que os interrumpa, pero la Guardia Civil ha llegado hace un rato. Darío les ha contando todo lo que ha pasado con Willi, pero los agentes necesitan hablar con la persona responsable del equipo. Ya hemos transportado a Willi al remolque y lo hemos limpiado todo. ¡Ah! También preguntan por el propietario de la finca y por la mujer que estaba metida en la despensa.

—Vale.

—Teresa, ¿Ismael a qué hora venía? —pregunta Jorge dejando el vaso de café vacío en el suelo.

—Para la hora del almuerzo —contesta Teresa—. Bueno chicos, pues esa era la segunda sorpresa que tenía preparada para hoy. Mi amigo Ismael es chef de un importante restaurante de Jaén. Ha escrito recientemente un libro de recetas exclusivamente sobre los hongos llamado “Hongos en la mesa no pesa”. Este libro contiene recetas tradicionales que han sido recopiladas a través de la información que le ha dado su madre, su abuela, los amigos y también los vecinos de su entorno. Me pareció muy interesante invitarlo para que nos diera una pequeña charla sobre su experiencia a la hora de recoger los hongos por el monte y sobre todo para que nos mostrara las recetas que más gustan y piden sus clientes en el restaurante.

—¡Ah! —murmura sorprendido Marcos.

—Bien. No me demoro más —interrumpe Jorge—. Me voy a avisar al dueño de la finca para decirle lo que ha pasado y aviso también a Ismael para que no venga hasta aquí. Teresa, ¿se hospeda en el pueblo o venía directamente desde Jaén?

—Se hospeda en el pueblo. En el hotel “El Jabalí Dorado”. He dejado el móvil en el bolso. Allí tengo su número.

—Bien. Lo llamaré para cancelar la visita.

—Si quiere, puede llamar desde el 4x4 —sugiere amablemente el responsable del programa “Hope”.

—No hace falta, gracias. A Ismael puedo llamarlo cuando llegue al pueblo y respecto al propietario de la finca, prefiero hablar directamente con él para que entienda perfectamente lo que ha pasado aquí. No quiero que haya malos entendidos si se lo explico por teléfono. Teresa, ¿y el resto del grupo?

—Haciendo las maletas para irse —responde su mujer—. Después de ver lo que le ha pasado a India no quieren quedarse más tiempo en la finca. Están muy asustadas.

—Ya han sido interrogadas por la Guardia Civil —señala el hombre recién llegado a la

terraza que trabaja en el programa “Hope”.

—Bien, hablaré con ellas antes de irme al pueblo —responde Jorge—. No quiero que se vayan en ese estado tan alterado para Málaga. A ver si las convengo para que se marchen mañana por la mañana.

—No creo, Jorge. Al menos a mi mujer no creo que la convengas. Me ha dicho que se quiere ir para Málaga lo antes posible —señala Federico—. Begoña no quiere quedarse a dormir tampoco en el pueblo. Está muy asustada. Así que dentro de un rato nos vamos.

—Vale, como queráis. Teresa y yo nos quedamos hasta mañana en Cazorla. Nos hospedaremos en algún hotel. Hoy es muy precipitado irse después de lo que ha pasado, pero si eso es lo que queréis, pues adelante. Tened mucho cuidado. Bueno, no me entretengo más. Tengo que hablar antes de nada con los agentes por si necesitan alguna información sobre el dueño y luego me marcho sin demorarme más hacia el pueblo.

—Yo también me voy Jorge —señala Raúl, el chico nuevo del grupo. Quizás esta sea la voz desconocida que hacía tantas preguntas y que no lograba ubicar en mi cabeza como alguien conocido.

—Y yo —apunta Sofía.

—Está bien.

—¿Raúl? —pregunta Teresa—. ¿Te espero para ir a Iznalloz, no?

—Sí. De todas formas te llamaré esta semana para confirmártelo con más seguridad y para que me des más detalles sobre el horario del viaje.

—No te preocupes por eso. Os tendré a todos informados por correo. Espero que allí puedas poner en práctica los conocimientos sobre los hongos. Lástima que esta vez no haya podido ser. Bueno, pues, mucho cuidado con la carretera y te espero entonces.

—Sí, gracias. Lo tendré.

—India, ¿estás mejor? —pregunta muy interesada Sofía acercándose a mí.

—Sí.

—Me alegro. Si necesitas algo no tienes más que ...

—Gracias Sofía. No hace falta. Ahora se encuentra mucho más tranquila —responde amablemente Marcos.

—Bien, pues... yo solo quiero que sepa que si necesitas hablar con alguien puedes hacerlo conmigo y que me puedes llamar cuando quieras. Yo... yo... bueno... solo espero que te recuperes y ya nos veremos en otra ocasión. Adiós.

—Adiós y gracias, Sofía —contesto bajito pensando en sus últimas palabras.

Definitivamente esta chica me tiene muy sorprendida. Es todo un derroche de simpatía. Creo que quiere ser mi amiga. Tanto interés por mi estado de salud y tanta amabilidad desde esta mañana no puede ser otra cosa. La próxima vez que nos veamos en una quedada, intentaré hablar con ella para así poder conocernos mejor. Parece una buena chica. Me da la sensación de que por fin he entendido de que Marcos está saliendo conmigo y de que tiene que fijarse en otra persona.

—Juan me voy —murmura Jorge, dándole un apretón de manos al encargado del programa “Hope”—. Adiós.

Luego se marcha de la terraza acompañado de Federico, Raúl y Sofía hacia el interior de la casa.

—Bueno, aunque todo el mundo se vaya, yo me quedo con vosotros un ratito más, Marcos —dice Teresa.

—Gracias, Teresa. Nos marcharemos cuando regrese Jorge del pueblo. No te vamos a dejar sola.

—Muy amable de tu parte.

—Bueno, pues nosotros también nos marchamos. Tengo que hablar con la Guardia Civil —comunica el encargado del programa levantándose de la hamaca y soltando el

vaso de café en la bandeja junto a los demás vasos—. Marcos, para cualquier cosa que me necesites estoy a tu entera disposición. No dudes en llamarme y espero que ella...

—India. Se llama India —aclara Marcos.

—India. Bien. Pues India, espero que estés bien y que todo haya quedado en un susto. Si me necesitas para aclarar algo más Marcos, llámame al móvil. Estáis en vuestro derecho si queréis formular una denuncia sobre lo que ha ocurrido hoy.

—Cielo... ¿Tú qué dices?

Niego con la cabeza. No quiero poner ninguna denuncia. Todo ha quedado en un susto y quiero olvidarme del tema. En vista de mi respuesta, Juan nostiende la mano muy sonriente a Teresa y a mí para despedirse. Si no fuera por esa voz tan carrasposa y grave que tiene que le hace parecer más mayor, sería un hombre mucho más interesante. Después, le ofrece su mano también a Marcos, el cual se la da sin titubear.

—Marcos. Adiós.

—Adiós. Perdona si me he alterado un poco, pero es que...

—No te preocupes, hombre. Te comprendo perfectamente. Estoy muy acostumbrado a que la gente reaccione de esta forma cuando se hablan de osos pardos. Siento mucho lo que ha pasado. Espero que no vuelva a repetirse nunca más. Ya sabes, estoy a tu entera disposición para lo que sea. Adiós.

—Adiós.

Cuando todos se marchan, nos quedamos en la terraza Teresa, Marcos y yo. El sol calienta la tierra con más énfasis a esta hora del día. No hace calor como para quedarse en mangas cortas, pero sí hace el calor necesario para que el cuerpo se recargue bien de energía después de todo el frío que ha hecho esta mañana. Hace una temperatura estupenda. Siento el estómago completamente vacío, pero curiosamente no tengo hambre. La infusión de tila me ha sentado fenomenal.

—Bueno, por fintodo ha terminado —suspira Teresa sentándose cerca de nosotros—. Por lo que veo me he perdido la explicación.

—Sí —responde Marcos.

—Bueno, ya me contaré más tarde Jorge todo lo relacionado sobre el oso. ¿Os apetece, mientras que llega Jorge, que os cuente una cosa muy curiosa sobre este lugar para así hacer más amena la espera?

—Por mí sí. ¿Tú qué dices, cielo? ¿Te apetece escucharlo?

—Sí —respondo bajito.

—¿Te duele algo? ¿Necesitas que te llevemos al hospital, India?

—No, no. Me encuentro mucho mejor. Gracias, Teresa. La pastilla y la tila han hecho su efecto.

—Me alegro. Ya te dije que te íbamos a cuidar muy bien. Dentro de un rato te haré algo calentito. Si nos marchamos antes de aquí pues tendrás que tomártelo en el pueblo.

—Vale.

—Bueno ... ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Lo que os voy a contar se remonta hacia el siglo XVIII. No sé si os habéis fijado bien en el nombre que tiene la finca. “El Olivar del Trabuco”. Se le llama así porque aquí era donde antiguamente se realizaba el mayor contrabando de armas de toda la zona. Por lo visto era el lugar perfecto para ello debido a su ubicación. Está bastante aislada del pueblo, por lo que era propicio para que se realizaran estos encuentros clandestinos sin levantar sospechas entre los habitantes de la zona. El contrabando mayormente era de trabucos, de ahí el nombre de la finca. No sé si sabéis como es un trabuco. Yo desde luego no lo sabía hasta que lo busqué en el todopoderoso google.

—Ni idea.

—Bueno, pues el trabuco se parecía a una escopeta primitiva. Su boca era

acampanada. ¿Sabes que significa “Trabuco” en inglés?

—No.

—Persona tonta o torpe. Curiosa definición, ¿verdad?

—Sí.

—Pues se llamaban así porque no era un arma muy precisa que digamos. El trabuco se utilizaba para disparar a muchos blancos a la vez ya que rara vez acertaba en el blanco que se tenía seleccionado. Era un arma muy lenta de cargar debido a que se necesitaba compactar dos veces. O sea, que todos los disparos que hacía o bien podían acertar en el objetivo que se había fijado o bien no se hacía en ninguno.

—Muy interesante.

—Sí. La verdad es que sí. Por aquel entonces se conocía a esta finca por el contrabando de este tipo de armas. Aunque creo que a partir de hoy, la finca va a ser conocida por... por... a ver si logro dar con la frase correcta... Sí. Ya lo tengo. Se la conocerá por la historia de “La Bella India y el terrorífico oso”. ¿Qué te parece? —me pregunta Teresa muy sonriente.

Ledevuelvo la sonrisa amablemente porque me ha hecho mucha gracia la manera tan graciosa en que ha dicho esta frase. Parecía que estaba invocando a algún ser del más allá. ¡Qué encantadora es esta mujer!

—¡Vaya, pequeña! Te vas a convertir en una famosísima heroína. A ver... Yo lo mejoraría un poquito. Algo así como que te encierras en la despensa de un enorme castillo y matas al gran oso pardo con tus poderes mentales saliendo completamente ilesa al derrumbarse la pared de la cocina —aclara él tomándose el pelo descaradamente mientras una sonrisilla traviesa asoma por la comisura de sus labios—. A ver Teresa que te parece este otro titular: “India la implacable guerrera mata al terrorífico oso Willi”.

—Muy gracioso. Por lo que veo, se te está pegando mi desbordante y rica imaginación. Tendré que actuar al respecto, listillo. Esto no se va a quedar así —protesto acribillándolo con la mirada.

Él me sonríe levemente. Con este jueguito tan tonto, intenta que se me suelte la lengua para así dejar el estado de hibernación en el que he estado sumida hasta ahora. Quiere que comience a desplegar de nuevo mis alas y a salir al exterior como la mariposa que era antes de que ocurriera toda esta terrible historia. Si lo pienso detenidamente, esta es una de las mejores maneras de afrontar el tema. Con bromas y con mucha positividad. Veremos si mi subconsciente reacciona así cuando me encuentre sola. Independientemente de que me plantee las cosas de esta manera, reconozco que jamás en mi vida había pasado tantísimo miedo. De ahora en adelante, dejaré de leer cualquier tipo de novela donde se mencionen colmillos y transformaciones de hombres en animales. Todo aquello que lleve colmillos y pelos está descartado para leer. Me decantaré más por libros de poesía o algo parecido para poder mantener mi espíritu tranquilo y mi mente serena.

—O mejor aún. “Las aventuras de Indiana Jane y el caso misterioso del oso Willi”.

—Muy buen titular para el periódico, Marcos. Que no te extrañe que salgas en la tele, India. No sabes lo famosa que te vas a hacer cuando la prensa descubra este nuevo y misterioso caso. Te van a llover entrevistas por todos los sitios. Es más, con este titular lo mismo te llaman para hacer una película con Harrison Ford —comenta muy risueña Teresa continuando con la tomadura de pelo.

Metemo que se han confabulado los dos contra mí. Tendré que seguirles la corriente si no, no me van a dejar en paz en todo el día.

—¿Tú también Teresa? No me lo puedo creer. Ya con Marcos tengo más que suficiente. Un punto para ti, grandullón. Te lo has ganado. Creo, si mal no recuerdo, que vamos tres a tres en el marcador, ¿no?

Marcos me mira muy sorprendido por participar con ellos en este intercambio de

bromas. Me besa suavemente en la frente y me sonrío con dulzura. Su cara es todo un poema. Me están entrando ganas de achucharlo muy fuerte y de besarle sin parar, pero me detengo en el intento. Con Teresa delante no me atrevo. Me da corte. Me reservo el abrazo para después cuando estemos solos en otro sitio.

—Tres a tres, cierto pequeña. Empatados. Estás en muy baja forma. Necesitas más inspiración. Un buen almuerzo y unas cuantas horas de descanso en la cama y tendrás recargadas todas las pilas del cuerpo para seguir el combate.

—Sí, me tengo que espabilar. Esto nova a quedar así. No me gustan los empates.

—Bueno chicos y perdonad que os interrumpa, pero ¿os quedáis con nosotros en el pueblo o también pensáis marcharos para Málaga?

—Nos quedamos con vosotros. Nos alojaremos en Cazorla. Veo que India está más recuperada, pero prefiero que el resto de lo que queda del día lo pase tranquilamente en la habitación del hotel. Hasta mañana por la mañana no regresamos para casa. Cuando ella hable con la Guardia Civil nos marchamos con vosotros para Cazorla. Quiero olvidarme de este tema y de esta casa lo antes posible.

—Claro. Te entiendo.

—Teresa, ¿te importaría prepararme otra tila? Nada de calditos calientes, por favor. Mi estómago todavía no soporta ese tipo de olores. La infusión que me he tomado antes me ha sentado de maravilla. El olor a azahar me refresca la mente.

—Claro. Ahora mismote la preparo, pero te aconsejo que más tarde te tomes algo más consistente que una simple infusión. Marcos, vigílala para que coma algo.

—No te preocupes. La tendré controlada. Está completamente en mis manos. Es toda mía —asegura él guiñándole un ojo a Teresa.

Y con esto, se da por concluido el día de hoy. Cuando llega Jorge y después del interrogatorio que me hace la Guardia Civil, nos vamos los cuatro hacia Cazorla para reservar dos habitaciones en un hotel. Aunque el ambiente de camino al pueblo se ha tornado muy positivo ya que Marcos no ha dejado de hablarme soltándome alguna que otra pulla durante el trayecto en coche, una vez en la habitación del hotel, a solas, me derrumbo por completo en el suelo del cuarto de baño llorando a mares. Lo necesitaba. Necesitaba echar hacia fuera todo lo que tenía acumulado en las horas que he permanecido en la terraza de la finca. El por qué ahora y no antes, lo ignoro. Quizás se deba a las dos tilas que me he tomado y que me han dejado completamente relajada. Ni idea. Lo que sí sé es que me he tranquilizado tanto que ahora es cuando me estoy desahogando de lo lindo. Marcos se asusta al escucharme llorar dentro del baño. Y ya no digamos cuando me ve sentada en el suelo y sin querer levantarme de él. Unos minutos después, tras pedirle una y otra vez que me deje sola porque así me encuentro mejor liberando toda la tensión que llevo acumulada dentro, se marcha a regañadientes cerrando la puerta. Tras este largo lloriqueo, me levanto mucho mejor del suelo y me doy una larga y relajante ducha de agua muy caliente. Luego me seco el pelo y me pongo el pijama. Caigo en la cama completamente agotada. Él me acuna tiernamente entre sus brazos y no deja de acariciarme transmitiéndome calma y seguridad.

Con respecto a la comida que he tomado desde que hemos llegado al hotel, pues, ha sido bien sencilla. Algo frugal por así decirlo. Una infusión de manzanilla y a duras penas, una rebanada de pan con aceite y tomate que Teresa y Marcos me han obligado a comer ya que no quería nada de caldos caseros ni por supuesto platos de carne ni de pescado. Hoy, todo aquello que tenga que ver con animales no quiero ni que se me mencione. Se me revuelve el estómago de solo pensarlo. Estoy muy sensible con la comida desde que nos marchamos de la finca. Mañana comeré más, me digo.

Y efectivamente, esta mañana me he levantado con un hambre canina. Los efectos amargos del día anterior han quedado atrás aunque soy consciente de todo lo que me

ha pasado. Tras tomarme un buen desayuno a base de café, zumo de naranja y un bollo de pan con mantequilla y jamón cocido, emprendemos el camino hacia Málaga junto con Jorge y Teresa.

14. Miedos

Los dos días siguientes a mi aventura en la Sierra de Cazorla, concretamente el martes y el miércoles son como otra anécdota más que añadir a la semana y que nunca olvidaré y me imagino que Marcos tampoco. Desde nuestra llegada, también he de decir que Marcos está mucho más serio y menos hablador que de costumbre. Sé que le ha afectado mucho lo que me ocurrió en la finca con el oso e intuyo de que se culpa por haberme dejado marchar sola hacia la casa. No me ha comentado nada al respecto, pero creo que por ahí andan sus pensamientos.

Bien, pues sobre las doce de la noche, me presento en la puerta de la casa de Marcos muerta de miedo y sin poder conciliar el sueño en mi cama. Espantosas pesadillas de osos pardos por todas partes, sangrando y atacándome me impiden dormir por más tiempo en la cama. Ni tilas, ni calmantes, ni nada de nada. No puedo dormir si alguien no está conmigo a mi lado. Necesito a Marcos desesperadamente cerca de mí. Cuando él abre la puerta y me ve con el pijama, el pelo revuelto, los ojos llorosos, una pequeña almohada en una mano y a Bobo en una cestita transportable junto con las llaves de mi casa, se queda petrificado en el sitio. Solo reacciona así la primera noche porque la segunda ya está más que preparado cuando me ve de esta guisa en su puerta otra vez. Me sonrío y me hace pasar hacia dentro para meterme en su cama. Sabe perfectamente como me encuentro. Ya entre sus brazos, sí que consigo dormir de un tirón hasta por la mañana.

Espero que esta situación no me dure mucho tiempo. Quiero que mi vida vuelva a su estado habitual. Él me ha propuesto dormir juntos durante un tiempo mientras las pesadillas van remitiendo. No me parece mala idea en vista de lo mal que lo paso durmiendo sola en casa, así que acepto su idea, por lo que los días restantes de la semana los he pasado durmiendo con él. El tema de las caricias se ha convertido en una costumbre para nosotros desde que empecé a hacerlo ese viernes por la noche en la casa rural. Todas las noches se queda dormido a mi lado mientras le acaricio el pelo y le masajeo la nuca. Debería de ser al revés porque se supone que soy yo la que tiene problemas para dormir, pero cuando se acurruca a mi lado de esa manera y suspira bajito contra mi cuerpo, no puedo resistirme a acariciarle el pelo hasta que se duerme. Marcos disfruta como un bebé cuando le toco así.

Durante todas estas noches sólo nos hemos limitado a dormir y a acariciarnos, nada más. Estoy tan sensible con el tema del oso pardo que me ha dado un respiro con el tema de "Charlie XL". Se lo agradezco de corazón porque me encuentro bastante desorientada desde que llegamos de la sierra. Me cuesta concentrarme en el trabajo. Cuanto antes vuelva todo a la normalidad mucho mejor para los dos. Eso espero, me digo una y otra vez porque para completar mi actual estado de nervios, durante estos días algún gracioso no ha parado de llamarme al móvil para luego colgar sin decirme nada más. Si fuera una confusión lo sabría al momento. Tantos días seguidos con lo mismo es muy raro. No le he dicho nada a Marcos. Si la cosa continúa así, no tendré más remedio que contárselo.

Durante el día, cada cual se dedica a su trabajo y a hacer su vida y por las noches nos vemos en mi cama o bien en la suya. A él le encanta esto. Dice que si por él fuera, dormiríamos siempre juntos. Es más, me ha pedido que sigamos haciéndolo aunque mis pesadillas desaparezcan. Le veo con intenciones de empezar a vivir juntos. Al menos es la sensación que me transmite cuando me lo comenta, pero yo no estoy muy segura de hacer realidad estas sensaciones. Llevamos poco tiempo saliendo y todo esto me está llegando de sopetón. Necesito un poco más de tiempo para asimilar tantos hechos y momentos compartidos desde que vinimos de la sierra. En fin, de momento no le he dicho nada sobre este tema. Creo que por ahora estamos bien así.

Él en su casa y yo en la mía. Más adelante ya veremos.

La historia del oso pardo solo se la he comentado a mi hermana Pat. Ella sabe guardar secretos por eso me he atrevido a relatarle mi fantástica aventura. No es que no confíe en mi hermana Laura, no, lo que pasa es que no me atrevo a decirle nada sobre lo ocurrido porque con lo sensible que está con el embarazo no quiero alterarla más de lo que ya está si le digo que me ha atacado un oso. Puede que le provoque el parto antes de tiempo del susto que se lleva. Ya se lo contaré con más tranquilidad cuando nazca el bebé. Y a mis padres, bueno pues no quiero preocuparlos tampoco cuando realmente no he sufrido ningún daño físico por el que lamentarse. Aunque también y ese es el principal motivo por el que no lo hago, es porque quiero librar a mi madre, sobre todo a ella, de un buen disgusto. Mi madre es una persona que se toma las cosas muy a pecho. Si con un nimiedad se pone a llorar amargamente como si fuera una catástrofe mundial, no digamos si le cuento toda esta aventura. Le provoqué un infarto de campeonato.

Durante la segunda semana de este mes, decido probar suerte a dormir sola en mi cama. Esta vez he conseguido que Bobo lo haga conmigo. He comprado una mantita de lana blanca muy suave y la he puesto a los pies de mi cama y allí le he enseñado a acurrucarse por las noches. No le ha costado mucho adaptarse. Al principio temí que se negara porque está acostumbrado a hacerlo en su cestita, pero me he llevado una grata sorpresa porque creo que hasta le gusta más dormir sobre mi tierna y calentita cama que en su cestita. Mientras Bobo duerme a las mil maravillas cerca de mis pies, Marcos está desesperado por tenerme en su cama por las noches. Me echa mucho de menos e insiste en que alguna que otra noche durmamos juntos. Le he prometido que sí, que lo haremos, pero que de momento quiero poner un poco de orden en mi vida e intentar averiguar si puedo dormir definitivamente en mi casa sin tener que salir despavorida de mi cama para buscar un cuerpo en el que abrazarme por las noches. Desde entonces, nuestros encuentros sexuales se han remitido a cero. Solo besos y abrazos. Sigo muy nerviosa y sensible. Tal vez se deba también a que están llegando esos maléficos días en el que las hormonas empiezan a desmadrarse y a tomar el control total de mi cuerpo sin que pueda hacer demasiado al respecto. ¡Qué daría por ser hombre y no tener que tener la regla cada mes del año!

Las llamadas misteriosas han continuado molestándome con su prolongado silencio para después colgar sin más. Lo peor de todo es que hoy, miércoles, la llamada que he recibido me ha puesto los pelos de punta. En vez del silencio al que me había acostumbrado a escuchar, esta vez ha gritado alguien llamándome textualmente "Zorra". A continuación ha agregado "Es mío. No lo toques o te mataré". Me he asustado muchísimo al oírlo. Casi tiro el móvil al suelo del temblor que me ha entrado en todo el cuerpo. No sé si la persona que me llama es hombre o mujer. No he podido reconocer su voz. Estoy hecha un flan. No tenía bastante con la pesadillas nocturnas sobre los osos pardos que ahora tengo que lidiar con un perturbado que se dedica a molestarme al móvil susurrando chorradas incomprensibles. He decidido no volver a coger la llamada de este número desconocido. No voy a permitir que nadie me asuste de esta manera porque se sienta aburrido. Este tipo de mensajes ya no me están gustando tanto. Amenazas y agresividad en la voz. Menudo coctel explosivo que se me ha echado encima sin ni siquiera saber el por qué. No tengo ni idea, ahí está el problema, de por qué me llama zorra y qué es lo que no quiere que toque. Que yo sepa, no tengo problemas con ningún compañero en el trabajo. Ni siquiera con mis amigas. Las pocas que tengo están casadas desde hace unos años y no creo que esto

sea cosa de alguna de ellas. Me llevo muy bien con todas. Es más, apenas las veo a causa del poco tiempo que tienen para quedar a tomarnos un café. Los hijos y el trabajo han consumido sus vidas. Y lo entiendo. ¿Quién será el cretino que me llama? De momento sigo sin decirle nada de esto a Marcos, pero si esto continúa y va a más no me quedará más remedio que contárselo. Tengo los nervios a flor de piel desde esta tarde. Me asusto hasta de mi propia sombra. Así que nada de contestar al móvil cuando aparezca ese número en la pantalla. Ya se cansará de incordiarme.

15. Fin de la historia

(Jueves al medio día)

—¿...vivo? —escucho preguntar a Marcos.

—¿No me vas a dejar entrar?—pregunta la voz de una mujer.

—No me has contestado.

—Vamos, Marquitos. Llegué hace unos días de New York. ¿Ni un amable recibimiento dejándome entrar en tu nueva casa? ¿Me vas a tener aquí de pie todo el tiempo?

—Marina, hace ocho meses que terminamos la relación. No tenemos nada que decirnos.

No puedo verlos desde aquí, pero sí puedo escuchar perfectamente lo que dicen. Marcos está hablando con esa ex novia con la que terminó hace meses y de la que no tuvo un bonito final.

Me encuentro agachada entre las escaleras del octavo y las del noveno piso. La casualidad ha hecho que desde esta mañana no funcione el ascensor por lo que he tenido que subir andando los nueve pisos, jadeando y suspirando por el esfuerzo al llevar en una mano el maletín con el portátil, colgado sobre el hombro el bolso y en la otra mano una bolsa llena de verduras, huevos, un bote de zumo de naranjas y dos paquetes de yogures. Al llegar, casi sin aire, a mi planta es cuando he escuchado su voz. Mientras iba por el octavo piso, pensé que se trataba de mi vecina Tomasa hablando con Purificación, la otra vecina de enfrente mía, pero a medida que me he ido acercando, he notado que no eran ellas por el tono y las frases en la conversación. ¡Ni por todo el oro del mundo asomo la cabeza ahora y me dejo ver! Me tengo que enterar de qué va todo esto con la tal Marina. Aquel día en la sierra no quiso contarme qué pasó con su relación. Ahora es el momento perfecto de saber toda la verdad.

—Marquitos, te he echado de menos —dice ella cariñosamente—. No he dejado de pensar en ti. Estoy muy, pero que muy arrepentida por lo que te hice, de verdad. ¿Tú también me has tenido que echar de menos, no? Un año juntos no se pueden olvidar tan pronto.

—Un año intermitentemente juntos para ser más exactos. ¿Y tu carrera de modelo?

—Ehhh... Bueno, me di cuenta de que no era lo mío y por eso he regresado a España.

—¿Qué no era lo tuyo? Pues estabas muy segura cuando me dejaste tirado para ser modelo. Y... ¿Se puede saber cuándo te diste cuenta de ello? ¿Ahora que has llegado a España o ha sido estando allí?

—Marcos, Marcos, Marcos... ¿Qué importa eso? La cuestión es que me he dado cuenta de que te echo de menos y de que estoy arrepentida de haberme ido. Quiero volver contigo —responde ella con voz lastimosa. Parece como si le estuviera haciendo pucheritos con la boca—. Te he echado muchísimo de menos. Y apuesto a que tú también. Venga, déjame pasar. Tengo muchas cosas que contarte. ¿No me has extrañado ni siquiera un poquitito, cachorrito?

—Marina, quédate quieta. ¡Joder! Aquí no me hagas eso que alguien nos puede ver.

—Vayámonos dentro entonces.

—No.

Oh, oh. Esto no me gusta nada. Y yo sin poder ver lo que pasa entre estos dos. ¿Le ha llamado cachorrito? ¿Se están tocando? ¿Qué demonios están haciendo esos dos en la puerta? ¡Uf! Tengo ganas de pegar a alguien. Esto no me puede estar pasando a mí otra vez. Y para colmo, solo los puedo escuchar. Parezco una voyeur agazapada entre las escaleras. Como abra la puerta alguna vecina y me pille en esta posición me muero de la vergüenza.

De repente, se escuchan unos pasos que bajan las escaleras de la parte de arriba, concretamente de la zona del cuartillo de los ascensores. Una voz de hombre

interrumpe la conversación que ambos están manteniendo. El hombre se posiciona frente a la puerta del ascensor, de perfil, lo que hace que lo pueda ver desde donde estoy. Lleva camisa y pantalón azul oscuro. Suelta una caja negra en el suelo y mira en dirección hacia la casa de Marcos.

—Listo. El ascensor ya funciona.

—Gracias. Lleva roto desde esta mañana—responde suavemente Marcos.

—¿Desde esta mañana? ¡Qué raro! Normalmente nos avisan al momento de romperse. Hemos recibido el aviso hace una hora.

—¿Una hora? Pues sí que es raro.

—Bueno, pues esto ya está listo. Adiós —vuelve a decir el hombre cogiendo de nuevo la caja negra del suelo para a continuación pulsar el botón de la pared.

—Adiós —responde Marcos.

Se abre la puerta del ascensor y desaparece segundos después tras ella. Me quedo con cara de fastidio y de rabia. Por unos minutos, por tan solo unos miserables minutos me hubiera ahorrado la sacrificada subida hacia aquí cargada como una mula con la bolsa de la compra, el maletín y el bolso. Aunque por otra parte, si no hubiera subido por las escaleras, seguro que me hubiera perdido esta interesante conversación.

—Cachorrito, venga —apremiade nuevo con su lastimosa voz Marina, una vez que se ha marchado el hombre—. Sé que he sido una chica muy mala, pero a partir de ahora me portaré bien. Sé que desde que rompimos no has estado con nadie. Me lo ha dicho Estefanía. Me la encontré ayer en el centro y me lo contó todo. Ni siquiera has vuelto a ver al plasta de tu amigo...

—¿A quién?

—Esto... a Carlos. Estefanía me dijo que ya no sales con él ni con Lucas.

—No te caían bien. Portu culpa se distanciaron de mí y me he tenido que buscar nuevas amistades.

—Lo siento, pero no todo fue culpa mía. De todas formas, eso es ya agua pasada. Estefanía dice que es una lástima que tu y yo cortásemos lo nuestro ya que hacíamos muy buena pareja juntos y yo también lo creo. Me equivoqué cuando me fui, cachorrito. Además, no hace falta más que mirarnos en un espejo y ver que somos la pareja perfecta. Guapos, altos y tenemos un cuerpo envidiable. ¿No te parece? La pareja ideal. Marcos y Marina. M y M. ¡Qué mono! ¡Huy! Me gusta mucho —dice soltando una risita chillona—. Vamos, déjame pasar. No seas bobo. Sé que me echas de menos. Marquitos, olvidemos el pasado y empecemos de cero, ¿vale? Nos lo hemos pasado muy bien juntos. ¿Te acuerdas las cosas que me hacías en el pechito cuando estábamos en ...

—Marina, aquí no. Hace unos minutos que ha bajado un hombre de arriba. Por favor, para. Vámonos abajo y lo hablamos todo en mi coche.

—Vale, vale. En tu coche. Sííí. Sabía que me ibas a dar otra oportunidad. Esta vez no te voy a defraudar. Lo prometo, cachorrito.

—Marina...

—Otra oportunidad, porfi, porfi, porfi —murmura ella tras escucharse el sonido de unos besitos en el descansillo. ¡Lo voy a matar si continúo escuchando estas cosas!

—Marina, para. En mi coche te he dicho—insiste él mientras escucho que se cierra la puerta de su casa y al segundo los tengo a los dos completamente en mi campo de visión.

Marcospulsa el botón del ascensor mientras ella se arrima más a su cuerpo. Su ex se queda de frente hacia el lugar donde me encuentro escondida, lo cual hace que le pueda ver perfectamente la cara. Es una mujer muy guapa. Con mucho maquillaje en la cara, eso sí, pero muy guapa. Pelo largo y negro hasta la cintura. Joven, alta y muy delgada. Algo así como las modelos de las revistas que tienen que comer como pajaritos para poder mantener ese cuerpo tan esmirriado con el que tienen que andar

por las pasarelas. Me miro un momento y el complejo de gordura me pega de golpe en el cerebro. Soy delgada. Con un poco de cadera, poca cosa, pero delgada al fin y al cabo. Al ver a la tal Marina sí que me veo gorda. Eso o que ella está anoréxica. Entre ese cuerpecito que tiene y el ego tan subido, cualquier día va a explotar de tantas estupideces que dice y que tiene metida en la cabeza. ¿Y qué es eso de M y M? Suena cursi y pasado de moda.

—Vale, pero deja que te toque un poquito. Echaba de menos esto. ¡Huy! Y también este culito —murmura ella con la voz cada vez más melosa y empalagosa. Jamás en mi vida había escuchado hablar a una mujer adulta así. Esta chica superando con creces la voz de mi sobrina Rosi cuando está caprichosa y quiere que se le compre algo. Marina le toca entre risitas y coqueteos. Él ni se inmuta. Luego se separa de Marcos y le vuelve a sonreír. Yo estoy que ardo de furia y de... ¿celos? ¡Dios bendito! Estoy celosa. Lo que me faltaba ahora era estar celosa—. ¡Ah! Tengo una sorpresa para ti. Aquí. Fíjate bien en mí. ¿Te gustan a que sí?

—¿Quéte has hecho?

—Implantes. Toca.Toca. Venga, tócalas Marquitos. Antes te gustaba hacerlo mucho —insiste ella empalagosamente, mientras le coge las manos a Marcos y las coloca sobre sus pechos presionándolos contra su jersey.

Unarisa coqueta de satisfacción suena en el descansillo por haber conseguido su objetivo. Luego Marcos deja caer sus brazos a ambos lados de su cuerpo y suspira. ¿Suspira de placer, de gusto? ¿Por qué suspira el muy cerdo? ¿No sería mejor que le diera de largas a esta estúpida? No. Claro que no. Eso son mis deseos y por lo que veo no los suyos. Sigue de perfil y eso hace que no pueda ver muy bien qué expresión ha puesto al tocar esas hermosas delanteras implantadas. Y yo me pregunto ¿cómo un hombre tan razonable e inteligente como Marcos ha podido salir con una chica con tan poca sesera y con tanto ego subido? La respuesta es bien clara: Donde haya un buen cuerpo con un par de tetas, que se quede a un lado la inteligencia y la razón humana. O como dice mi cuñado Raúl “Dos buenas tetas tiran mejor que dos carretas”. Marcos se pasa la mano por el pelo varias veces. No deja de mirar hacia mi puerta. ¿Está nervioso porque yo salga de casa y pueda verle con ella? ¿Es por eso que está así? Y, ¿qué es eso de llamarle Marquitos? ¿Pero si me dijo que no le gustaban los diminutivos? Mentiroso, más que mentiroso. A ella no le replica y a mí en cambio casi me la arma por mencionarlo.

—Marina...

—¡Ah!Y los labios, los pómulos y el culito también son nuevos. Es lo más de lo más entre los famosos. ¿A que estoy genial? Ahora sí que tengo un cuerpo de escándalo. ¿Y no me has dicho nada de la ropa que llevo? Fashion, fashion, fashion. Mírame bien lo pies. ¡Son unos Gucci! —aclara, mientras se da una estudiada y milimetrada vueltecita delante de Marcos mostrándole los altísimos zapatos de color azul y crema que adornan sus pies.

Éllos mira embobado sin decir nada. Y yo me pregunto mientas tanto, ¿esta mujer ha subido nueve plantas con esos pedazos de tacones? Pues si es así, tiene que tener unas ampollas del tamaño de una casa de grande en los dedos de los pies.

—Vámonos.

—Sí, pero mira antes mi bolso. ¡Es un Prada! ¿A que es mono? Tengo uno para cada temporada. Nunca repito. Tengo que contarte muchas cosas de mis días en New York, cachorrito y luego me tienes que enseñar la casa. Estefanía me contó que te habías comprado esta casita junto a la playa. Quiero verla. ¡Huy, qué bien nos lo vamos a pasar aquí los dos! Me vengo a vivir aquí contigo. Tenemos que recuperar el tiempo perdido, cachorrito... ¡Ah! No te lo he dicho. Me he puesto un piercing en... bueno... donde tú ya sabes —añade ella sonriéndole misteriosamente.

—Vámonos ya, Marina.

—Sí, ya sé que estás impaciente por verlo, pero antes otro besito. Uno en forma de corazón—murmura ella rápidamente poniendo sus labios de tal forma que hasta me parece increíble que esa postura de beso exista en este planeta. Se acerca a él y le planta el susodicho besito en forma de corazón en toda la boca sin que él diga nada. Se separa un poco y pone las manos de Marcos en su implantado trasero con una sonrisilla triunfal en la boca—. ¿Por qué te has cortado la melena tan preciosa que tenías? Chico malo. Chico malo. Me gustas más con melena. No importa. Te la dejarás crecer de nuevo... —continúa ella hablando sin cesar.

Se parece a Margarita, el loro de su madre. No ha parado de hablar durante todo el tiempo que llevo escondida entre las escaleras. Bueno, no solo de hablar, también de hacer todo lo que a ella le ha dado la real gana. Le tiene totalmente dominado con sus empalagosas palabras y su nuevo y reluciente cuerpo. ¡Con qué facilidad lo ha manipulado y lo ha llevado hacia donde ella quiere! Que si toca aquí, que si toca allí. Que si estoy guapa. Que si mira lo que llevo puesto. Y el muy tonto se ha dejado engatusar como un inocente corderito. Ha olido a leche y a corrido rápido tras la teta. Marcos mueve las manos por su trasero. Luego las baja, pero ella las vuelve a poner de nuevo allí sonriéndole con coquetería. Se abren las puertas del ascensor y desaparecen ambos abrazados cuando estas se cierran.

¡Maldita sea! No me puedo creer que vuelva con su ex y me deje así como así. Me repito una y otra vez. Ni siquiera se ha resistido en tocarle los asquerosos implantes del cuerpo. El muy cretino. Me ha tomado el pelo como su miserable hermano. ¡No me lo puedo creer! Sigue enamorado de ella. Pues claro que sigue enamorado de ella. Ocho meses es poco tiempo para olvidar a una persona. Se ha ido sin pensárselo dos veces. Y ¿entonces qué he sido yo durante todo este tiempo? ¿El plato de mientras tanto? ¡Estúpida! ¡Más que estúpida! Él me dijo que ella le rompió el corazón o algo así, creo. Que... que... ¡Al infierno con Marcos y con todo! ¡Maldita sea! Creía que conectábamos, que... que había algo especial y bonito entre los dos. Se ve que no. Ella es mucho más atractiva y guapa. Y los implantes, por lo que veo, atraen más que el cuerpo natural de una humilde mortal. No tengo ningún Prada, ningún Gucci, ni tengo su escuchimizado cuerpo. ¡Maldita sea! Tampoco es que tenga tantas caderas. Me veo más o menos bien. ¡Le odio! ¡Le odio! Odio a muerte a Marcos.

Subo los escalones que me faltan para llegar al rellano de mi casa a grandes zancadas muy furiosa abriendo rápidamente la puerta de mi casa. Tras cerrarla, me derrumbo en el suelo a llorar con la bolsa de la compra a un lado y el bolso y el maletín del portátil en el otro. Fue bonito mientras duró. Esto es lo que me viene a la mente mientras lloro a lágrima viva. Bobo se acerca a mí y me acaricia con el hocico la mano. Empieza a ronronear a mi alrededor, lo cojo en brazos y me quedo con él un buen rato sentada en el suelo hasta que decido que ya está bien de tanto llorar y que no merece la pena soltar ninguna lágrima más por él. Marcos está muerto para mí al igual que Álex. Se terminó. No quiero saber nada de esos dos despreciables energúmenos.

Así que tras esta desagradable escena, puedo decir que la semana llega a su fin, pero no las malditas llamadas anónimas y tampoco el sabor agrídulce que ha dejado en mi mente mi relación con Marcos. El me ha llamado varias veces, pero no le he hecho ni caso cuando he visto su nombre en la pantalla del móvil. Ya sé lo que me va a decir y por eso prefiero ahorrarme el mal trago para no volver a llorar más como aquel día. Ha pegado en mi puerta varias veces e ídem de los mismo. Ni caso. He intentado no tropezarme con él al salir de aquí y tampoco cuando he entrado en el edificio. Sé qué horario de trabajo tiene y eso ha hecho más fácil el poder esquivarlo durante todos estos días. Sufro por verle a pesar de todo. Le echo mucho de menos. Me he dado

cuenta de que en tan poco tiempo, este hombre ha entrado en mi vida arrasando y ha conquistado, sin apenas darme cuenta, mi corazón y mis sueños de un posible futuro juntos. Lástima que en tan poco tiempo se haya destruido por completo este bello sueño. Fue tan cariñoso y tan bueno conmigo que me cuesta creer que haya vuelto de nuevo con la siliconada de su ex novia. Toda esta situación me está desquiciando los nervios.

Pasa esta semana y la siguiente y los mensajes y las llamadas de Marcos inundan el móvil. He optado en ponerlo en modo silencio así no me sobresalto tanto cada vez que suena. Hasta ahora sigo teniendo suerte de no tropezarme con él. No sé hasta cuando tendré la suerte de mi parte y no me daré de bruces con él el día menos pensado. Le sigo echando de menos. Estoy furiosa, sí, pero al mismo tiempo le añoro. Añoro sus manos sobre mi cuerpo, el olor de su piel y de su ropa, sus acaricias, cómo me habla y me sonrío. Todo. Añoro todo lo que se refiera a Marcos.

Mi hermana Pat se pasó ayer a verme y me comentó que tenía bastantes ojeras y que me veía alicaída. Ella piensa que se debe a mi aventura con el oso pardo en la sierra. No la he sacado del error. Es cierto que sigo teniendo pesadillas de osos y de sangre por todas partes en mis sueños, pero éstas no son ya tan continuas y desagradables como lo fueron los primeros días. Entre esto, las llamadas anónimas, las llamadas de Marcos y el trabajo tengo los nervios a flor de piel. Me asusto hasta de mi propia sombra cuando escucho un ruido cerca de mí o cuando alguien me llama de repente. He comprado varias cajas de tila para poder dormir mejor por las noches porque últimamente no he conseguido descansar las ocho horas que se recomiendan. Pasan los días y noto que las tilas no surten todo el efecto deseado y he tenido que optar por tomarme un valium por las noches. Ni siquiera tener a mi gato en la cama me apacigua los nervios. Todo se está complicando y hay demasiadas cosas en el aire sin aclarar y creo que eso es lo que no me deja dormir con total tranquilidad.

16. Un nuevo amigo

Hoy viernes, sobre las cuatro y media, tocan el timbre de la puerta varias veces. Me sorprendo porque no espero la visita de nadie. Sé que no es Marcos porque él a esta hora está en el trabajo y tampoco espero la visita de mis hermanas. Miro por la mirilla. No. ¡Dios! No me lo puedo creer. ¿Qué hace aquí? Al instante suena mi móvil. Me está llamando. No lo cojo. Suena de nuevo, pero esta vez el sonido me indica de que es un mensaje. Lo leo y ante su desesperada súplica para que le abra la puerta, me decido, no muy convencida y con cierto recelo a hacerlo.

—Gracias por abrir—murmura Álex muy serio.

—Ehhh... ¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar. Además, ¿no tenías que estar ahora en el trabajo?

—No te preocupes por eso. Le dije a Marcos que iba a probar un coche y que tardaría bastante en llegar. ¿Puedo pasar?

—¿Por qué? Ya te lo he dicho. No tenemos nada de qué hablar, Álex.

—Yo sí y mucho, te lo aseguro. Por favor, Indi sólo será un momento y me marcho. Quiero que escuches todo lo que tengo que decirte. Es muy importante.

—No.

—Por favor, India. No estaría aquí si no fuera importante.

—¿Sobre qué quieres hablar?

—Demi hermano.

—¿Le ha pasado algo? —pregunto muy preocupada temiéndome lo peor.

—No, no —contesta él sonriendo—. Marcos está bien.

—¡Ah! ¿Sabe él que estás aquí?

—No. Si se entera soy hombre muerto, así que ya te puedes imaginar lo que me juego si sabe que he venido a hablar contigo.

—¿No tenéis una regla establecida sobre que no podéis meteros en la vida personal del otro o algo así?

—Sí, sí, pero si él una vez la pudo romper, creo que yo puedo hacer lo mismo ¿no crees? —responde él, haciéndome recordar el día que nos encontramos los tres en este mismo lugar y Marcos intervino en la conversación que manteníamos Álex y yo—. Por favor, déjame entrar, no tardaré mucho.

Siguen silencio sin contestarle. No estoy muy convencida de querer escuchar lo que me tiene que decir. Confieso que no tengo muchas ganas de hablar con él y ya menos de que me hable sobre Marcos.

—Por favor.

—¡Uf! Vale. Entra.

Cierro la puerta y al volverme tropiezo con su cuerpo. Está muy quieto y completamente paralizado. Salgo de detrás de él y me doy cuenta de lo que le ha perturbado tanto. Bobo. Está mirando a mi nuevo invitado y no le ha dejado pasar. No me acordaba de que a Álex no le gustan los animales. Le tranquilizo poniéndole una mano en el hombro y me agacho para coger al gato. Me dirijo hacia el salón y lo meto en su cestita. Luego llevo la cesta a mi dormitorio y cierro la puerta. Cuando vuelvo, él sigue en la entrada parado y muy serio.

—Gracias.

—Pasa y siéntate —contesto señalándole el sofá mientras me siento en el sillón de piel blanco reclinable que mis padres me regalaron hace dos años.

Está muy nervioso. Hace los mismos gestos que Marcos cuando algo le inquieta: tocarse el pelo varias veces con la mano. Yo también lo estoy, todo hay que decirlo. Me siento intranquila con su presencia.

—Me gusta tu casa. Es muy bonita y cómoda.

—Gracias.

—Lo digo en serio. Me gusta tucasa, no lo digo por decir. Bueno, iré al grano. En primer lugar quiero decirte que... ¡Uf! Nunca pensé que le diría esto a una mujer. Esto... India, siento mucho lo que ocurrió entre nosotros ese día. Me refiero a lo que te hice. Siento... siento haberte insultado y sobre todo siento no haberte tratado mejor. A ver... te he tratado bien lo que pasa es que... A ver... ¡Joder! Esto no es lo que quería decir. ¡Joder! Me estoy liando. A ver... Empiezo de nuevo...

—Álex, tranquilízate. ¿Un café? —pregunto al verlo tan apurado.

Está sudando a mares el pobre de lo mucho que le está costando disculparse conmigo. Ni en mis mejores sueños podría imaginarme que estaría él esta tarde aquí pidiéndome perdón. Esto es lo mejor que me ha pasado desde hace tres malditas semanas. Este alma caritativa se está mostrando benevolente y me está pidiendo disculpas. ¡Un hurra por él!

—Sí, por favor.

—Tengo tarta, ¿te apetece? —pregunto muy nerviosa intentando disminuir la tensión que hay entre los dos con un buen trozo de pastel.

Desde que no veo a Marcos me ha dado por hacer tartas y bizcochos tres días a las semanas. Como no doy abasto para comérmelas, he llevado algunas a mi madre y también al colegio para que mi compañera Silvia las devore conmigo. Ella está encantada cada vez que le llevo un experimento nuevo de repostería. Si sigo así voy a terminar por aborrecer los dulces o por engordar más kilos de la cuenta.

—También estaría bien.

—Dame un minuto y enseguida vengo.

Me voy a la cocina y preparo la cafetera. Lo bueno de mi estupendísima cafetera eléctrica es que es tan rápida en hacer el café que cuando he sacado la tarta de manzana de la nevera y he repartido dos generosas porciones en los platos, ésta ya ha terminado su tarea. Lo coloco todo en una bandeja y lo llevo al salón. Álex está de pie observando el paisaje a través de la cristalera de la terraza. Hace un día muy soleado y las vistas al mar son muy bonitas en días como estos. Se vuelve hacia mí y camina de nuevo hacia el sofá. Nos sentamos los dos. Pongo su café y la porción de tarta de manzana cerca de él. Cojo el mío y doy un pequeño sorbo esperando a que diga algo. Estoy tan nerviosa que me quedo en silencio dándole tiempo para que vuelva a hablar y suelte todo lo que tiene que decirme sin hacer más larga esta agonía.

—¡Qué bueno! —comenta tras dar un sorbo—. Cargadito como a mí me gusta. Bueno... La primera parte ya te la he dicho. Sinceramente te pido perdón por todo lo que te hice —él me mira esperando que le responda.

—Perdonado.

—Gracias de corazón, Indi por no hacerme las cosas más difíciles. Me ha costado bastante decidirme a venir hasta aquí para hablar contigo. Bien, ahora viene la segunda parte. Esta es bastante complicada. Estoy algo liado con la historia así que no me preguntes mucho porque hay piezas que no he podido encajar muy bien todavía y espero que con tu ayuda lo aclaremos todo esta tarde.

—¿Historia? ¿A qué te refieres?

—A mi hermano. Sé que ya no os veis. Me gustaría saber por qué has dejado de verlo. Si me contestas a esto podré poner un poco de orden a lo que tengo que contarte. Te juro que estoy alucinado cuando lo he escuchado.

—¿Te ha contado lo de su ex?

—Aver, por partes. La historia que yo digo es otra, pero ya que has mencionado a su ex, hablemos primero de ella. Para empezar, mi hermano no está con esa tía. Marta, creo que se llama.

—Marina. Se llama Marina y eso no es verdad. Los vi juntos hace dos semanas. Ella estaba viviendo en New York y por lo visto, hacía unos días que había llegado a

Málaga y estaba en la puerta de su casa diciéndole que quería volver con él y tuve la impresión de que él también. Se besaron y ... se fueron juntos.

—Estás completamente equivocá. Te lo digo yo. Mi hermano no tiene la intención de volver con esa tía. Te echa mucho de menos, India. Está tan insoportable que no hay dios quién lo aguante. Mi colega Nicolás y yo estamos hasta los mismísimos güe..., perdón hasta donde tú ya sabes de él. Mi hermano está tan colgao por ti que antes de que se le agriara el humor hace unas semanas, venía silbando alegremente todas las mañanas al taller y se tiraba todo el pu..., bueno, todo el día así flotando como si estuviera en una nube de algodón. Según mis cálculos, supongo que esos fueron los días que estaba saliendo contigo porque tenía la cara como un put... perdón como un bendito enamorao. Nunca lo he visto tan pillao con nadie como lo está contigo. Ni siquiera con la tal Marta.

—Marina.

—Ehhh... Eso Marina. Desde hace dos malditas semanas, la alegría de la huerta se ha vuelto un verdadero cabronazo. Ni silba ni deja de silbar. Se terminó la fiesta y las bromas en el taller. Salta a la primera de cambio. Te juro India que no hay quién lo aguante. Nicolás y yo te necesitamos. Eres nuestra única esperanza. Te aseguro que mi hermano está mu flipao contigo.

—Nome lo creo. Los vi ese día muy bien juntos y no es eso lo que me pareció que pensaba de mi.

—No sému bien lo que viste ese día, pero te seguro de que odia a esa tía con toa su alma y te lo voy a enseñar ahora mismo porque si no, no me vas a creer —responde, mientras saca con impaciencia el móvil del bolsillo de sus vaqueros.

Busca en la pantallatáctil con el dedo algo y después me pide silencio para que escuche y vea lo que sale en ella. Cuando miro la pantalla, lo primero que veo es la cara de Álex sonriendo a la cámara. La grabación está hecha en un local de copas. No hay mucha gente en ese momento allí porque no se escucha mucho ruido de voces alrededor de ellos. La calidad del vídeo es bastante mala, pero se ven con claridad las personas que aparecen en él. Después de Álex, aparece Nicolás sujetando a Marcos con el brazo y apoyándolo en la barra. Marcos está... está como una cuba de alcohol y gruñe, murmura y habla hasta por los codos. Nunca lo había visto así. Está hasta gracioso el muy cretino. El vídeo comienza así:

“Echo de menos a mi pequeña, Nicolás. Tú me entiendes tío. Me entiendes porque... porque tienes novia, claro, claro. La echo tanto de menos que no duermo mucho. Duermo, pero no duermo. Tú me entiendes. Y... Charlie tampoco duerme bien. Oh, sí. Charlie también la echa de menos y no duerme bien. Estoy jodio. Mu jodio si no la veo más. Álex, capullo... te voy a matar si sigues poniéndome el puto móvil en la cara. ¡Échame otro cubata Paquito! (Grita al camarero que hay detrás de la barra. Nicolás niega con la cabeza a éste y el hombre se da la vuelta y atiende a otro cliente. Marcos coge un vaso que hay en la barra medio lleno y le da un trago). No sé por qué no me habla. ¡Jodeeeeer! No sé por qué no me habla. A las tías no hay quién las entienda. ¿Tú las entiendes, tío? Hoy están bien contigo y al otro día no quieren saber na de ti. Son un enigggma. Toas las tías son un enigggma. Te juro que no las entiendo cuando se ponen así. No le he hecho na. Na. ¡Uf! Este cubata está mu bueno... (Se queda en silencio unos minutos saboreando la bebida para luego continuar con la charla). Álex no te vas a creer quién vino el otro día a verme. ¡Ah! Bueno, tú no la conoces. Mejor para ti. Te has librado de conocer a la zorra de mi ex, capullo. Si en un jodio año no te la presenté... Es porque... porque... ¡Joder! Ni yo mismo sé por qué. Da igual. Es una cabrona. Sí señor. Con todas las palabritas. Ca... Bro... Na... Ja, ja, ja. Mar... Marrrrina... La puta y siliconada de Marrrina vino a verme para... para volver... Para vivir conmigo. Eso me dijo. Sí. Qué le den (Dice alzando el dedo corazón hacia la cámara). Ahora sí quiere estar conmigo porque me he comprado una casa. Eso no se

lo cree ni ella. Ja, ja, ja. ¡Joder Álex! Para de joderme tú también con el puto móvil. Nicolás, ven tío. Tú sí que eres mi amigo, ¿a que sí? (Lo abraza). Tío, tú eres mi mejor amigo (Le da un beso en la cara. Nicolás lo aparta, se limpia la cara y le dice que se deje de mariconadas). Y de... de... miiiiii hermano. Sí, tío. A este capullo de aquí lo quiero con toa mi alma (Abraza a Álex. Se ven sus dos caras sonrientes en la pantalla. Luego Álex lo aparta y continúa grabando a Marcos). ¿Alguna... alguna vez has besado unos labios gordos como un besugo? Yo sí y no te lo recomiendo, tío. No. Ni a ti, ni a ti ni a ti (Y señala con el dedo en todas las direcciones del local). Ja, ja, ja. No me gustó naaaaa. ¡Joder me dio asco, casi hecho la pota! Me tuve que aguantar las ganas, pero te juro que cuando me lo dio casi hecho la pota. Esta tía te forma un show en un momentillo, tío si no le sigues la corriente. Me quedé mas callao que una puta. Te... te lo juro. Y hablaba hasta para aburrir a una vieja. Cuando al final se cayó y bendito sea el cielo que por fin se cayó, aproveché para soltarle de golpe que ya se podía ir buscando a otro capullo al que llorar porque conmigo ya no tenía na que hacer. ¡Joder, tío! No sabes la cara de cabrona que puso cuando se lo dije. Ja, ja, ja. Me río todavía de la cara que puso. Ahora que caigo... ¡Joder! Si la mu puta se parece a la tipa esa... Sí tío, no te rías que todo lo que te he dicho es la purííísima verdad. Te juro que se parece a la cantante esa que está toaaaaaaa de... de silicona, bótox y esos putos rollos que se meten en el cuerpo. Cherrrr, sí, eso es. A esa se parece la mu cabrona, pero..., pero mi pequeña es otra cosa, tío. La echo mucho de menos. Es tan dulce como un bizcochito. ¡Joder! Que no te rías capullo. Ella es mu dulce, bueno no siempre porque cuando le chincho un poco..., pero..., pero solo un poco, ¿eh?, entonces me saca las uñas como una gata. Ja, ja, ja. Si estuviera aquí ahora mismo le chuparía el cuerpo enterito. Es muy dulce, tío y... muuu valiente. Muuu valiente. ¿Te he contado la aventura de Indiana Jane y el oso Willi? ¡No me jodas Nicolás! Dame el puto vaso o te pego una hostia... buen chico. Buen chico. Soy tu jefe, capullo, no lo olvides asíí que no me toques más los güevos. No te ríasss cabrón que es verdad lo que te digo. Si me topo con el oso Willi ese día, te juro que me cago por las patas abajo y ella... ¡Joder, Álex! Déjame en paz. Ya te he dicho que no me voy a ir de aquí. Suéltame. Estoy mu a gusto con mi amigo Paquito (Dice, arrastrando las palabras y bien borracho, señalando con la mano al camarero mientras Nicolás y Álex intentan alejarlo de la barra y sacarlo del bar sin conseguirlo) y con toa esta gente. Mi pequeña tiene una mente prodi... prodi... No eso no. Se inventa cosas guays. Eso es. Mi pequeña es mu lista y se inventa cosas guays. Se metió allí debajo y... Ehhh, tú dame el puto vaso. No me lo quites másss, tío o te juro que te doy una hostia tan grande que ni tu padre te va a reconocer cuando te vea (Insiste Marcos tratando de quitarle el cubata a Nicolás de las manos mientras éste le dice que ya ha bebido bastante). Dámelo cabrón. Es que no me ves. Estoy jodio. Jodio y enamorao. Hasta los putos güevos me tiene pillao. ¿Quién me lo iba a decir a mí? Enamorao de una mujer tan escu... escurridiza como una rata. Me voy a volver loco si no la veo. No. No. No. Rectifico. Ya estoy loco. No quiere verme y no sé por qué cojones no quiere verme. Álex, ven aquí mamonazo y no te mueeevas tanto. Esta rroonda la pagas tú, capullo y deja que te grave un rato...”

Y así transcurre toda la grabación entre confesiones, muchos tacos, algo muy raro en Marcos todo hay que decirlo y Nicolás siguiéndole la corriente y sujetándolo con las manos para que no se caiga, mientras Marcos aprovecha para quitarle el móvil a Álex y empieza a grabar a su hermano, al camarero del bar y a todo el que se le ha cruzado por delante. El móvil se mueve tan de prisa que da hasta mareo ver las imágenes que aparecen en la pantalla. Luego Álex se lo quita y lo apaga dando por finalizado el show.

—¿Quéte ha parecido el espectáculo? —pregunta Álex.

—No sé qué decir, la verdad.

—Yo creo que está mu claro. Nunca había visto a mi hermano tan borracho y tan desesperao por una mujer. Hablaba de ti, India.

—¿Qué día pasó esto?

—Anoche. Estábamos tan hartos de él que Nicolás y yo lo convencimos para que se tomara algo con nosotros y de paso para que se le dulcificara un poquito el carácter. Y ya has visto como se le dulcificó. Hablaba hasta por los codos. No había manera de callarlo. Se estaba desahogando de lo lindo. No te imaginas la panzá de reír que nos dimos con la historia tan fantástica esa del oso Willi.

—Esa historia no es fantástica, Álex. No me gusta que te rías de él así. Es completamente verdad todo lo que ha dicho—señalo muy seria. No me ha gustado nada que se burlen de Marcos de esta manera. El impulso de defenderlo y de protegerlo a toda costa me ha salido disparado y no lo he podido evitar —. Un oso pardo llamado Willi intentó atacarme dentro de una casa.

—¿En serio? No me jodas. ¿Dentro de una casa? ¿Hay osos aquí?

—Esa misma pregunta me hice yo cuando lo tenía enfrente ese día. Aquí en Málaga no hay osos. Están en la Sierra de Cazorla. Hace poco tiempo que han sido reintroducidos en la montaña.

—¡Joder con mi hermano! Lo siento, Indi, pero pensaba que se le había ido un poco la pinza con la borrachera y por eso le seguíamos la corriente anoche. ¿En qué sitio dices que pasó eso?

—En una finca en la Sierra de Cazorla. Se llama “El Olivar del Trabuco”. Nosotros estábamos alojados allí con ocho personas más. Habíamos quedado para recoger setas durante todo el fin de semana. Esto pasó por la mañana. El oso entró en la casa y... y... bueno... no me resulta agradable recordarlo, Álex. Estaba sola cuando ocurrió. Lo pasé muy mal ese día. Casi me mata. Era un enorme macho y tenía sangre por el cuerpo y... Lo siento, Álex. No tengo el valor de contarle otra vez. Me costó mucho decirselo a la Guardia Civil y a mi hermana Pat. No es muy agradable recordarlo, sobre todo cuando te está mirando enfurecido de rabia con unos enormes colmillos. Todavía tengo pesadillas por las noches con su recuerdo. Que te lo cuente Marcos. Total, él ya lo hizo anoche así que... que te lo cuente de nuevo él. Yo no puedo, la verdad.

—Tranquila. Está bien. Se lo preguntaré cuando la mala leche se le haya ido.

—¿Cómo volvió a casa?

—En su coche. Yo conducía el coche, no te alarmes. No se podía mantener en pie ni un segundo, así que entre Nicolás y yo lo trajimos hasta aquí. Se ha tirado casi toda la noche en el váter. Esta mañana tenía tanta resaca que la cafetera no daba a bastos pa tó el mundo. No hace más que gruñir y quejarse desde que se levantó. Está bien jodido.

—¿Está ahora en el taller?

—Sí. ¿Vas a hablar con él?

—No.

—India, no me hagas esto. Eres toda mi esperanza.

—No voy a ir ahora, Álex.

—India, te juro que él no sabe por qué le has dejado de hablar y de verle. No tiene ni puñetera idea. Ya lo has oído en el vídeo. Por lo que me has contado y uniendo las piezas que me faltaban de este puñetero y enrevesado puzzle, deduzco que ha habido un mal entendido con lo que viste. No sé lo que le dijo a la tal Marta ese día para llevársela...

—Marina.

—Ehhh... Eso Marina. ¿Qué te parece si la llamamos “La muñeca de silicona” y así logramos entendernos mejor? —pregunta alzando una ceja.

—Me parece bien. Le pega ese nombre. No te haces una idea de todo lo que se ha puesto en el cuerpo.

—Me lo imagino. Lo digo porque mi hermano la comparó con la “Cher” esa.

—¡Ah, sí! La cantante. Está casi igual de joven que yo.

—¡Aj! No me gustan las mujeres así. Las prefiero mejor con todas sus cositas al natural, tú ya me entiendes. Bien, puesto que ya nos hemos puesto de acuerdo en este punto,

te voy a pedir un favor. No. Mejor dicho, Nicolás y yo te pedimos un favor mu grande. Tienes que hablar con mi hermano, Indi. Te lo agradeceremos de por vida si lo haces. No te imaginas el infierno que nos espera de ahora en adelante si no hablas con él y sigue con este humor de perros. Haz que silbe otra vez, Indi, por favor. Prefiero verlo como un tonto enamorado a que nos acribille to el día con su mala leche y sus pullas. Te juro que ya no lo aguanto más. Hasta mi madre se ha dado cuenta de lo raro que está. Por favor. Haré lo que me pidas si hablas con él.

—¿Lo que te pida?

—No te pases muñeca. Ese “Haré lo que me pidas” tiene un límite.

—No sé.

—Note hagas de rogar, Indi. No sabes el trabajo que me ha costado venir hasta aquí para decirte to esto. Te juro que cuando he llegado a tu puerta me temblaban hasta las cuencas de los ojos.

—Eres un exagerado. Vale. Hablaré con él.

—Te quiero preciosa. Esta tarde, por favor.

—Álex, no puedo ir esta tarde, es muy precipitado.

—Por favor, Indi. Vente conmigo ahora mismo y lo habláis tranquilamente to en la oficina o mejor te lo llevas a una cafetería y así nos da una alegría esta tarde mientras lo perdemos de vista durante un buen rato. No te imaginas lo cabronazo que es cuando está así. No me voy a despegar de ti cuando lleguemos al taller, te lo juro. Mi colega y yo estaremos a tu lado to el tiempo.

—¡Uf! Vale. Mejor ahora que está en caliente el tema que mañana que se habrá enfriado todo y no tendré el valor suficiente para enfrentarme a él. Si me voy contigo, ni se te ocurra dejarme a solas con él. Marcos es muy impulsivo y nunca sé por dónde me va a salir.

—Sí, es cierto. Mi hermanito es mu impulsivo y directo cuando quiere.

—Cuando quiere no, siempre.

—Vale. De todas maneras no te va a pasar na si te quedas un ratito a solas con él.

—¡Álex!

—Está bien. Te juro que no te voy a dejar sola. ¡Ah! Llévate algo de esta tarta tan buenísima que me has puesto. Y si puedes hacer un poco más de café tampoco nos vendría mal, te lo aseguro —afirma muy complacido mientras se termina el último trozo y apura el café con una enorme sonrisa. Da gusto verle así de satisfecho. Si al final hasta nos vamos a hacer buenos amigos. ¡Quién me lo iba a decir a mí! En el fondo soy una blandengue. No puedo guardar rencor a nadie aunque lo desee con toda mi alma.

—Me llevaré el termo lleno de café y lo que queda de la tarta de manzana. Aunque no creo que haya para todos. La tarta de chocolate que hecho...

—¿He oído bien? ¿Has dicho tarta de chocolate?

—Sí. No la he sacado antes porque acababa de sacarla del horno y me imagino que todavía tiene que estar caliente.

—Llévatela también. A mi hermanole gusta mucho el chocolate. Con eso lo puedes engatusar mu bien. ¿La de manzana también la has hecho tú?

—Sí. La hice ayer. Se pone siempre más buena cuando le pasa un día.

—Me ha gustao mucho. ¿Puedo probar la de chocolate?

—¿Ahora?

—Bueno, no, ahora no si no llegaremos mu tarde. Mejor me tomo un trozo en el taller. ¡Ah! Nicolás también te echa de menos. Cuando te vea no veas la alegría que le vas a dar.

—Álex, ya que parece que... bueno que hemos limado asperezas entre nosotros, eh... bueno... tengo curiosidad en saber por qué te portastes tan mal conmigo. ¿Por qué me hiciste eso?

—Mal es una palabra demasiao bonita para emplear, Indi.

—Cerdo tal vez —digo envalentonándome ahora que parece que nos llevamos y entendemos mejor.

—Cerdo se va acercando más a la realidad. Cabrón es lo más acertao. Soy un maldito cabrón con las mujeres. Lo sé Indi. Siento lo que te hice. Te lo digo de verdad. Lo mío es algo mu personal. Pasó hace un año.

—¿Una chica?

—Sí. Bueno, chica suena mu fino. Diría más bien que la zorra de una mujer me hizo mucho daño. Me destrozó por dentro la mu cabrona. Es un asunto mu delicao, Indi. Lo siento mucho, preciosa, pero no puedo hablarte de ello. No lo tengo mu superao todavía. Lo estoy intentando, pero necesito un poco más de tiempo para quitarme este asunto de la cabeza.

—Lo entiendo. Bueno, si alguna vez necesitas a alguien con quien hablar, bueno, pues soy toda oídos.

—Graciaspor tu oferta, preciosa. Lo tendré en cuenta. No sabes lo afortunao que es mi hermano de tenerte y lo imbécil que fui en no darme cuenta de la joya tan preciosa que eres. Te debo una. Pídeme lo que quieras. Trataré de compensarte por lo que te hice.

—Un abrazo, por favor. Necesito que alguien me abrace. Llevo muchos días con los nervios de punta. Entrelas pesadillas, las llamadas anónimas y tu hermano...

—¿Qué llamadas anónimas?

—¡Ups! Ninguna.

—India. No he oído malasí que suéltalo.

—No,de verdad, no es nada.

—India, si no fuera nada no estarías temblando ahora mismo al mencionar el tema. Vamos, larga por esa boquita.

—Bueno, desde... desde hace unas tres semanas o algo así, alguien me llama y... y me ha...

—¿...te ha amenazado? —termina la frase él muy serio y tenso.

—Algo así. Al principio eran solo silenciosy pensé que era una broma. Nadie decía nada cuando contestaba y siempre colgaba a los pocos minutos. Luego vinieron las amenazas.

—¿Amenazas? ¿Qué decían?

—Me llama zorra y dice que no lo toque o me matará. No sé a qué se refiere, Álex. La verdad es que no lo sé. No me llevo mal con nadie en el trabajo ni me he enfadado con ninguna de mis amigas.

—Se refiere a mi hermano, eso está más claro que el agua. Por lo tanto quien te llama al móvil es una mujer mu cabrea y celosa.

—¿Cómo lo sabes?

—Intuición masculina. ¿Has hablado con la policía?

—No se lo he contado a nadie.Solo lo sabes tú. No tengo pruebas de quién puede ser ni nada por el estilo como para ir con el cuento a la policía y decirle que alguien me está amenazando. Son llamadas vacías de contenido excepto esta última que me ha puesto nerviosa cuando me ha dado este mensaje. No sé qué hacer, Álex. De verdad que no lo sé.

—Tranquila yahora deja que te de ese abrazo. Lo estás necesitando —contesta, mientras me abraza suavemente—. No estás sola, ¿vale? Para todo lo que necesites estoy a tu entera disposición. Indi, se lo tienes que decir a mi hermano. No me gusta ni un pelo esto de las llamadas. Que alguien te llame durante tanto tiempo no me hace mucha gracia. ¿Hoy te ha llamao?

—Sí. Últimamenteya no cojo el móvil cuando veo ese número.

—¿Cuántas veces te llama?—pregunta cada vez más interesado y tenso mientras coge mis manos y las acaricia suavemente.

Lastengo muy frías, lo sé, pero es que cuando me pongo muy nerviosa siempre se me queda helado todo el cuerpo a pesar de la buena temperatura que hace en la casa.

—Tres veces al día. Hoy solo dos, pero seguro que llamará más tarde. No se lo digas a Marcos por favor. Ahora está muy enfadado conmigo y si le cuento esto, seguro que se mosquea más por no habérselo dicho antes y no quiero pensar lo que puede hacer.

—Está bien, pero si la cosa va a más llama a la policía. O mejor todavía. Cambia de número y seguro que se termina el problema. ¿Has pensado que puede ser “La muñeca de silicona”?

—No. ¿Y por qué me iba a llamar si no nos conocemos de nada? Esto no tiene sentido, Álex. Las llamadas son anteriores a cuando la vi hablando con tu hermano aquel día.

—No sé. Nunca se puede descartar a nadie. Lo mismo te conozco porque te ha visto con mi hermano y está mu celosa de ti. Es una suposición.

—Sí, pero ¿de dónde ha sacado mi número? Ella le dijo a tu hermano que había llegado hace unos días a Málaga. No puede ser ella.

—Lo mismo le mintió a mi hermano y no llegó hace unos días sino que lleva más tiempo aquí. Se entera de que no puede volver con mi hermano porque está saliendo con otra mujer y se pone celosa. No es la primera vez que ocurre esto, Indi. Las mujeres celosas son mu peligrosas y hacen lo que sea por conseguir lo que quieren. Bueno, a lo que íbamos que me enrolló. Ella pregunta por ahí quién eres y comienzan las llamadas, luego va a la casa de mi hermano y simula que ha llegado hace poco y que...

—¡Dios! Tú tenías que haber estudiado para Inspector de Policía.

—No es lo mío, preciosa.

—Lástima. De todas maneras, pienso que no puede ser ella. Le dijo a tu hermano que una amiga le había dicho que Marcos no estaba saliendo con nadie.

—Indi, lo mismo es to un rollo que se ha marcao para atraparlo de nuevo. Puede que sea mentira lo que le contó a mi hermano. Las mujeres sois mu listas y mu perras para eso cuando os lo proponéis—aclara con un brillo bastante extraño en su mirada. Esta última frase tan despreciativa me ha dado qué pensar. Algo muy gordo le ha tenido que pasar a Álex para que hable de esta forma de las féminas—. Tú no preciosa. A ti te excluyo.

—Gracias. Ahora me quedo más tranquila.

—Y respecto a que sepa tu número, si te digo la verdad, no tengo ni puñetera idea de cómo lo sabe, pero puede haber sido a través de alguna amiga tuya que la conozca por algo y se lo haya pedido. No lo sé. De todas maneras, si notas algo raro, me llamas al móvil inmediatamente o mejor se lo dices a mi hermano, lo que tú quieras. Hombre, yo veo más razonable que se lo cuentes a él. Vive enfrente tuya y te podrá ayudar más rápido.

—No sé. Lo pensaré.

—Vale, pero no lo olvides. Pase lo que pase, llámame si no se lo dices antes a mi hermano. Ahora vámonos. A ver si amansamos al cabronazo de mi hermano y solucionamos después este asunto de las llamadas.

—¡Álex cuida esa boca! Desde que has llegado no has parado de decir tacos.

—Vale, vale. Amansamos al buenazo de mi hermano. ¿Mejor así?

—Mejor.

—Te advierto que en el taller el vocabulario que empleamos anda por este camino, así que no te sorprendas cuando nos escuches decir algún que otro taco.

—Marcos nunca habla así conmigo.

—Eso es porque lo has domesticado.

—De eso nada. Desde que lo conocí nunca me ha dicho tacos.

—Lo has domesticado, Indi. Eres una persona muy dulce. Él lo dice bien clarito en el vídeo y yo lo confirmo también después de haberte conocido durante esas tres semanas

que estuvimos saliendo.

—No es verdad. Lo dice porque es todo un caballero y tiene mucha educación cuando habla conmigo.

—Va a ser eso. Sí señor. Que mi queridísimo hermano es to un caballero y que está colao por ti y tú, no vas a ser menos, estás colá por él hasta la médula. ¿Me equivoco?

—Prepararé el café.

—Indi... No te escabullas y respóndeme.

—Eso es personal, Álex. No te voy a responder.

—Indi, a estas alturasde la película no me vengas con que eso es personal, Álex. Vamos, no es tan malo admitir que estás colgá por mi hermano.

—Me gustamucho tu hermano, sí.

—De me gusta mucho mi hermano na de na. Estás mu colgá por él, sino ya me hubieras echao hace rato de tu casa y no me hubieras dejao ni siquiera mencionar su nombre esta tarde. Lo he visto mu bien en tu cara, Indi. Se te iluminan los ojos cuando hablamos de él. Te estás poniendo colorá.

—¡Álex! Todavía me estoy pensando si iré al taller.

—¡Ah, no! Eso sí que no. Andando preciosa —apremia risueño—. No se hable más sobre el asunto que tu caballerito necesita una buena dosis de ese rollo patatero que vosotras llamáis amor. A ver si logras ponerle otra vez esa cara de tonto enamora que tenía y nos deja por fin a los demás vivir en paz.

17. La discusión

Con las provisiones de dulces y café en la mochila y la compañía de Álex, me aventuro hacia la conquista del corazón de Marcos. Digo la conquista porque si está de tan mala leche, ni la tarta ni el café lograrán hacer su cometido para amansar a la fiera que lleva dentro. Tenemos mucho de lo que hablar y vamos a necesitar una buena dosis de café para entendernos de algún modo. Emprendemos el camino hacia el taller. A los quince minutos, llegamos a nuestro destino. Álex aparca el coche. Nos bajamos. Cojo la mochila con la merienda y me la cuelgo al hombro. Me tiemblan las piernas a cada paso que doy por la calle. No sé qué voy a decirle cuando lo tenga enfrente. Antes de entrar en el taller, Álex me pide que le deje hablar primero a él. Quiere tantear el terreno y ver cómo está el león de fiero.

—¡Marcos! —grita Álex, una vez que hemos entrado por la puerta del taller. Marcos está vuelto de espaldas inclinado sobre el capó de un coche. Nicolás, que está limpiando algo con la manguera en una esquina del local nos mira a los dos sonriendo. Álex llama con la mano y con un gesto le pide silencio. Nicolás se coloca a mi lado y me saluda moviendo los labios. Le devuelvo nerviosa el saludo—. ¡Marcos!

—¡Joder Álex! ¿Qué cojones quieres? Llevas más de media hora fuera y el puto coche de Antonio todavía está por arreglar. ¡Me tienes hasta los güevos, tío, hasta los güevos —responde muy cabreado Marcos mientras levanta la cabeza del capó del coche, se gira y se queda frente a nosotros con una herramienta en la mano, la cara manchada de grasa y un bote de aceite en la otra. La cara de desconcierto que se lleva cuando me ve, o mejor dicho, cuando nos ve a los tres allí juntos mirándolo fijamente, es para inmortalizarlo con una foto para la posteridad. Se ha quedado cuajado.

—Marcos, tenemos visita. Compórtate como un caballero cuando hay una mujer delante —replica Álex muy sonriente burlándose descaradamente de él—. Me he encontrado por la calle a esta preciosidad y la he invitado a que entre a saludar a mi colega. Marisa ha estado preguntado mucho por India y qué mejor ocasión que, ya que pasaba por aquí, se lo pregunte ella misma. ¿No colega? —pregunta Álex mirando a Nicolás.

—Claro. Marisa te echa de menos, India. Quiere quedar otro día contigo para ir a esa tetería que está frente al Kalúa. ¿Qué te parece si la llamas un día de estos? Se alegrará mucho de verte.

—Claro. Lo haré —murmuro tragando el nudo de saliva que tengo en la garganta. ¿Cómo pueden estar hablando de manera tan natural estos dos mientras yo tengo los nervios brincando de tal manera que parecen chinches excitadas en el estómago? Marcos no para de mirarme de arriba abajo como si hubiera visto un fantasma. Se me ha revuelto el trozo de tarta de manzana que me he tomado nada más verle. Me sigue temblando todo el cuerpo. Él sigue ahí de pie callado y sin parpadear. Se frota los ojos con el puño y lentamente se acerca hacia donde estamos los tres. Hasta con el mono de trabajo está para comérselo enterito. ¡Cuanto lo he echado de menos! ¡Dios bendito, cuánto! Se le nota la cara resacosa de la movida de anoche. Tiene ojeras.

—Colega, por aquí huelo a tarta —vuelve a decir Álex a Nicolás señalando la mochila que llevo colgada en un hombro—. Mi olfato me dice que es tarta de chocolate. ¡Hummm! Para chuparse los dedos. ¡Si es que eres un bombón, Indi! —asegura Álex mientras me achucha contra su cuerpo y me da un beso en la mejilla sin soltarme ni un centímetro.

Mesusurra al oído que le siga la corriente. ¡Dios bendito! Espero que sepa lo que hace. Marcos gruñe muy enfadado cuando Álex me ha apretujado contra su cuerpo y me ha besado en la mejilla. Le ha lanzado tal mirada asesina que si no fuera porque Álex lo conoce muy bien y porque es su hermano, ahora mismo estaría tumbado en el suelo con un ojo bien morado y el labio roto. La vena del cuello le palpita. Los labios

apretados y la mandíbula tensa confirman mis sospechas. Se está enfadando. Oh, sí. Está muy serio y eso no es bueno. Álex lo está poniendo al límite. Esto no me gusta. Aquí van a estallar fuegos artificiales muy pronto si no deja de pincharle.

—Tienes cinco segundos para que la sueltes —amenaza Marcos fríamente sin dejar de mirarme. Alza la mano y levanta un dedo.

—Eres un averdadera preciosidad, Indi. ¿Y qué bien hueles? A melocotón ¿no? A ver... Sí. A un dulce y jugoso melocotoncito. ¡Hummm! ¿Por qué se me ocurriría estropear lo nuestro de aquella manera, preciosa? Soy un jodio imbécil. Volvamos a intentarlo. ¿Qué me dices? —murmura Álex muy cerca de mi cara dándome otro beso en la mejilla y sonriendo con descaro a su hermano. Marcos levanta el segundo dedo sin dejar de mirarme—. Te lo pasarás mu bien conmigo. Esta vez te juro que te voy a tratar como a una reina. ¿Te acuerdas la noche que fuimos al cine?—El tercer y cuarto dedo de Marcos se levantan a la vez y la furia de éste ha aumentado también. Trago saliva. Me tiemblan las piernas—. Nos lo pasamos mu bien los dos juntos. Esta noche, si quieres te llevo... Vale, tío. Vale. No levantes el último dedo. Es toa tuya, capullo. Te mereces to esto y más por habernos jodio durante to estos días a mi colega y a mí—protesta Álex apartándose lentamente de mí no sin antes darme otro beso. Luego me sonrío y me guiña un ojo descaradamente. Nicolás hace lo mismo y me quedo sola en el centro sin saber qué hacer o qué decir.

Se hace el silencio. Escucho mi corazón palpitar a toda pastilla. Se está acelerando. Marcos sigue mirándome muy serio. Su rostro pétreo me está asustando. Ni una sola mueca o gesto que me indique qué demonios está pensando en estos momentos. Mucho me temo que no me va a poner fácil las cosas para hablar con él. Rompo este angustioso silencio que me está matando por segundos para intentar acabar de una vez por todas con este asunto.

—¿Pu...puedo hablar contigo un momento?

—No.

—Ehhh... Bien. Pues... Pues entonces me voy —respondo contrariada con esta inesperada respuesta. Me ha dejado clavado y bien clavado los pies en el suelo sin saber qué decir más. El muy cerdo. Ahora que he tenido el valor de venir hasta aquí para solucionar todo lo que ha pasado entre nosotros, me dice que no. Era de esperar su reacción.

—De eso na, tío —grita muy enojado Álex a su hermano—. Ella ha venio hasta aquí para hablar contigo, así que no se va a ir así como así sin que antes la escuches. Soluciona ahora mismo lo que sea que haya pasao entre vosotros, capullo porque Indi no se mueve de aquí hasta que to se haya aclarao. Si se va ahora y no habéis hablao del tema, te juro por lo más sagrao que Nicolás y yo nos largamos también y nos buscamos otro curro. No te aguantamos más, Marcos. De modo que así están las cosas. O hablas con ella y la tratas como la hermosa flor que es, o me largo de aquí y te buscas a otro mecánico que te soporte.

—Tienes tres segundos para que te calles —murmura muy serio Marcos mientras se acerca hacia mí y pone su rostro a escasos centímetros del mío. Esta proximidad tira por la borda los pocos ánimos que traía para enfrentarme a él y poder hablar. Trago de nuevo saliva. Me he estado mordiendo el labio todo el tiempo. Me escuece mucho cuando paso la lengua por él—. Entra en la oficina. Tienes cinco segundos—vuelvo a tragar saliva por sus cortantes y autoritarias palabras.

—Mandón —mascullo entre dientes al girarme en dirección a la oficina.

—Te he oído —responde fríamente Marcos.

Doy un respingo. ¡Maldita sea! No esperaba que me hubiera escuchado. ¡Demonios! No sabía que tenía un oído tan fino. Sigo mi camino mientras escucho unas risitas ahogadas a mis espaldas. Álex y Nicolás se están partiendo de risa por mi comentario. Antes de llegar a la oficina, dejo la mochila encima de unas cajas de cartón. Una vez en

la oficina, enciendo la luz y me quedo esperándolo en la puerta mientras observo discretamente lo que sucede entre ellos.

—Álex. Te lo voy a decir solo una vez, así que escúchame con mucha atención porque no lo voy a repetir más veces. Cuando salga de la oficina, más te vale que hayas cambiado la batería, el aceite, las pastillas de freno y las ruedas delanteras al Megan. ¡Ah! Y revisa la batería del Yaris. Y otra cosa más. Más te vale que haya una buena porción de tarta en la fiambra cuando vuelva porque si no es así, ten por seguro que el que te va a largar de aquí a patadas voy a ser yo y no me voy a andar con chiquitas al hacerlo. ¿Entendido?

—Ni lo sueñestío —contesta Álex con una sonrisilla juguetona en la cara sin hacer ningún caso al comentario sobre el arreglo de los coches—. Con las dos cosas no te quedas. Elige. O la chica o la tarta de chocolate. Te hemos estao aguantando estas dos jodias semanas sin rechistar y ahora no vas a ponerte gallito diciéndome lo que tengo que hacer.

—La chica. ¿Vale? ¡Ah! Y quiero el Megan listo antes de las siete. Y Nicolás, quiero que el...

—Macho, lárgate ya y no nos des más la vara —contesta exasperado Álex—. Sabemos lo que tenemos que hacer. Por el Megan no te preocupes. He hablao esta mañana con Mario y me ha dicho que no se puede pasar a recogerlo. Mañana por la mañana vendrá por él. De toas formas entre mi colega y yo lo tendremos to a punto antes de las siete. Ahora vamos a probar esa deliciosa tarta de chocolate que mi chica preferida ha hecho. Colega, acerca la mochila aquí. Ten cuidado. Dentro hay un termo hasta arriba de café. Y del bueno, tío. Bien cargadito como nos gusta. Los vasos y las cucharas están en el lateral de la mochila y las servilletas y el bote de azúcar están en el bolsillo delantero. Esta Indi es más apaña que las pesetas. Nos ha echao hasta servilletas.

—Sí. Ya te lo dije cuando la conocí. No me hiciste caso y ahora te jodes. Es apaña y lista. Esta tarde nos has salvao de la tiranía del sargento Marc —comenta guasón Nicolás cogiendo la mochila de encima de las cajas—. Hoy me salto el gimnasio para celebrarlo.

—Yo también. Esta noche en el Kalúa a las nueve. El primero que pierda a los dardos paga la primera ronda.

—Ok. Tío, coge ese trapo de ahí y limpia milimétricamente la mesa sin dejar ni una sola mota de polvo, no vaya a ser que el sargento Marc nos tenga aquí hasta las diez de la noche como dos jodios esclavos por no limpiar concienzudamente los muebles del taller—sigue burlándose Nicolás de Marcos mientras éste le gruñe tirándole el bote de aceite que tiene en la mano a la cabeza. Nicolás se agacha rápidamente y le sonrío descaradamente por haber errado el tiro.

—Que le den —contesta Álex izando el dedo corazón en dirección hacia su hermano—. Estoy hasta los güevos de tanta mala leche. En cuanto se largue a la oficina y nos deje aquí tranquilos, vamos a descansar los dos un rato hinchándonos a comer tarta y café. ¡Colega, saca la tarta de manzana también! Tienes que probarla. Está de vicio. Es que esta Indi es mucha Indi—admite alegremente Álex a Nicolás sin hacer caso de la mirada asesina que Marcos les está echando a los dos. Colocan las dos tarteras, el termo y el resto de las cosas sobre una mesa pequeña de madera y de un rincón del local Álex coge dos sillas plegables y le pasa una a Nicolás.

—¿Yse puede saber cómo sabes que la tarta está de vicio si me has dicho que te la has encontrado por la calle hace unos momentos? —pregunta intrigado y muy molesto Marcos sin dejar de observar lo que hacen los dos.

—Es un secreto entre Indiana Jane y yo. Si quieres saberlo, que te lo cuente ella. Ahora vete y déjanos tranquilos.

—¿Indiana Jane? ¿Qué sabes tú de eso?

—Algo.

—Has estado hablando con ella antes de llegar aquí, ¿no?

—Digamos que hemos intercambiado algunas palabritas amistosas. Venga, vete tío que te está esperando. ¡Ah! Marcos. Procura tratarla con mucha delicadeza. Si la escucho gritar aunque solo sea un poquito o la haces de llorar, te juro por lo más sagrado que te rompo la cabeza sin pensármelo dos veces. Así que mide muy bien tus palabras cuando le hables a esa preciosa flor.

—No me amenazas, Álex. No eres el más indicado para decirme nada después de lo que le hiciste tú.

—Lo sé y ya he me disculpado con ella por eso. El hacha de guerra está enterrada y ahora ella es mi chica preferida, así que tómate lo que te digo como te de la real gana. Si tanto la quieres como dices, más te vale no hacerla esperar más.

—¿Y ese cambió tan repentino?

—Tu chica espera, Marcos.

Esto es lo último que escucho y veo desde la puerta de la oficina porque Marcos en estos momentos se gira y mira hacia donde estoy. Me retiro de la puerta y me aproximo hacia la mesa nerviosa. Marcos tarda unos minutos en llegar, ya que antes ha entrado en el famoso y grandísimo cuarto de baño del cual estuvimos hablando la noche que fui a recoger mi coche y me quedé comiendo pizza con él. Sé que ha entrado ahí dentro porque la puerta contigua a esta se ha cerrado dando un portazo. Esto no augura nada bueno. Me asomo nerviosa por la puerta y busco con la mirada a Álex. Él me ve y me dice bajito que me tranquilice porque no me va a pasarme nada. Le contesto que como no sea así me las va a pagar. Se abre al cabo de unos minutos la puerta del baño y rápidamente entro de nuevo en la oficina y me quedo de frente junto a la mesa y de espaldas a ésta. Estoy muy nerviosa. Al cabo de otros interminables minutos, Marcos entra en la oficina cerrando la puerta con otro portazo. Doy un respingo y me pongo tensa. ¡Ay la que se me acerca! Se hace el silencio. Ni siquiera sé qué decirle ahora que me encuentro a solas con él. No recuerdo nada de lo que tenía previsto soltarle. Un fuerte suspiro a mi espalda rompe este silencio. Espero impaciente a que me llegue la furia verbal de Marcos. Nada. Silencio sepulcral. Sigo muy tensa y con los nervios a flor de piel esperando. ¡Dios bendito! No sé qué le voy a decir si se pone muy borde conmigo. Me desespero con tanto silencio. ¿Qué está haciendo detrás mía? Suelta otro sonoro suspiro. Me inquieto más, esperando a que me diga al menos algo y a que deje de suspirar tanto. Me está poniendo de los nervios. Al cabo de unos minutos e inesperadamente, no sin antes soltar otro suspiro de los suyos, unas manos titubeantes rodean mi cintura. Apoya con cuidado su cabeza sobre mi hombro y presiona su cuerpo contra el mío. El calor que desprende y su contacto relajan toda la inquietud producida. Unos besos suaves y desesperados me recorren la línea del cuello. ¡Vaya! Voy a tener suerte. Hemos empezado con buen pie después de todo. Me esperaba algo peor, pero no, el comienzo está siendo muy agradable. Mas que agradable, diría que es muy satisfactorio. Este hombre es tan imprevisible que esta reacción me ha pillado por sorpresa. Temblando, busco sus manos y las presiono contra mi cintura. Marcos me da lentamente la vuelta y me besa al instante. Un beso fuerte, desesperado y ansioso en la boca. Le devuelvo el beso con el mismo deseo y anhelo. Mis manos acarician su pelo, su cara, su cuerpo. Todo. Lo acaricio todo. Le echaba tanto de menos, tanto, que me parece mentira tenerlo junto a mí ahora. Su boca presiona la mía y su lengua invade sin más preámbulos mi interior. Recorre con ansia cada milímetro de ella. Muerde con delicadeza mis labios y vuelve a recorrer el interior de mi boca con pasión. Sus manos recorren mi cuerpo sin perder ni un detalle del mismo. Me echa de menos también. De esto no me cabe ninguna duda. Me arrincona contra la mesa. Siento a “Charlie XL” presionar mi estómago. Me quita el jersey de lana con rapidez y lo tira sobre la silla. Luego, intenta desabrochar los botones de la blusa de igual forma, pero los diminutos botones no se lo permiten.

Rompe dos de ellos en el intento. Le toco las manos. Me mira. Lo miro. El me deja hacer y termino la tarea. Marcos abre inmediatamente la blusa, me desabrocha el sujetador y se zambulle en mi cuerpo. Un jadeo desesperado escapa de sus labios cuando toca mi piel. Otro sale de mi boca cuando siento sus cálidos labios besar, tocar, pellizcar y lamer cada pezón sin detenerse un instante. Con estas embriagadoras y deliciosas caricias mi sexo ya está chorreando y palpitando de excitación. Sus manos recorren mi espalda y la línea del ombligo. Me levanta la mini falda y me baja hasta las rodillas las medias negras. Con la misma ansiedad, bajo la cremallera del mono de trabajo y saco sus brazos cayendo la tela sobre su cintura. Le subo la camiseta blanca de mangas cortas y se la saco por la cabeza. Ansiosa, acaricio con mis manos el fino vello negro que le cubre el pecho y sigo la línea de éste hacia la cintura. Su piel está caliente como la lava. Un suave jadeo se escapa de sus labios. Me besa en la frente, en los ojos y en la boca desesperado. Sus manos recorren mi entrepierna acariciando mi sexo por encima del tanga. Pasa un dedo sobre ella mientras con la otra mano me pellizca un pezón. ¡Me quiero morir de placer!

—Marcos...te necesito ahora.

—Espera un poco más, cielo. Necesito saborearte un poquito más. Hace semanas que no te veo y necesito...

—Marcos, por... favor... no puedo esperar más —susurro desesperada porque me penetre de inmediato. Le deseo tanto que no puedo esperar ni un minuto más. Quiero que sea un “Aquí te pillo y aquí te mato”.

Conesfuerzo consigo bajarle el mono de trabajo de la cintura hasta colocarlo en las rodillas y le toco ansiosa el pene por encima de los bóxers. Me he convertido en una verdadera adicta al sexo o a Marcos. No sé a cuál de los dos concretamente. Pienso en su cuerpo y en su pene cada día desde la primera vez en que hicimos el amor. No lo voy a negar. Empecé tarde en saborearlo, pero ahora que lo he probado y sé lo placentero que es cuando lo hacemos, solo pienso en Marcos y en su estupendísimo cuerpo.

“Charlie XL” está más que listo para el ataque. Quiere salir a la superficie. Ha aumentado considerablemente de tamaño. No le hago esperar más. Lo saco de su interior y lo acaricio de arriba hacia abajo con firmeza. La cabeza púrpura brilla intensamente. Una gota sale hacia el exterior. Cubro con mis dedos esta parte, extendiendo el líquido pre seminal por toda la cabeza. Con la otra mano acaricio el vello negro que le rodea. Desplazo luego la mano hacia abajo en dirección a sus testículos y me detengo ahí acariciándolos con mimo y delicadeza. Su piel es rugosa. Se han endureciendo cuando los he tocado. Marcos suspira y jadea y yo suspiro y jadeo cuando al mismo tiempo él me penetra con un dedo en mi interior. Sigo chorreando. Continúo masturbándole su largo y grueso miembro sin parar lubricando toda su superficie al mismo tiempo. De repente el deja de masturbarme y me sujeta la mano para que me detenga.

—Cielo, si sigues así me voy a correr en un segundo y no voy poder disfrutar más de ti. Déjame...

—Dentro, Marcos. Te necesito dentro ya.

—Ni una palabra más —responde, mientras me reclina un poco sobre la mesa. Me quita una bota y la media del pie para poder abrir mejor mis piernas. Posiciona su miembro frente a la entrada de mi sexo y entra de sopetón sin pensárselo por más tiempo. Gemimos al mismo tiempo. ¡Dios! ¡Qué gusto! Ha entrado hasta el fondo. ¡Qué caliente está! Alzo mis piernas y las posiciono por detrás de su cintura agarrándolo con fuerza.

—Por fin en casa —susurra él completamente satisfecho una vez que me ha penetrado—. ¡Qué gustazo sentirse así! ¡Joder, amor qué gustazo!

—Te he echado de menos —contesto también muy aliviada, al sentir esa sensación de bienvenida y de puro gozo una vez que la ha instalado en lo más recóndito de mi

vagina.

—Yo también, cielo. No sabes cuánto. Túmbate completamente. Eso es. Quiero verte tumbada. Ábrete un poco más y pon las piernas sobre mis hombros. Eso es. ¡Joder! Eres tan preciosa. Mírame, amor. Mírame mientras te follo porque te aseguro que esta... esta tarde te voy a destrozarse este delicioso coñito hasta que grites mi nombre.

—Marcos... más. Dame más.

Él sonrío y acaricia circularmente con sus dedos mi pequeño botoncito sin dejar de penetrarme. Gemidos y jadeos profundos se escapan de mi boca. Es increíble lo bien que me siento cuando me hace eso con los dedos. Sus dedos son mágicos. Con la otra mano me sujeta fuertemente la cintura mientras nuestros cuerpos se mueven en un vaivén perfectamente sincronizados. Entre tanto movimiento, mi espalda se resiente un poco al notar que me estoy clavando algo. Intento levantarme y él me presiona hacia atrás para que me quede en esa posición.

—Grandullónmi... mi es...

—¿Qué?

—Nada. Ya... nada. Sigue con eso. Sigue... ¡Dios! Sí. No pares por lo que más quieras —respondo olvidándome de lo que me molesta en la espalda y notando que el orgasmo se acerca—. No pares. Ahí. Dame ahí. Sí. Sí. Dame ahí. Más. ¡Oh qué gusto, grandullón! Más. Más. Me voy... Sííí. Marcooooooss —concluyo al tiempo que un impresionante orgasmo se apodera de mi cuerpo arrasando todo mi interior como una gigantesca ola.

—Me corro... ¡Joder! Me corro, amor —ruge él, retirándose inmediatamente de mi interior para disparar sobre mi vientre un buen chorro caliente de semen. El elixir mágico de la vida.

Así es como terminamos esta preciosa y emocionante conversación corporal rodeados de bellos e intensos espasmos hasta que las aguas se van apaciguando y nuestras mentes vuelven a la realidad de la vida que es nada más y nada menos que la oficina del taller de mecánica. Marcos está echado sobre mi pecho. Su respiración, cada vez más suave y constante me indica que casi está recuperado. Digo casi porque está tan relajado con la cabeza sobre mis pechos que ni se mueve de lo a gusto que se ha quedado. De momento, se puede decir que hemos resuelto la segunda parte del tema. Sí, digo la segunda parte porque se supone que esta parte tenía que llegar después de haber solucionado el por qué de mi comportamiento con él y ese asuntillo sobre su ex novia Marina, alias “La muñeca de silicona”. Así que, una vez que la nube de lujuria ha pasado, Marcos me limpia con un pañuelo de papel los restos de la pasión que “Charlie XL” ha dejado sobre mi estómago para, a continuación, comenzar a tratar la parte menos bonita y agradable del asunto: Hablar y aclarar todo lo que nos ha pasado en estos días.

Nos arreglamos la ropa y nos sentamos. Marcos empieza la conversación preguntándome por el comportamiento tan extraño que he tenido con él estas semanas. Le hago referencia a que el motivo es su ex novia. Entonces, comprendiendo mejor mi silencio y lo esquiva que he estado durante estas semanas, me relata el encuentro con su ex en la puerta de su casa. Eso me lo explica muy claro y muy despacio para que no haya más malos entendidos. Le interrumpo y le comento que ese día los vi juntos y que escuché todo lo que hablaron. Él me interrumpe de nuevo sorprendido porque le estaba espiando y me aclara que lo que yo vi o escuché ese día no es lo que él pensaba hacer y que solo quería sacarla de allí precisamente para que no hubiera malentendidos y para poder hablar mejor con ella y decirle que no estaba interesado ya que no quería volver a retomar esa relación, sobre todo porque ya está saliendo conmigo. Le interrumpo de nuevo, él me mira exasperado por esta nueva interrupción, pero se calla y me escucha atentamente cuando añado, con cierto retintín, mi desagrado con esos tocamientos corporales que le estaba haciendo en medio del

pasillo. Entonces él me mira y de pronto empieza a reírse. Gruño y le hago un mohín muy enfadada por no tomarse en serio mis palabras. Se levanta de la silla y cogiendo ésta a pulso la coloca frente a mí. Se sienta y cogiéndome el rostro con sus manos me da un beso suave y dulce en los labios y me susurra que no esté celosa porque en ningún momento le gustó lo que tocó ni lo que besó y que prefiere mis atributos naturales antes que los artificiales. ¡Vaya! Piensa igual que Álex. Y así, entre interrupciones y aclaraciones vamos desenredando la madeja tan tonta que se formó en esas semanas hasta llegar al tema sobre la visita de Álex esta tarde en mi casa y la grabación que le hicieron anoche. Por el gesto de su boca, intuyo que no le ha hecho mucha gracia que su hermano le grabara con el móvil. Es más, creo que no le ha gustado ni un pelo que Álex se haya estado mofando toda la mañana de él soltándole tiritos sin él saber muy bien a qué se debían y ahora que conoce toda la historia se le ha puesto la cara con muy mala leche.

—No te muevas de aquí —me ordena Marcos mientras se levanta, se dirige hacia la puerta y la abre—. ¡Álex! Ven un momento. Tráete de camino un trozo de tarta de chocolate y un vaso de café.

—Marcos, por favor, no te enfades con él.

—Tranquila, cielo. La sangre no va a llegar al río. Al menos no hoy, pero me las pagarás. Ya lo creo que sí que me las pagarás —contesta con una sonrisa enigmática. Se vuelve a sentar y me acaricia con la yema de los dedos la barbilla sin dejar de mirarme.

—Marcos, por favor. Se ha portado muy bien conmigo.

—¡Chsss! Confía en mí, pequeña.

—¿Sí? —contesta Álex desde el marco de la puerta llevando en una mano un plato con un trozo de tarta y en la otra un vaso con el café—. ¿To bien por aquí, preciosa?

—Sí, muy bien. Todo solucionado.

—Bien —me mira detenidamente y se echa a reír—. Sí, ya veo que lo habéis solucionao to mu bien —nos observa de nuevo a los dos de arriba abajo con una sonrisilla traviesa en la cara. Me miro inmediatamente y lo primero que veo es que tengo las medias torcidas, la cremallera de la minifalda abierta y el pasador del pelo en el suelo, cosa que indica claramente que tengo el cabello totalmente alborotado. Con tantas emociones ni me he dado cuenta de que había perdido el pasador y ya menos que no me he puesto muy bien la ropa. Y Marcos... ¡Oh, oh! Marcos no se ha puesto la camiseta blanca que llevaba debajo del mono de trabajo y ahora está sobre la mesa echa un gurrullo y mirándolo mejor también tiene el pelo muy revuelto.

—Entra y cierra la puerta —ordena Marcos.

—¿Todavía estás de mala leche? —pregunta Álex, cerrándola totalmente mientras lo mira con cierta cautela. Se acerca a la mesa y deja el trozo de tarta y el vaso de café sobre ella—. Te advierto que no...

—El móvil.

—¿Para qué quie...? A no. Ni de coña te lo doy. Lo vas a borrar y eso sí que no.

—Álex, quiero el móvil.

—Para qué si ya lo habéis solucionao to.

—Álex, enséñamelo.

—Solo si me juras no borrarlo.

—Enséñamelo.

—Júralo tío o no te lo doy.

—Álex, por favor —le suplico—. Dáselo.

—Se lo enseño si tú le cuentas lo de las llamadas.

—¡Álex! Me lo prometiste. Eso es chantaje.

—No preciosa. No te prometí nada. Te dije que no se lo diría, no que te prometía no decírselo que es algo mu diferente.

—¡Aj! Te odio.

—¿Qué llamadas? —preguntamuy intrigado Marcos.

—Indi, ¿tú eliges? Si se lo enseño le tienes que contar lo de las llamadas. Como ves no soy yo el que se lo va a contar.

—Te vas a enterar cuando te coja.

—¿Indi? —pregunta Marcos entornando fieramente los ojos al mismo tiempo que ladea la cabeza esperando que le conteste.

—Enséñaselo, Álex. Luego le digo lo de las llamadas.

—No. Primero quiero saber eso de las llamadas y tú, capullo me estás dando ahora mismo el móvil—exige muy irritado Marcos—. ¡Álex, ya! Lo digo muy en serio. Así que venga. Si hay más cositas por ahí que deba saber, id largando por esa boquita los dos o no respondo de la verdadera mala leche que me va entrar dentro de un momento con cada uno. Estoy más que harto de tantos misterios y adivinanzas, así que venga.

—No. Te lo doy cuando ella te lo cuente.

—¿Indi? —pregunta impaciente Marcos.

—Ehhh... Está bien. Bueno, pues... Me... me han estado llamando desde hace unas tres semanas más o menos... Y... Me... me... —digo balbuceando y muy nerviosa. Luego doy un suspiro y miro desesperada a Álex pidiendo su ayuda.

—Está bien preciosa, pero ese no era el trato. A ver tío, te lo voy a decir mu clarito porque veo que ella se ha puesto otra vez mu nerviosa. Atiende bien a to lo que te voy a contar. A ver... El tema es el siguiente. A tu chica le está amenazando algún pirao o pirá, vete tú a saber quién es, tres veces al día desde hace semanas, llamándola puta y que la va a matar si no hace no sé qué historia. Yo pienso que to esto de las llamadas anónimas está relacionado contigo porque no veo a esta preciosidad teniendo amigos, amigas o novios tan hijos de puta que lleguen hasta el punto de hacerle la vida imposible como lo están haciendo en estos momentos. Así que, si esto está relacionado contigo, deduzco que es una mujer la que está detrás de to esto y que está mu cabrea y celosa por algo que le has hecho y como solución para hacerte daño, quien paga el pato es esta preciosidad. Esa es mi teoría. Así que, no te pongas chulito conmigo porque esto sí que es un verdadero misterio o una verdadera adivinanza, como quieras llamarlo, el saber qué mujer te la tiene bien jurá. A ver cómo lo arreglamos porque ella está cagá de miedo y a mí no me hace ninguna gracia verla así por más tiempo y ya no digamos el hecho de que alguien le ponga las manos encima y le haga daño. ¡Ea, ya está to dicho!

Y tan dicho que me ha dejado sin palabrashasta a mí. Hay que hacer algunas matizaciones con respecto a lo que me dicen por el móvil, pero por lo demás, todo es correcto. Marcos me mira perplejo sin dar crédito sobre lo que ha soltado de sopetón Álex. Asiento lentamente con la cabeza confirmando que todo lo que ha dicho es cierto. Lo de su supuesta teoría todavía está por verse. Lo digo porque aunque Álex no se lo ha mencionado a Marcos, desde un principio sus sospechas recaen sobre “La muñeca de silicona”.

—¿Desde cuándo has dicho? —pregunta Marcoscon la ira reflejada en el rostro. ¡Adiós! Se fueron los hermosos momentos de buen rollo entre los dos. El león ha vuelto de nuevo para atacar.

—Hace unas tres semanas más o menos —contestotímidamente.

—¿Tres semanas y no me has dicho nada?¿Tres puñeterasy malditas semanas sin hablarme mientras que una chalá te está acosando?

—Marcos, tranquilízate. Todavía no sabemos si es una mujer —respondo tragando saliva.

—¿Quéme tranquilice dices? ¿Qué me tranquilice dices? Me importa un pimiento si es un hombre o es una mujer. Sólo sé que alguien te está molestando hasta el extremo de tenerte muerta de miedo. Así que, primero, a partir de ahora vamos a arreglar el

cambio de número de tu móvil.

—Te lo dije Indi.

—Cállate Álex. Segundo, no le abres la puerta a nadie sin antes mirar cien veces por lo menos por la mirilla y asegurarte muy bien de que lo conoces. Tercero, no duermes nunca más sola a partir de esta tarde. Cuarto...

—El sargento Marc ha vuelto —decimos Álex y yo al mismo tiempo. Nos miramos y nos echamos a reír. Marcos nos mira muy serio sin seguirnos la broma.

—India, no estoy de humor para que te tomes lo que te digo a cachondeo, ¿vale? Ni tú tampoco, Álex.

—Marcos, no puedes empezar a dictarme normas así como así sin tener en cuenta mi opinión —protesto irritada por esta actitud suya tan mandona.

—Sí que puedo.

—Marcos no puedes controlarme vida a tu manera.

—Sí que puedo y lo haré. Que no te quepa duda —responde pronunciando alto y muy lentamente estas palabras. La seriedad de su cara me hace ver que lo dice de verdad—. ¿Y sabes por qué?

—No.

—¿No te haces una idea?

—No.

—¿Ni tan siquiera una reverendísima idea?

—Ehh... no.

—Porque te quiero, joder —me suelta de golpe—. Así de simple y de sencillo. Porque te quiero con toda mi alma y con todo mi corazón. Apréndete estas palabras porque no te las voy a volver a repetir de nuevo. Así que, escucha muy bien lo que te voy a decir y espero que esto se te quede bien grabado en la cabeza. No voy a permitir que te pase otra vez nada como aquel día y no voy a permitir que estés ni un maldito minuto lejos de mi vera. ¿Me entiendes ahora? —pregunta enojado sin dejar de mirarme.

Esta confesión me ha dejado totalmente descolocada y con un nudo tan grande en la garganta que no puedo ni respirar. Tras unos segundos de silencio, suspiro lentamente intentado procesar toda esta información lo más rápidamente posible.

—A ver... Marcos... esto que me has dicho... A ver... ¿Pero si hace poco tiempo que nos conocemos para que me digas... eso?

—¿Y qué si hace poco tiempo? ¡Joder, Indi! Yo tengo muy claro mis sentimientos. Te quiero en mi vida. En mi vida, así que no me vengas con eso de que “Hace poco tiempo que nos conocemos” porque me importa un rábano desde cuándo te conozco. No puedo dejar de pensar en ti desde aquella noche que te vi en casa de mis padres. ¡Joder, Indi! ¿Es que no te das cuenta? No es solo deseo lo que siento por ti, es algo más que eso y tú lo sabes.

—Pero Marcos...

—¿Marcos qué? Sé lo que quiero y a quién quiero en mi vida y con eso me basta. ¡Joder, India! ¿Quieres tú lo mismo? ¡Dímelo ahora porque si no es así no sirve de nada todo lo que te he estoy diciendo!

—Yo...

—¿Tú qué?

—Sí.

—¿Sí qué?

—Siento... siento lo... lo mismo que tú.

—Bien pues entonces a qué viene eso de que llevamos poco tiempo conociéndonos. Te lo repito, me da igual el tiempo que llevemos conociéndonos. ¡Joder! No me provoques ahora con esa chorrada cuando me he pasado las dos puñeteras semanas como un loco sin saber qué demonios te pasaba y... no solo eso, sino que me has ocultado que un imbécil te ha estado amenazando desde hace tres semanas, lo que

quiere decir que antes de que dejaras de hablarme ya te llamaba y no me dijiste nada, nada, lo cual hace que me mosquee más. ¡No te puedes ni imaginar cómo me siento después de saber esto! ¡No te haces ni una ligera idea! —suspira bruscamente—. Bien... Esto es lo que hay. Me da igual si te gusta o no. Me da igual porque lo vamos a hacer a mi manera. Lo pasé muy mal el día que te atacó el oso en la casa, India. Muy mal. No debí hacerte caso. Debí haberte acompañado. ¡Dios! Creí que te había matado. Creí que toda la sangre que había en el suelo era tuya. Me volví completamente loco buscándote y llamándote, así que ni se te ocurra decirme que no puedo porque si algo te pasa... Escúchame muy bien India... si algo te pasa, no lo podré soportar. Si algo te pasa no me lo perdonaré jamás. Todavía me culpo por no haberme ido contigo aquella mañana. Todavía me culpo por dejarte ir sola y... créeme, no puedo olvidar lo que pasó ese día. No puedo. Lo he intentado, pero no puedo. Me siento culpable. Estuviste mucho tiempo sin hablar en la terraza y luego, luego te derrumbaste a llorar en el suelo del hotel. ¡Joder, India! No podía verte llorar de esa manera. ¿Es que no lo entiendes? No puedo. No puedo. Tiemblo de miedo si te vuelve a pasar algo o si te veo llorar como aquel día. Tiemblo de...

—¡Chsss! Tranquilo, grandullón. Ya vale —murmuro completamente afectada por todo lo que me está diciendo. No sabía que lo había pasado tan mal por mí. Intuía algo, pero no hasta el extremo de cómo se ha tomado el asunto del oso. Le acaricio el rostro suavemente con la mano mientras le pongo un dedo en los labios—. Lo haremos a tu manera, ¿vale? No quiero que te sientas culpable por algo en lo que tú no podías hacer nada. Eso pasó así y ya está olvidado.

—No quiero que te ocurra nada, amor. Ese día fue para mí un verdadero infierno. Una pesadilla.

—Sí, lo sé. Para mí también. Cambiaré el número del móvil ahora mismo y luego hablaremos sobre lo que me has dicho, ¿vale?

—Sí.

—Una cosa más. No pienso permanecer en casa encerrada. Tengo que trabajar, Marcos y necesito seguir con mi vida, a pesar de todo. No quiero que este suceso se convierta en una obsesión por no...

—Amor, solo quiero protegerte. Puedes salir todo lo que quieras, pero según mis normas.

—¡Marcos! No te pases. Llevo años siendo independiente y no soporto que nadie me controle ahora.

—¡No te voy a controlar solo quiero velar por tu seguridad! ¡Joder, cielo! No me mosquees más de lo que ya estoy. Ya he tenido suficiente con todos estos días sin poder verte.

—Vale, vale, tranquilo, pero sin pasarte con el control que te conozco.

—Confía en mí.

Y así es como terminamos de solucionar este asuntillo de las misteriosas llamadas anónimas. Álex ha permanecido muy callado a su lado mientras nosotros hemos estado manteniendo esta conversación. La preocupación por su hermano es palpable. Pone su mano sobre su hombro dándole un fuerte apretón transmitiéndole, imagino, todo su apoyo. Él le mira, asiente con la cabeza y le sujeta la mano con fuerza sin soltarla mientras me aproximo a su cara y le doy un suave beso en la mejilla para tranquilizarlo también. Me duele que se sienta culpable por lo ocurrido. Me duele mucho.

—Álex. El móvil. Quiero ver lo que grabaste anoche y da por hecho que lo voy a borrar sea lo que sea que hayas grabado.

—Macho, no se lo voy a enseñar a nadie. Te lo juro. No hace falta que la borres. De todas formas, si lo haces no soy el único que lo tiene —contesta él cambiando su preocupación por una sonrisilla sospechosa mientras se sienta en una esquina de la

mesa poniéndose cómodo.

—¿Nicolás también lo tiene?

—Sí y con copia en su ordenador.

—¡Mierda!

—Indi tu caballerito ha dicho un taco. Regáñale.

—¿Caballerito? —pregunta Marcos.

—Álex, por favor —suplico para que no siga por ese camino y lo deje estar.

—A mí me regañas y a él no. No es justo, preciosa.

—Álex, al lío que se me va la tarde —apremia impaciente Marcos—. No sé qué es lo que grabaste en el móvil anoche, pero procura no subirlo a Youtube o sois hombres muertos los dos —amenaza esta vez Marcos entornando los ojos sin dejar de mirarlo.

Luego, coge el vaso de café de la mesa y bebe un poco. Lo coloca en la mesa y prueba, a continuación, la tarta de chocolate. Su expresión se suaviza mientras la va saboreando. Me presiona la mano con ternura. Eso significa que le gusta. Me alegro que el león se tranquilice un poco. ¡Uf! Desde que he llegado al taller no me ha dado tregua para relajarme. ¡Ah! No cuenta la sesión de sexo. Eso lo necesitaba desesperadamente.

—Tranquilo, tío. Lo guardaré para tus hijos como un recuerdo entrañable de una noche loca. Ja, ja, ja. Presta atención al vídeo hermano porque no tiene desperdicio.

Marcos le gruñe molesto sin dejar de comer tarta y de beber café. Álex saca el móvil de un bolsillo y tras tantear la pantalla, se lo pasa para que vea el espectáculo gratuito que ofreció anoche en el local. Marcos suelta el vaso medio lleno de café y el plato casi vacío de tarta en la mesa. Coge el móvil y mira fijamente la pantalla. El vídeo no dura mucho tiempo. Conforme van pasando los minutos, la cara de desconcierto y de estupor de Marcos va en aumento. Se ha puesto un poquitín nervioso al escucharse hablar por el móvil. Se ha pasado la mano varias veces por el pelo. No ha levantado la vista de la pantalla en ningún momento. No tengo ni idea de lo que puede estar pensando. La voz de la grabación, o sea su voz, retumba en toda la oficina. Mientras Marcos ve el vídeo, Álex se ha bajado de la mesa y se ha aproximado a la puerta, la ha abierto y ha llamado a Nicolás. Este ha llegado en seguida. Deja la puerta abierta y se queda con nosotros escuchando el final de la grabación mirando atentamente a su jefe sin pronunciar una palabra. Todos estamos en silencio esperando la reacción de él. No sé si Álex ha llamado a Nicolás para que la sangre no llegue al río y salpique las paredes de la oficina cuando el león estalle propinándoles guantazos. Cuando termina el vídeo, Marcos deja lentamente el móvil encima de la mesa y los mira fijamente muy serio creando rápidamente tal tensión en la habitación que hasta yo tengo ganas de marcharme de aquí y de dejarlos solo para que se las apañen como puedan entre ellos.

—Buen trabajo, chicos. Ya sabéis que estáis bien jodidos —eso es todo lo que dice sin ningún tipo de emoción en su cara.

—Marcos, por favor —susurro suavemente tocándole el brazo—. No seas cruel con ellos. Gracias al vídeo y a la visita de Álex a mi casa, hoy hemos solucionado todo esto. Memira unos largos e intensos minutos sopesando mis palabras. Sus increíbles ojos azules estudian deliberadamente todo mi cuerpo poniéndome totalmente colorada ante semejante escrutinio.

—Está bien. Os habéis librado de esta. Álex, hoy cierras tú el taller—le ordena sin dejar de mirarme—. Ella gana. Busca la manera de recompensarme, amor porque si no es así ellos estarán muy jodidos a partir de mañana.

Rápidamente me acerco a él y le susurro al oído todo lo que quiero hacerle esta noche en la cama cuando lleguemos a mi casa. Al instante, su cara esboza una lenta y lujuriosa sonrisa. ¡Sí! Aquí vuelve de nuevo el Marcos de siempre, el Marcos que me ha tenido completamente encandilada desde el primer momento en que nos vimos.

—Me gusta, amor. Me voy dentro de un rato, Álex. Cuando me marche tenéis vía libre.

—¡Joder, sí! —estalla Nicolás de alegría guiñándose un ojo.
—Te queremos preciosa —afirma Álex—. Pásate mañana otro ratito y nos traes otra de esas deliciosas tartas que haces tan buenas.
—¡Álex! —grita Marcos—. No tienes más tu suerte, así que andando y no hagas que me arrepienta y me mosquee por lo del vídeo.
—No mi sargento Marc— responde muy serio él, saludando con una inclinación de cabeza—. Ya me guardaría yo de mosquearle a usted en estos momentos. Tú mandas y nosotros obedecemos como tus más humildes mascotas, ¿a que sí colega?
—Claro. Haremos todo lo que diga el sargento Marc. Su palabra es ley y orden para nosotros —afirma guasón Nicolás.
—Ja, ja, ja. Mu bueno tío —responde Álex—. Y ahora que todo se ha terminado, me estoy acordando de un chistecito que viene de perilla pa este momento.
Álex cuenta el chiste, espera nuestra reacción y como no obtiene el resultado esperado, o sea, reírnos del chiste, sale de la oficina con Nicolás refunfuñando y despotricándonos, mientras nosotros nos miramos unos segundos al tiempo que empezamos a reírnos a carcajada limpia sin poder contenernos. Es que Álex es mucho Álex cuando se lo propone. Lo quieras o no, acabas siempre riéndote de sus buenísimos chistes y de su manera tan natural de contarlos. ¡Ojalá algún día resuelva su problema con las mujeres y encuentre a alguien que le haga feliz! En el fondo, como una vez me dijo Marcos, es un tío genial, siempre claro que se quite el tema de las chicas en su vida porque ahí la cosa cambia y se vuelve irreconocible.
—Os he oído reír —grita Álex desde algún lugar del taller—. Bueno, ya que os habéis animado os contaré uno de...
—No. Ahora no, Álex. Otro día —responde riendo Marcos mientras cierra la puerta de la oficina.

Tras estas risas, nos ponemos manos a la obra en cambiar el número de teléfono de mi móvil y en hablar sobre todo lo que debo tener en cuenta, es decir, configurar una lista de las cosas que debo hacer a partir de este momento y de las cosas que no debo hacer. Creo que se pasa un poquitín con esto de hacer una lista, pero no le digo nada. No quiero que se mosquee otra vez conmigo. Ya he tenido bastante.

¡Ah! Se me olvidaba completamente. Otra de las cosas que tengo que hacer, independientemente de esta lista, es poner al corriente a mi familia y a mis amigos de mi nuevo número de móvil. Mañana tranquilamente me pondré a ello, pienso. Ahora no tengo mucho ánimos para dedicarme a tan entretenida tarea. Intentaré no darles demasiadas explicaciones a mi familia del por qué de este cambio de número. Espero que mis hermanas no me hagan muchas preguntas al respecto, son demasiadas curiosas cuando se lo proponen.

Cuando terminamos de realizar su famosa lista, Marcos saca otro papel del cajón y empieza a escribir. Le miro extrañada. ¿Qué va a hacer ahora? Me levanto de la mesa y miro con curiosidad el papel. Ha escrito dos apartados: Uno para “Personas sospechosas” y otro para “Personas no sospechosas”. ¡Dios bendito! Pues sí que le ha dado fuerte. Tan fuerte que no me ha dado ni voz ni voto para rechistar cuando me ha mirado impaciente esperando a que empiece a soltar nombres para ir colocándolos en alguno de los dos apartados. Así que, ya que estamos jugando a ser Sherlock Homes, aprovecho y le comento la suposición que tiene Álex sobre que puede que sea su ex novia la persona que me amenaza. Marcos, tras quedarse un rato pensativo, decide incluirla dentro de la lista de las personas sospechosas, por si acaso, me dice, ya que aunque le dejó muy claro que ya no quería nada con ella, se siente inquieto de que tenga algo que ver con el tema.

De momento el resultado es poco halagüeño. La parte de personas no sospechosas está repleta mientras que la de sospechosas solo tiene a una hipotética persona: “La

muñeca de silicona". Sinceramente no veo yo a "La muñequita de silicona" en el plan de querer hacerme la vida imposible. No me cuadra mucho ese empalagoso y pijo carácter suyo con las amenazas que he recibido últimamente. No sé. No la veo yo tan mala y tan celosa como para llegar hasta esos extremos. Más bien, la veo como a una mujer caprichosa y muy subida de ego, eso sí. En fin, sigo pensando que todo esto es una pérdida de tiempo, pero no me queda otra alternativa que dejarme de llevar por las ideas de Marcos ya que nunca se sabe quién te puede dar una puñalada trapera por la espalda. Como muy bien me recalció Álex esta tarde en mi casa, una mujer celosa puede ser "mu perra" cuando de verdad se lo propone, así que no subestimaré a la siliconada de lady Marina.

Meguardo los dos papeles en el bolsillo de la mini falda mientras mis pensamientos divagan sobre las posibles personas que no me pueden ni ver. Llego a la conclusión de que esto es como buscar una aguja en un pajar.

Unavez que hemos terminado con sus famosas listas, se quita el mono de trabajo azul, como quien no quiere la cosa, quedándose solo con los bóxers y los calcetines. La boca se me hace agua nada más verlo. Ya estoy deseando tenerlo otra vez dentro de mí. Es que Marcos tiene un cuerpo impresionante lo mire por donde se lo mire.

—Por lo que veo, el famosísimo cuarto de baño no es tan grande como dices. Eso o que estás engordando tanto que no cabes dentro de él para poder desvestirme—comento irónicamente sin dejar de mirar sus maravillosos y atractivos atributos.

—¡Pero qué graciosa te estás volviendo! Pues tú bien que no me has quitado ojo de encima mientras me quitaba el mono.

—Sería un sacrilegio apartar la vista cuando te muestran el producto gratis.

—¡Vaya! Así que te gusta el producto —responde Marcos tocándose sin disimulo todo el paquete—. Te aseguro que debajo de este envoltorio el producto es de la mejor calidad. Toca y verás. La mercancía es fresca, pequeña.

—Descarado. Que eres un descarado.

—Sí, seguro que soy un descarado, pero tú sigues sin apartar la vista del producto.

—No hay otra cosa a dónde mirar, listillo.

—Seguro que es eso —susurra aproximándose a mí—. Pues te aviso de que si sigues mirándome de esa manera, no tardaré ni dos segundos en tumbarte de nuevo en la mesa. Te aseguro que esta vez voy a ir muchísimo más despacio contigo, lamiendo y follando cada una de las partes de tu cuerpo hasta hacerte gritar mi nombre otra vez cuando te corras sobre mi boca y sobre mi polla.

Acto seguido, me cierra la boca con la mano y empieza a reírse al ver la cara de desconcierto que se me ha quedado con esta descripción tan detallada y clara de sus intenciones. Y no es para menos que me haya quedado así. Este hombre me desarma completamente cuando me habla con tanta franqueza. Es un descarado. Más directo imposible. Se me ha quedado la boca seca de solo pensarlo. A continuación y actuando como si no me hubiera dicho nada, se pone la camiseta blanca que había dejado sobre la mesa, luego coge los Levi's azules descoloridos que hay sobre el perchero, el jersey azul oscuro de cuello vuelto, se abrocha las botas y por último, se coloca la cazadora de piel negra. Con la seguridad que le caracteriza, se aproxima a la estantería y coge un casco negro y unos guantes que hay encima de un montón de papeles. Luego saca otro de una bolsa negra de tela del suelo. Me da el casco negro, el que tiene grabado el logotipo de la marca "Harley Davidson" en el lado izquierdo y él se queda con el que tiene grabado la silueta roja de un rayo en la parte trasera del casco.

Sindemorarnos más y tras dejarme sin palabras, salimos del taller completamente equipados para pasar lo que queda de tarde sobre la Harley con la idea de recorrer la costa hasta llegar a Nerja. Confieso que nunca me he montado en una moto con nadie

y ya menos en una Harley. Antes de llegar a nuestro destino, hemos pasado primero por mi casa para cambiarme de ropa y ponerme unos pantalones. Necesito ir cómoda y calentita por el camino. Hace mucho frío para ir en minifalda. Confieso que la sensación que he tenido al montarme en la moto es extraña y a la vez muy excitante. Estoy muy emocionada. Por el camino, todo pasa veloz a mi alrededor. Marcos se muestra muy prudente con la velocidad y no le da mucha caña. No porque no tenga ganas de hacerlo, no, ganas sí que tiene, sino porque antes de salir y tras montarme en ella, me he agarrado tan fuerte a su cintura que el muy listillo se ha mondado de la risa al verme así. Dice que le he apretado tanto la cintura que ni un cinturón de seguridad es más eficaz que mis manos. Tampoco el casco ha ayudado mucho. Me da unos golpecitos en él y me dice que me parezco a la hormiga atómica. Taladrándole con la mirada, le hago saber que si sigue así de risueño, me bajo de la moto y me voy en el autobús a mi casa. Tengo que admitir que me queda un poquitín grande, pero ¡qué voy a hacer! Es lo que hay. No soy tan cabezona como Álex para rellenarlo. Él sigue riéndose sin importarle nada mi amenaza. Le doy un empujón en la espalda con el brazo enfadándome más. Tras secarse los ojos con las manos de la pancada de reír que se ha dado a mi costa, me da un dulce beso en los labios. Desde esa posición, él sentado delante y yo detrás, extiende sus manos hacia mis piernas y me las caricia muy lentamente hasta llegar a mi trasero calmando cualquier posible protesta con este mimoso gesto.

18. Chocolaterapia

Llegamos a Nerja. Este precioso pueblo de la provincia de Málaga es muy conocido por “La Cueva de Nerja” llamada también “Catedral natural de la Costa del Sol” la cual fue descubierta por cinco jóvenes de la localidad de Maro sobre los años 50. Hoy es considerada como Monumento Histórico Artístico. Nerja también es famosa porque aquí se encuentra el antiguo castillo árabe medieval del siglo IX llamado por aquel entonces “Torre de las Guardas” y que hoy se le conoce en todo el mundo como “Balcón de Europa” gracias al Rey Alfonso XII que tras asomarse a él y contemplar sus maravillosas vistas hacia el mar Mediterráneo lo nombró, sin dudarlo, de esta manera. Cuando estamos aparcandola moto, Marcos me comenta que ya es casi la hora de cenar por lo que, nos dirigimos hacia un restaurante muy cercano al “Balcón de Europa”. Al terminar la cena, paseamos tranquilamente por las calles del pueblo cogidos de la mano y besuqueándonos a nuestras anchas. Me siento muy feliz en estos momentos. Todo se ha aclarado y de nuevo vuelvo a tenerle conmigo. Si no hiciera frío, nos hubiéramos acercado a una de las bellísimas calitas que hay por aquí cerca, para pasear por la fina arena de la playa mojándonos los pies. ¡Lástima! Estamos en pleno invierno por lo que no apetece mucho aventurarse con esta idea.

Así que, tras nuestro romántico y maravilloso paseo por Nerja como dos adolescentes enamorados, regresamos a mi casa para cumplir con lo prometido: Una noche loca de sexo, pero en este caso y volviéndome un poquito más osada, he decidido que las riendas del asunto, esta vez, las voy a llevar yo. Ya va siendo hora de que deje de estar tan verde con este tema y de que empiece a soltarme un poquito más la melena. Hay una cosa que me gustaría probar y esta noche es la ocasión perfecta para ello.

—¡Venga, túmbate! —le ordeno, mientras señalo con el dedo el sofá.

—¡Guau! Como está mi pequeña esta noche. Se ve que la sesión de esta tarde no te ha dejado muy satisfecha que digamos—responde Marcos permaneciendo aún de pie.

—Túmbate o me enfado.

—Tranquila, cielo. Tranquila. Sin prisas. Tenemos toda la noche para nosotros. Después del esprín de esta tarde en la oficina, nos vamos a tomar las cosas un poquito más despacio. ¿Una cerveza para ir entrando en calor?

—No. Ya tengo yo bastante calor para los dos, así que haz lo que te digo.

—Te has vuelto mandoncilla, ¿eh? —pregunta, intentando tocarme las manos.

Me retiró y le doy un manotazo para que se esté quieto.

—Voy aprendiendo del maestro. Túmbate o te quedarás sin el postre. Tú verás.

Esboza una sonrisilla muy traviesa mientras se echa completamente sobre el sofá.

—Ya está.

—No, mejor siéntate, por favor.

—Aclárate, cielo.

Se incorpora rápidamente, quedándose sentado a la espera de recibir nuevas órdenes.

—Bien. Ahora vamos a jugar un poquito.

—Me pongo...

—No. Quédate quieto, por favor. Sólo te moverás cuando yo te lo diga. Quiero probar una cosa contigo.

—Cielo, dale un poco más de fuerza a tus palabras. Si me lo pides todo con tanta educación, tu idea de parecer una chica mala no va funcionar. Venga. Dímelo con más caña. Que se note quién manda ahora mismo aquí.

—Marcos no me provoques y deja que lo haga a mi manera.

—Vamos, pequeña. Dame caña.

—Marcos, a mi manera.

—Vamos, ¿no te atreves?

—Bien. Tú lo has querido—replico ante su provocación, poniéndome seria al instante. Me inclino sobre él y le palmeo con rapidez y seguridad el muslo—. ¿Quieres caña, machote? Pues la vas a tener. Como que me llamo India que esta noche vas a tener caña. Reza, tío duro porque a partir de ahora vas a saber de lo que soy capaz de hacer contigo. Se terminó eso de “La dulce India” —le doy otro palmetazo con la mano en el lateral del muslo y sonrío—. ¡Qué buenorro que estás jodio! —le abro con decisión las piernas, me pongo entre ellas y toco ligeramente su interior rozando sus magníficos atributos con los dedos mientras él suspira de placer—. Buen paquete, sí señor. Te aseguro que antes de que me acueste esta noche te lo voy a comer y a fo.. follar enterito.—Marcos me mira completamente asombrado. Pensaba que no iba a ser capaz de hablarle como una chica mala y descocada y menuda sorpresita que se está llevando—. Tengo tanto apetito por comerme... por comerme tu... —¡Ay Dios! Lo tengo que decir. Tengo que soltarme la lengua totalmente— tu polla... que se me hace el chichi agua de solo pensarlo. Hummm... esta polla tiene que estar de muerte, puñetero. Llevo toda la maldita tarde pensando en ella. ¡Oh, sí toda la puñetera tarde desde que salimos del taller! —me paso la punta de la lengua muy despacio por el labio superior recorriéndolo de un extremo a otro. Me he soltado la melena hablando y ya no hay nadie quién me pare. Noto que a Marcos este lenguaje tan descarado le da mucho morbo—. ¡Dios! Desde que me bajé de la Harley no he dejado de estar chorreando. ¡Oh, sí! Estoy completamente chorreando solo de pensar en tu enorme polla dentro de mi boca—le toco, ahora sí, el abultado paquete por encima del vaquero sin abrirle la cremallera todavía. Me acerco y muerdo deliberadamente, por encima de la tela, a “Charlie XL”. Él jadea—. Estoy chorreando por ti, grandullón. Quiero comértela toda entera —le vuelvo a morder—. ¡Dios, qué buena tiene que estar! Quiero chupar y lamer esa puntita rosada—abro la cremallera del pantalón y meto la mano a través de sus bóxers tocando su protuberante erección. Marcos jadea varias veces.

—¡Jesús, cielo! —consigue decir Marcostragando saliva—. Ahora sí que me estás poniendo realmente cachondo. ¡Joder! Se me ha puesto bien dura con solo escucharte de hablar. ¡Cómeme todo lo que quieras, pequeña! Soy todo tuyo.

—No te muevas, machote que aún no he terminado contigo. En un minuto vuelvo.

—¿A dónde vas? Ni se te ocurra dejarme así.

—Tranquilo, que no tardo nada.

Me levanto del suelo y me dirijo rápidamente hacia la cocina y saco un cartón sin abrir de chocolate a la taza del frigorífico. Lo bueno de este chocolate es que ya viene preparado y listo para calentar y consumir. Abro una esquina con unas tijeras y vierto una cantidad considerable en un cuenco de cristal y lo meto en el microondas para calentarlo un poquito. Solo quiero que se atempere. Lo saco y lo pruebo con el dedo. ¡Humm! Delicioso y con la temperatura perfecta. Siempre he visto en las películas que en las escenas de sexo esto de untar chocolate por el cuerpo a tu pareja da muy buen resultado, así yo no voy a ser menos en probarlo. Empezar el juego con algo dulce y goloso me está excitando mucho. Con el cuenco de chocolate en una mano y un par de servilletas en la otra, me dirijo hacia el salón para empezar mi cometido. Marcos sigue en el mismo sitio donde lo dejé, pero esta vez sin nada ropa y con Bobo mirándole muy fijamente.

—Cielo, no es por nada, pero si el gato me sigue mirando así, se me va a bajar esto muy pronto —señala, moviéndose incómodo del sofá y mirándose la entrepierna—. ¿No podrías meterlo en algún sitio?

—¡Eh! Tío listo. ¿Te he dicho que hables o que te podías quitar la ropa?

—No, pero...

—¡A callar! Me voy a enfadar mucho si hablas tanto como una cotorra. Ahora mismo me ocupo de Bobo. Ni se te ocurra moverte otra vez de dónde estás, ¿entendido? Ni un milímetro.

—A tus órdenes, pequeña. Ni un milímetro.

Voy a la cocina de nuevo a toda pastilla, cojo una galletita, vuelvo al salón y se la pongo a Bobo en el hocico. Con la galleta lo atraigo hasta su cestita y se la pongo allí para que se entretenga durante un rato. Mi gato entra rápido a por ella. Cojo la cesta y la meto en el cuarto de baño cerrando la puerta. Me dirijo de nuevo al salón toda estresada y corriendo como una loca. Me paro frente a Marcos, respiro despacio y mentalmente intento situarme en la escena que había dejado pendiente. Tras relajarme un poco, me aproximo a Marcos, dejo el cuenco de chocolate y las servilletas cerca de él, me recojo el pelo con el pasador que tengo en el bolsillo del pantalón, me pongo a horcajadas sobre sus piernas y le beso en los labios de sopetón. Ya me he demorado demasiado, así que para qué esperar más. Estoy muy excitada y mojada. Estoy caliente. Le incito con la lengua a que abra sus labios mientras enredo mis dedos en su pelo. Al abrirlos, suelta un gruñido mientras invade su interior con impaciencia, chupando su lengua y bebiéndome la calidez su sabor. Me deleito unos segundos para continuar el recorrido por el cuello dándole pequeños mordisquitos. Suspiros de placer se escapan de su boca. Sujeto con fuerza sus manos a ambos extremos de su cuerpo y sigo besando y mordisqueando la piel de sus magníficos hombros. No me deleito demasiado en ellos porque los suspiros y jadeos de Marcos y la prominente erección de “Charlie XL” presionando mi entrepierna, me indican de que si no voy un poquito más rápido, seguro que se impacienta y no me deja terminar con todo lo que tengo planeado. Ya lo voy conociendo mejor y sé lo imprevisible que puede ser cuando se cansa de algo. Así que, sin perder más tiempo, cojo el cuenco de chocolate y con el dedo dejo caer unas enormes gotas directamente sobre su estómago. Me levanto de donde estoy y me pongo en pie. Le pido que abra un poco más las piernas y me arrodillo frente a “Charlie XL”. Lo dejo a un lado sin prestarle todavía la atención requerida y con la lengua lamo despacio esas gotas de chocolate que han caído sobre su piel. ¡Dios, qué dulce y que rico está! Todo el salón empieza a oler a chocolate. Esto es muy excitante. Él jadea más fuerte.

—Cielo, me estás matando.

—¡Chsss! No te muevas o te dejo como estás.

—Ni se te ocurra.

Le sonrío maliciosamente y prosigo la tarea derramando más chocolate por su piel, pero esta vez más cerca de sus atributos masculinos. El chocolate cae en gruesos hilos sobre el fino y negro vello que acuna su miembro y se desliza a continuación hacia los bien proporcionados testículos y sobre la tela blanca que cubre el sofá. Lamo por esta zona lentamente, pero sin pausa, intentando coger y tragarme todo el chocolate posible. Creo que no ha sido muy buena idea echarlo por esta zona. Estoy tragando más pelo que otra cosa. Tras varios intentos por quitarle con la lengua todo lo que puedo de chocolate y de sacarme varios pelillos de los labios, vierto un poco sobre toda la longitud de su verga sin llegar al glande. El chocolate está ahora más frío. Marcos jadea de nuevo. Agarra fuertemente con sus manos la funda del sofá y hace con ella un gurrño. Su respiración es cada vez más irregular. Agitada. Veo que traga saliva varias veces. Prosigo con lo mío lamiendo con mi lengua toda la extensión de su nabo. Me retiro y con la punta de la lengua lamio los restos de chocolate del labio superior de mi boca. ¡Riquísimo! Sinceramente, cada vez me siento más descocada y sumamente ansiosa por conocer otros horizontes del sexo. Empecé tardío, lo sé, pero ahora que estoy en ello estoy disfrutando como una verdadera ninfómana. Bueno también se debe a que él es un tío genial. Es muy cariñoso y me lo pone todo muy fácil. Gracias a Dios que es así, si no menudo chasco que me llevaría si fuera más brusco y poco considerado conmigo. He conocido el caso de una amiga que, desgraciadamente, no guarda un buen recuerdo de la primera vez que perdió su virginidad.

—Amor, dame un poco —me pideél, completamente excitado.

Me levanto y me acerco a sus labios. Marcos me coge de la cintura y me aproxima más hacia él. Lame mis labios concienzudamente hasta quitarme todo lo que puede de chocolate. Me retiro y me vuelvo a agachar poniéndome en el mismo lugar de antes. Esta vez, sin chocolate, chupo una y otra vez la punta de su verga como si fuera un chupa chups muy sabroso. Paso la puntita de mi lengua sobre la hendidura del glande estimulándolo aún más. Vuelvo a chupar y a mordisquear suavemente su pene, embriagándome con su sabor y su textura. Me encanta comérsela. Coger su polla en mi mano y lamerla me da un extrañío y curioso poder que ni en mis mejores sueños me podría haber imaginado que esto sería así. Es muy excitante, todo hay que decirlo.

—¡Hummm! Muy rico.

—Suficiente. Me toca.

—Marcos, quédate quieto. Todavía no he terminado.

—Ya lo creo que sí has terminado.

—No. ¡Quédate dónde estás ahora mismo!

—De eso nada. Me estás matando, amor. Si sigues así no me voy a poder controlar ni un segundo más y no quiero que esto se termine tan pronto.

—Pero...

—No.

Marcos me coge de la cintura y me coloca a su lado. Se levanta y rápido como un rayo me desviste completamente, cortando radicalmente cualquier posible sugerencia o idea que pueda tener para tratar de convencerlo. Por lo que, resignada, me dejo caer hacia atrás en el sofá con el anhelo de volver a chupar ese magnífico y bien proporcionado tentáculo. Me pide que me tumbe completamente boca arriba en el sofá. Le hago caso. Coge el cuenco de chocolate y directamente deja caer un hilo de crema desde mi garganta pasando por cada uno de mis pechos hasta llegar a la altura del vello de mi sexo. El contacto del chocolate sobre mi piel me estremece. Es una sensación extraña e interesante. Sigo muy excitada y con ganas de que me toque ahí abajo. Estoy cada vez más mojada y con un dolorcillo raro en la entrepierna. Quiero que me toque. Lo necesito. Él se arrodilla justo frente a mi cara y va lamiendo delicadamente todo la crema de mi garganta produciéndome escalofríos y placer al mismo tiempo al sentir su cálida lengua sobre mi piel. Se mueve un poco y sigue el camino trazado hasta llegar a la cúspide de mis pechos. Chupa con ansia los pezones repletos de crema y se relame los labios cuando termina con todo el chocolate de esa zona. Me aproxima a los labios su dedo cubierto de crema. Lo chupo entero hasta dejarlo sin una gota. Cierro los ojos deleitándome con su sabor. ¡Delicioso! Marcos me quita el dedo de la boca y continúa con su recorrido haciéndome jadear y gemir cuando se acerca al ombligo. Mete la punta de su lengua en el pequeño orificio despachándose a gusto.

—Grandullón... Te ne... ce...sito ya.

—Lo sé, amor, pero antes quiero terminar esto que he empezado y esta vez no me vas a parar.

—Grandullón...

—No. Hasta el final. Quiero comerme este lindoy precioso coñito relleno de chocolate.

—Marcos... por favor. Te necesito ahora.

—No, hasta que no te lo coma a gusto y a mis anchas. Te dije esta tarde que la próxima vez que te tumbara te iba a saborear tranquilamente, así que no.

—Grandullón...

Marcos me separa las piernas. No hace caso a mis súplicas y derrama chocolate sobre los pliegues abiertos de mi sexo. ¡Dios! ¡Qué cosquilleo y que sensación tan buena! Siento que no puedo esperar mucho más. La crema de chocolate ha hecho que me excite hasta más no poder y eso que ni siquiera me ha tocado todavía. Me voy a correr. Si no se da prisa en tocarme, no tardaré mucho en tener un orgasmo. Ya no puedo aguantar más. Marcos se coloca entre mis piernas y posiciona su cabeza frente a mi

vagina. Verlo así me pone a cien. Sentir su respiración cerca de mi vulva me hace jadear frenéticamente. ¡Dios bendito! Me voy a correr antes de que me toque. La punta de su lengua toca suavemente mi clítoris cubierto de chocolate. Levanta la cabeza y me sonríe. ¡Dios bendito! Es la sonrisa más hermosa que jamás he visto en este mundo. Tiene toda la boca cubierta de crema. Me corro. ¡Ay! Sí. Me corro. Lo siento por él, pero ya no puedo esperar más. El orgasmo llega con una fuerza tan devastadora que en pocos segundos exploto en miles de pedazos destrozando cualquier pensamiento cuerdo que en esos momentos pueda tener. No sé lo que ha hecho Marcos mientras he estado en ese limbo, aunque a decir verdad tampoco me importa demasiado. Solo sé que no le he dejado continuar con su cometido porque al llegar, he cerrado automáticamente las piernas. ¡Dios bendito! Es fantástico estar en esta estupendísima nube de algodón. Al cabo de unos minutos, los espasmos empiezan a remitir al igual que se hace más normal el ritmo cardíaco de mi corazón y de mi respiración y al final, como siempre, termino bajando del precipicio quedándome con todo el cuerpo completamente exhausto. Pasan unos segundos cuando siento que Marcos me abre de nuevo las piernas. Abro los ojos y veo que tiene otra vez la cabeza agachada sobre mi sexo. Sus dedos abren de nuevo los pliegues cubiertos de crema, introduciendo la lengua en el interior de mi vagina moviéndola igual que si fuera un reptil. Saca la lengua y lame todo mi sexo con dedicación y deleite. ¡Ay! Si sigue así va a hacer que me corra otra vez. Atrapa el clítoris cubierto de chocolate entre sus labios y lo succiona con avidez. Levanta la cabeza y me mira. Me toco instintivamente el botoncito objeto de su apetito y noto que éste ha crecido bastante. Parece un pene, pero en pequeñito. Siento como los pliegues de mi sexo también están henchidos del placer que me proporciona su boca. Me siento de nuevo muy caliente y con ganas de que me siga devorando sin piedad. Y lo hace. Ya lo creo que lo hace. Marcos aparta mi mano del clítoris y me sitúa el brazo a un lado de mi cuerpo. Sujeta con fuerza ambos brazos sobre el asiento del sofá, se acerca de nuevo a mi sexo y lo devora sin compasión. Sin misericordia. ¡Qué gusto! ¡Dios, qué gusto!

—Grandullón... Me voy a correr... otra vez si sigues... así.

—No te corras todavía.

—Marcos...

—¡Jesús, cielo es que estás deliciosa! No te corras. Dame un segundo.

Marcos se apresura en coger un condón de no sé dónde y se lo coloca rápidamente penetrándome al instante. Gemimos. En el momento en que lo tengo dentro, nos movemos sincronizando nuestros movimientos como delfines en el mar. El golpeteo incesante de sus testículos sobre mi pringosa piel, estimula y calienta todo mi cuerpo. ¡Es una gozada tenerlo tan dentro! Las penetraciones son intensas y profundas. Hasta el fondo. Marcos me susurra palabras groseras y calientes al oído. Esto me pone a cien. Siento que empieza a llegarme de nuevo ese cosquilleo que me indica que un nuevo orgasmo está al caer. Con los ojos abiertos, a petición suya e intentando mirarle todo lo que me es posible mirarle en estos momentos, le hago saber que me voy a correr en cuestión de segundos. Él sonríe mientras se inclina sobre mi cuerpo colocando los antebrazos a ambos lados de mi cuello. Continúa susurrándome más calientes y groseras palabras al oído si dejar de follarme. Mi respiración se acelera. Con la mirada puesta en él, siento otra vez esa conexión tan especial y única que nos une cuando estamos en un momento tan íntimo. Me besa en la frente. El vaivén de sus caderas intensifica ese temblor en mi interior. El segundo orgasmo se acerca. No puedo ni quiero pararlo. Me gusta cuando mi cuerpo se eleva de esta forma. Gritando su nombre, de nuevo me dejo ir alcanzando otra vez la cumbre de la montaña más alta del mundo. No sé si es el Kilimanjaro o los Alpes el lugar al que escalo. La cuestión es que subo como un rayo hasta allí sin que nada me detenga. Noto como Marcos se tensa al sentir mi orgasmo por lo que aumenta las embestidas. Mi cuerpo es un enorme

hervidero de sensaciones y de placer. Me corro como una loca, gritando su nombre sin parar una y otra vez.

—Me voy también, pequeña...

Estas son las últimas palabras que consigo escuchar bien porque mi mente está de nuevo en esa galaxia tan lejana y desconocida a la que suelo viajar desde que estoy con Marcos. Siento que me penetra fuertemente, suelta un gruñido o algo parecido a un gruñido creo, no lo sé con certeza y su cuerpo comienza a convulsionarse repetidamente sobre el mío. Esta vez, hemos viajado los dos juntos hasta alcanzar el nivel más alto del juego. Mi cuerpo se queda aparentemente sin vida por unos segundos, sumido en ese estado entre el sosiego y la plenitud. Pasado un tiempo, noto que él se retira de mi interior y me abraza con ternura. Con este simple contacto de piel contra piel, siento como los latidos de su corazón siguen todavía muy acelerados. Estamos pringosos de crema, además de sudorosos y como no, cansados. La funda blanca del sofá ha quedado irreconocible de tantas manchas abstractas de chocolate que tiene. Vamos para tirarla porque ni con el mejor quitamanchas se salva de la basura. ¡Menuda sesión de chocolaterapia hemos tenido esta noche! Intento levantarme, pero me doy cuenta de que no puedo mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Me encuentro totalmente agotada. Cierro los ojos intentado relajarme un poquito más. Tantas sesiones de sexo me cobran factura al final de la jornada. Al cabo de unos segundos, abro levemente un ojo. Veo que Marcos se separa de mi cuerpo y se pone de pie junto al sofá observándome. No le digo nada. Se inclina sobre mi cuerpo, me coge en brazos y se dirige hacia el cuarto de baño. Escucho maullar dentro a Bobo. Abre la puerta con dificultad y lo deja salir cerrándola a continuación con el pie. Me deja en el suelo sujetándome con una mano para que no me caiga. Me encuentro todavía sin fuerzas. Abre el grifo de la ducha, gradúa la temperatura, me mete en ella y si perder ni un minuto, me baña enterita. Ni rechisto. Al instante, ya está secándose todo el cuerpo y depositándose en la cama no sin antes darle, como una buena amante, un beso de buenas noches. Es que es mi grandullón es todo un caballero, todo hay que decirlo. No me puedo quejar. Solo él sabe como terminar perfectamente una maravillosa y placentera velada. Se dirige de nuevo al cuarto de baño y a partir de este momento... Bueno, en realidad no sé que pasa a partir de este momento porque me quedo completamente dormida en los brazos de Morfeo hasta la mañana siguiente.

19. La loca

Pasan los días y el alivio de no recibir esas fastidiosas llamadas anónimas es inmenso. Sé que tendría que haber cambiado de número antes de que Marcos se enterara de todo, pero la pereza de tener que empezar a movilizar mi agenda para que todos mis conocidos y familiares tuvieran el nuevo número podía más, lo reconozco. Aún así, todavía tengo que llamar a mi familia para que lo sepan. Reconozco que desde que Marcos y yo hemos hablado y lo hemos solucionado todo, me encuentro mucho más relajada.

Hoy, sábado por la mañana, promete ser un gran día. Mi sobrina Rosi se quedó anoche a dormir en mi casa. Nos acostamos bastante tarde ya que Marcos se quedó a cenar con nosotras. Tras la cena se lo pasó bomba con Rosi. Dice que es una niña encantadora. Jugaron hasta quedar rendidos. Irse a dormir a su casa es lo que más le costó hacer a pesar de que me dijo de que jamás volvería a dormir sola. Mi casita de cincuenta metros cuadrados solo dispone de una habitación por lo que forzosamente mi sobrina duerme conmigo. Es muy pequeña para acomodarla en el sofá. Temo que se caiga o que se levante llorando por la noche buscándome. Así que, no tuvo más remedio que marcharse no sin antes darme un beso largo y cariñoso de despedida bajo la atenta mirada de Rosi que no perdía detalle. Ni siquiera sus dibujos preferidos de la tele, ni los ronroneos de Bobo a su alrededor la hacían quedarse sentada en el sofá. No nos dejó ni a sol ni a sombra en esos momentos de intimidad.

Así que hoy, al levantarme, he procurado no hacer mucho ruido para no despertarla. Aún es temprano para ella. Cuando se levante y desayune iremos al circo para ver los payasos. Se lo prometí hace dos días y no puedo defraudarla. Mi hermana Pat también se ha apuntado al evento. Ayer me hizo una breve visita y quedamos en vernos hoy por la mañana. Cuando se fue, me acordé de que no le había dado el nuevo número de móvil. Bueno a ver si me acuerdo hoy y soluciono de una vez por todas este pequeño detalle.

Tras salir del baño, pongo la cafetera en marcha. Necesito un café para empezar el día con energía. Meto unas rebanadas de pan en la tostadora y espero a que se hagan. Cuando el pan está listo, refriego por encima un trocito de ajo, medio tomate fresco, un buen chorreón de aceite de oliva y una pizca de sal. El café ya está listo y las dos rebanadas de pan caliente también. En el momento en que me dispongo a hincarle el diente al pan, tocan el timbre. Refunfuñando, me levanto rápidamente de la silla no vaya a ser que despierten a mi sobrina cuando me he tomado tantas molestias en ser muy silenciosa todo el tiempo. ¿Quién podrá ser? Al llegar a la puerta giro la mirilla hacia un lado y miro. Una rubia de bote está al otro lado de la puerta. No recuerdo su nombre, pero la conozco. Era una de las tres chicas del grupo de micología. Me retiro extrañada preguntándome qué hace aquí en mi puerta. Vuelvo a mirar por si acaso. No cien veces como me dijo Marcos que hiciera, pero sí las suficientes como para asegurarme de que puedo abrir. El timbre vuelve a sonar y abro la puerta muy intrigada.

—¡Hola! ¿Habíamos...?

En ese momento y sin dejarme terminar de hablar, una mano me agarra con fuerza la parte superior del pijama al mismo tiempo que me da un empujón hacia atrás haciéndome retroceder hacia el recibidor, tropezando con la pelotita de goma de Bobo que hay en el suelo. Me sujeto contra la pared en un intento por mantener el equilibrio lo que hace que tropiece de nuevo, pero esta vez con el paragüero y hace que me caiga en redondo al suelo. Mientras tanto, ella aprovecha para entrar y cerrar la puerta rápidamente. Confusa y desconcertada, intento levantarme para echarla de casa. Se abalanza sobre mí poniéndose a horcajadas sobre mi cuerpo sin darme tiempo siquiera a reaccionar.

—¡Zorra! Te avisé que era mío. Mío. ¿Y qué es lo que se te ocurre hacer? Cambiar de número. ¡Ja, ja, ja! Cómo si con eso pudieras librarte de mí. Me has hecho enfadar mucho, estúpida.

Surisa chillona me produce escalofríos por todo el cuerpo. Se le ha transformado completamente la cara. Ahora parece un bruja de las malas de verdad. Está como ida de la cabeza. Me entra el pánico. Tengo miedo de que me haga daño.

—¡Suél...tame, estás... loca!

—Calla. ¿Te he dicho que puedes hablar? No. Así que te callas. Te lo dije. Te avisé que era mío. Marcos es mío. Solo mío. Te dije que no lo tocaras. Nadie puede tocarlo, puta. ¡Ah! Así que todo esto es por Marcos. Debí de haberlo sospechado todo este tiempo, pero ni se me pasó por la cabeza que ella fuera la autora de las llamadas anónimas. No lo sospeché porque la mañana del domingo en que estábamos desayunando en la casa rural, ella estuvo muy simpática conmigo. Si incluso me ofreció su ayuda cuando estaba en los brazos de Marcos después de ser atacada por el oso. ¡Dios! Pensé que solo estaba un poco desilusionada porque Marcos ya había encontrado pareja, pero ni en mis peores pesadillas me podía haber imaginado que esta tía estaba tan obsesionada con él. Por lo visto, no se lo quitó de la cabeza como me había hecho creer ese día la muy cretina. Entonces, ¿por qué fue tan amable conmigo? ¿Para no levantar sospechas?, pero si es así, ¿sospechas de qué si Marcos ya le dijo que no quería nada con ella? ¡Oh, dios! ¡Qué lío! Lo que si tengo claro es que Álex acertó de lleno con su teoría de que detrás de las llamadas había una mujer muy celosa y cabreada, pero esta tía va mucho más allá. Está completamente obsesionada con Marcos.

Lo más curiosode toda esta situación es que esta vez mi cabeza no se ha quedado en blanco y puedo hablar. ¡Puedo hablar! ¡Dios bendito! ¡Puedo hablar! ¡Esto es muy raro! Desde el día que me atacó el oso algo ha cambiado en mí que ha hecho que mi mente reaccione de otra manera. Tiene que ser el instinto de supervivencia porque otra cosa no se me ocurre que sea. Así que aprovechando esta nueva circunstancia, comienzo a defenderme lo mejor que puedo. Noto que mi cuerpo responde y eso me alegra porque ya tengo sus manos rodeando mi garganta con fuerza con la idea de estrangularme. Al instante noto que empiezo a perder aire. Me cuesta respirar. ¡Dios, bendito! Esta chiflada va muy en serio. ¡Está loca! Me va a asfixiar. Muevo las piernas desesperada hacia arriba propinándole un rodillazo en la cintura. Ella se queja, suelta una de las manos que presionan mi garganta y me tira del pelo hacia atrás dándome un fuerte cabezazo contra el suelo. El zumbido y luego el dolor del golpe me deja unos segundos fuera de lugar, atontada. Cuando consigo situarme de nuevo dónde estoy, vuelvo a retorcerme y a patalear con el fin de quitármela de encima. Como no puedo, intento agarrar su cara o su pelo con tal de poder levantarme y pedir ayuda. Tras varios intentos, consigo llegar hasta su rostro presionándolo fuertemente e inmovilizándolo durante unos minutos. Ella grita mientras yo sigo apretando. Gira rápidamente la cara hacia un lado lo que hace que mis dedos le arañen la piel haciéndole sangrar.

—¡Maldita puta! Ahora lo pagarás caro —contesta totalmente rabiosa y fuera de sí dándome un guantazo en toda la cara. El picor y el dolor me llega segundos después con el sabor metálico de la sangre. Me ha partido el labio la muy cerda.

—No... sigas, por favor. Hablemos.

—No hay nada de qué hablar.

—Pero..., pero ¿qué te... ha pasado? Creí que querías ser mi amiga.

—¿Tú amiga, zorra? ¡Ja, ja, ja! ¡Jamás! Jamás seré tu amiga. Interpreté bien mi papel ese día, ¿eh? Todo el mundo se lo creyó al dedillo. Soy buena. Muy buena. Menuda guarrilla que estás hecha quitándole el novio a todo el mundo. Te odio, puta. Te odio con todas mis fuerzas. Me has quitado lo que es mío. Te odio porque le comiste el coco para que no me quisiera. Te odio porque te sentaste a su lado. Te odio porque le

sonreías. Su sonrisa es solo mía. ¡Míaaa! Te odio por tocarle. Marcos es mío, solo mío zorra asquerosa.

—Sí, sí. Es... tuyo, pero... no entiendo por qué fuiste... tan amable... conmigo ese día.

—¡Cállateee! No quiero que hables más. Me das tanto asco que se me revuelve el estómago —me escupe en la cara y se ríe como si estuviera endemoniada. ¡Dios, qué asco! Ni siquiera puedo limpiarme esta asquerosa baba de la cara—. ¿No sabes por qué fui tan amable contigo? Pues para disimular tonta del culo. Para disimular. ¡Vas a lamentar lo que has hecho! ¡Ja, ja, ja! Ahora ya te tengo en mis manos. Eres una guarra y a las guarras hay que darles su merecido. No lo volverás a tocar jamás. ¡Jamás! Ahora soy la dueña de él. ¡Ja, ja, ja! Todo estaba funcionando perfectamente hasta que tú lo has estropeado con tu estúpida idea de cambiar el número del móvil. Sólo quería avisarte para que te asustaras y dejaras de verlo, pero no... tú has continuado viéndolo sin hacerme caso. Lo vas a pagar muy caro putita. Marcos respirará tranquilo cuando te quite de en medio. Juntos nos iremos a otro sitio a vivir y seremos muy felices.

—Me... me estás... haciendo daño —consigo decir a duras penas. Esta tía ha perdido la cabeza por completo.

—¿Daño? Daño el que tú me has estado haciendo durante todo este tiempo, zorra.

Tiene mucha fuerzala muy puñetera. No sé de donde las saca con lo delgaducha que es. Doy manotazos al aire con el objetivo de que algunos lleguen a su cara. No lo consigo. Desesperada vuelvo a intentarlo y nada. ¡Dios quiera que mi sobrina no se levante! ¡Dios mío que Rosi no se levante de la cama! Tengo miedo de que le haga daño también.

—Por favor, si me dejas en paz te juro que no avisaré a la policía.

—¿A la policía dices? ¡Ja, ja, ja! Pues sí que eres tonta. Te lo voy a decir bien claro, putita. Me importa una mierda la policía. Es más, mira como me río de ella. ¡Ja, ja, ja! La policía no me puede hacer nada. ¿Me oyes? Nada. Tengo quién me guarde las espaldas en el queridísimo cuerpo de policía. Ninguno de ellos puede tocarme. ¿Me oyes? ¡Nadie puede tocarme! De todas maneras no vas a tener tanta suerte cómo para avisarles.

—¿Qué vas a hacer? Te juro que no volveré a... a ver a Marcos. Te lo juro. Es todo tuyo.

—Demasiado tarde. Ya es demasiado tarde. Tienes que morir.

—¡Qué... qué dices! ¡Estás loca!

—¡Cállate!

—¡Suéltame, suéltame!

—¡Te he dicho que te calles! —grita, cada vez más enojada mientras presiona de nuevo mi garganta con las dos manos.

Muevo los pies y los brazos al mismo tiempo intentado liberarme de su agarre. Intento quitar sus manos de mi garganta. Me falta el aire. Me ahogo. Tiene su rostro a escasos centímetros del mío. Me estremezco al sentir en la mejilla su aliento. En medio de este forcejeo, escucho sonar la melodía de mi móvil. De repente un atisbo de esperanza entra en mi mente. Tengo que quitármela de encima como sea para pedir auxilio. Tiro con fuerza de sus manos. La muy puñetera me tiene bien cogida. ¡Maldita sea! La visión se me está nublando. Aire, necesito aire. Vuelvo a escuchar otra vez la melodía de mi móvil acompañada de la vocecilla de mi sobrina Rosi llamándome desde la habitación. Aire. Necesito aire para respirar. La voz de mi sobrina es cada vez más lejana en mis oídos, pero sé que me sigue llamando. Me voy a morir si sigo así. De repente, noto que sus manos aflojan mi garganta y que las retira de ella. Suspiro y respiro ahogadamente tosiendo. Me tiembla todo el cuerpo. No me da tiempo a reponerme cuando vuelve a atacarme cogiendo mi cabeza con ambas manos golpeándome fuertemente contra el suelo. Puntos amarillos aparecen ante mis ojos al

instante, acompañados de un tremendo dolor en la nuca. Un calor repentino recorre todo mi cuerpo dejándome apenas sin respiración. Intento levantar la cabeza, pero no puedo. Me da vueltas. Cada vez hay más puntos amarillos en mis ojos. Estos inundan mi cabeza como si fuera una plaga. Intento levantarme de nuevo y en el intento los puntos amarillos se convierten en negros. La oscuridad se cierne sobre mí y me dejo llevar a través de ella.

20. Vuelta a la vida

Oigo voces, susurros a mi alrededor. Abro ligeramente los ojos y una luz cegadora me da de lleno en ellos. ¡Una luz! Entonces, ¿significa que he llegado al tan ansiado y esperado paraíso celestial del que todo el que está a las puertas de la muerte sueña con entrar? ¿Estoy muerta? Sí, tengo que estarlo porque borrosamente veo a dos ángeles blancos pululando a mi alrededor sin dejar de tocarme. Me molesta lo que me hacen. Otro ángel más bondadoso me coge de la mano mientras la acaricia suavemente y me susurra algo al oído.

—Ángel—susurro a su vez. Me duele la garganta al pronunciar estas palabras. Esa luz blanca me molesta demasiado en los ojos. No consigo ver bien lo que me rodea. Todo está borroso.

—Indi... —me llama el ángel bondadoso sin soltarme la mano. Su voz es muy lejana.

—Ángel —vuelvo a susurrar mientras cierro de nuevo los ojos. El sueño me atrapa y no me deja levantar los párpados.

Alguien murmura algo. Siguen tocándome sin dejarme en paz. Solo el ángel bueno me acaricia suavemente la mano sin hacerme daño.

—Indi, amor. Abre otra vez los ojos, por favor.

¿Amor? ¿El ángel me ha llamado amor? No puede ser que un ángel me llame amor. Tengo que estar en otra parte del universo y no en el paraíso celestial. No creo que los ángeles llamen amor a los que se han muerto. Escucho más murmullos a mi alrededor. Cada vez son más altos e ininteligibles. Vuelvo a abrir ligeramente los ojos y muevo la cabeza. Un intenso dolor me llega sin avisar en la nuca, paralizándome de golpe todo el cuerpo.

—¡Ay!

—Tranquila. No te muevas.

—Me duele.

—Tranquila. Mírame.

—¿No estoy en el paraíso?

—No, cielo. No estás en ningún paraíso.

—Pero... eres un... ángel.

—No, no soy un ángel.

—Pero... Yo he visto a dos ángeles.

—Sí, cielo seguro que has visto a dos ángeles por aquí. Tranquila, has sufrido un fuerte golpe en la cabeza.

—Había ángeles aquí.

—Pequeña, las únicas personas que pueden parecerse a los ángeles son las enfermeras que llevan batas blancas y que han cuidado de ti en todo momento.

Tras unos minutos en silencio, vuelvo a cerrar los ojos. Estoy muy cansada.

—No, cielo, no los cierre todavía.

—Ángel —susurro al abrirlos de nuevo y ver que sigo viendo un borrón blanco frente a mí.

—No amor, no soy ningún ángel. Soy Marcos. ¿Me recuerdas?

—¿Marcos? —murmuro parpadeando varias veces. El borrón blanco se hace cada vez más nítido. Parpadeo un poco más hasta que unos ojos azul oscuro aparecen frente a mí expectantes y seriamente preocupados.

—Sí, cielo. Soy Marcos. Estás en el hospital.

—Marcos.

—Sí. Soy Marcos —vuelve a repetirme él. Su insistencia me hace recapacitar.

—Claro. Eres Marcos.

—Eso es, amor. Soy Marcos. ¿Cómo te encuentras?

—Mal. Me duele la cabeza.

—Indi, soy Pat. Tu hermana. ¿Me recuerdas a mí también?

—¿Pat? —pregunto bajito tocándome con la mano la garganta —. Claro. Como no voy a acordarme. Mi queridísima hermana Pat.

—Sí tuqueridísima hermana Pat —contesta ella sonriendo.

Lapaulatina conversación que voy manteniendo con ellos hace que me vaya espabilando poco a poco del letargo en el que estoy sumida. Siento todo mi cuerpo como dormido. Pat y Marcos siguen mirándome muy fijamente como si fuera una cobaya de laboratorio en pleno proceso de investigación. Me encuentro tumbada de lado. En la muñeca tengo puesto una gomita transparente con una gasa pegada con esparadrapos. Me imagino que será suero o algo así.

—Tengo... tengo que estar a las puertas de la muerte para que estés aquí, Pat.

—No te hagas ahora la graciosa, Indi que nos has dado a todos un susto de muerte.

—¿Tan grave estoy?—pregunto tocando con cuidado el vendaje que tengo detrás de la cabeza—. Lo digo porque con la alergia que le tienes a los hospitales, tengo que estar muy grave para que estés aquí conmigo.

—No. No estás grave, gracias a dios. Solo tienes un buen porrazo en la cabeza. Eso es todo. Si he entrado en el hospital es porque contigo he hecho una excepción, así que considérate afortunada. A ver... Dime cuantos dedos ves aquí —pregunta mi hermana, alzando dos dedos de una mano.

—¡Pat! No los muevas y te lo diré.

—Todavía no estás bien del todo, Indi. No los he movido, así que descansa un poquito más. Estás muy desorientada todavía.

—Los has movido, Pat. Puede que esté algo aturdida, pero no soy tonta. ¡Deja de mover los dedos, por favor!

—Bien. Eso es todo lo que quería oír. Te has rebelado un poquito lo que me confirma que sigues siendo la misma de siempre y de que no has perdido la chaveta todavía.

—¡Pat!

—Vale, vale, solo estaba bromeando. Después del susto que nos has dado, un poquito de humor no le hace mal a nadie, ¿no? ¿Recuerdas qué ha pasado?

—Sí, aunque lo tengo todo un poco confuso. Recuerdo abrir la puerta y después recuerdo que me tenía agarrada por la garganta y que ... algo... algo sonó en mi cabeza y ya no recuerdo nada más. ¡Pat! —grito, al tiempo que el dolor en mi garganta se pronuncia intentando levantarme de la cama al recordar a mi sobrina. Marcos y mi hermana, inmediatamente me sujetan de los brazos y me hacen retroceder de nuevo hacia atrás tumbándome de lado en la cama —. ¡Ay! Mi cabeza. La... la princesita. ¡Pat! La princesita. ¿Dónde está? La dejé dormida en mi habitación.

—Tranquila, tranquila. Rosi está bien. Muy asustada, pero bien. Ahora está con Laura. Gracias a Rosi, Marcos pudo llamar a los servicios de emergencia.

—¿Rosi?

—Sí, Rosi. Cuando la encontraron, estaba llorando sentada a tu lado con Bobo entre sus rodillas y el móvil en el suelo. ¡Qué lástima de nuestra princesita, Indi! Lloró aún más, cuando te pusieron en la camilla y te metieron en el ascensor. Se aferró tanto a tu brazo que no había manera de que la niña te lo soltara.

—¿Quién me encontró? —pregunto tragando saliva por el esfuerzo e inquieta por esta revelación.

—Marcos y su hermano Álex. El 061 y yo llegamos al mismo tiempo unos cinco minutos después. Álex se llevó a Rosi a casa de Marcos mientras Laura y Raúl llegaban para recogerla. Bobo está con Rosi. ¡Menudo susto que me llevé cuando los enfermeros paraban en tu planta y se detenían en tu puerta! Se me aceleró el corazón en un segundo. Lo que menos me esperaba era verte tumbada en el suelo desangrándote. ¡Se me cayó el alma al suelo, Indi cuando te vi así! Bueno... en fin... Ahora todo pasó y lo importante es que estás bien. La princesita nos contó, a su manera claro porque tú

ya sabes cómo es ella cuando empieza a hablar, que te estuvo llamando cuando se levantó de la cama y al ver que no ibas a recogerla pues que abrió la puerta del dormitorio y se fue en tu busca. Dice que te vio en el suelo tumbada y que creía que estabas jugando a “Hacerse el muerto”, pero cuando se dio cuenta de que no te levantabas y que había sangre en el suelo pues que pensó que te habías hecho una pupa muy grande y que necesitabas que alguien te la curara. Ella dice que cogió el botiquín de primeros auxilios que tienes en el baño para curarte. No sé como lo cogió de lo alto del armario, Indi, pero cuando Marcos se la encontró llorando en el suelo lo tenía completamente abierto a su lado.

—Pero, ¿por qué fuíste a mi casa? —pregunto a Marcos. Está muy tenso y no ha dejado de acariciarme la mano. Parece como si estuviera conteniendo todas las emociones en algún rincón de su cabeza porque solo logro ver esa tensión en su cara a través de la vena de su cuello que parece que le va a estallar.

—Te estuve llamando al móvil, amor. Te estuve llamando durante un buen rato. Me inquieté mucho porque no lo cogías. Así que en el último intento, Rosi lo cogió y me explicó llorando que estabas en el suelo y que te habías hecho una herida muy grande, pero que ella no sabía donde la tenías porque tú tenías los ojos muy cerrados y que no se lo querías decir. ¡Dios, Indi! En ese momento, supe que te había pasado algo grave y salí disparado del taller y me vine directo hacia tu casa. Álex se vino conmigo. Cuando llegamos, la puerta estaba ligeramente abierta y se escuchaba a Rosi de llorar y de hablar muy bajito. Se me rompió el corazón cuando abrí totalmente la puerta y la vi allí contigo en el suelo poniéndote tiritas en el pelo, en la cara y en los brazos. Había un charco de sangre alrededor tuya y todo el algodón que había en la bolsa estaba desparramado por el suelo. ¡Uf! Me volví loco cuando te vi así. Intenté coger a Rosi para llevármela de allí, pero ella no quería apartarse de ti. Lloraba tanto que hasta que no vinieron los del 061 no nos la pudimos llevar a mi casa.

—Vaya—es lo único que consigo decir. Tengo un nudo tan grande en la garganta que durante unos minutos me he quedado sin palabras.

Tengo ganas de llorar por todo lo que me está contado. Mi preciosa princesita. ¡Ay mi princesita! Tengo ganas de abrazarla y de darle un millón de besos.

—Por cierto —dice mi hermana muy seria interrumpiendo la conversación—. Se te olvidó darnos tu nuevo número de teléfono y mamá está que trina contigo por eso. Si no llega a ser por Rosi todavía estarías en el suelo desangrándote.

—¿Dónde... dónde está mamá? —pregunto tocándome de nuevo la garganta y mascullando una maldición por el dolor.

—Abajo en la cafetería. Papá se la ha llevado para que se tome una tila y se tranquilice un poco. Está muy nerviosa. Ya sabes cómo se pone ella con estas cosas. ¿Te duele mucho?

—Sí.

—Tómame este calmante. La enfermera nos dijo que cuando te despertaras te lo diéramos ya que te encontrarías muy dolorida —responde mientras me da una pastilla con un vaso de plástico blanco lleno de agua—. ¡Ah! Laura vendrá más tarde con Rosi para verte. Dice que la niña no para de preguntar por ti.

—Estupendo. Tengo muchas ganas de verla y de darle un beso.

—Indi, ¿sabes quién te ha golpeado? —pregunta muy serio Marcos.

—Sí aunque no recuerdo su nombre. Sé que es una de las chicas del grupo del micología.

—¿Cual?

—La que no tenía ni tatuajes ni piercing.

—¿Sofía?

—No sé si la chica rubia se llama Sofía, Marcos. Solo sé que la que me atacó es una de las tres chicas del grupo. Tiene el pelo largo y muy rubio y sus ojos son marrones.

Es la chica que te miraba mucho en la finca.

—¡Joder! Esa es Sofía. No me lo puedo creer. Esa tía está como un reverenda cabra. Si la llego a pillar allí, te juro que la mato.

Marcossuelta mi mano rápidamente, me da un ligero beso en los labios y se marcha de la habitación sacando el móvil del bolsillo del pantalón al cerrar la puerta de la habitación.

—¿Necesitas algomás?

—No, Pat. Nada. Solo quiero descansar. Me encuentro un poco mareada y tengo mucho sueño.

—Bien, descansa. Me quedaré aquí hasta que te despiertes. Ya me contarás más adelante los detalles de lo que hay entre Marcos y tú. No te lo voy a dejar pasar, ¿sabes? No me habías dicho nada, Indi. Me he tenido que enterar por Marcos porque lo he acibillado a preguntas. Ni siquiera Laura sabía nada y eso que ella se entera muy rápido de todo.

—Pat. Solo llevamos poco tiempo saliendo. No tenía intención de ocultártelo, solo quería estar lo bastante segurade que esta relación marchaba bien antes de decírtelo. ¿Rosi no os ha dicho nada?

—¿La princesita? No.

—Qué raro. Me ha visto con Marcos varias veces. Pensé que se lo contaría a Laura.

—ALaura no le ha dicho nada, si no ya nos hubiéramos enterado hace tiempo. De todas maneras ya da igual. Ahora duerme un poco. No estoy muy segura, pero puede que mañana por la mañana te den el alta. Te han echado bastantes puntos en la cabeza y te han hecho pruebas de todo tipo. Todas han salido bien, pero quieren tenerte en observación hasta que el médico te dé el visto bueno.

—¿Qué hora es?

—Son lasseis y media de la tarde. Llevas desde esta mañana inconsciente. Te juro que jamás en mi vida lo había pasado tan mal, Indi. Cuando has abierto los ojos y has empezado a hablar, el corazón me ha dado un vuelco de la alegría tan grande que me he llevado. Y ya no digamos de tu amorcito. Lleva toda la mañana volviendo loco al personal del hospital. Hasta que no han terminado de hacerte todas las pruebas y estas han salido bien, no se ha quedado tranquilo. Este hombre es puro nervio.

—Entonces, ¿estoy bien?

—Sí. Eso es lo que nos has dicho el médico que te ha atendido. Te han puesto bastantes puntos en la cabeza porque te han dado un buen porrazo, pero afortunadamente no es grave. Así que no te preocupes. También nos ha comentado que las marcas del cuello y el dolor de la garganta desaparecerán en una semana aproximadamente.

—¡Ah! ¿Y a dónde ha ido Marcos?

—Por su forma de reaccionar, deduzco que a llamar a la policía para contarles que esa loca es la responsable de lo que te ha pasado. ¿Le habías hecho algo? Lo digo porque me cuesta creer que tú le hagas algo malo a nadie, Indi. Casi te mata.

—No. Nada. Ni siquiera la conocía. Me la presentaron en el grupo de micología, pero nada más. Intercambiamos unas palabras, pero nada más —contesto dando un bostezo—. Está completamente obsesionada con Marcos. Tengo miedo, Pat. Si se entera de que sigo viva puede volver a intentarlo.

—De eso nada. Ahora relájate un poquito porque nadie te va a tocar ni un pelo otra vez. No deberías hablar más, Indi. Te esfuerzas demasiado en hacerlo y eso solo hace que te duela más la garganta.

—Ni siquiera Marcos tuvo ningún tipo de relación sentimental o de rollete con ella. Ella misma se ha montado una historia ficticia en su cabeza obsesionándose con él hasta el punto de llegar a agredirme. Me dijo que me iba a matar, Pat. Esa era su intención.

Matarme.

—Bueno, pues ahora no tienes que preocuparte por nada. Pondremos una denuncia en comisaría. Esa loca no va a irse de rositas sin pagar las consecuencias de lo que ha hecho. Ahora descansa.

—Pat. Me dijo que nadie en la policía podía tocarla y que... que tenía muy bien guardadas las espaldas. Creo que tiene influencias o algo así en la policía.

—Eso ya lo veremos. Nosotros nos ocuparemos de todo. Hablaré con Marcos sobre lo que me has dicho. Tienes a toda la familia apoyándote, Indi así que ahora duérmete un ratito porque no te vamos a dejar ni un solo segundo sola hasta que esa loca esté encerrada en la cárcel. Ni la policía ni nadie nos va a detener hasta que se haga justicia y la detengan por agresión e intento de asesinato —señala, acariciándome los dedos de la mano con el objetivo de tranquilizarme.

Cierro los ojos y hago caso a mi hermana. Tengo que relajarme y dormir. Todos están cuidándome. Tanto hablar me ha agotado excesivamente y no soluciono nada quejándome y esforzando más la garganta. Al cabo de unos minutos, escucho la puerta abrirse de nuevo.

—¿Está dormida? —pregunta muy bajito Marcos.

—Sí. Marcos tenemos que hablar. Indi me ha dicho algo que me ha dejado muy mosca sobre esa loca.

—Marcos —susurro abriendo los ojos cuando noto su mano caliente acariciar suavemente la mía—. No te vayas. Tengo miedo.

—Tranquila, amor. No me voy a ir a ningún sitio. Te prometo que ella no se acercará a ti nunca más. Removeré cielo y tierra si hace falta para que la detengan y la metan en la cárcel. Ya he hablado con la policía. Vendrán a hacerte unas preguntas más tarde, pero no te asustes ¿vale? Son preguntas rutinarias.

—Sí.

—Hola preciosa —saluda muy serio Álex—. ¿Cómo estás?

—Regular. Tengo mucho sueño y estoy muy cansada. Me duele un poco la cabeza. Álex... Gracias por cuidar de Rosi —contesto dando otro bostezo.

—No es nada, preciosa. Lo que sea por mi chica preferida —responde, mientras se acerca a mi oído—. Cuando estés mejor necesito que seas toda oídos conmigo, ¿vale?

—¿Toda oídos? —pregunto sin comprender a qué se refiere.

—Sí, toda oídos. Necesito hablar contigo sobre un problema que tengo. Eso si todavía sigue en pie tu oferta.

—Claro.

—Bien. Ahora descansa.

Álex me da un ligero beso en la mejilla, me guiña un ojo y se retira de la cama. Los párpados se me cierran, ya no puedo mantenerlos por más tiempo abiertos. Me dejo llevar por las caricias de Marcos y por el silencio que ahora reina en la habitación mientras me voy quedando dormida pensando cómo demonios se va a resolver todo este asunto mientras la loca de Sofía anda libremente por Málaga.

21. El consejo familiar

Bien, pues las cosas no se han resuelto tan bien como esperaba. Solo una cuestión ha salido positiva de las dos que tenía en mente.

En primer lugar, mencionaré a la parte buena y agradable. Lo positivo es que esta mañana, el médico que me ha reconocido me ha dado el alta en el hospital, informándome de todo lo que debo de hacer hasta que me quiten los puntos de la cabeza. Tengo que visitar a mi médico de cabecera para ponerle al corriente del suceso y darme de baja a continuación mientras me recupero en casa. Tras esta información, salgo del hospital acompañada por mis padres y por Marcos y nos vamos directamente a su casa para que mis progenitores puedan charlar y conocer algo mejor a mi pareja. Hemos ido a su casa porque todavía no me atrevo a cruzar la puerta de la mía. Quizás en un par de días se me pase todo este miedo que se ha creado en mi mente y me atreva a pisar el lugar de los hechos para dar por zanjado este fastidioso asunto. Mientras tanto, Bobo y yo nos quedamos a dormir en casa de Marcos.

Y en segundo lugar y esta es la parte menos agradable, la policía se ha puesto inmediatamente en contacto con nosotros comunicándonos que Sofía, alias “La loca” como así la llamo ahora, ha desaparecido. Sí. A desaparecido. Se ha esfumado. Los agentes fueron a su casa para detenerla e interrogarla posteriormente en la comisaría, pero cuando entraron en el interior de la vivienda, no la encontraron. O sea, que se ha pirado y en estos momentos se encuentra en paradero desconocido, por lo que está en busca y captura. ¡Mi gozo en un pozo! Pensaba que tras detenerla la pondrían de inmediato en el calabozo mientras se decidía el día en el que se celebraría el juicio y su posterior condena. ¡Qué desilusión, dios mío, que desilusión! Esta situación no hace más que meterme más miedo en el cuerpo. Hasta que no la detengan no podré dormir tranquila por las noches. ¡Lo que me faltaba ya!

Dos días más tarde, nos enteramos de que Sofía padecía graves trastornos mentales y que estuvo ingresada unos meses en un centro. Desconocemos el nombre. También sabemos que estaba en tratamiento y que últimamente había mejorado mucho. Ahora mismo, dudo mucho de esta supuesta mejoría. Otra de las cosas de la que nos hemos enterado, es de que es la hija de uno de los Inspectores de Policía del cuerpo, de ahí que ese día se jactara tanto delante mía sobre que tenía las espaldas muy bien cubiertas y de que nadie podía hacerle nada. Toda esta información la hemos recibido porque Marcos ha indagado un poco más a través de un amigo que tiene en la comisaría el cual le ha facilitado estos datos discretamente. Según parece, su padre ha dejado momentáneamente el cuerpo debido a todo lo ocurrido. Su familia desconoce su paradero. Hay una pregunta que me ronda la cabeza y que no consigo dar con la respuesta. ¿Cómo sabía ella mi número de teléfono y mi domicilio? ¿Cómo? Solo se me ocurre pensar que alguien de la policía le facilitara mis datos personales porque otra cosa no se me ocurre. En fin, todo esto es un misterio. Un misterio que no se desvelará hasta que la detengan y la metan en la cárcel o en algún sitio especializado para tratar a este tipo de personas con trastornos mentales o lo que sea que tenga ésta loca.

A lo largo de la semana he recibido numerosas visitas, entre ellas las de mi compañera de trabajo y amiga Silvia, de Marisa, de Nicolás y las de Teresa, la guía del grupo de micología y Begoña, la mujer de Federico. He recibido la visita de estas dos últimas personas porque Marcos el día anterior estuvo hablando por el móvil con Teresa ya que ésta quería que le confirmáramos nuestra asistencia al museo de Iznalloz (Granada). Marcos le contó que de momento no lo sabía porque yo me encontraba convaleciente y le narró todo lo que me había pasado dejando a Teresa completamente cuajada con la

noticia.

Al verme Teresa en este estado cuando las he recibido en casa de Marcos, me da un beso y un sincero abrazo y me dice, con su habitual y chispeante voz, que soy una chica muy afortunada porque tengo más vidas que un gato y que en cuanto me reponga totalmente de este incidente, ella cuenta con nosotros para ir a Iznalloz ya que todavía no he tenido la oportunidad de recoger hongos en la sierra y que esta vez, me asegura ella, nos lo vamos pasar muy bien. Mientras charlamos tomándonos el café que Marcos ha preparado, ha sido Begoña la que ha resuelto la pregunta que tanto me he hecho estos días o al menos ha sido ella la que le ha dado otra solución al tema: ¿Cómo sabía Sofía mi número de teléfono y mi domicilio? Begoña comenta que la noche que estábamos todos reunidos en el comedor de la casa rural, recuerda perfectamente la conversación que mantuvo conmigo. Recuerda perfectamente que estuvimos hablando sobre la coincidencia de que su hermana Noemí viviera justamente debajo de mi casa. Concretamente en el octavo piso y recuerda también que me pidió mi número de teléfono. Por lo visto, esa noche Sofía estaba sentada a su lado y Begoña asegura que tuvo que escuchar toda la conversación que mantuvimos porque se dio cuenta de que no me quitaba ojo de encima cada vez que yo hablaba. Tuvo que escuchar, con pelos y señales, donde vivo y anotar mentalmente mi teléfono. Así que, si esto ocurrió de esta manera o sucedió a través de algún contacto de la policía que le facilitó mis datos personales, eso no lo sabré hasta que la localicen.

Cuando Teresa y Begoña se marchan, me quedo sentada en el sofá muy pensativa. No me siento con ánimos para ir a Iznalloz. Hasta que no se me cure la herida de la cabeza y el médico de cabecera me dé el alta, de casa no me muevo. Me da miedo que pueda encontrármela en algún sitio y vuelva a hacerme daño. Así que el viaje a Iznalloz queda descartado y tras hablarlo con Marcos, se lo hacemos saber a Teresa. Marcos tampoco lo está pasando muy bien. Desde lo ocurrido con Sofía, ha vuelto a estar poco comunicativo y sí muy protector y controlador conmigo. Esta actitud suya me preocupa mucho porque su carácter se está volviendo cada vez más agrio. No sé qué hacer para ayudarlo ya que no me encuentro en mejor estado que él. Me siento impotente, vacía, con los ánimos por los suelos y completamente asustada. Esta situación está afectando a nuestra relación. Nos enfadamos por cualquier cosa.

Pasan los días y las semanas y sigo con este estado tan deprimente, a pesar de que hoy el médico de cabecera me ha dado el alta. Con bastante reticencia, he vuelto a pisar mi casa. He sacado fuerzas, no sé de donde, para empezar a mentalizarme en proseguir con mi vida de la mejor forma posible. Lo intento, pero a veces las fuerzas me fallan y me pongo a llorar desesperadamente. Intento que Marcos no me vea cuando estoy así. Sé que a consecuencia de esto he adelgazado algunos kilos. A parte de mi estado de salud, sigo sin tener noticias de "La loca de Sofía". Un pensamiento cruel cruza por mi mente cada día que me levanto de la cama: ¡Ojalá que le haya pasado algo y que cuando la encuentren esté bien muerta! Sacudo mentalmente la cabeza varias veces porque no quiero dejarme de llevar por este tipo de pensamientos tan negativos, a pesar de que esa sería la solución perfecta e idónea a mi problema ya que, hasta que no la localicen estaré con el alma en vilo cada segundo, cada minuto y cada hora de mi preciosa vida sin conseguir algo de paz en mi interior. Marcos duerme todas las noches conmigo. Él dice que de mi vera no se despega. Ya no tenemos esos días de sexo tan buenos y apasionados. El sexo ha quedado relegado en un rincón. En fin, de momento esto es lo que hay. Mucha rabia, impotencia, silencios, tensión, control y... nada de sexo.

Esta tarde, para no variar, tengo compañía masiva en mi casa. Los cuatro juntos nos están sacando de nuestras casillas si siguen emperrados en lo mismo. Marcos me mira desesperado y abatido sin saber qué hacer con ellos. Se cruza de brazos capeando el chaparrón verbal al que estamos siendo sometidos. Nos han acorralado en el sofá del

salón y no hay manera de que nos dejen en paz.

—¡Joder! Así no podéis seguir. Esto está tomando un rumbo mu chungo. Parecéis dos monjas enclaustradas de por vida en este pequeño convento—nos advierte irónicamente Álex señalando con la mano todo el salón de mi casa.

—Álex, por favor, no nos destú también un sermón que ya estamos cansados de tanta monserga—replico, resoplando y echando la cabeza hacia atrás sobre el respaldo del sofá intentando calmar las ganas de patearles bien fuerte el trasero a cada uno de ellos y de echarlos de casa.

—Indi, no son monsergas —protesta mi hermana Laura sentada junto a la cristalera que da acceso a la terraza—. Nos tenéis muy preocupados. Entiendo perfectamente todo lo que has pasado y entiendo que tengas miedo y que necesites un tiempo para ir recuperándote poco a poco de esta situación, pero tu negativa a salir completamente de casa, exceptuando ir al trabajo, me parece que es algo exagerado. Marcos, tú tampoco haces mucho por animarla. Te encierras en tu concha como mi hermana y adiós muy buenas. Los demás sufrimos cuando os vemos así. El problema no se va a resolver escondiéndoo de esta forma en casa. Tenéis que salir.

Laura. Mi queridísima hermana Laura dándome consejosa estas alturas de la vida. Me tienen todos harta y ya no digamos a Marcos. El pobre ya no sabe dónde meterse. No se pueden ni imaginar por el infierno por el que estamos pasando. Desde fuera se ve todo muy bonito dando consejos a diestro y siniestro. La procesión va por dentro, como dice Marcos. Lástima que hoy no haya traído a Rosi. Con ella, la tarde se hubiera hecho más amena. Por lo visto tiene clase de Inglés en el colegio. Quién sí ha venido es su hermanita Alba. Cada vez que la veo tiene un dientecito nuevo. Es toda una belleza con esos increíbles ojos azul claro y esas pestañas tan bonitas. Está dormida plácidamente en su cochecito, como siempre y sin resollar. Muy al contrario que su madre que desde que ha llegado no ha parado de calentarnos la cabeza.

—¡Joder, cielo! Te dije que no le abrieras la puerta a nadie—explota Marcos tocándose nervioso la cabeza—. Cuando se vayan de aquí vamos a tener la cabeza como un bombo.

—No he podido evitarlo—contesto irritada—. Las dos tienen llaves de mi casa. Hubieran entrado de todas maneras.

—¿Tienen llave de tu casa?

—Sí. Hace tiempo que se las di. Era solo por si había una emergencia.

—Claro. Una emergencia. Pues ahora mismo no estamos en una emergencia para que entren en tu casa como si fueran las puñeteras dueñas del lugar.

—Vale, vale, tranquilo que me la darán después. De todas maneras, te recuerdo, señor yo todo lo hago bien, de que no he sido yo quién le ha abierto la puerta a tu queridísimo hermano, así que no me echas la culpa de todo —replico, mientras me vuelvo hacia nuestro cuarteto mirándolos con toda la mala leche del mundo que mi madre de pequeña no pudo darme.

No quiero enfadarme otra vez con Marcos, pero si siguen así lo van a conseguir. Habíamos empezado el día con muy buen pie. Todo se ha estropeado cuando han llegado ellos a casa. Cada vez nos están poniendo más de los nervios.

—Yo no tengo llave —aclara muy sonriente mi amiga Silvia avivando más el fuego— así que si vengo y pego en la puerta y no me abres, mi queridísima y estupendísima amiga, te aseguro que te la lío bien gorda aunque solo sea en el rellano que hay frente a tu puerta. ¡Vamos, Indi! No te quejes tanto de nosotros que no somos tan malos. Solo intentamos ayudaros. Esta mañana me has dicho que la policía sigue pendiente del caso y que están haciendo todo lo posible por encontrar a esa loca. Más no se puede hacer, así que empieza a tomarte las cosas de otra forma porque cada día se te acentúan más las ojeras de la cara y tu carácter se está agriando y ya no digamos el de tu guayabo que no está mejor que tú, por lo que veo. Echo de menos a la Indi de antes.

La Indi risueña y siempre dispuesta a bromear un ratito conmigo a lo largo del día. Hasta los alumnos de tu clase se han dado cuenta de que te pasa algo. A penas sonrías. Currito me ha preguntado varias veces si “la seño India está malita y si hay que llevarla al hospital como a su hermano Pablo”. Te encierras en ti misma y no dejas que te ayudemos. Hace tiempo que no haces nada de repostería, Indi, ni siquiera desayunas ya en la cafetería conmigo. Me tienes abandonada. Te metes en el despacho y de ahí no sales. Tengo mono de tus tartas, lo confieso. Reconozco que me he hecho adicta a ellas. Así que, venga, levanta el trasero y prepáranos un cafecito.

Silvia. La inconfundible y poco discreta de mi amiga y compañera de trabajo Silvia. No se corta ni un pelo en decirme las cosas a la cara y en quedarse tan pancha cuando lo hace. Menos mal que nos entendemos de maravilla y que nos llevamos muy bien, que si no, ahora mismo la mandaría con viento fresco por la puerta sin pensármelo dos veces. Hacía dos semanas que no se pasaba por aquí y mira tú por dónde, tenía que ser precisamente hoy, el día que se acerca a mi casa para tomarse un maldito café. Justo hoy que tengo a las pérdidas de mis hermanas y al tostón de Álex dándonos la tabarra.

—No he hecho ninguna tarta ni tengo café en casa, así que id a la cafetería de abajo a tomarlo—contesto con desaire.

—¿He venido hasta aquí preocupada por ti y ni siquiera me vas a hacer ningún café?

—No.

—Pues yo quiero café y de aquí no me muevo hasta que me lo prepares o se lo pidas a alguien.

—Nosotras tampoco —admiten también mis queridísimas hermanas.

—Marcos seguro que tiene en su casa. Venga guaperas, tráete un paquetito que tenemos mono de cafeína —apremia Silvia.

—No tengo. Iros a la cafetería —responde secamente él.

Si las miradas mataran, Silvia estaría ahora mismo con algún objeto clavado en la cabeza. La mirada que le ha echado Marcos no ha sido muy simpática que digamos. Pongo mi mano sobre la suya para tranquilizarlo. Suspira fuertemente sin apartar la mano.

—Sí tienes. Y tú también—afirma Álex muy sonriente azuzando más el tema. Juro que lo mataré algún día de estos si lo pilló a solas—. Esta mañana sacaste un paquete enterito de la despensa. Venga, no seas tacaña y haznos un café cargadito.

—Voy a mirar en el frigorífico a ver si tiene algo para picar mientras se decide en hacernos el café —dice mi hermana Pat, como si nada, dirigiéndose hacia la cocina—. Me muero de hambre.

—Yo también. ¿Tú qué dices Silvia?—pregunta Álex levantándose de sillón.

—Digo que también me muero de hambre. Seguro que tiene algún bizcochito por ahí escondido. Pat, muchas veces los guarda en la despensa de la esquina del armario. Busca por ahí.

¡Ala! Aquí todo el mundo llega como “Pedro por su casa” arrasando con todo lo que puede de mi despensa y opinando, como no, sobre mi vida.

El móvil de Marcos suena en estos momentos. Lo coge, saluda a la persona al otro lado de la línea, me mira y gesticula con los labios que es Teresa, la guía del grupo de micología.

—No sé Teresa. La verdad es que no estamos muy animados —contesta con franqueza Marcos—. Sí, ella está muy bien... ¿Cómo?. Ah, sí. Sí. Sí. ¿Para cuándo? Ah... Este domingo. Sí. Ya. ¿Dónde? Ah... En las Sierras de Tejeda, Alhama y... Sí... Sé por dónde queda... Sí. En Játar... Sí. Sí. Sí. Claro. Claro. Sí es muy interesante que hayan inventado otra... Sí... Sí. Ehhh... Bueno... Sí. Vale. Un momento Teresa, se lo tengo que preguntar a India —Marcos tapa el móvil con la mano y me mira. Suspiro con desgana porque sé lo que me va a decir. No tengo ni chispita de ganas de ir a ninguna quedada.

—Cielo, Teresa quiere saber si vamos a ir este domingo a coger hongos a Játar.

—¿A Játar?

—Sí. Dice que no está muy lejos. A una hora y veinticinco minutos más o menos. Dice que este sitio no nos lo podemos perder. Por lo visto hace poco que inauguraron un museo de micología en el pueblo. Han inventado otra máquina que liofi... Bueno, me ha dicho un nombre muy raro, pero en definitiva lo que hace la máquina es congelar setas y que después las deshidrata o algo así. Es muy parecida a aquella que nos comentó aquel día en la casa rural de Cazorla.

—¿La que hay en Aragón que ultra congela hongos?

—Sí, como esa, pero me ha asegurado que ésta es todavía mucho más sofisticada que la de Aragón. ¿Qué dices, vamos?

—Vas a ir, ¿verdad Indi? —pregunta sutil y suavemente mi hermana Laura.

—No lo sé.

—Venga, ánimo. Necesitáis los dos un respiro. No podéis permanecer encerrados de por vida en esta casa esperando a que esa loca se digne a aparecer. Venga, hermanita. A Rosi y a Alba les va a hacer mucha ilusión que le traigas algún regalito de ese sitio. Un peluche en forma de seta estaría bien. Ya sabes lo mucho que les gustan los peluches a las princesitas.

—Laura, no vayas por ahí porque esta vez no me vas a convencer. Déjate de peloteo.

—Venga, Indi que no es peloteo. Estamos todos muy preocupados por vosotros. Mamá y papá también lo están. Mamá no para de llorar desde aquel día que te atacó esa loca. Apenas duerme. No te lo he dicho para no preocuparte, pero es así como está últimamente. Cuando tu vas a verla, procura estar sonriente y alegre, pero en cuanto te marchas, le da por llorar y no para. Anda, dale una alegría y vete el domingo al monte para que te dé un poquito el aire. Vas a estar rodeada de mucha gente y Marcos no se va a separar de ti en todo el día, eso te lo aseguro. Si a veces parece que respiráis el mismo aire de lo poco que os separáis.

—¡Uf! No me presiones Laura. Ya sabes que no me gusta que me presionen.

—Cielo, ¿qué hacemos? —pregunta Marcos impaciente.

—Vais los dos —afirma muy convencido Álex—. Aunque tenga que meteros a achuchones en el coche yo mismo, juro que vais los dos a Játar. Es más, hasta yo me voy a apuntar a este viaje y si tengo suerte quizás convenza a mi colega para que venga también. Me ha llamado mucho la atención lo que habéis hablado sobre esa maquineta. Si hacen demostraciones en directo, no me lo pienso perder.

—¿Estás loco o qué, Álex? —respondo completamente anonadada por este cambio tan repentino en él—. ¿Tú vas a ir al campo a coger hongos con nosotros? ¿Tú que en toda tu vida no has pisado un monte y solo pisas el gimnasio porque...

—¡Oye, no te pases, preciosa! Que he pisado la sierra muchas veces lo que pasa es que hace tiempo que no voy.

—¿Tiempo?

—Sí. Bueno... siendo sincero hace ya bastante tiempo.

—¿Cuánto? ¿Dos, tres, cuatro años tal vez?

—Unos pocos más. De todas maneras esano es la cuestión. Me he animado y voy a ir con vosotros al monte a coger lo que haga falta. Marcos, dile a esa mujer que vosotros vais y que yo también.

—Y yo —grita mi amiga Silvia levantándose muy animada de la silla—. Yo también. Me has hablado tanto de ese grupo, Indi que se me ha despertado el gusanillo de ir con vosotros. Apúntame Marcos.

Marcos mira unos momentos a Silvia y a su hermano, mueve en silencio la cabeza negando varias veces y suspira. No le está gustando nada el rumbo que están tomando las cosas. Por la cara que ha puesto no parece que tenga muchas más ganas de ir a Játar que yo.

—Yo iría también, Indi, lo que pasa es que Carlos trabaja hasta el sábado por la tarde y el domingo es cuando lo tiene libre y... bueno es el único día que tiene para descansar y para estar juntos en casa y... la verdad es que no lo voy a meter a coger setas por el monte todo el día. Se aburriría mucho. Tú ya lo conoces Indi. A Carlos le gusta tener ese día para él sin hacer nada—se justifica mi hermana Pat.

Y vaya que sí le conozco. Es el hombre más perezoso que he visto en mi vida. Está echando bastante barriga de no mover un solo músculo del cuerpo. El trabajo de administrativo, sentado en una silla todo el día, le está poniendo el torso bien redondo. Si sigue así, va a parecer un barrilete antes de llegar a los cuarenta años.

—Bueno, Indi, a mí es que eso de coger setas no me hace mucha gracia —afirma la tiquismiquis de mi hermana Laura—. Prefiero comérmelas sentadita en el restaurante o en casa. De todas maneras, con este bombo —señala, acariciándose la prominente barriga— no creo que pueda coger muchas. Ya les traes a las princesas los peluchitos esos y me enseñas las fotos que os hagáis todos juntos ese día, ¿vale?

—Sí, claro. Excusas y más excusas. Ya veo cómo os escaqueáis del tema...

—Indi, estoy esperando—apremia Marcos—. Teresa...

—Vale. Vale. Dile que iremos —contesto cansada de que me presionen tanto.

He decidido ir porque si no es así me van a estar calentado la cabeza el resto de la tarde y no quiero eso. Quiero que se vayan de una vez por todas de mi casa y de que nos dejen tranquilos.

—Vale. Sí, Teresa. Vamos y... —continúa hablando Marcos con nuestra guía, mientras yo sigo una conversación paralela con el resto de los presentes.

—Como a alguno de vosotros dos —amenazo señalando fieramente a Álex y a Silvia con el dedo— se os ocurra echarse para atrás y no vaya el domingo al monte con nosotros...

—Sin problemas. Sin problemas preciosa y relájate un poco que estás mu tensa. No te preocupes por na porque Silvia y yo vamos al monte el domingo seguro—contesta muy entusiasmado Álex mientras le guiña un ojo a mi amiga. Esta le sonrío a su vez y vuelve a sentarse en la silla sin dejar de mirarle—. Marcos déjame que hable un momento con esa mujer cuando termines. Quiero decirle algo.

—Un momento, Teresa que por aquí no paran de hablar y no consigo escucharte bien —dice mientras tapa con la mano el móvil—. ¿Qué quieres, tío?

—Hablar con esa mujer cuando termines. Voy al campo con vosotros el domingo.

—¿Estás seguro de que quieres ir?

—Sí.

—¿Completamente seguro? Porque aquí no vamos a montar ninguna fiesta como a las que sueles ir, ni vamos a ver el fútbol o a escucharlo a todo volumen durante el recorrido. Vamos a disfrutar de la naturaleza y...

—Qué sí tío. Que sí. No seas pelmazo. Mas o menos sé de qué va to este rollo de la quedada. Quiero empezar a probar cosas nuevas.

—¿Cosas nuevas? —pregunta Marcos alzando una ceja. Hasta sonrío un poco ante este cambio en su hermano. La verdad es que a mí también me tiene muy sorprendida su nueva actitud.

—Sí, cosas nuevas. ¡Ah! Y por lo del fútbol no te preocupes porque el domingo no juega nadie. Así que voy seguro.

—Bueno, tú sabrás lo que haces. Si te aburres del tema o de la gente, después no me vengas con historias raras y me calientes la cabeza con que quieres irte. Ya estás avisado.

—Macho, que yo no le caliento nunca la cabeza a nadie. Tú sí que sabes cómo comernos el tarro a todos cuando te pones un poquito cabronazo. Y eso me recuerda de que llevas unas semanas bastante cabronazo otra vez. Así que cálmate, respira un poquito y suelta algo de aire para que los demás respiremos también. Además, Silvia

va también al viaje y estoy seguro que nos lo vamos a pasar los dos muy bien. ¿A qué si preciosa?

—Claro que sí, guaperas—responde alegremente mi amiga sin cortarse ni un pelo. Así es ella de natural y sincera. No lo puede remediar—. Voy porque me caes muy bien, que lo sepas.

—Lo ves, tío. Le caigo muy bien. Y a mí ella también. Eres un sol Silvita. Un sol. Creo que tú y yo tenemos mucho que contarnos.

—Eso creo yo también. Cuando quieras quedamos...

—Vale, vale —replica Marcos—.Dejaros de chorradas sentimentales ahora Álex, que tengo a Teresa esperando —les da la espalda y continúa hablando con nuestra guía—. Ehhh... Sí, claro. Me parece bien. Estaremos sobre esa hora... Sí. Teresa, te paso un momento con mi hermano. Sí, es que quiere comentarte algo. Sí. Sí. Se lo diré a India también. Gracias. Adiós.

Le pasa el móvil a Álex y se sienta en el sofá a mi lado. Me susurra al oído que esta excursión al monte va a ser una auténtica aventura con ellos dos juntos. Tengo la impresión, de que muy en el fondo, Marcos está contento de que su hermano y Silvia se hayan apuntado a la quedada. No sé por qué, pero tengo esa impresión. Muchos suspiros y mala cara delante de ellos, pero en el fondo de su tierno corazoncito, creo que se alegra de que vengan al viaje. Él dice que será una auténtica aventura el que vengan estos dos, pero yo pienso que más que una aventura será un verdadero bombazo lo que va a ocurrir entre ellos porque desde que los presenté esta tarde aquí, no han parado de mirarse y de rozarse como si nada. Aquí hay tema. Seguro. Demasiado entusiasmados están estos dos cuando no hace ni dos horas que se han conocido. Esto no es muy normal. Veo chispas entre ellos por doquier y no exagero para nada. Solo espero que Álex se tome esta vez a Silvia con más seriedad y no la abandone y la trate como uno de los tantos objetos coleccionables que han pasado por su vida. Marcos me achucha inesperadamente contra su cuerpo dándome un tierno beso en la frente susurrándome palabras cariñosas. Me sorprende por ello. Desde hace semanas no las escuchaba y desde hace semanas no me abrazaba tan tiernamente. Creo que nuestros nervios se están apaciguando un poquito y que nos estamos dejando querer de nuevo. Eso me alegra. A ver si conseguimos animarnos más y esta noche hay algo más que palabras cariñosas y besitos en la cama.

Álex habla con Teresa unos minutos confirmándole su interés por ir a coger hongos con el grupo. Menciona también a mi amiga Silvia y respecto a Nicolás, le dice que se lo tiene que preguntar porque no lo sabe con certeza, pero que la llamará más tarde para confirmárselo. Ya me imagino la cara de alegría que tiene que tener Teresa al recibir de golpe a tanta gente nueva en el grupo.

Lo que sí me ha extrañado mucho es que no se haya hecho la quedada para todo el fin de semana como la vez anterior. Solo vamos el domingo. En fin, ya le preguntaré a Teresa el motivo cuando la vea. A decir verdad, hasta prefiero que solo sea un día. No tengo ganas de pasar más de dos días seguidos fuera de mi casa. Confieso que mi hogar se ha convertido en mi refugio. No abro absolutamente a nadie la puerta sin mirar un millón de veces por lo menos por la mirilla hasta asegurarme de que es algún familiar o algún amigo muy amigo el que viene a visitarme. No salgo sola de casa ni para comprar el pan. Marcos me acompaña siempre a todos los sitios como mi fiel y servicial perro guardián. Es como una lapa pegada a mi cuerpo. Eso es lo que me dice mi hermana Laura cuando nos ve juntos. Me da igual que sea una lapa pegada a mi cuerpo. Es mi lapa y así la quiero tener todo el tiempo. A su lado me siento más tranquila y segura.

Así que, una vez que hemos satisfecho a todo el mundo con irnos el domingo a coger hongos al campo, lo primero que he hecho cuando se han marchado de casa es encender el portátil para buscar información sobre “El Centro de Interpretación de

Micología de Játar”. Es algo que no puedo evitar hacer. Lo reconozco. Soy curiosa por naturaleza y necesito tener un mínimo de información sobre el lugar al que vamos a ir y no me conformo con que me digan “Sé cómo llegar y sé que vamos a buscar setas. Ya le preguntaré a Teresa cuando lleguemos”, según las palabras que Marcos me suelta cuando le pregunto por el sitio en cuestión. Así que tras mirar la web, mi curiosidad se ha esfumado al instante al quedarme un saborcillo bastante agridulce en la boca. No lo digo por el par de fotos que he visto sobre el museo de micología, no. Aunque no se distinguen demasiado bien las setas en las imágenes que nos ofrecen porque están un tanto borrosas, mi saborcillo agridulce se debe a que he encontrado una foto, la única y de casualidad, donde aparece la tan mencionada y famosísima máquina que liofiliza los hongos. Sí. He dicho bien la palabra. Liofiliza. Hay una variada y extensa exposición de setas liofilizadas en el interior del museo a nuestra entera y total disposición. Según palabras textuales de la web, “La máquina trabaja a muy bajas temperaturas, a unos -50°C, congela las setas, les provoca un alto vacío y mientras la setas están congeladas se les va extrayendo el agua, manteniendo su estructura y color. Las setas se pueden conservar así y posteriormente comerse manteniendo todas sus características originales, visuales y organolépticas. Basta la pulverización de agua sobre las setas para que recuperen la textura original. Hasta el momento no se conoce que se hayan conservado setas liofilizadas en cualquier otra parte del mundo”.

Bien, pues como iba diciendo, al ver la máquina en la foto, juro que me he quedado completamente perpleja. Es más, hasta me ha dado un ataque de risa de la impresión que me ha causado. ¡Dios bendito, qué máquina! Lo siento mucho por Marcos, Álex y el resto de los hombres del grupo por lo emocionados que deben de estar en querer ver la susodicha máquina, pero creo se van a llevar un chasco monumental cuando la tengan delante o cuando la vean en fotos, si es el caso. Para mi gusto, es fea a reventar y... bueno... muy casera. A ver me explico. Confieso que me la esperaba con más glamour y estilo, pero no, esta no tiene nada de glamour y estilo. La máquina parece construida como con restos de todo tipo de piezas que se encuentran en un desguace. No digo yo que no funcione a las mil maravillas la maquinita, pero visualmente no se parece en nada a lo que me había imaginado. En fin, tras este chasco, he decidido hacer como Marcos e ir allí y encontrarme lo que sea que me tenga que encontrar y lo que sea que Teresa me tenga que explicar sin mirar nada más. Ni del pueblo ni de sus alrededores. Espero que nuestra jornada recogiendo setas con la agradable y chispeante compañía de nuestra guía y del resto del grupo, sea más gratificante y emocionante que la visión de la máquina del museo.

22.El bosque

Ya estamos en Játar. Un pueblecito muy pequeño, con apenas unos quinientos trece habitantes, según nos ha comentado Teresa cuando nos hemos reunidos todo el grupo en el aparcamiento cercano a un área recreativa a las afueras del pueblo. Játar está a novecientos sesenta y dos metros de altitud. Se encuentra situado en la Alhama de Granada. Es uno de los pueblos más antiguos de Andalucía.

Cuando he salido del coche, lo primero que me golpea de lleno en la cara es el aire refrescante y vigorizante de la mañana. Son las ocho. Para estar en el mes de Enero, la temperatura es bastante agradable a estas horas. No hace mucho frío. El sonido de los pájaros y el olor de la naturaleza acompaña y alegra todos mis sentidos al instante. Como hace muy buen día, no ha hecho falta traerse ningún chubasquero, cosa que me alegra. El cielo está despejado y completamente azul. Hoy el sol lucirá esplendoroso. Hemos venido en el coche de Álex porque Marcos tiene el suyo averiado. Marcos se niega ir en el autobús como el resto de los mortales. Dice que se le hace eterno e insufrible estar metido en ese armatoste tanto tiempo. Solo hemos traído una cesta, cuatro navajas y dos cepillos. Álex nos dijo que quería probar “Cosas nuevas”, pero que eso de “Llevar cestitas por el monte”, como así lo define él, pues que ya no mola tanto. No tengo ni idea lo que se imagina que es llevar una cesta en la mano. No es nada del otro mundo. He visto llevarla a Marcos y no me parece algo tan descabellado y ridículo. Vamos que no es nada del otro mundo. En fin, de momento hay una cesta para los cuatro porque Silvia tampoco ha puesto mucho interés en traerse una. Son tal para cual. Creo que la realidad de esta quedada les ha dado de golpe en la cara desde el mismo momento en que han pisando el terreno con sus propios pies y se han dado cuenta de que aquí se viene a recoger setas y a andar. Mucha alegría y convicción el otro día en mi casa, pero a la hora de la verdad ya no parece todo tan guay y divertido. No lo digo porque no sea interesante y divertido coger setas, que seguro que lo es, lo digo por las caras que han puesto Álex y Silvia. A pesar de todo, espero ansiosa coger mi primera seta.

Reconozco que conforme nos íbamos acercando a Játar, mi estado de ánimos ha ido mejorando al igual que le ha pasado a Marcos. Lo veo más contento. Menos mal que Álex y Silvia, chicos listos, se han traído unas buenas botas y una indumentaria cómoda para hacer el sendero que tenemos previsto realizar porque la duración de éste, según nos ha dicho Teresa, es de cinco kilómetros, donde tendremos que ascender en el último tramo del camino para llegar a nuestro destino.

Tras los saludos de rigor con todos los miembros del grupo y las correspondientes presentaciones con las personas que son nuevas y que no tuve el gusto de conocerlas el día que estuve en la Sierra de Cazorla, Teresa reparte, como no, unos libritos para los nuevos integrantes, Álex y Silvia y al resto del grupo les entrega algunas fotos a color de las variedades de boletus, coprinus y amanitas que podemos encontrarnos durante el trayecto. Nos comenta que después de esta quedada, ya tiene otra programada. ¡Dios mío! Esta mujer no para. Se trata de una exposición de setas liofilizadas en “La Casa de la Ciencia” del CSIC en Sevilla. Sobre esta exposición no entra en más detalles de momento ya que nos asegura que nos mantendrá informados más adelante, vía e-mail.

Nos ponemos en marcha y durante el camino, Teresa nos explica que la visita al Centro de Interpretación de Micología de Játar, se realizará esta tarde a partir de las cinco y que tenemos dos horas para deleitarnos en ver toda la variedad de setas liofilizadas que hay en el museo.

Nos dice que tenemos que estar en el área recreativa para la hora del almuerzo porque allí es donde vamos a cocinar los hongos recogidos. El carbón, el resto de la comida que acompañará a los hongos y los utensilios de cocina, se encuentran en una neveras

refrigeradas y en varias mochilas dentro del maletero del autobús. Así que ligeritos de peso, solamente con botellines de agua en nuestras mochilas, seguimos como fieles perros guardianes a Teresa y a su marido Jorge por el sendero.

Al cabo de un buen rato, nos alejamos de éste y nos adentramos entre la verde vegetación del bosque para empezar a localizar algunos hongos. Rastreamos muy despacio todo el perímetro. Todos estamos repartidos por el bosque. Veo a Álex y a Silvia mucho más animados que cuando nos bajamos del coche. Eso me alegra porque el día va a ser muy largo hasta que terminemos la jornada. Somos un grupo bastante grande. Diecinueve personas en total. A lo largo del camino, ya empiezan a escucharse alguna que otra carcajada y sobre todo, la cháchara entre algunos de ellos. El ambiente empieza a volverse más sociable y agradable.

—¿Cómo vamos? —pregunta muy sonriente Teresa mientras se aproxima a Álex.

—De momento muy bien. Ya he cogido mi primera setita —contesta todo orgulloso Álex, sacándola de la cesta que Marcos lleva en la mano y mostrándosela a Teresa como si fuera un trofeo—. Y Silvita dos.

—De eso nada —replica inmediatamente Marcos—. Las hemos visto nosotros primero. Son las primeras setas de Indi.

—¿De Indi? Va a ser que no. Todavía no la he visto mover ni un solo dedo desde que estamos aquí.

—¿Cómo que no he movido un dedo? —pregunto protestando—. Tendrás caradura.

—Nosotros las hemos cogido antes, así que son nuestras —responde como si nada Álex—. Tío, hay que espabilarse porque algunos ya llevan casi la mitad de las cestas llenas y nosotros solo hemos cogido estas tres. La mía y las de Silvita, claro.

—Claro, claro. Las vuestras y no las que India y yo hemos visto primero antes de que os abalanzarais sobre ellas como si fueran un billete de quinientos euros —contesta con cierto retintín Marcos.

—Yo no me he abalanzado. Pasaba por allí, las vi y las cogí. ¿A que sí Silvita?

—Sí —afirma mi amiga—. Las vimos y las cogimos. Estáis celosos porque todavía no habéis encontrado ninguna.

—¿Cómo que no...? Arggg... Sois tal para cual —respondo, mirándolos muy fijamente sin poder creer la caradura tan grande que tienen.

Desde que Álex ha conseguido encontrar, a nuestra costa claro, su primer hongo, la competitividad, las risas y las pullas entre los cuatro son cada vez más fuertes. En el fondo, Marcos y yo nos lo estamos pasando bomba con la incorporación de ellos dos al grupo. Son unos tramposos de mucho cuidado. Cada vez que nosotros nos agachamos para mirar alguna que otra seta que nos vamos encontrando entre la vegetación del suelo, ellos rápidamente y sin muchas sutilezas nos apartan a empujones y se hacen con el botín.

—¡Vaya! Veo que os lo estáis pasando en grande —observa sorprendida Teresa.

—Ahora sí que me lo estoy pasando en grande, Teresa —responde Álex mirando con diversión a su hermano—. Antes de llegar a Játar empecé a tener mis dudas, pero ya estoy más convencido de que ha sido una idea muy buena venir aquí.

—Me imagino que tuvieras tus dudas.

—¡Ah sí!

—Bueno, sí. La gente que ignora el mundo de la micología, suele pensar que esto está destinado solamente para viejetes jubilados, aburridos y quejumbrosos. Así es como te lo imaginabas, ¿no?

—Sí, me has leído el pensamiento, Teresa. Algo así es lo que creía que era toda esta movida de las quedadas. Cuando ya he visto a todo el mundo, se me ha puesto el cuerpo mucho mejor. Lo digo porque hay mucha gente joven y tó son muy abiertos. Me lo estoy pasando muy bien, si señor. ¿A qué hora tenemos que regresar para almorzar?

—¿Ya estás cansado?

—Bueno, algo. Hacía tiempo que no andaba tanto por el campo, pero no te preocupes que todavía tengo bastante aguante como para volver al área recreativa.

—Me alegro oírlo porque todavía nos falta un poquito antes de regresar. De todas formas, podéis descansar un rato por aquí mientras merodeamos un poco más por la zona. Si tenéis hambre, hemos traído en las mochilas algunas cosillas para picar y así matar el gusanillo. Si te arrimas a Raúl y a Beatriz, te aseguro que podrás picar verdaderas delicatessen. Ellos son la que llevan las golosinas más ricas. Sabrosas galletitas saladas, bolsas de patatas fritas gourmet y aceitunitas rellenas de anchoa, entre otras cosas.

—¿Ah sí? Pallá me voy sin perder ni un minuto. Voy a charlar un ratito con el tal Raúl y la tal Beatriz. Creo que me voy a hacerme mu amigo de ellos —asegura Álex muy risueño—. ¿Vienes Silvita?

Así es como llama ahora a mi amigay compañera de trabajo desde que la conoció en mi casa aquella tarde. Se llevan la mar de bien. Bueno, la mar de bien mientras que no hablen de fútbol, claro. Ahí es cuando el buen tiempo cambia y cada uno saca sus uñas bien afiladas y defienden a capa y espada a su equipo preferido. Un merengue, una culé y Marcos y yo en medio en terreno neutral. Menuda ensalada más rara y movida que hacemos los cuatro. Y eso que no han venido ni Nicolás ni Marisa con nosotros porque ya con ellos dos, no sé qué nombre tendría la ensalada tan variopinta que formaríamos todos juntos. Nicolás se ha negado en rotundo a andar por el campo para coger setas. No ha habido manera de poder convencerlo. Ni Marisa con sus mejores armas de mujer ha tenido suerte.

—No. Me quedo con India y Teresa.

—¿Y tú, tío? —pregunta Álex a su hermano—. ¿No quieres picar algunas de esas cosas? Yo ya estoy esmayao.

—Ehhh...

—Puedes irte tranquilo, Marcos —le asegura Teresa—. Vamos a cuidar muy bien de India. No la voy a perder de vista ni un segundo. Hay mucha gente alrededor. No te preocupes. Va a estar muy bien arropada por todos nosotros. Jorge también está muy pendiente de ella desde que supo lo que le pasó con Sofía.

—Está bien —responde con reticencia Marcos.

—¡Mira, Teresa! —exclama en ese momento Silvia, señalando con el dedo el suelo cubierto de hojas secas. Se agacha y se queda mirando embelesada dos hermosos hongos—. Este hongo es comestible, ¿no? Es una preciosidad.

—Sí, es una preciosidad, pero la Amanita Phalloides no es comestible, Silvia. Así que no te dejes engañar por su hermosura. Es mortal.

—¡Ah, vaya! ¿Qué grandes son?

—Sí. Estos dos son ejemplares maduros. Como podéis ver tienen el sombrero aplanado. La palabra Phalloides significa “con forma de pene” —de pronto se escuchan algunas risas y cuchicheos entre la gente que se ha ido acercando hacia nosotros para contemplar los hongos que hay en el suelo. Teresa sonríe también—. Vaya, ya veo que su significado os ha llamado bastante la atención. Reconozco que a mí también me ocurrió lo mismo cuando me enteré en su momento.

—Teresa, pero estas de aquí no tienen la forma de... bueno... de un... bueno de lo que has descrito. Esta tiene toda la parte de arriba plana.

—Exactamente. No tiene esa forma porque solo la adopta cuando al emerger del suelo, eclosiona. Ahí es dónde podemos verle la forma de pene claramente —más risas se escuchan a mi alrededor—. Hay otro detalle importante de la Amanita Phalloides que debéis tener en cuenta. Durante esta primera fase en la que la seta está eclosionando, su color es totalmente blanco. A medida que evoluciona cambia a una tonalidad más verdosa. Como estas de aquí.

—¡Ah! ¡Qué interesante! —exclama impresionado Álex agachándose junto a Silvia.

—Bien, además de este atractivo nombre, también se la conoce como “Oronja verde u oronja mortal” —prosigue Teresa mientras se acuclilla al lado de Silvia y Álex y con la navaja retira las piedras y las hojas secas que la rodean. Mete la navaja en la tierra, excava con fuerza y extrae desde la volva a la Amanita Phalloides—. Se parece mucho a la Amanita Citrina, pero hay diferencias. La Citrina tiene un color más amarillento mientras que ésta, como ya podéis ver, es más verdosa. La Amanita Citrina tampoco es comestible. Su carne sabe como a patata y huele a rábano. Su sabor es muy desagradable. ¡Mirad que volva tiene esta! —señala con la punta de la navaja la base del hongo extraído—. Es más grande que la de la Citrina. Con solo una de estas —alza la Amanita Phalloides para que la veamos todos—, se puede envenenar a dieciocho personas por lo menos.

—¿Atanta gente? —pregunta sorprendido Federico, el marido de Begoña, acercándose hacia nosotros.

Su mujer, según me comentó Teresa cuando pregunté por ella, no ha podido venir a este viaje porque tenía que trabajar en la pastelería. ¡Qué pena! Federico se coloca junto a Teresa y observa más de cerca la amanita. Algunos de los miembros del grupo que todavía estaban dispersos por la zona, se van aproximando hacia el corrillo que hemos formado en torno a esta especie tan llamativa y peligrosa que Teresa tiene entre sus manos.

—Sí. Así que queda bastante claro que ésta no entra dentro de los hongos comestibles.

—¿A ver? —pregunta Marcos mientras se pone de rodillas en el suelo y lo observa con curiosidad. Yo me quedo de pie detrás de él contemplando tan bello espécimen—.

¿Puedo cogerla Teresa?

—Claro.

Una vez que Marcos coge el hongo por la volva y satisface su interés, se lo pasa a otra persona del grupo. Teresa mientras tanto extrae del suelo la otra seta.

—La que aparece aquí tampoco es comestible, ¿no Teresa? —pregunta dubitativa Sonia, la chica que conocí en la quedada de Sierra de Cazorla y que tiene un tatuaje con una flor en el cuello. Se inclina hacia ella mostrándole la fotografía que hay en el librito.

—A ver... Efectivamente, Sonia. Tampoco es comestible. Es tóxica. Esta es la hermosa Amanita Muscaria o también conocida como “Matamoscas o falsa oronja”. Se llama así porque paraliza temporalmente a los insectos que entran en contacto con ella —y señala con el dedo la foto—. Fijaos en el rojo escarlata de su sombrero y en el color blanco de las esporas. Es una verdadera belleza. Con la edad la tonalidad cambia y se vuelve naranja. En este caso, el sombrero tiene forma convexa, pero también la podéis encontrar aplanada. Su sabor, al igual que su olor, no son especialmente intensos.

—¿Has cogido alguna vez una, Teresa? —pregunto con curiosidad.

—Sí. He tenido la suerte de coger alguna que otra. Es tal y como aparece en esta foto, pero mucho más impresionante y bella cuando la ves de cerca.

—No sé qué decirte, Teresa —contesta indecisa Sonia—. Ya me da repelús verla en la foto, así que no estoy muy segura de si en la realidad me va a gustar mucho más. Este color tan llamativo, lo primero que me dice en cuanto la veo es “Peligro. No me toques”.

—Bueno, es cuestión gustos. Lo que sí tenéis que tener claro es que no es comestible y que hay que descartarla de inmediato. Y en caso de que tengáis dudas, ya sabéis, consultádmelo.

Teresa sigue explicando más detalles sobre las dos setas que ha cogido del suelo. Todo el grupo sigue contemplando y escuchando atentamente todo lo que dice ella. Sin darme cuenta, de repente me encuentro detrás de todo el mundo. Me pongo de puntillas para intentar ver a Teresa de entre todas las cabezas que rodean a nuestra guía. Nada. A Marcos tampoco consigo verle. Me separo un poco del corrillo formado y miro a mi alrededor. Observo que, a lo lejos, por el camino que habíamos abandonado

hace un rato, pasan más excursionistas. Tres personas montadas en bicicletas y otro grupo numeroso de senderistas. Me quito la mochila de los hombros y la deposito en el suelo de hierbas y hojas secas. En una enorme piedra que hay en el suelo, aprovecho para sentarme y descansar un poco. Desde esta posición escucho perfectamente la voz de nuestra guía. Sonrío varias veces cuando alguien bromea de nuevo con el nombre de la Amanita Phalloides. La suave y agradable voz de Teresa hace que me quede ensimismada en mis propios pensamientos. Me he dado cuenta que se hace mucho más interesante el tema de la micología cuando se coge una seta por primera vez, como ha sido mi caso y observas detenidamente todos los detalles que tiene, pero pensándolo mejor, creo que lo mejor de todo debe de ser cuando sabes que las setas que con tanto afán y cariño has recogido, son las que luego van a ser cocinadas y degustadas por uno mismo. Ese momento creo que es lo mejor de todo. El saborearlas en la mesa con todo el mundo. Mientras continúo con estos deliciosos pensamientos, repentinamente siento un escalofrío en la nuca. Al instante, se me eriza toda la piel. Es una sensación un tanto extraña. No le doy importancia e intento volver a escuchar lo que está explicando Teresa. Todo el mundo sigue muy pendiente de ella. De repente, una mano me agarra bruscamente el jersey por la espalda y se pega a mi cuerpo. Me tenso. El aliento cálido cerca de mi oído me pone totalmente en alerta.

—Levántate y empieza a andar lentamente hacia atrás, zorrita y no intentes decir ni una sola palabra o te mato aquí mismo.

Me quedo muda y paralizada al instante. Un nuevo escalofrío recorre mi cuerpo al reconocer su voz. Trago saliva asustada. Sé quién es. La loca de Sofía. Mi amarga pesadilla. Me levanto muy despacio. Ella sigue tirando de mi jersey hacia atrás. Punza con algo mi espalda. No sé lo que es, pero me puedo hacer una ligera idea de que seguro que se trata de algún objeto peligroso. Quiero gritar o avisar a las personas que tengo cerca, pero no me atrevo por miedo a que alguien resulte herido si cometo la imprudencia de no hacerle caso. Ni siquiera me atrevo a soltar algún silbido o sonido para avisar a Marcos. No lo veo entre todas las cabezas que forman el corrillo. Imagino que sigue agachado en el suelo. Entre el sonido de sus voces y alguna que otra risa que se escapa por ahí, nadie se percata de lo que me sucede. El corazón se me ha revolucionado como una locomotora. Tengo la adrenalina por los aires. Ella sigue tirando a empujones de mi jersey hasta alejarme unos metros del grupo. La gente continúa hablando y de vez en cuando riendo.

—Date ahora la vuelta muy despacio y comienza a andar hacia el camino. Esta vez no te vas a escapar puta. Creí que habías muerto. ¡Mierda! ¡Qué descuidada soy a veces! Cuando me enteré de que seguías viva, juré que la próxima vez que te pusieras las manos encima lo haría mejor. No te detengas y ni se te ocurra hacer nada raro porque los mato a todos también si hace falta.

Sigocaminando a trompicones y sin rechistar. Estoy muerta de miedo. De esta no me salvo. De nuevo me entran ganas de gritar, pero no me atrevo. Cada vez nos vamos alejando más del grupo. Sofía deja de sujetarme el jersey por la espalda, me agarra con fuerza de la cintura y se sitúa a mi lado presionándome, con lo que sea que lleva en la mano, en el costado. Me está haciendo mucho daño cuando me aprieta. De reojo, la miro y veo que se ha cambiado el color del pelo. Ahora es morena y su pelo corto está oculto tras una gorra oscura con una enorme visera que casi le tapa los ojos. Es lo único que puedo decir de ella. No me deja que me mueva ni un centímetro por lo que no sé qué indumentaria lleva para haber pasado tan desapercibida. Supongo que se ha ocultado haciéndose pasar por una senderista con el grupo de excursionistas que hace apenas un rato pasaba por el camino, porque en nuestro grupo, seguro que no venía. Trago saliva una vez más. No se me ocurre que hacer para escaparme de ella. Me tiene muy bien sujeta.

—¡India! ¡India! —grita, de repente, a pleno pulmón Marcos. Doy un respingo al

escuchar su desesperada voz en medio del bosque.

¡Dios bendito! Este hombre parece que tiene un radar en la cabeza cuando se percata de que me encuentro en verdaderos apuros. Nos paramos de golpe sin volvernos. Marcos sigue llamándome. Sofía se pone nerviosa al escuchar la voz de Marcos. Instintivamente giro la cabeza y veo que el grupo sigue reunido y que Marcos sigue buscándome entre todos ellos. Su considerable altura hace que pueda divisar su cabeza de entre todas las demás. Durante una milésima de segundo, nuestros ojos se encuentran. Él se queda fijamente mirándome sin pestañear. La expresión de su rostro cambia completamente. Sofía me zarandea y me aprieta con precisión en el costado obligándome a mirar hacia delante de nuevo para continuar caminando. No doy ni dos pasos cuando me doy cuenta de que las voces del grupo no se escuchan y de que todo el bosque se quedado en un silencio sepulcral. Solo se escuchan nuestros pasos entre las hojas secas del suelo. Ni siquiera se escucha el hermoso trinar de algún que otro pajarillo. Cosa rara. Sofía se vuelve a inquietar al percatarse del silencio. Murmura alguna que otra palabrota y se para. Me dice que no me mueva o que me mata aquí mismo. Ella gira lentamente la cabeza y mira hacia atrás. Suelta más palabrotas. Intrigada, me atrevo a mirar girándome también muy despacio. Quiero saber lo que ocurre. Veo que todo el grupo nos está mirando. Nadie se mueve. Marcos se ha apartado unos pasos de todo el grupo. Detrás de él se encuentran Álex y Jorge. Sus rostros muestran sorpresa. Marcos empieza a aproximarse hacia nosotras haciendo señas con la mano al resto del grupo para que no se muevan de dónde están. Solo unos cuatro o cinco metros aproximadamente de distancia nos separan. Me tiembla todo el cuerpo. No puedo ni respirar de lo alterada que me encuentro. Él sigue avanzando muy despacio con el semblante pétreo sin dejar de mirarnos.

—Sofía —dice Marcossuavemente—. Déjala marchar.

—¡Quédate dónde estás! —chilla nerviosa ella mientras me aprieta más fuerte con el objeto en el costado.

Un quejido de dolor escapa de mis labios. Marcos se para en seco y levanta las dos manos en señal de rendición.

—Lo que tú digas, Sofía. Lo que tu digas. Haré todo lo que tu digas, pero déjala marchar. Es a mí a quién quieres.

—¡Nooo! ¡Ella tiene que morir! —sigue gritando como una bruja endemoniada Sofía—. Lo ha estropeado todo. ¡Todo! Me ha... me ha quitado lo que es mío. ¡Mío! Le avisé que eras mío y no me hizo caso. ¡Tiene que morir!

—Por favor, Sofía. Soy tuyo. Haré todo lo que quieras. Me quedaré contigo si eso es lo que quieres. No la quiero, Sofía. No la quiero.

—¡Lo ves! Tú mismo lo has dicho. No la quieres porque me quieres a mí. ¡A mí! Esta zorra tiene que morir porque... porque te ha envenenado la cabeza con tonterías y te ha apartado de quien te quiere de verdad. Yo. Yo soy quién te quiere y quién te va a cuidar y no esta puta —me escupe con desprecio en la cara y desplaza rápidamente ese objeto punzante sobre mi cabeza presionándolo con más fuerza.

Parecer que eso de escupirme en la cara se ha convertido como algo obligatorio cada vez que nos vemos las caras. ¡Qué asco, Dios! Tiemblo ante este inesperado cambio. Cierro angustiada los ojos unos segundos. Los vuelvo a abrir otra vez y veo a Marcos con la mandíbula muy apretada y totalmente pálido. También soy consciente de que la exposición del objeto sobre mi cabeza ha hecho que cunda el pánico entre todos los presentes. Gritos y algún que otro chillido se escucha de lejos al instante. Ahora sé con absoluta certeza que lo que me presionaba con ahínco en el costado es una pistola. Ignoro su tamaño aunque creo eso es lo que menos importa ahora. El miedo me paraliza todo el cuerpo. Las lágrimas salen a borbotones de mis ojos sin esperarlo. Cosa rara porque jamás he llorado en público, pero parece ser que desde que voy sufriendo este tipo de accidentes todo en mi interior ha cambiado últimamente. Voy a

morir, seguro. Sofía está tremendamente desquiciada y fuera de sí. Esta vez me va a matar delante de todo el mundo. ¡Dios bendito, delante de todo el mundo! Es solo cuestión de minutos de que apriete el gatillo y ¡púm!, se acabó todo.

—Suelta el arma, Sofía, por favor. Hablemos, ¿vale? —insiste Marcos sin variar el tono suave de su voz.

—¡No hay nada de qué hablar! Cuando... cuando la mate, tú te quedarás conmigo y todo se habrá resuelto. Ya lo verás. Nadie nos podrá separar jamás. Tú me quieres, lo sé.

—Lo que tú digas Sofía.

—Dilo. Dime que me quieres para que esta zorra lo sepade una vez.

—Sofía, por favor...

—¡Diloooo! ¡Maldita sea! Quiero escucharlo. ¡Diloooo! ¡Diloooo!

—Está bien. Está bien. Tranquilízate. Te... te quiero Sofía. Te quiero. Ahora suelta el arma en el suelo y me iré contigo a dónde tú quieras. Te lo juro.

—¿A dónde yo quiera? —repita ella cambiando de nuevo el tono de su voz. Ahora se ha vuelto mucho más dulce y amable—. Vaya. ¡Qué bien suena eso! Eres lo que más quiero Marcos. Siempre tan guapo y tan bueno conmigo. Sí, se hará lo que yo quiera porque a partir de ahora voy a cuidar de ti y no voy a dejar que ninguna guarra como esta se te acerque. Nos iremos lejos de toda esta gente. No te preocupes porque lo tengo todo planeado. Todo.

—Vale, Sofía. Nos iremos a dónde tú quieras. Soy todo tuyo.

—Mío. Mío. Siempre lo has sido hasta que esta guarra tuvo que meterse por medio y... ¡Ehhhh, vosotros! —grita de repente Sofía hacia el grupo. Me vuelvo a poner muy tensa cuando cambia el tono amable de su voz. Se ha alterado otra vez y de nuevo aparece la bruja endemoniada—. ¡Mierda! ¡Qué no os mováis imbéciles! ¡Se están moviendo! No soporto cuando no me hacen caso. ¡Mierda! No lo soporto. Si alguien se mueve lo mato también. ¿Me habéis oído? Lo mato también.

—¡Sofía! —grita Jorge. Empieza a caminar despacio hacia nosotras—. ¿Me recuerdas? Soy Jorge. Hemos hablado en las quedadas.

—¿Jorge? ¡Ah, sí! El santurrón de Jorge. No me hagas de perder el tiempo y quédate quieto. No quiero hablar contigo. Si vuelves a moverte te mato también.

—Sofía...

—¡Que te calles joder! Puto viejo de los cojones que no hace más que entrometerse en todo.

Jorgese queda callado al instante sin moverse del sitio. Ha visto que no hay manera de poder entablar algún tipo de conversación amigable con ella. Está muy alterada. Teresa, su esposa, se coloca discretamente a su lado.

—Teresa, vuelve con los demás —le ordena Jorge.

—Tranquilo Jorge —es todo lo que le responde ella.

—Teresa, por dios, vuelve.

Teresa no le hace caso. Me sorprende el valor que le ha echado. Quiere probar suerte. Espero que la tenga.

—¿Y a mí me recuerdas? —pregunta suavemente Teresa.

—¿Pero esto qué es? Un jodido concurso de adivinanzas. Pues claro que te recuerdo, chala y te digo lo mismo que a tu marido. Si te mueves o hablas otra vez, te juro que te mato. ¡Te matooo! ¿Queda claro? ¿Queda claro?

—Sí.

—Bien. No soy tonta. No. Todos creéis que soy tonta y que no me doy cuenta de lo que pretendéis hacer, pero no voy a caer en la trampa. No, no voy a caer en la trampa. Soy muy lista. Muy lista. ¡Ja, ja, ja! Mi padre siempre me lo decía. “Sofía, eres una chica muy lista y aprendes con rapidez. Vas a llegar muy alto si sigues así. Muy alto” —empieza a decir Sofía hablando como para sí misma—. Soy más lista que todos mis

hermanos juntos. Ya lo creo que lo soy. Siempre se reían de mí porque llegaba la última en todo, pero ahora soy más lista que ellos. Soy tan lista que le he quitado la pistola a mi padre y ni si quiera se ha dado cuenta. ¡Ja, ja, ja! Creía que la había perdido. ¡El muy tonto!... ¡Eh! ¡Que no te muevas te he dicho!

—Tranquila, solo voy a ponerme...

—¡Cállate o te mato! ¡Joder con la petarda esta que no se calla! Si te vuelves a mover te mato. No lo voy a volver a repetir. ¿Queda claro?

Teresa, tras este ultimátum, se queda totalmente inmóvil con los ojos tan abiertos que parece que se le van a salir de las cuencas de los ojos. Creo que ni respira.

—¡Y tú deja de llorar, zorra! —me chilla al oído mientras me zarandea el brazo una y otra vez. Las lágrimas saladas hace que me escueza el labio inferior. Otra vez me lo he estado mordiendo. Me duele—. ¡Menudo día de público que vas a tener cuando te mate! ¡Ja, ja, ja! Mucho público aunque... creo que no... creo que no. No, no, no. No quiero eso. No. ¡lroooooos todos ahora! —vuelve a decir chillando y cambiando de parecer al instante, desconcertándose aún más. Se le ha ido la olla por completo y creo que ya no sabe ni lo que quiere. Su estado de humor cambia al igual que una veleta—. No quiero ver a tanta gente ahí. ¡lroooooos, maldita sea! Habláis demasiado y eso me molesta. No quiero que estéis ahí mirándome como si fuera.. como si fuera... ¡No quiero que me miréis! ¡Fueraaaa! —continúa gritando como una loca, moviendo el arma rápidamente en dirección a todo el grupo.

La gente se queda paralizada al ver que ahora apunta hacia ellos. Veo que la pistola que lleva en la mano es pequeña y oscura. Ignoro algo más sobre ella porque no para de moverla por lo que no puedo apreciar ningún detalle más.

—Tranquila, Sofía. Tranquila. Hará todo lo que tú dices —murmura suavemente Marcos intentando calmarla. Muy despacio, casi de manera imperceptible, se retira de la línea de tiro y se coloca en el otro extremo de ella. No se fía ni un pelo de sus intenciones.

—¡Fueraaaa! ¡Fueraaaa! ¡Eres mío! ¡Eres mío! —afirma cada vez más furiosa y nerviosa mientras el arma deambula de un sitio para otro sin dejar de apuntar directamente hacia todo los integrantes del grupo creando el pánico entre todos ellos. Lo digo por las cara de horror que han puesto.

De repente, de tanto mover la pistola, esta cobra vida y se dispara. El sonido inesperado y estridente del disparo retumba en todo el bosque asustando a Sofía, la cual deja caer el arma al suelo como si le quemara en la mano. Doy un respingo al mismo tiempo que ella y me quedo quieta. Se me congela la sangre al pensar que le haya podido dar a alguien. La gente empieza a correr alarmada por todas partes. Todo se vuelve irreal. Gritos. Voces. Chillidos. El bosque se transforma completamente en un lugar fantasmagórico, a pesar del buen día que hace, con tanta gente corriendo despavorida para esconderse. Pasa todo tan rápido que en cuestión de segundos, Marcos ha recorrido la distancia que nos separaba y se ha hecho con la pistola. Sofía, se queda unos momentos bloqueada sin moverse del sitio y sin soltarme. Creo que no se esperaba que el arma se disparase. Afortunadamente, esta vez tampoco me vuelvo a quedar totalmente en blanco y mi primera reacción es darle un fuerte empujón en el pecho. El impacto de este empujón, hace que se recupere del estado de shock en el que se encuentra para volver a agarrarme con mucha más rabia, maldiciéndome con todas las palabrotas que se le pasan por la cabeza. Ha puesto otra vez la misma cara de bruja endemoniada que hace un momentillo. Me tira del pelo con saña. Me defiende con furia de su ataque, se le cae la gorra en el forcejeo y en ese momento, le golpeo con todas mis ganas en la cara. Se tambalea desconcertada por el golpe, tropieza con algo que hay en el suelo y se cae en redondo hacia atrás quedando tumbada sin moverse. Perpleja por el fuerte golpe que le he propinado, la miro unos segundos sin dar crédito a lo que ha pasado. ¡Dios bendito! ¡Le he pegado un buen puñetazo en toda

la cara! Aprovechando mi suerte, me alejo corriendo como alma que lleva el diablo por el bosque. Al poco tiempo, siento que alguien me persigue. Sigo corriendo sin mirar atrás pisando sin miramientos todo lo que encuentro a mi paso. De pronto, alguien me agarra fuertemente por un brazo haciéndome parar un poco. Grito frenética y me retuerzo históricamente de ese agarre dando puñetazos a diestro y siniestro sin pararme a pensar en quién es. Me suelto y sigo corriendo desesperada.

—¡Tranquila Indi! ¡Tranquila! Para... Por lo que más quieras, para que se me va a salir el corazón por la boca si sigues corriendo así. ¡Joder, para, Indi! Soy Álex. Soy Álex —grita desesperado él. Me vuelve a coger y me sujeta con firmeza el brazo. Nos paramos de golpe casi asfixiados por la carrera.

—¿Á...lex?

—Sí, preciosa... Soy Álex —contesta él respirando con dificultad.

—¡Oh, gracias a Dios... que eres tú! —exclamo aliviada al reconocer su voz. Las lágrimas vuelven a caer sobre mis mejillas cuando él me abraza. Me relajo e intento respirar como puedo. La garganta se me ha quedado seca. Tengo el corazón tan acelerado que en cualquier momento va a salir botando de mi cuerpo como una pelota. Álex jadeando todavía, encamina sus pasos hacia otra dirección—. ¿Y... Marcos?

—pregunto, mirando hacia atrás.

—Tratan...do de sujetar... a esa loca. ¡Uf! Espera un momento que me calme un poco —respira varias veces más—. Mejor que yo, seguro. ¡Uf! Este tipo de aventuras tan movidas en las que últimamente os metéis, Indi, te juro que no va conmigo. Son mu emocionantes, pero no va conmigo. Prefiero un deporte más tranquilo y menos estimulante.

—Pero, él está...

—Tranquila, Indi... Marcos se ha quedao allí porque quiere asegurarse de que, esta vez, esa loca no se va a escapar. ¡Joder, Indi! Menuda carrerita que me has hecho dar. Hace tanto tiempo que no movía así las piernas que creo que hoy lo he hecho pa to un año. Tengo que darme más caña en el gimnasio porque no estoy tan en forma cómo creía.

—¿Y Silvia?

—Con Teresa y los demás. Silvia está bien, Indi. Bueno, cuando la dejé estaba un poquito nerviosa, pero no te preocupes que ella está bien. Ahora quién me preocupa eres tú. Sigamos caminando despacito, ¿vale?

—Pero..., pero ¿qué ha pasado con la pistola? Pregunto sin moverme del sitio—. Vi que Marcos la cogía y que...

—Tranquila, Indi. Por la pistola no te preocupes porque está a buen recaudo —afirma él muy complacido tocándose el bolsillo de su abrigo—. La he envuelto en pañuelos de papel por eso del tema de las huellas dactilares. Tú ya me entiendes. Se la daré a la poli en cuanto la vea.

—Las huellas dactilares, claro —respondo totalmente desconcertada al ver que hasta ha tenido tiempo para envolver la pistola en pañuelos de papel nada menos. ¡Dios! A mí ni se me hubiera ocurrido hacerlo con todo lo que ha pasado hace un momento. Vamos, que sería lo último que haría—. ¿Está... solo?

—¿Quién Marcos?

—Sí.

—No, preciosa. Ni loco dejo yo a mi hermano solo. Jorge y unos cuantos hombres más están con él intentado de inmovilizarla. A mí me ha encargado cuidar de ti, así que, a partir de ahora soy tu perrito guardián.

—Gracias, Álex.

—A ti preciosa por ser tan valiente. ¡Joder, Indi! Esa tía tiene una fuerza bestial pa tan pequeñaja que es. Le ha pegao un guantazo al marido de Teresa en toa la cara que le ha partío el labio. Y le ha metió un patá a otro tío donde tú ya sabes, que ni te cuento.

Le han tenido que guantear la cara para que se tranquilice un poquito porque si no es así acaba con todo el mundo en un momentillo. Está totalmente zumbá. ¡Joder! Casi me meo en los pantalones cuando te ha puesto la pistola en la cabeza. De esta no se salva la mu cabrona. La van a meter en la cárcel del tirón seguro. Tú sí que has tenido dos pares de cojones, preciosa. Te has portado como una verdadera guerrera cuando le has lanzao ese pedazo de puñetazo en toa la cara. ¡De película, preciosa! Ahora, sigamos. Ya todo ha terminado. Nos piramos de aquí en cuanto la poli se lleve a la loca esa y te interroguen. Por hoy ya hemos acabao de recoger setitas por el monte. No sé si tendré cuerpo para venir otro día a otra quedada, te lo juro.

—¿Le ha... le ha pasado algo a alguien?

—¿Lo dices por el disparo?

—Sí.

—No. Afortunadamente no le ha dado a nadie. Menos mal que tiene mu mala puntería la mu cabrona. Anda, no nos demoremos más, preciosa. Te contaré todo lo que quieras saber cuando lleguemos a donde están los demás.

Álexme sujeta de nuevo por los brazos con mucha delicadeza. Casi no puedo ni caminar una vez que la adrenalina ha desaparecido de mi cuerpo. Me empiezan a temblar las piernas y empiezan a castañearme los dientes. El efecto “subidón” ha terminado. Tropiezo hasta con mis propios pies. Él me coge en brazos al darse cuenta de mi estado. Me acurruco junto a su cuerpo y me dejo de llevar. Tantas emociones en tan poco tiempo me han dejado las neuronas y el cuerpo sin fuerzas.

Cuando estamos aproximándonos hacia esa parte del bosque dónde se encuentra el resto del grupo, veo que la gente se aproxima hacia nosotros apresuradamente. No debo de tener muy buena pinta entre los brazos de Álex por las caras de horror que han puesto. A los pocos minutos, me encuentro tendida sobre un lecho de sudaderas, abrigos y camisetas improvisadas en el suelo. Teresa me pregunta nerviosa y muy preocupada si necesito algo. No puedo ni hablar cuando intento contestarle. Me duele un poco la zona del costado y de la cabeza donde tenía colocada la pistola. Parece como si todavía la tuviera pegada a mi cuerpo. Silvia me sujeta la mano transmitiéndome todo su calor. Sus asustados ojos no dejan de mirarme. Sigo temblando mucho. Me arrojan con otros pocos de abrigos y a continuación me dan de beber agua. Doy pequeños sorbos. No puedo ni tragar de lo nerviosa y temblorosa que me encuentro. El agua cae en mi estómago revuelto como si fuera un trozo de plomo. Aunque me encuentre en este estado tan lastimoso, mi mente no deja de pensar en Marcos. Quiero que vuelva a mi lado y que nos marchemos de aquí lo antes posible. Esos son mis más desesperados y primordiales deseos, pero me temo que no va a ser tan fácil que eso ocurra porque antes hay que avisar a la policía, si ya no lo han hecho, claro y pasar de nuevo por el requisito imprescindible del interrogatorio. Me sé de memoria todo el proceso.

Mientras me voy recuperando, escucho decir a alguien que muy pronto, la policía estará aquí porque un “tal Adrián” ha ido a avisarlos y que no deben de tardar en llegar. Solo pienso que esta vez Sofía va a pagar muy caro lo que ha hecho. La meterán en la cárcel o bien en un centro para personas con trastornos mentales, mientras que yo necesitaré urgentemente algún tipo de ayuda psicológica para superar este último y espeluznante acontecimiento, porque tres ataques en tan pocos meses y con todas las posibilidades de acabar muerta, no lo supera ni el mejor agente secreto 007 de Hollywood.

23. Cerrando heridas

Una vez solucionado el terrible episodio de Játar y tras haber informado a mi familia de tan terrible suceso, me relajó todo lo que puedo en casa. Paso mucho tiempo en la terracita de mi casa tomando el sol con mi gato Bobo contemplando embelesada el mar. Ya nadie me abruma tanto, ni opinan en mi modo de proceder cuando me quedo más de dos días sin salir de aquí disfrutando de la soledad y del silencio. Vuelvo a tener mi propio espacio moviéndome a mi libre albedrío. Pat y Laura ni se atreven a decirme nada cuando actúo así. Lo único que hacen es apoyarme en todo y me miman como a una niña pequeña.

Marcos y yo, hemos buscado ayuda psicológica y afrontamos el día a día con ilusión y paciencia. Entre las confesiones que nos hacemos antes de dormir para así aliviar nuestros miedos internos, hay una cosa que ha hecho mucha mella en él y que me la ha mencionado en varias ocasiones: La sensación de impotencia. Dice que se sintió tan impotente ese día en el bosque, que hubo un momento en que solo pensaba en abalanzarse sobre Sofía para estrangularla y matarla. Sé que se sintió de esta manera porque me imagino que cualquiera en su lugar estaría igual. Le he repetido hasta la saciedad, que no empiece a pensar en cosas raras otra vez sintiéndose culpable por no cuidarme mejor. Era algo que tarde o temprano tenía que pasar y que ocurrió así. No hay que darle más vueltas al asunto. Lo está asimilando bastante bien y de momento todo marcha como la seda entre nosotros. Está muy sorprendido de que por casualidad el arma se disparara en esos momentos, de que Sofía la dejara caer al suelo, de que nadie resultara herido cuando se disparó, de que yo reaccionara y le pegara en toda la cara y de que, inesperadamente ella, se cayera al suelo. La verdad, es que sí que fue mucha casualidad que todas estas cosas pasaran encadenadas unas detrás de otra. Tuvimos mucha suerte.

A pesar de que he dicho que el terrible episodio que ocurrió en Játar se solucionó, tengo que aclarar que no se solucionó como había pensado cuando me fui del bosque con Álex y dejé a Marcos junto con algunos hombres más intentando inmovilizar a Sofía. No. Yo espero que una vez apresada, la justicia hiciera el resto aplicando una condena justa por todo lo que me había hecho pasar, pero las cosas no sucedieron así aquel domingo por la mañana. Sofía se libró de la justicia humana, sí, se libró de la justicia humana, pero no de la divina. Entonces, ¿qué pasó con Sofía una vez que fue capturada? Bueno, pues con ella, como siempre, según me contó más tarde Marcos, la cosa se puso bastante movidita porque hasta en el último momento estuvo dando guerra ya que se volvió a escapar. Sí. No había llegado la policía todavía al bosque cuando se volvió a escapar. Consiguió soltarse las ataduras de las manos y en un descuido, echó a correr como una loca. En su desesperada huida, parece ser que tropezó, se cayó al suelo y se golpeó la cabeza con una piedra, quedándose inconsciente y débil en esos momentos. De camino hacia el hospital, dejó de respirar y... bueno... murió. Tanta guerra que había dado, para al final caerse y morir con un simple golpe en la cabeza. Increíble. En fin, todo acabó como ese dicho que dice "Muerto el perro, se acabó la rabia". Sí, eso es lo que pasó con ella. Una vez muerta Sofía, por fin se acabó esa obsesión que tenía por Marcos. Así que, por fin, este asunto queda concluido y enterrado para siempre.

Estar tarde y aprovechando que Marcos no está en casa, Álex me ha cogido por banda y he tenido esa charla tan importante que estaba pendiente y que a causa de tantos imprevistos se había ido aplazando. Desde lo ocurrido en Játar, Álex ha cambiado aún más si cabe ya que, según me ha dicho, su mundo ha dado un giro radical de ciento ochenta grados. Si ya desde que me vio en el hospital su visión de la vida había

cambiado bastante, desde este último suceso, está más decidido que nunca a comenzar a plantearse muy seriamente su futuro porque desde que ha conocido a Silvita, como así la llama, quiere darle nuevos aires a su vida. Me ha pedido que le diera un poquito de información sobre mi amiga ya que considerando que la conozco algo mejor, Álex quiere asegurarse de que con ella no se va a llevar otro chasco como con su ex novia. La información que le facilito no es mucha ya que Silvia no es una persona de esconder secretos ni nada por el estilo. Le digo que ella es una persona en la que se puede confiar, que es muy leal y sincera, natural como él ya ha podido comprobar y que tiene un carácter muy abierto con todo el mundo. No hay más. Así que tras estas escuetas y sinceras palabras, que espero que le sirvan de algo, me ha confesado todo lo que le pasó con esa chica que le destrozó completamente el corazón. Esa chica tiene nombre. Se llama María, aunque él la sigue calificando como “Zorra y la mu cabrona”. Su historia es un poquito amarga.

En primer lugar, es amarga por la humillación que sufrió al ser la última persona de todos sus amigos en enterarse de que su novia, con la cual llevaba un año saliendo, se quedó embarazada de otro hombre sin que Álex se percatase si quiera de esta nueva relación.

Y en segundo lugar porque la muy sin vergüenza, se lo cuenta todo, ni más ni menos que a través de un mensaje de móvil. ¡Dios bendito! ¡Mediante un mensaje de móvil! Eso sí que es tener pocos escrúpulos. Ni siquiera tuvo el valor de decírselo a la cara. Ahora entiendo su comportamiento con las féminas. ¡Qué sensación de impotencia debió de tener el pobre en esos momentos cuando lo estaba leyendo! Debido a esta experiencia, levantó un muro en su corazón y empezó a comportarse como un “Cabronazo” como él dice, con toda mujer que se ha cruzado en su camino sin tener ningún atisbo de remordimiento por ello. Ha estado muy dolido. Muy dolido porque estaba muy enamorado de ella. Tanto que hasta tenía intención de comprarse un pisito en breve. Quería darle una sorpresa a María, pero la sorpresa se la llevó él cuando ella le soltó la bomba y lo dejó completamente caos, desmoronando todos sus sueños en un periquete. Así que, tras finalizar la sesión de confidencias, lo único que se me ocurre hacer para celebrar esta decisión tan importante, es darle un sincero y fuerte abrazo y llamar a Marcos al móvil para decirle que vamos al “Mesón de Juan” a tomarnos una cañas y unas tapas y que le esperamos allí celebrando el nuevo comienzo de su hermano. Luego, Álex llama a Silvia y a su colega Nicolás para que a su vez avise a Marisa y se unan con nosotros a la fiesta.

Otras de las cosas que también he cumplido y me alegro mucho, es que por fin he llevado a mi sobrina Rosi al circo. ¡Oh, sí! Ha sido tardío, pero cierto. Este domingo por la tarde estuvimos en “El Gran Circo Woharoski” y puedo asegurar que Rosi ha tenido su buena ración de risas. Creo que jamás olvidará este día. Ni yo tampoco. Para Marcos, desde el día que Sofía me atacó por primera vez, mi sobrina se ha convertido en una niña muy especial. La quiere como si fuera su propia hija. Dice que gracias a ella sigo viva y coleando a pesar de que la pesadilla se volvió a repetir en Játar y también me asegura que Teresa tiene mucha razón cuando afirma que tengo más vidas que un gato porque es el tercer desagradable episodio que sufro y que salgo viva por los pelos. Al escuchar estas palabras, sonrío y pienso que sólo soy una afortunada superviviente. Nada más. En fin, dejando atrás esos recuerdos tan desagradables y siguiendo con ese día tan precioso que pasamos en el circo, no solo Marcos, mis hermanas, sus maridos y la pequeña Alba se apuntaron al evento, sino que también asistieron Álex, Silvia, Nicolás y Marisa. Me sorprendí al saberlo, pero ahí estaban los cuatro muy sonrientes y felices de pasar una buena tarde con todos nosotros. Se lo pasaron bomba con mis sobrinas. Se nota que les gustan los niños. La pequeña Alba solo quería estar con Álex y éste estaba la mar de encantado de tener a la niña entre

sus brazos. La mimó hasta más no poder. ¡Es un cielo Álex! En realidad fue un día hermoso para todos porque nosotros también nos hicimos niños esa tarde y no solo dentro del circo, no, sino cuando compramos nubes de algodón rosa y Álex puso varios trocitos sobre algunas cabezas despistadas. Las princesitas se reían de lo lindo al ver la escena y el resto tampoco nos quedamos corto ya que no podíamos parar de reír disfrutando, como no, de esta broma y de lo hermosa que es la vida cuando estás con las personas que de verdad quieres. Suena muy poético y un tanto empalagoso esta última frase, lo sé, pero es que es así como realmente me sentí ese día en “El Gran Circo Woharoski”.

24. Dos vidas nuevas

(Diez meses después)

—Marcos, ¡venga, dime a dónde vamos!

—Ni hablo una sorpresa. ¿Qué tal se encuentran mis chicas?

—Tus chicas están perfectamente. No hace ni cinco minutos que me has preguntado, así que relájate un poco porque las tres estamos de maravilla.

—¿Seguro?

—Bueno, confieso que estamos mejor cuando me das esos suaves masajitos en la espalda y en los pies.

—Lo sé, amor. Has de reconocer que tengo mucha mano con la mujeres. Caéis rendidas a mis pies, nunca que mejor dicho, con solo tocaros un poquito. Ni rechistáis siquiera.

—Pero mira que eres creído, arrogante, presumido...

—Para fiera que ya te estás embalando otra vez.

—¿Y se puede saber a dónde vamos?

—Ya te he dicho que es una sorpresa. Bueno en realidad son dos sorpresas. Así que no seas impaciente porque no te lo voy decir todavía. Ya casi hemos llegado —afirma misteriosamente Marcos, girando el coche hacia la derecha.

Tras dar otro giro hacia la izquierda, empieza a buscar aparcamiento por la zona. Una vez que hemos aparcado, salimos del coche, no antes sin la ayuda de Marcos que desde que me he quedado embarazada, está extremadamente atento y protector conmigo. Y eso que solo estoy de cuatro meses. Es el hombre más feliz del mundo desde que se enteró de su reciente paternidad. Está cada día más mimoso. El saber que va a ser padre le está cambiando de nuevo la vida. Hasta ya sabe los nombres que les va a poner “a sus chicas” como él las llama. Cualquiera le insinúa otra cosa para que cambie de opinión. He intentado persuadirlo de mil maneras para que busque otros nombres más sencillitos, pero él dice que no e insiste en que sus hijas se llamarán como los dos grandes continentes del mundo: África y Asia. Él dice que si yo tengo el nombre de un país pues que sus hijas no van a ser menos y que tendrán el nombre de estos dos famosos continentes. ¡Ay, Dios! La paternidad lo ha vuelto loco. Bueno, al menos puedo respirar tranquila porque no se le ha ocurrido ponerles Rapunsel y Escarlata O’Hara. O Nerfertiti y Cleopatra. Oh, sí. No me lo estoy inventado. Estos nombres existen en la actualidad. Cuando me he enterado de ello me he llevado las manos a la cabeza rezando para que Marcos nos los descubriera, no vaya a ser que en un arrebato paterno se decida a ponerles estos últimos. Con él nunca se sabe. Es impredecible hasta para ponerle el nombre a sus hijas.

En fin, con todos estos pensamientos bullendo en mi cabeza, andamos en dirección hacia el Carrefour. Antes de llegar a él, se para y me mira.

—Antes deseguir, toma —dice Marcos mientras saca de una bolsa blanca un paquete envuelto en papel dorado con una cinta roja a su alrededor.

—¿Para mí?

—Sí, venga ábrelo.

—¡Oh, qué ilusión! —contesto, mientras abro muy emocionada el regalo. Un enorme vibrador hace su aparición, dejándome durante unos segundos sin palabras—. Es... Es Aquiles. ¡Dios! Me has comprado a Aquiles.

—Sí y espero que a partir de ahora no haya ninguna rivalidad con “Charlie XL”

—contesta mirándose la entrepierna de su pantalón.

—Ninguna, te lo prometo, grandullón. Ninguna. Esta noche lo probamos. ¡Ave María purísima! Es el mismo que vi en la web.

Saltando de alegría por el regalo, le doy un enorme beso en los labios y me quedo

mirando de nuevo, fascinada y totalmente emocionada el vibrador. Le he puesto ese nombre porque en el momento que lo vi en la web, me acordé de la película de Troya. Esa película hizo mucha mella en mi cabeza. El estupendísimo cuerpo completamente desnudo de Brad Pitt, casi me funde las neuronas ese día en el cine. ¡Dios bendito! Tengo muchas ganas de llegar a casa y de probar a Aquiles. Lo pondré junto al anillo vibrador que se compró Marcos para “Charlie XL”. Este anillo funciona a las mil maravillas. Bueno, al menos para mí porque Marcos no está muy convencido con el aparatito. Dice que tiene poca vibración y que a él no se le estimula tanto “Charlie XL”. Lástima por él porque a mí me pasa todo lo contrario. Cada vez que se lo coloca y me penetra, la vibración que transmite sobre mi sexo me ponen a mil por horas. Me produce unos orgasmos de escándalos. ¡Qué gusto experimentar nuevas sensaciones! Reconozco que ya no puedo pasar sin mi ración de sexo por las noches o por las mañanas, lo mismo me da. Sea acompañada o sola, la cuestión es que necesito darme estas sesiones. Me he vuelto completamente adicta al sexo o así lo creo yo. ¡Ay como disfruto! Y eso que todavía no he probado eso de atarme con unas esposas a la cama, pero estoy en ello. No descarto la idea. En la próxima compra caerá seguro.

Así que con la alegría de tener a Aquiles esta noche entre mis piernas, lo guardo en la bolsa muy excitada y proseguimos el camino bajo la mirada atenta de Marcos. Aparto la cara hacia un lado para que no se dé cuenta de todas las imágenes lujuriosas que, en estos momentos, están pasando por mi cabeza. No sé cómo se las arreglas, pero siempre sabe lo que pienso. ¿Tan transparente soy?

—¿Indi? —pregunta suavemente él.

—Sí, grandullón.

—Mírame cielo.

—No.

—Venga, mírame —me pide parándonos al instante en medio de la acera. No le hago caso y sigo con la mirada al frente. Dos dedos sobre mi barbilla hacen girar lentamente mi rostro hacia él. Intento resistirme, pero él insiste. Al mirarlo a los ojos me acaloro más —. ¡Dios, amor! Tú estás caliente otra vez.

—Ehh... Un poquito. Un poquito —contesto muy azorada, al recordar que antes de salir de casa hemos tenido nuestro ratito de alegría con “Charlie XL”—. Grandullón... y si nosotros nos vamos ahora mismito para la casa y probamos a Aquiles en nuestra estupendísima cama. ¿Qué te parece? Tengo muchas ganas, Marcos. Quiero que me lo metas ahí mientras veo como te masturbas otra vez.

—¡Jesús, Indi! En poco tiempo te has soltado tanto el pelo que me estás volviendo loco. Te juro que ahora mismo me pones en un enorme aprieto, cielo. ¡Uf! Todavía no te he dado la segunda sorpresa.

—Me la das en casa. Anda, grandullón. Vamos a probar a Aquiles. Estoy muy mojada. Ha sido verlo y...

—¡Uf! Para cielo. Para. Me pones muy duro cuando me hablas así. A ver... A ver... Vamos a tranquilizarnos un poquito porque si no te callas, te juro que aquí mismo te tumbo en la acera y probamos a Aquiles y a “Charlie XL” a la vez. A ver... Deja que me centre un poco porque el pantalón ya me está apretando y cuando me aprieta el pantalón no respondo. ¡Uf! Ven amor. Ven. Eso es. Dame un beso y date la vuelta. Eso es. Y ahora, necesito taparte los ojos.

—¿Los ojos?

—Sí, amor. A partir de aquí empieza tu segunda sorpresa. No te preocupes porque en todo momento vas a estar muy bien sujeta y no te vas a caer. ¿Confías en mí no amor?

—Sí, grandullón. Ya lo sabes.

—Bien, pues te voy a poner esta cinta en los ojos y vas a empezar a caminar y no te pararás hasta que yo te lo diga, ¿vale cielo?

—Sí. ¡Qué excitante!

—Ehhh... Bien, pues adelante. Vamos a ir despacio. Yo te guío. Y por favor, Indi, no digas nada más a partir de ahora porque intento controlarme todo lo que puedo. Así que, camina. Ya me lo agradecerás cuando veas la siguiente sorpresa.

—Está bien, pero cuando lleguemos a casa probamos a Aquiles.

—Sí, amor. Si te quedan fuerzas después de que conozcas la segunda sorpresa que te tengo preparada, te prometo que probamos a Aquiles.

Suspiro varias veces y comienzo a caminar a por la siguiente sorpresa. No me queda más remedio. Estoy muy intrigada en saber qué me tiene preparado. Eso de taparme los ojos y de no decirme lo que es, me está matando. Andamos por la acera un ratito y de repente me pide que me detenga.

—Bien, ya hemos llegado —afirma Marcos. Me quita la cinta de los ojos y me posiciona frente al “Palacio de los Deportes Martín Carpena”. Parpadeo. Las luces intensas del exterior del recinto me hace parpadear varias veces más. Enfoco la vista y veo que hay muchísima gente cerca de la entrada.

—¿Aquí?

—Sí, amor. Aquí es.

—Marcos... No puede ser. ¿De verdad que es aquí?

—Sí, de verdad.

—Entonces, es lo que creo que es, grandullón. ¿Vamos... vamos a ir al concierto?

—pregunto completamente perpleja y sin dejar de mirarle. El corazón se me ha acelerado esperando su respuesta.

—Sí, amor vamos a ir al concierto. Sé la ilusión que te hace ver a “Alejandro Sanz” y le dije a Marisa que comprara dos entradas más. He quedado con ella y con Nicolás aquí. Le daré un toque al móvil para avisarles de que hemos llegado. Toma tu entrada.

—Mi entrada —contesto alucinada, mirando como si fuera un sueño el trocito de papel que ha depositado en mis manos.

—Sí. Me la dio Marisa anoche mientras estabas con Nicolás aliñando la ensalada en la cocina. ¡Ah! Y una cosa, amor. Escúchame con mucha atención porque no voy a repetírtelo dos veces, ¿vale?

—Sí.

—Bien. Nosotros, cielo vamos a entrar cuando todo el mundo lo haya hecho ya y nos pondremos en la zona más alejada y tranquila del recinto. Nada de estar en medio de todas esas fans locas. ¿Lo has entendido? Estás embarazada cielo, recuérdalo bien. Estás embarazada. Desde las gradas podrás canturrear todo lo que quieras, pero nada de meternos en el meollo del concierto, ¿vale? —me advierte él muy serio.

—Sí, sí, sí. Lo que tú digas, grandullón. Lo que tú digas.

—Y saldremos los últimos del recinto. No quiero llevarme ningún susto cuando termine el concierto ¿vale?

—Sí, sí. Lo que tu digas —repito perpleja como un robot.

—Lo digo en serio, Indi.

—Sí, sí. Haré lo que tu digas. Te lo prometo. ¡Ay! ¡Dios bendito! ¡Dios benditísimo! Eres el hombre más maravilloso del mundo. ¡Dios! Te quiero a rabiar, grandullón. Te quiero con toda mi alma. Te quiero para siempre. Te quiero, te quiero, te quiero —contesto llena de emoción y alegría dando saltitos a su alrededor y llorando como una niña pequeña. Desde que me he quedado embarazada lloro con cualquier cosa.

Él me seca las lágrimas con los pulgares de sus dedos y me besa dulcemente en los labios sonriendo ampliamente al verme tan feliz. ¡Es un sol! ¡Este hombre es un sol! Me quita la entrada de la mano, no vaya a ser que con la emoción del momento la pierda y nos dirigimos tranquilamente hacia la puerta de “El palacio de Deportes Martín Carpena” para esperar a Nicolás y a Marisa y así poder presenciar el concierto de mi ídolo favorito en vivo y en directo. Estoy muy nerviosa. ¡Dios mío! ¡En vivo y en directo! ¡Sí, señor! Hoy va a ser una noche memorable. ¡Dios bendito! ¡Qué feliz soy con

Marcos! Me he quedado cuajada con las dos sorpresas.

Me ha pasado igual que el día que me enteré de que estaba embarazada de gemelos. ¡De gemelos ni más ni menos! Si es que Marcos es mucho Marcos cuando quiere. Lo hace todo a lo grande. Desde ese mismo día en que supimos que íbamos a ser padres, vivimos juntos en su casa y desde entonces, ni por todo el oro del mundo se separa de mi vera. Bueno ni él ni Bobo. ¿Y qué pasó con mi ático? Pues muy sencillo. Se lo vendí a Álex. Buscaba piso para emanciparse por fin y tras unos meses viviendo en su nueva casa, puedo decir que está más contento que unas castañuelas por partida doble: Por ser tío y porque vive enfrente nuestra. Así que, entre los mimos de Marcos y los de Álex, me siento como una verdadera reina.

En fin, estoy tan emocionada por entrar al concierto que ni si quiero me doy cuenta de que Marisa y Nicolás están a dos metros de distancia de nosotros. Marisa ya está corriendo hacia mí como una loca. A Marisa también le chifla “Alejandro Sanz”.

—¡Indi! ¡Indi! —me llama toda emocionada Marisa.

Cuando nos acercamos, nos ponemos a gritar y a pegar saltitos locas de alegría mientras Marcos intenta calmarme como puede, ya que no le hace mucha gracia que me altere demasiado en mi estado no vaya a ser que les ocurra algo a “sus chicas”, como él dice. Lo intenta, pero no lo consigue porque las dos seguimos saltando como posesas en medio del césped.

—Tío, déjala—escucho que le dice Nicolás a Marcos—. Es imposible hacer na cuando se ponen así.

—De eso nada. ¡Indi, para ya!

—Marcos, pero si a penas me muevo —respondo al pararme del golpe mientras jadeo varias veces.

—Pues yo veo que te mueves demasiado. Mira como te has puesto. Apenas puedes respirar. Cielo, si sigues saltando así vas a hacerle daño a las chicas.

—Tranquilízate, tío —señala de nuevo Nicolás—. Déjale respirar un poquito que la pobre no está saltando tanto. Esta sí que pega saltos—y señala con la mano a su novia—. Tiene marcha pa dar y pa regalar.

—Nico, no te pases —le regaña Marisa dejando de brincar y colocándose a su lado. Le pega un pellizco en el brazo haciendo que Nicolás maldiga por lo bajo.

—¡Joder, tío! —exclama Marcos—. No sé cómo voy a aguantar las dos horas esas del concierto si se pone así de loca.

—Se te pasarán rápido, te lo aseguro. Por lo menos a mí se me pasan rápido —contesta, mientras dirige su mirada hacia un grupo de chicas muy ligeritas de ropa que se encuentran muy cerca nuestra. Marcos sigue su mirada y sonríe al ver las chicas. Se quedan unos segundos observándolas. Menudos pillines que están hechos los dos—. ¿Lo pillas, tío?

—Totalmente. Ya veo que no te aburresmucho cuando vienes a los conciertos.

—No me queda otra. De todas maneras, con el tiempo ya me he acostumbrao y lo tengo mu claro. Mi consejo es que mientras no veas que se arañan o se tiran del pelo, ni te preocupes por que salten. Así que estate tranquilo porque esto no es na en comparación con lo que te vas a encontrar ahí dentro.

—Tampoco es para tanto, Nico —replica Marisa—. Solo movemos el esqueleto un poquito.

—Sí, sí, el esqueleto —responde Nicolás.

—Pero ¿este tío no es muy cañero, no? —pregunta Marcos refiriéndose al cantante.

—No, pero a las tías las vuelve loca. Con caña o si ella se ponen como una moto. Al menos mi novia se pone así.

—Nico, segundo aviso —vuelve a regañarle Marisa.

—No he dicho nada malo, cari —contesta Nicolás—. Solo estamos hablando del tío ese. Lo que te decía Marcos, he ido a varios conciertos con ella y te aseguro que los

saltitos que dan son pan comio con la locura que se arma ahí dentro cuando las fans se ponen a gritarle como locas al tío ese. Así que, relájate que lo bueno estar por llegar. Tú hazme caso.

—Haré lo que pueda —responde no muy convencido Marcos.

Una vez que Marisa y yo nos hemos tranquilizado del caluroso recibimiento, me acerco, más aún, como una gata en celo a mi grandullón, le doy un fuerte beso en los labios para apaciguarlo un poquito y me apretujo contra su cuerpo llena de felicidad. Le prometo que dejaré de saltar si no se pasa las dos horas del concierto regañándome como si fuera una niña pequeña. Sus ojos azules como el zafiro me miran en silencio durante unos segundos procesando mi promesa. Luego, convencido con lo que le he dicho, me susurra al oído que si cumplo esta promesa, esta noche estrenamos a Aquiles en la cama. Se me iluminan los ojos nada más mencionar a Aquiles. Sellamos el trato con otro beso y una vez que todo el mundo ha entrado en el recinto, nosotros lo hacemos también. Me emociono cuando voy cruzando las puertas. El corazón se me acelera al ver a tanta gente dentro. ¡Dios bendito! ¡Dios benditísimo! ¿Se puede ser más feliz en esta vida?, me pregunto una y otra vez mirando a Marcos con amor mientras me acaricio la tripa suavemente.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Tanto la trama del libro como los personajes que aparecen en la novela, son totalmente ficticios.

Soy responsable de cualquier error que pueda aparecer en ella.

Xena Guerrero

Julio de 2013